



LA PRECUELA DE
AL FINAL MUEREN LOS DOS

AL FINAL MUERE
EL PRIMERO

Autor best seller del New York Times

ADAM SILVERA

AL
FINAL
MUERE
EL
PRIMERO

ADAM SILVERA

AL
FINAL
MUERE
EL
PRIMERO

Traducción de María Martos Ripoll



Argentina - Chile - Colombia - España
Estados Unidos - México - Perú - Uruguay

Título original: *The First to Die at the End*
Editor original: HarperCollins Children's Books,
a division of HarperCollins Publishers, New York
Traducción: María Martos Ripoll

1.ª edición: noviembre 2022

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2022 *by* Adam Silvera
All Rights Reserved

© de la traducción 2022 *by* María Martos Ripoll

© 2022 *by* Ediciones Urano, S.A.U.

Plaza de los Reyes Magos 8, piso 1.º C y D - 28007 Madrid

www.mundopuck.com

ISBN: 978-84-19251-86-2

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

Para quienes han estado conmigo desde el principio.

*Gracias a Nicola y David Yoon,
por ser los mejores vecinos y tener corazones
que no les caben en el pecho.*

*Me han demostrado continuamente cómo debe ser el
amor.*



PRIMERA PARTE

VÍSPERA DE MUERTE SÚBITA

Todo el mundo quiere saber cómo predecimos la muerte.

Cuéntame. ¿Les pides a los pilotos que te expliquen aerodinámica antes de subirte al avión o simplemente viajas hasta el destino? Te pido que no te preocupes por cómo nos enteramos de las muertes y que en su lugar, te centres en cómo quieres vivir tu vida. Tu destino final puede estar más cerca de lo que piensas.

—Joaquín Rosa, creador de Muerte Súbita.

30 de julio de 2010

ORION PAGAN

22:10 HORAS

Muerte Súbita podría llamar a medianoche, pero no será la primera vez que alguien me diga que voy a morir.

Durante los últimos años he estado luchando por mi vida debido a una enfermedad cardíaca grave, con miedo a caer muerto si vivo con demasiada intensidad, hasta que una organización llamada Muerte Súbita apareció de la nada afirmando que ellos podían predecir cuándo, ya no solo si, íbamos a morir. Sonaba como el argumento de un relato escrito por mí. La realidad nunca capta mi interés con cosas como esa, pero todo cambió bruscamente cuando el presidente de los Estados Unidos organizó una rueda de prensa en la que presentó al creador de Muerte Súbita y confirmó su capacidad para predecir nuestros destinos.

Aquella noche, me di de alta en Muerte Súbita.

Ahora solo espero no ser uno de los primeros en recibir una llamada anunciando el Último Día.

Si la recibo, supongo que al menos sabré que ya se ha acabado, pero hasta ese momento, voy a vivir al máximo y esto empieza con mi asistencia a un evento único en la vida: el lanzamiento de Muerte Súbita.

Muerte Súbita está organizando muchas fiestas por todo el país, creo que para levantar el ánimo de la gente y mantenerla enganchada a este programa que cambiará los conceptos de *vida* y *muerte* tal y como los conocemos. Ya están empezando en muchos sitios, como en el muelle de Santa Mónica en California, el parque del Milenio en

Chicago, el Museo Nacional de la Fuerza Aérea de Estados Unidos en Ohio y la Sexta Avenida en Austin, entre otros. Sin duda, estoy en la mejor: Times Square, el corazón de Nueva York y hogar de las primeras oficinas de Muerte Súbita. Me encanta mi ciudad, pero nunca me encontrarás en Times Square la noche de fin de año; hace demasiado frío para venir. Sin embargo, ahora estoy a gusto pasando el rato en un evento así de histórico durante esta calurosa noche de verano.

Es una locura lo que debe estar generando Muerte Súbita en todo el país o solo en Times Square. Estas pantallas gigantes siempre están promocionando millones de cosas al mismo tiempo, desde refrescos hasta programas de televisión o páginas web, pero esta noche no. Cada una de las pantallas ha sido sustituida por un reloj de arena digital negro con el fondo blanco brillante. El reloj de arena está casi lleno, lo que indica que las llamadas del Último Día empezarán a medianoche. Sin embargo, da la impresión de ser algo más que eso. Es casi como si el producto que Muerte Súbita estuviera promocionando fuera el mismísimo tiempo. La campaña está funcionando porque la gente está haciendo cola en los mostradores de información como si un nuevo iPhone hubiera salido a la venta, solo para hablar con los representantes del servicio al cliente de Muerte Súbita.

—Imagina trabajar en Muerte Súbita —digo.

Mi mejor amiga, Dalma, levanta la mirada del teléfono.

—Yo nunca podría.

—En serio, es como si cada llamada salvara la vida de alguien, pero, al mismo tiempo, no. ¿Cómo duermes por la noche sabiendo que todos con los que has hablado ese día

están muertos?

—Sé que siempre andas con la muerte en la cabeza, Orion, pero esto es un tormento.

—Técnicamente, ando con la muerte en el corazón.

—Madre mía. Te odio. Voy a conseguir trabajo en Muerte Súbita solo para poder llamarte.

—Bah, no puedes vivir sin mí.

Omito el hecho de que llegará el día en que tenga que hacerlo. Nadie cuenta con que viva dieciocho años más. Ni siquiera Dalma, aunque no lo reconozca en voz alta y siempre hable sobre todo lo que compartiremos en la vida, como su sueño de ir a mi primera firma de libros cuando me tome en serio querer publicar mis superrelatos o la novela que me encantaría escribir si creyera que voy a vivir lo suficiente como para terminarla. Eso, o animar a Dalma mientras conquista el mundo de las tecnologías; o tomarle el pelo a cualquier pareja que llevemos a casa, lo que siempre ha sonado a misión imposible, ya que no hay manera de que reunamos el valor suficiente como para saludar a los chicos que nos parecen guapos o interesantes. Si no tuviera esta birria de corazón, podríamos lograr todo eso y más.

Tengo que centrarme en el presente. Puede que no llegue al futuro, pero sí que puedo vivir el ahora.

Aunque resulta un poco complicado sacarse la muerte de la cabeza (sí, de la cabeza y no del corazón esta vez) cuando un hombre de unos cuarenta y tantos pasa por nuestro lado con un cartel que dice MUERTE SÚBITA ESTÁ ACABANDO CON EL MUNDO. Vale, parece que no es muy fan de Muerte Súbita, pero ¿afirmar que tienen el poder de acabar con el

mundo? Es demasiado exagerado. Sin embargo, no está solo. Desde que se presentó Muerte Súbita a principios de mes, esos agoreros se han llenado la boca de océanos hirviendo, tormentas arrolladoras, suelos resquebrajados y ciudades en llamas. Sé que las novelas apocalípticas y distópicas están de moda ahora mismo, pero la gente tiene que respirar hondo y relajarse.

Temerle a la muerte a cada minuto del día no es vida y eso que hay millones de personas que la temen a diario.

Es como si el fin del mundo hubiera empezado ya.

En los últimos días se ha alcanzado el récord de robos en supermercados en los que los saqueadores se han abastecido de conservas, garrafas de agua y papel higiénico. Ha habido muchísimas matanzas porque las cadenas perpetuas no durarán mucho si el fin del mundo está tan próximo como los agoreros afirman, pero ningún golpe de realidad es tan duro como el que se siente al escuchar las historias sobre quienes se han suicidado porque avanzamos a toda velocidad hacia un futuro con demasiadas incógnitas.

Me enfadé al saber de esas muertes.

¿Cómo pudo Muerte Súbita acceder a esa información y no evitar los asesinatos o intervenir en los suicidios? Aunque, aparentemente, eso no estaba en las cartas. Muerte Súbita afirma que ellos no pueden determinar la causa de la muerte de una persona, sino solo cuál va a ser su Último Día, para prepararlos. Por desgracia, una vez que el nombre de alguien aparece en su misterioso sistema, su destino está grabado en piedra y, más tarde, en sus lápidas.

Muerte Súbita puede no saberlo todo, pero hará maravillas

con mi ansiedad. Si no recibo mi llamada de Último Día, viviré de forma más atrevida en lugar de replantearme mil veces cada una de las cosas que hago por miedo a fastidiarme el corazón y a desencadenar una parada cardíaca. Tampoco me volverá a tomar desprevenido la muerte de mis seres queridos. Como cuando tenía nueve años y mis padres se fueron a una reunión en la ciudad y murieron después de que un avión se estrellara en la torre sur del World Trade Center. Obviamente, en esa época mis padres no podían contar con Muerte Súbita, pero siempre me quedo pensando en que debió de haber un momento en el que habrán tenido la certeza de que iban a morir.

Dejo de lado esos pensamientos tan desgarradores y los devuelvo a lo más profundo de mi memoria.

Muerte Súbita se asegurará de que no se me vuelva a privar de una despedida.

Bueno, de la oportunidad de despedirme yo.

Sé que no tengo todo el tiempo del mundo, lo siento en lo más profundo de mi corazón.

Tengo que vivir mis primeras y puede que últimas veces mientras pueda.

VALENTINO PRINCE

22:22 HORAS

Muerte Súbita no puede llamarme porque no estoy suscrito a su servicio. Tampoco es que vaya a llamarme, ya que mi vida no ha hecho más que empezar.

Si acaso, siento que hoy he vuelto a nacer.

Las reencarnaciones parecen encajar con alguien que ha nacido y crecido en Phoenix, Arizona. Ahora es momento de reiniciar mi vida nada más y nada menos que en Nueva York. Desde el Valle del Sol hasta la Gran Manzana. Llevo tanto tiempo soñando con esta ciudad que después de haber impreso la tarjeta de embarque en el aeropuerto y ver PHX → LGA, me rompí y empecé a llorar. Era un billete solo de ida, lo que significaba que nunca más tendría que volver a ver a mis padres y que podría construir un nuevo hogar con mi hermana melliza.

Probablemente no debería haber reservado el sitio de la ventana. Hice lo que pude para mantener la compostura mientras el avión avanzaba por la pista de despegue y salía disparado hacia el cielo, pero resulta que la mejor parte de mí es horrible. Mientras que los edificios, carreteras y montañas iban desapareciendo de mi vista, yo lloraba de alegría en las nubes. Lo cierto es que mi compañero de asiento parecía juzgarme, cosa que hizo que deseara aún más que mi hermana estuviera a mi lado tal y como debería haber sido antes de que le surgiera una oportunidad laboral en el último minuto. Afortunadamente, Scarlett se subirá al primer vuelo nocturno para reunirse conmigo en nuestro nuevo apartamento.

Cinco horas más tarde, cuando se pudo divisar Nueva York, me sentí como en casa, aunque nunca hubiera puesto un pie en esos rascacielos y parques. Luego, aterrizamos y arrastré mis maletas hasta la cola de los taxis, donde todo el mundo parecía estar cansado de esperar, pero yo estaba emocionado por poder entrar al fin en uno de esos clásicos coches amarillos que había visto en la tele y en los anuncios de revista. El taxista pudo intuir que era mi primera vez en la ciudad, ya que no le quitaba ojo a todo lo que pasaba en la calle. Esa primera pisada al salir del taxi pareció un momento sacado de una película, aunque faltó la avalancha de fotógrafos esperando; pero ya habría tiempo para eso más tarde.

Desde esta noche, desde ahora, puedo decir que soy neoyorquino, o quizá tendría que esperar hasta que mi casero me entregase la llave del apartamento para asegurarme de que no me hayan estafado tras encontrar este estudio en la web Craigslist. Mientras espero, contemplo la esquina del Upper East Side. Hay una pequeña pizzería justo al lado que me está tentando a entrar con el olor a nudos de pan de ajo. El sonido del claxon de unos coches hace que vuelva a prestar atención a la calle, donde alguien que por su edad bien podría ser mi abuelo está gritándole al teléfono para que puedan escucharlo por encima de la música atronadora del bar de la esquina.

Esta ciudad es muy ruidosa y me encanta.

Me pregunto si alguna vez llegaré a extrañar la tranquilidad de mi antiguo barrio.

La puerta se abre detrás de mí y veo a un hombre que no viste más que un chaleco de punto blanco, unos pantalones

de baloncesto y unas zapatillas de estar por casa. Tiene un grueso bigote, el pelo escaso y negro y me está mirando.

—¿Vas a entrar? —pregunta.

—Hola, soy Valentino, el nuevo inquilino.

—Se nota —dice señalando mis maletas.

—Estoy esperando al casero. —Asiente, pero no se va. Como si estuviera aguardando a que entrara—. ¿Eres Frankie? —Vuelve a asentir—. Encantado de conocerte.

—¿Vas a entrar o qué? —responde y me estrecha la mano a regañadientes.

Me habían avisado de que no todos los neoyorquinos serían agradables conmigo, pero puede que Frankie esté cansado, ya que es bastante tarde. Cargo mis maletas y entro en el edificio. Es una noche cálida, pero una vez que estoy dentro, entiendo por qué Frankie está vestido como si estuviera recogiendo el periódico en Arizona. Hace tanto calor que es como si hubiera entrado directamente en el horno de la pizzería de al lado. El pasillo es estrecho, está pintado de un color amarillo mostaza que no alegra mucho la vista, pero respeto la elección. Hay buzones de acero en la pared con paquetes en el suelo esperando a ser recogidos y un contenedor a rebosar de correo basura, entre el que hay folletos de Muerte Súbita. Entiendo que mucha gente de este edificio no está registrada para recibir sus llamadas de Último Día. Sinceramente, yo tampoco, porque mis padres son unos escépticos de manual, pero esa paranoia es otra de las herencias que necesito abandonar.

Frankie se para a mitad del primer tramo de escaleras y me pregunta:

—¿Dónde está la otra?

—¿La otra?

—Tu melliza.

—Ah, llega mañana por la mañana.

—Asegúrate de encargarte rápidamente de cualquier otra caja que llegue. Me he hecho daño en la espalda al subir todas tus cosas por las escaleras —se queja mientras sigue subiendo.

—Lo siento mucho. —Tuve que mandar algunas cosas antes, como un colchón inflable, las toallas, las tazas y las sartenes. Aunque supongo que las mayores responsables de su dolor de espalda fueron las cinco cajas de ropa, zapatos y accesorios, que son tan esenciales como asegurarme de tener dónde dormir hasta que el martes llegue mi colchón—. ¿Está roto el ascensor?

—Lleva roto desde que mi padre regentaba el edificio — responde Frankie.

Ya veo. No estoy seguro de cuán legal es anunciar que el edificio tiene un ascensor si es meramente decorativo, pero voy a sacar el máximo partido de esto. Todos los años que pasé en el pequeño gimnasio de la casa de mi familia me han preparado para esto. Tiro de las maletas, sabiendo que pesan unos veintitrés kilos cada una, ya que tuve que pesarlas en el aeropuerto. Frankie no se ofrece a ayudar, lo que no me parece mal. En el tercer tramo de escaleras recuerdo que mi nuevo apartamento está en la sexta planta. Tengo un charco de sudor formándose en la parte inferior de la espalda. La parte positiva es que en los futuros entrenamientos puedo saltarme la rutina de piernas. Llego sin aliento, pero... bueno, en realidad no hay ningún «pero». Todo esto forma parte de la iniciación de la ciudad. Nada

hace que me sienta más neoyorquino que ser capaz de decir que vivo en un sexto piso sin ascensor en el Upper East Side.

No se produce ningún tipo de ceremonia cuando me dejan en el apartamento 6G. Ninguna bienvenida al edificio, ni felicitación por haberme independizado. Frankie simplemente abre la puerta, y yo lo sigo y dejo mis maletas en el estrecho recibidor de la entrada. El baño está justo a la izquierda y, aunque sé que voy a pasar horas en él cada semana haciéndome exhaustivas rutinas faciales, me interesa explorar el espacio donde haré la mayor parte de mi vida. El suelo de madera cruje bajo mis botas cuando entro en el estudio. Mis cajas están apiladas en la pared de la izquierda, donde tengo pensado colocar la cama. Hay dos ventanas que dan hacia la calle y una tercera sobre el fregadero con vistas al apartamento de otro vecino. Sin problema. Compraré cortinas esta semana.

No obstante, el verdadero problema es lo pequeño que es el apartamento. Scarlett y yo estamos usando los ahorros que nuestros padres iban a destinar a pagar nuestra universidad para perseguir nuestros sueños, el modelaje y la fotografía, y nuestra esperanza es que nos duren tanto como sea posible; de ahí que hayamos elegido este estudio.

—Parecía más grande en las fotos —comento.

—Yo hice las fotos —responde Frankie.

—Eran muy bonitas. ¿Seguro que subiste las que se correspondían con este apartamento? Esperábamos que hubiera más espacio.

—Tuviste la opción de venir a visitarlo antes de alquilarlo —replica mirándome.

—Aún no vivía aquí. Acabo de llegar.

—Ese no es mi problema. Tu hermana y tú compartisteis el vientre materno. Os apañaréis.

Ojalá este apartamento se ampliase para adaptarse a nuestras necesidades igual que el útero de nuestra madre.

Por suerte para Frankie, no soy una persona conflictiva. No puedo decir lo mismo de Scarlett, pero esa es una lección que Frankie aprenderá en cuanto ella llegue. La parte positiva es que es mi primera noche en Nueva York y ya estoy empezando a tener un problema con mi casero. Es un contrato de un año y estoy seguro de que cuando acabe tendré mil historias que contar a mis nuevos amigos sobre este periodo de mi vida.

Alguien llama a la puerta y un niño entra. No se me da bien adivinar la edad. ¿Tiene cinco años pero es muy alto para su edad o tiene diez y es muy bajo? Algo en él me resulta familiar, pero no sé el qué. Lleva puesto el pijama y me saluda con la mano.

—¿Eres nuestro nuevo vecino? —me pregunta sonriendo.

—Sí. Me llamo Valentino.

—Yo soy Paz.

—Que nombre tan guay, Paz.

—Es la abreviatura de Pazito, pero solo mi madre me llama así. A mí también me gusta tu nombre.

Este ha sido el mejor recibimiento de la noche.

Antes de que pueda darle las gracias, me doy cuenta de que Frankie está mirando a Paz.

—¿Qué haces fuera de la cama? —le pregunta.

—Me da miedo Muerte Súbita.

—Muerte Súbita no existe. Vuelve a la cama —responde

Frankie frotándose los ojos.

—Vale, papi.

Paz hace un puchero y se dirige hacia la puerta, mira por encima del hombro como si esperara que su padre cambiara de opinión, pero no sucede, así que se aleja por el pasillo sin decir nada más.

Me entran muchas ganas de parar a Paz y calmar sus miedos sobre Muerte Súbita, pero sospecho que no debería desautorizar a Frankie delante de él. Estoy seguro de que habrá más oportunidades.

—Qué buen chico —comento.

Frankie no vuelve a mencionar a Paz y se limita a dejar dos juegos de llaves en el mostrador de la cocina.

—La llave grande es la del apartamento; la mediana, la del portal, y la pequeña es la del buzón. Vivo justo al final del pasillo, pero no me llames antes de las nueve o más tarde de las cinco —me informa.

—De acuerdo. Pues muchas... —Frankie se va y cierra la puerta— gracias, Frankie —termino de decirle al aire.

El estudio no parece ser más grande ahora que se ha ido, pero afortunadamente no es tan frío.

Miro el reloj, las diez y media, quiero hacer una videollamada con Scarlett. En Nueva York es tres horas más tarde que en Arizona, así que la llamo. Espero pescarla antes de que salga a fotografiar la fiesta de Muerte Súbita que se está celebrando en Phoenix. Ese trabajo va a pagar un mes de alquiler y sobraré dinero suficiente para pagar el abono del transporte y algunas comidas. Me siento en el mostrador mientras espero a que Scarlett responda y veo a Frankie a través de la ventana de la cocina. Cómo no. Es su

apartamento el que veo desde la ventana. Saca una cerveza de la nevera, con suerte no será más que un borracho somnoliento porque ya resulta bastante insufrible.

Scarlett acepta la videollamada y, cuando aparece su cara, me animo.

—¡Val! —Scarlett deja el móvil en el lavabo del baño mientras se maquilla—. ¿Estás en nuestro nuevo hogar?

—Efectivamente.

—¡Ensénamelo! ¡Ensénamelo!

Muevo la cámara a mi alrededor para que vea todo el apartamento. No tardo mucho.

—¿Soy yo o...?

—No, no eres tú. Es más pequeño que en el anuncio.

—¿Y el precio del alquiler también se ha encogido?

—El casero me ha dicho, literalmente, que después de haber compartido el vientre materno, nos apañaremos.

—Si tuviera tiempo para dejar de echarme rímel y poner los ojos en blanco, lo haría, pero tengo que salir en un minuto. Por favor, dime que vas a ir a Times Square.

Entre el trabajo de Scarlett y la campaña de modelaje tan grande que conseguí, nuestros sueños han interferido en nuestra idea de celebrar la víspera de Muerte Súbita juntos, pero eso no ha evitado que Scarlett me presionase para que vaya a la fiesta de Muerte Súbita en Times Square.

—No lo sé, Scar. El *jet lag*...

Scarlett hace el sonido de un interruptor.

—Respuesta incorrecta. Has perdido tres horas, pero no estás cansado. Prueba de nuevo.

—Aun así debería descansar para la sesión de fotos de mañana.

—Vas a estar demasiado activo como para poder quedarte dormido, Val. Así que, en lugar de dar vueltas en ese colchón inflable, sal y experimenta lo que va a ser un evento histórico o la mayor broma que se ha hecho nunca en este país.

—Me encantaría ver las caras de mamá y papá si Muerte Súbita resulta ser real.

—A mí también, pero no voy a pasarme a fotografiarlos.

—¿Te vas directamente desde la fiesta?

—Por supuesto. Sobre todo después de cómo te han tratado antes.

Sigo un poco asombrado. Es como el pinchazo que siento al rasparme los codos y las rodillas cuando me caigo al correr.

—Agradezco el gesto.

—Sería una melliza, y un ser humano, horrible si no estuviera de tu parte, pero no les demos el placer de pensar en ellos ni hoy ni nunca más. Muy pronto, no podrán ignorarte, ya que tu cara estará por todo el país, incluso en sus revistas.

—Seguro que se dan de baja de la suscripción.

—Lo que significará que lo has logrado, pero ahora, antes de encargarte de eso, vete a Times Square.

Inspiro profundamente. Sé que tiene razón.

—Ojalá estuvieras aquí conmigo.

—Lo sé, pero el dinero que voy a ganar esta noche va a ser el que nos pague las entradas en primera fila para ver nuestro primer espectáculo de Broadway.

—Querrás decir el que nos pague un mes de alquiler.

—Tenemos que vivir un poco.

—Ese plan suena a vivir bastante.

—Lo dices como si fuera algo malo, Val.

—Tienes razón.

Me mudé porque la vida con mis padres resultaba bastante agobiante desde que salí del armario. Me hacían sentir un extraño en mi propia casa. Pensé que sería diferente cuando arrastrara mis maletas por el salón, pero no dijeron nada. Ni siquiera cuando Scarlett les dijo que era su última oportunidad antes de que nos fuéramos al aeropuerto. Mamá y papá se quedaron callados, como si solamente tuvieran una hija. Miré el crucifijo situado encima de la puerta de entrada y deseé que se cayera cuando cerrase la puerta de golpe y dejara esa vida atrás.

La libertad debería ser liberadora, pero eso no significa que no pueda ser desgarradora.

Ahora voy a buscar mi propio camino.

—Mantenme al corriente de tu fiesta —le digo a Scarlett.

—Hablando de eso, tendría que haber salido hace cinco minutos. Te quiero —se despide mientras agarra la chaqueta y apaga la luz.

—Yo te quiero igual —le respondo. Nuestro juego de palabras favorito nacido del hecho de ser mellizos—. Conduce con cuidado.

—¡Siempre lo hago!

Es cierto, ella siempre conduce con cuidado, cosa que no puede decirse del resto de la gente.

El pasado mes de mayo, un conductor temerario casi mata a Scarlett. Me obligaron a pensar lo horrible que sería este mundo sin su luz, algo que nunca he experimentado, ya que nací dos minutos antes que ella. No voy a volver a existir sin

ella. Hasta esta noche se me hace rara porque no está en Nueva York, pero me conformo con saber que está viva y a salvo en Phoenix. Preferiría estar a planetas de distancia siempre y cuando ella siguiera respirando en el lado opuesto de la galaxia.

La operación le salvó la vida a mi hermana, aunque mis padres sigan afirmando que fue cosa de Dios. En ese momento yo le di las gracias a los médicos y a Dios, pero últimamente tengo mis desacuerdos con las fuerzas místicas. Esto incluye a Muerte Súbita, una organización que espera que confiemos en ellos sin tener ninguna prueba. Una parte de mí quiere creerlo, pero la otra mitad ha experimentado de primera mano cómo la fe puede ser contraproducente. Al contrario que mis padres, estoy abierto a que me hagan cambiar de opinión para no volver a tener miedo de perder a mi hermana de repente. Puede que todos sepamos algo más en unos días.

—Dios bendiga a aquellos...

Me interrumpo para poner en orden mi cabeza y mi corazón.

Buena suerte a aquellos que, prácticamente, van a ser los conejillos de indias de Muerte Súbita.

Por mi parte, yo he renacido y tengo muchas cosas por vivir aún.

ORION

22:34 HORAS

Incluso si el mundo se estuviera acabando, eso no evitaría que la gente dejase de vender cosas.

Los puestos de Times Square siempre me resultan demasiado turísticos como para que me importen una mierda, no me interesan los imanes del Empire State Building o los llaveros de taxis con mi nombre. (Tampoco es que nadie haya puesto alguna vez mucho cariño en hacer cosas para los Oriones del mundo). Pero aunque solo ha pasado un mes desde que Muerte Súbita anunció su programa, los vendedores callejeros han estado hasta arriba produciendo recuerdos temáticos: un mechero que dice FUMA, QUE TE ESFUMAS; vasos de chupito con el dibujo de una calavera; gafas de sol con dos X pintadas de rojo; y muchas otras cosas como camisetas y sombreros. Hay un gorro realmente mono que me tienta a comprarlo, pero ya llevo la gorra de los Yankees que era de mi padre y que es lo que siempre cubre mis rizos cada vez que salgo. No la cambiaría por nada en el mundo. Bueno, esa es una afirmación demasiado seria, sí que la cambiaría sin pensarlo por un corazón sano, pero ya me entiendes.

—Ni siquiera es original —dice Dalma y agarra una camiseta que pone ¡MUERTE SÚBITA SE MUERE POR LLAMARTE!

Es tan cursi que quiero quemarla.

—Sí. Esa no me la compro.

Una camiseta me llama la atención. Es blanca y simulando la letra de una máquina de escribir pone a la altura del pecho: ¡QUE TENGAS UN BUEN ÚLTIMO DÍA! Tiene cierta gracia,

aunque no creo que un Último Día pueda ser bueno. ¿Qué tiene de bueno morir? Supongo que pretende ser inspirador y no puedo criticarlo. Si acaso, será un recuerdo maravilloso y algo de lo que presumir cuando la gente pregunte: *¿Dónde estabas cuando Muerte Súbita apareció?*, algo similar a como cuando la gente quiere saber: *¿Dónde estabas en el 11S?*

Con un poco de suerte nada traumático sucederá esta noche.

Ya he sufrido lo suficiente en mi vida.

Compro la camiseta y me la pongo encima de la azul marino que llevo a juego con mis vaqueros. Este conjunto tampoco está mal.

—¿Vas a comprarte algo? —le pregunto a Dalma.

—Un dolor de cabeza —responde, mirando de nuevo el teléfono—. Mi madre no deja de escribirme para saber si estamos bien.

Nuestra familia, más bien la familia de Dalma, va a pasar la semana en Dayton, Ohio, visitando a los padres de su padrastro, Floyd, y es la primera vez que nos han dejado solos a todos los niveles. Su madre, Dayana, se toma muy en serio sus labores como mi tutora legal, sobre todo para honrar la memoria de mi madre, también conocida como su mejor amiga de la infancia.

—Solo intenta mantenernos con vida —la defiende—. Al menos nos dejan quedarnos aquí.

—Un minuto de silencio por Dahlia —dice Dalma cerrando los ojos.

Nos acordamos de los planes para las vacaciones de su media hermana, ya que a ella no le han dejado otra opción

más que la de ir a ver a sus abuelos, que ya son tan mayores que podrían ser los primeros en ser llamados por Muerte Súbita. Mis abuelos están en Puerto Rico y solemos hablar por Skype siempre que mis primos les echan una mano para conectarse. Solo los he visto un par de veces, pero nuestras conversaciones significan mucho para ellos, ya que soy la viva imagen de mi padre, excepto por los ojos castaños de mi madre. No corrijo a mis abuelos cuando me llaman «Ernesto» por error. Ese nombre sana corazones que hace mucho que están rotos, desde la muerte de mis padres.

Dalma suspira y rompe el silencio.

—Ahora me siento mucho mejor. Gracias.

—No tienes ni puta necesidad de darlas.

—Vamos a mandarle una foto a mamá para que sepa que estamos vivos.

Dalma empieza a girar con la cámara frontal de su iPhone 4 activada, para buscar la mejor luz entre todas las marquesinas brillantes de Broadway, y se para cuando encuentra el mejor ángulo, con el reloj de arena digital en la parte de arriba del fondo.

Nos apretujamos para la foto y sonreímos como si estuviéramos disfrutando al máximo de la víspera de Muerte Súbita. Lo entretenido es revisarla después o, lo que es lo mismo, inspeccionar cada uno de los detalles que no me gustan de mí. Dalma es preciosa, una chica diez, tiene los ojos marrones y lleva un rímel plateado a juego con el pintalabios, y tiene la piel oscura brillante y el pelo negro trenzado y recogido en un moño alto. Lo único que tengo a mi favor es que mido un metro ochenta, pero, por lo demás,

soy un desastre. Me gusta que mis ojos sean castaños, pero no entiendo por qué el izquierdo no termina de abrirse, es como si siempre estuviera intentando volver a dormir. Los rizos marrones que se escapan de la gorra aparecen arremolinados y encrespados por el calor y no me favorecen. Aún tengo la nariz y las mejillas rojas de cuando me quemé por estar descansando al sol en la azotea. Empiezo a buscar mi cacao de labios en cuanto me fijo en lo agrietado que tengo el labio inferior. No importa cuántos cumplidos reciba a diario por mis clavículas bien marcadas, sigo afirmando que tengo un aspecto demacrado y que parece que estoy a punto de morir, lo que, supongo, no es del todo mentira.

—La odias —afirma Dalma. Ni siquiera me pregunta.

—No está mal. Total, es para nosotros —respondo.

—Podemos repetirla si quieres.

—No, da igual.

Seguimos avanzando para pararnos diez segundos más tarde a ver la rifa en la que Muerte Súbita está regalando suscripciones gratuitas. Si la cola no fuera tan larga, la haría, porque sus servicios no son baratos. Una mujer gana un mes gratis, que suele costar 275 dólares. Puedes pagar el precio mínimo por un día, 20 dólares, o 3.000 dólares por el año entero. Mis facturas médicas ya son lo suficientemente caras, pero, aun así, mis tutores invirtieron en la tarifa anual, porque mi enfermedad cardíaca no es que vaya a tomarse un día de descanso. Tiene que estar muy bien no necesitar pagar tanto y simplemente invertir el dinero cuando estás planeando hacer algo superarriesgado, como saltar en paracaídas o hacer rafting. (Es probable que

decidieras pasar de saltar desde un avión o bajar unos rápidos si sabes que estás a punto de morir).

Por desgracia, Muerte Súbita es otra cosa que el seguro médico no cubre. Lo que supongo que no tiene importancia si tienes miles y miles y miles de dólares en tu bolsillo.

—¿Has leído el artículo sobre la gente que quiere una suscripción platino? —le pregunto a Dalma.

—No. ¿Quiero saberlo?

—La verdadera pregunta es: ¿quieres pegarle a alguien?

—No, pero cuéntame.

—Algunos payasos montados en el dólar le estaban pidiendo a Muerte Súbita que creara una categoría de miembros platino en la que los operadores los llamaran a ellos antes que a alguien que se estuviera muriendo.

Dalma se para en seco y concluye:

—La gente rica es el motivo por el que no podemos tener cosas buenas.

Mientras tanto, tenemos a Dayana y a Floyd invirtiendo quince mil dólares de los ahorros de toda su vida para pagar las suscripciones anuales de todos los que vivimos en casa, sin importarles lo rápido que el aviso de Muerte Súbita llegue siempre y cuando lo haga antes de que alguno de nosotros muera.

Dejo de mirar la rifa tras ver a una persona decepcionada por haber ganado una suscripción gratuita para un solo día. Parece que esperaba más, como si no pudiera permitirse una de las tarifas más elevadas. Hay muchas cosas de este mundo que desearía que fueran gratuitas y Muerte Súbita ha pasado a formar parte de esa lista. La vida de la gente está en juego.

Dalma y yo seguimos avanzando y nos paramos en los nuevos bancos de cristal rojos que simulan escalones y que le dan a Times Square ese aire de anfiteatro urbano para aquellas personas que quieren relajarse mientras la ciudad bulle. Están llenos y hay una mujer subida en un pequeño escenario. Primero creo que se trata de una representante de Muerte Súbita por la forma en la que está hablando sobre cómo espera que este servicio cambie las cosas. Veo un cartel con forma de A, como el que hay fuera de la peluquería donde me perfilo la barba, pero este no te invita a entrar a por un corte de pelo que haga que te sientas bien contigo mismo, sino que tiene escrito NARRA TU HISTORIA EN MUERTE SÚBITA. Esa mujer no es una representante. Está hablando de por qué se dio de alta en el servicio. Cuando termina de hablar sobre su enfermedad de células falciformes, una verdadera representante de Muerte Súbita, que está detrás de una mesa, saca un nombre de un recipiente de cristal e invita a una chica llamada Mercedes a subir al escenario para contar su historia.

Durante años, he soñado sobre cómo sería hacer una lectura en una librería, rodeado por extraños que querrían escuchar mi historia. Por supuesto me gustaría que mis amigos también estuvieran allí, pero ellos casi que estarían obligados a ir. Hay algo mágico en que mis palabras reúnan a la gente en un mismo espacio. No creo que viva lo suficiente como para publicar uno de mis libros, ya sea una novela, unos relatos o la autobiografía más corta del mundo. ¡Lo que sea! Pero eso no significa que esta noche no tenga la oportunidad de contar mi historia a este público.

Me acerco a la representante de Muerte Súbita, escribo mi

nombre y lo introduzco en el recipiente de cristal.

Esta es una de esas primeras veces que puede servir como última.

VALENTINO

23:09 HORAS

Google Maps casi se ríe cuando busqué la ruta más rápida para llegar a Times Square.

Nueva York es conocida por sus problemas de transporte, pero en la víspera de Muerte Súbita es un verdadero caos. Especialmente en Manhattan. Podría haberme subido a la línea 6 y haberme trasladado con algún servicio de enlace, pero habría tardado una hora. No pude encontrar ningún autobús que fuera hacia el centro, de manera que llegué a la conclusión de que lo mejor que podía hacer era subirme a otro taxi. Empecé a caminar en dirección al centro, tratando de parar los coches tal y como he visto hacer en las películas a tantos personajes de Nueva York, pero debo haberlo hecho mal porque ninguno paró. Entonces, a medio camino, algo similar a subir las escaleras de mi nuevo apartamento sin ascensor, asumí que la única manera de llegar a mi destino iba a ser disfrutar del paseo.

Eso es lo que he estado haciendo y no me malinterpretes, tengo ganas de estrenarme en el metro, pero, de haberlo hecho, no habría podido disfrutar de estas vistas. Bajo la Quinta Avenida, paso por la entrada del zoo de Central Park, veo el famoso hotel Plaza y el Rockefeller Center, que sin duda alguna visitaré en diciembre para ver ese inmenso abeto de Navidad. Ha sido realmente emocionante poder ver tantos edificios históricos en directo, pero también vacíos. Estoy deseando experimentar todo esto con Scarlett y los nuevos amigos que hagamos durante nuestra estancia aquí. Estoy seguro de que veré las cosas de otra manera.

La perspectiva lo es todo. Cuando modelo, soy quien soy, pero la forma en la que salgo depende de quién esté detrás de la cámara. Algunos fotógrafos encontrarán mis ángulos buenos y favorecedores. Otros, no. Las fotos que a mí me gustan varían según mi perspectiva, pero las perspectivas también cambian con el tiempo: años, meses, semanas, días, horas, hasta minutos. Esta tarde, aunque supongo que técnicamente sería esta noche, por el cambio de hora, estaba convencido de que nada podía ser más hermoso que estar en ese avión y ver aparecer Nueva York bajo mis pies. Me equivocaba. Nada es más bonito que mi primer atisbo de Times Square.

En el cielo, todo lo que veía abajo parecía un mundo de insectos, pero en la calle, yo soy el insecto.

Los edificios son inmensos y me encuentro inclinando la cabeza hacia atrás como cuando estoy modelando porque me encanta que se me marque la nuez y se note la elasticidad de mi largo cuello. Solo que ahora mismo no tengo esta postura para posar, sino para apreciar la belleza de lo que me rodea.

He dejado de hacer fotos hace un par de manzanas porque la cámara del teléfono no le hace justicia a la ciudad. Scarlett llegará por la mañana y podremos usar una cámara profesional para documentar nuestra nueva vida. Por ahora, prefiero permanecer y vivir en el presente.

El primer paso en Times Square es verdaderamente sobrecogedor, porque hay muchas cosas ocurriendo al mismo tiempo y por todas partes. Alguien intenta venderme películas piratas que todavía están en el cine. Las tiendas y los restaurantes están tan cerca unas de otros que no sabría

ni por dónde empezar. Grabo un pequeño vídeo de los relojes de arena de Muerte Súbita en la pantalla gigante para Scarlett, aunque probablemente encontraremos uno de mejor calidad en YouTube más tarde. Me distraigo con dos hombres que se están empujando; uno está diciendo que salden sus deudas en efectivo antes de que el fin del mundo empiece mañana; es una de esas personas. No puedo creer que haya escapado de todas esas teorías conspirativas en Phoenix para encontrarme de frente con una en Times Square, pero eso es lo bello de la ciudad, ¿no es cierto? Nueva York es el punto de unión para todo el mundo. Incluidos los modelos de Arizona que quieren darle un giro de ciento ochenta grados a su vida y que sueñan con ver sus caras en vallas publicitarias a la vista de todos.

Continúo adentrándome en Square, ¿así es como lo llaman los neoyorquinos? Tengo que informarme de estas cosas, y paso por el lado de una persona disfrazada de Iron Man que habla con otra vestida casi enteramente de Elmo. La mujer está fumando y tiene la enorme cabeza del disfraz apoyada en el suelo, como si lo hubieran decapitado. Ya amo a esta ciudad con todo mi corazón. No puedo evitar sacar una foto a escondidas de esa escena para enseñársela también a Scarlett, por si acaso es una de esas cosas que solo se ven una vez en la vida.

Sigo avanzando y me encuentro con un adolescente subido a un escenario. Al principio, espero que empiece a cantar una canción con el micrófono, pero no, está hablando con una tristeza inquietante sobre los aneurismas cerebrales de su familia y del temor a morir él mismo por esta causa. Es más intenso de lo que me esperaba para ser

una fiesta que ha sido promocionada como una celebración de la vida, pero es entonces cuando veo el cartel que dice NARRA TU HISTORIA EN MUERTE SÚBITA y todo cobra sentido. Ese escenario es para la gente que quiere hablar sobre cómo este servicio va a cambiarle la vida.

Escuchar por qué la gente desea creer en Muerte Súbita no hace daño a nadie.

No hay lugar en las gradas rojas de cristal, pero no me cuesta encontrar un sitio donde estar de pie. Hay un hueco al lado de una chica negra guapísima que tiene un estilo increíble y de un chico blanco muy mono cuyos rizos se le escapan de la gorra de béisbol. Parece que al chico le esté costando mantener la compostura mientras se seca las lágrimas de las mejillas.

Debe tener un gran corazón.

ORION

23:17 HORAS

Las historias que la gente cuenta en Muerte Súbita me están rompiendo el corazón. (Más todavía).

Sin embargo, no puedo dejar de escucharlas, ni siquiera al sentir que me rompen por dentro: el prometido de una mujer murió en un accidente de limusina cuando iba de camino a la boda; un niño se ahogó en una bañera después de que su hermano mayor se quedara encerrado fuera de casa al sacar la basura; la mejor amiga de una chica fue apuñalada hasta la muerte el día de su cumpleaños, marcando esa fecha para siempre; la mujer de un señor mayor y su hijo murieron durante un embarazo de riesgo y, aunque, Muerte Súbita no puede predecir la muerte de los fetos, este hombre podría haberse preparado para el tremendo agujero que esto le dejó en el corazón; y luego había una chica que se había quedado huérfana, como yo, tras perder a sus padres en un tornado.

—Todavía tenemos tiempo para una historia más — anuncia la representante de Muerte Súbita. Aparenta unos veintipocos y parece una profesora joven que está a punto de llamar a un alumno para que salga a hacer la última presentación del día. Se acerca al recipiente de cristal, lista para sacar un nombre.

Tiene que ser el mío.

Tiene que serlo, esta es la única vez que voy a poder contar mi historia y...

—Lincoln —llama la representante de Muerte Súbita.

Un chico desciende de los bancos rojos, con mucho

cuidado, como si tuviera miedo de tropezar, caerse y morir antes de compartir su historia.

Antes de que se pierda en el silencio, como la mía.

Lincoln consigue llegar sano y salvo al micrófono y nos cuenta que le han diagnosticado cáncer, señala a su madre y a su hermana, sentadas entre el público, y cómo Muerte Súbita les permitirá tener la oportunidad de dejar de resistirse a lo inevitable en caso de que eso sea lo que le espera.

Lo mío no es tan grave como lo suyo, pero entiendo lo que es querer tirar la toalla.

La historia termina. La representante de Muerte Súbita agradece a la gente la atención prestada, un agente de seguridad la escolta mientras se aleja, y todo el mundo vuelve a sus vidas, a esas difíciles y complicadas vidas.

—Lo siento —dice Dalma.

—¿El qué?

—Que no haya salido tu nombre.

Nunca llegué a expresar del todo lo mucho que quería que saliera, pero mi mejor amiga me comprende.

—No pasa nada —miento.

Miro los relojes de arena situados en las pantallas gigantes, veo la arena, es decir, los bloques negros, caer y rellenar la parte inferior. Hasta que un chico alto, que seguro que tiene mi edad (tengo buen ojo para esto), pasa por delante y me desconcentra. Y me refiero a que me desconcentra de verdad porque el chico es guapísimo; no puedo evitar mirarlo mientras se sienta en la esquina más lejana del banco de cristal y mira los relojes de arena como si fueran estrellas.

Quiero conocer su historia tanto como quería contar la mía.

Tengo el corazón a mil; es increíble cómo sentirse atraído por alguien puede ser tan emocionante y peligroso al mismo tiempo, como si pudiera ser algo tan bueno como malo para mí.

No puedo diferenciar el color de sus ojos, pero, joder, quiero saberlo.

Tiene la piel pálida, pero también podría tener un bonito tono de piel como el mío.

Creo que somos de la misma altura, si no tenemos en cuenta su tupé negro desenfadado o las clásicas Timbs que le dan un pequeño empujón.

Es indudablemente musculoso: tiene los hombros anchos, el cuello grueso, el tipo de brazos que le garantizan la victoria en cualquier pulso y unos pectorales que deben estar asfixiándose dentro de la camiseta con cuello de pico que lleva.

—Tierra llamando a Orion —dice Dalma mientras chasquea los dedos—. ¿Qué estás...? Uh.

—Sí. Seguro que es modelo.

—Para ti todos los chicos guapos lo son.

—Y es un crimen contra la sociedad cada vez que me equivoco.

Dejo de mirarlo, aunque realmente, lo que de verdad, de verdad quiero hacer es seguir haciéndolo. Mierda. Soy débil. No pasa ni un minuto antes de que vuelva a echar otro vistazo disimuladamente, medio deseando que no me pille mirando y medio deseando que sí. Pero para qué. Es posible que ni siquiera le gusten los chicos, aunque siempre estoy

abierto a hacer nuevos amigos, sobre todo una vez que Dalma empiece con la locura horaria de la Universidad Hunter este otoño, pero no sé si puedo estar alrededor de alguien así de guapo y no enamorarme, vivir enamorado y morir enamorado.

Con mi suerte, capaz que es solo un turista al que no volveré a ver.

Puede que no. No soy adivino; pero no puedo descartar nada.

—Debería acercarme a saludar.

—Me encanta esta actitud, O-Bro, pero ¿por casualidad no crees que estás pensando con la entropierna?

—Creo que estoy pensando con ¿el corazón?

—Tampoco es una fuente fiable.

—Me da buena sensación. No parece que esté mirando la ciudad como si fuera la última vez antes de recluirse a vivir en un búnker bajo tierra, o que esté a punto de unirse a una matanza solo porque sí.

—Tienes el listón muy bajo para los chicos.

—Y tú se supone que eres la amiga que me tiene que animar.

—Tienes razón. Si realmente te gusta el chico entonces ve a por él. *Carpe diem*.

Empiezo a girar, pero acabo dando la vuelta completa.

A lo largo de los años he tenido muchos flechazos con gente de la ciudad: en Dave & Buster, Central Park, Barnes & Noble o la línea 5, pero nunca he sabido cómo hacer realidad esas fantasías. Incluso cuando conocía personalmente a alguien, como a un par de chicos del instituto, no podía pasar a la acción porque, hasta la

graduación del mes pasado, no le había dicho a nadie abiertamente que era gay, excepto a Dalma.

Incluso después de salir del armario, sigo sin saber hacerlo.

—¿Qué mierda se supone que tengo que decir? —pregunto.

—Habla con el corazón —me dice Dalma—, no con la entrepierna.

—Hablar con el corazón, no con la entrepierna; hablar con el corazón, no con la entrepierna —murmuro como si fuera un mantra.

No quiero perder la oportunidad de saludar a este chico, la probabilidad de volver a verlo en Nueva York sería de una entre... no sé cuántas, un número gigantesco que llevaría días calcular.

—Yo puedo —digo sin estar convencido.

—Pues claro —responde Dalma sin creerlo.

Me acerco, mientras pienso qué puedo preguntarle a cada paso que doy:

¿De dónde eres?

¿Has venido con alguien?

Pareces Clark Kent. ¿Te has disfrazado alguna vez de Superman?

¿Juegas en mi equipo? Es decir, ¿te gustan los chicos?

Uh, ¿eres hetero? ¿Tienes un gemelo idéntico al que le gusten los chicos?

De repente, estoy de pie delante de él. Sus ojos, de un tono azul hielo que me congela la respiración, se abren de par en par. Al principio espero que se asuste, como hice yo cuando un día salí de la tienda de golosinas del barrio y me

encontré frente a un chico que amenazaba con partirme la cara si no le daba la cartera y las golosinas. (Volví a casa sin cartera y sin golosinas). Pero este chico no parece tenerme miedo. Sus labios con forma de corazón están esbozando una sonrisa y eso me pone a mil.

—Hola —dice.

—Hola —repito como si me estuviera enseñando un nuevo idioma.

—¿Cómo estás?

No debería ser él quien maneja los hilos de la conversación; soy *yo* quien se ha acercado *a él*.

—Bien, bueno, tan bien como el fin del mundo puede ir —respondo. Es entonces cuando me doy cuenta de que esto puede morir incluso antes de empezar si no dejo claro que no creo que el mundo vaya a terminar a medianoche—. No es que piense que todos vayamos a morir. Algunos sí van a morir, obviamente, desafortunadamente, trágicamente... sí, trágicamente... pero no creo que el planeta entero vaya a arder en llamas o a inundarse o a derrumbarse o nada similar. —Intento respirar hondo, pero siento que mi cuerpo rechaza el aire, de manera que dedico el segundo a cerrar la boca. Por alguna extraña razón, el chico no ha salido corriendo—. De todas formas, me he acercado porque estabas mirando los relojes de arena y me preguntaba si también estabas pensando en la locura que es todo esto de Muerte Súbita.

Vuelve a mirar las pantallas gigantes; otro minuto ha pasado, aunque sienta que me ha costado cientos de años ir al grano.

—Exacto. Estaba pensando en Muerte Súbita y en la vida.

—Ahora casi que son lo mismo, ¿no?

—Casi. —Se levanta, y su mirada vuelve a encontrarse con la mía—. Soy Valentino, por cierto.

Mierda, hasta el nombre encaja. No sé qué quiero decir con esto, pero tengo toda la razón y lo defendería frente a cualquiera que afirmara lo contrario. Es decir, seguro que perdería esa pelea, ya que no pinto nada en las peleas, pero lucharía, lucharía y lucharía de todas formas.

—Soy Orion.

—Qué gracioso. Ya eres el quinto Orion que conozco.

—¿En serio?

—En realidad, no —responde con una sonrisa.

Guau, mira que soy tonto.

—Soy demasiado inocente, no puedes gastarme esas bromas.

—Ja, ja, ¡lo siento! Eres el primer Orion que conozco —me dice—. Te lo prometo.

En serio, oír mi nombre saliendo de su boca hace que me sonroje, como una quemadura extra del sol. Y estar tan cerca de él me tiene tenso, todas las venas están asfixiándome el corazón como si les debiera dinero, pero Valentino parece estar completamente relajado, dudo de que mi presencia le esté afectando en absoluto. Una mirada a su grueso labio inferior me recuerda que tengo el mío agrietado, así que echo mano de mi cacao de labios para solucionarlo. Él mira cómo lo deslizo por mi labio y seguro que está pensando que me estoy preparando para darle un beso, cosa que no hago, pero... tampoco sería una locura.

Mierda, quizá sí que esté pensando con la entrepierna y esté quedando en ridículo.

No puedo estar a solas con Valentino ahora mismo.

—¡Dalma! —le hago señas y viene al rescate tan rápido como puede—. Dalma, este es Valentino.

—Hola —dice Dalma y le da la mano; yo ni siquiera se la he dado.

—Encantado de conocerte —dice Valentino—. Aquí tu novio...

—No, no, no, no, no, no, no —le interrumpe Dalma. Respira hondo y sigue—, no, no, no, no.

La miro sintiéndome un poco, bueno *muy*, ofendido por el énfasis que le está poniendo a esos noes.

—Oye, relájate que tampoco es que esté intentando pedirte salir.

—Él es como mi hermano pequeño —añade Dalma.

—Dos meses más pequeño —matizo.

—Como si el mundo no pudiera haber acabado en esos dos meses de más que tardaste en nacer.

—Siempre dices eso, como si estuvieras intentando borrar me del mapa.

No lo entiendo, ¿estamos compitiendo por Valentino? Tenemos dieciocho años, no ocho, pero yo lo he visto primero, lo he saludado primero, he quedado en ridículo delante de él primero. Tengo derecho a intentarlo antes que ella.

Por suerte, no parece estar harto de nosotros.

—Desde luego tenéis práctica con las riñas de hermanos —dice Valentino, sin un atisbo de juicio en la voz—. Me pasa lo mismo con mi mellizo.

Ostras, que son dos.

A estas alturas tengo que comprobar si ya me he muerto y

estoy en un paraíso en el que hay dos Valentinos. Puede que Dalma y yo no tengamos ni que competir, cada uno se lleva a un Valentino a casa y tenemos vidas felices.

Un momento, que me estoy adelantando.

—¿Hermano o hermana?

—Hermana —responde, lo que significa que la lucha por su corazón sigue en pie.

—¿Dónde está?

—Scarlett está en Arizona.

En Arizona, así que no vive aquí.

Por estas cosas tengo que dejar de adelantarme a los acontecimientos.

Como escritor, siempre estoy contando historias antes incluso de saber de qué van a tratar, me dejo llevar y convierto las palabras en frases, las frases en párrafos, los párrafos en capítulos, los capítulos en historias de amor. Puede que improvisar de esa manera funcione con las novelas, pero no con la vida. Tu imaginación puede guiarte hasta un final desgarrador.

—Qué mierda que se esté perdiendo esta fiesta —digo tratando de no sonar muy decepcionado. Tengo que dejar de apostar por la gente tan rápido.

—En realidad está fotografiando la fiesta que hay en Phoenix. Vuela mañana por la mañana para vivir más aventuras neoyorquinas.

—¿Cuántos días te quedas?

—En realidad acabo de mudarme —dice Valentino mientras vuelve a mirar Times Square.

Sus palabras aceleran mi corazón, igual que su sonrisa.

Valentino tiene ese brillo de felicidad al mirar la ciudad

propio de todo recién llegado a Nueva York. Quién sabe cuánto tiempo llevaba esperando a que esto sucediera. Puede ser un mes, un año, una década, toda la vida. ¿Tendría problemas en Arizona? ¿Necesitaban Valentino y Scarlett un cambio? ¿Qué habrá pasado con sus padres o tutores legales? ¿Se mudarán aquí también? Tengo demasiadas preguntas y puede que no lleve mucho tiempo obtener las respuestas, pero también sé que ahora tengo tiempo de sobra para hacerlas.

—Bienvenido a Nueva York —dice Dalma—. Entonces, ¿estás solo esta noche?

—Sí, he llegado hace un par de horas y he venido directo a la fiesta.

—Puedes quedarte con nosotros, si quieres —le ofrezco.

—Estaría bien tener algo de compañía. ¿Seguro que no os importa?

—¡Claro que no! Tampoco es que conozcas a nadie más en la ciudad.

—En realidad soy bastante popular. Mi casero es casi mi mejor amigo.

—Qué ganas de conocerlo —le digo, lo que es muy atrevido.

—Lo cierto es que es horrible, pero de todos modos tendré que invitaros pronto —responde con esa maldita sonrisa en los labios.

Bueno, bueno, bueno, si esto no significa nada, me niego a volver a ser quien se acerque de nuevo. Voy a necesitar que un chico jure sobre la tumba de mis padres que me quiere, y ni siquiera pienso decirle que está vacía para que no se haga el gracioso y mienta.

Sin embargo, como Valentino me ha sorprendido con la guardia baja, no necesito nada de eso.

Me basta solo con su sonrisa.

VALENTINO

23:32 HORAS

Es mi primera noche y ya estoy haciendo amigos.

Amigos con nombres bonitos. Con caras bonitas también.

Observo a Orion, que tiene unas clavículas que parecen sacadas de una revista y unos ojos castaños, que sospecho han visto demasiado para pertenecer a alguien tan joven. Me doy cuenta de que llevo mucho rato mirándolo cuando empieza a sonrojarse. Estoy bastante seguro de que Orion es gay. Supongo que podría ser bisexual, pero, como mínimo, estoy seguro de que le gustan los chicos. Obviamente no es nada malo que yo pueda notarlo. Envidio que parezca ser tan abierto y que probablemente le hayan dado la oportunidad de serlo. Necesito encontrar la manera de dejar claro que a mí también me gustan los chicos.

—¿Qué es lo que más ganas tienes de hacer en Nueva York? —me pregunta Orion.

—Quiero hacerlo todo. Vivir como un turista para no dar ningún día por sentado —contesto, aunque podría pasarme el resto de la noche respondiendo a esa pregunta.

—Bien pensado —responde Dalma—. Me encanta esta ciudad, pero ya no me sorprenden tantas cosas.

—¿Cómo cuáles?

—Los espectáculos del metro. Los primeros eran una pasada, pero luego lo naturalizas y caminas por delante prestándole atención a lo que sea que estás haciendo en lugar de a los bailarines.

—Y rezando para que no te den una patada en la cara —añade Orion.

—Espero no dejar de considerarlo algo mágico —me limito a contestar.

—Pero no permitas que te quitemos la ilusión, nosotros hemos nacido y nos hemos criado aquí. Tú vas a vivirlo todo al ciento por ciento todo el rato —añade Orion, que ha debido ver desaparecer de mis ojos parte de esa ilusión.

—Esa es la idea.

—Lo genial de Nueva York es que nunca vas a poder hacerlo todo.

—¿Eso es genial?

—Por supuesto. Significa que siempre hay algo que hacer. Algún barrio nuevo que explorar, a sabiendas de que cada calle contará su propia historia. Estaré encantado de ser tu guía, si quieres.

Sonrío ilusionado ante la idea de escuchar las historias de Orion mientras me lleva a recorrer la ciudad.

—Parece divertido. Muchas gracias.

—No es nada.

Un gran grupo de personas vestidas con camisetas verde lima y cintas en la cabeza pasan por delante. Parece que hubieran viajado en el tiempo desde la celebración del día de San Patricio, pero sé que no es eso. Son creyentes de lo extraterrestre que aseguran que algunos ovnis sobrevolarán Nueva York esta noche y los abducirán; tenemos mucho de esos en Arizona. La mayor parte de estos creyentes son inofensivos, aunque siempre hay alguna oveja negra, pero todos están dispuestos a enfrentarse mañana a la realidad de seguir aquí castigados teniendo que ir a trabajar de nueve a cinco y siendo desangrados a base de impuestos.

Estoy a punto de sacarles una foto para Scarlett cuando

Dalma me pregunta:

—¿Vas a cambiarte de escuela en otoño?

—En realidad he aparcado los estudios. He venido a perseguir mis sueños.

—Que son... —pregunta Orion.

Todavía me pongo un poco nervioso cuando cuento a lo que me dedico porque la gente suele juzgar, pero si Orion y Dalma son de esos prefiero descubrirlo antes de encariñarme más. No puedo seguir rodeándome de personas que no me dejan ser quien soy.

—Soy modelo.

Los ojos de Orion se iluminan mientras se gira hacia Dalma.

—¡Te lo dije!

—¿Pensabas que no lo era? —le pregunto a Dalma.

—Está claro que eres guapo, pero Orion dice eso de todos los chicos guapos.

—No sé si sentirme especial o no.

—Siéntete especial —interviene Orion, que se sonroja—, es decir, sí, tu cara debería aparecer por todas partes.

—Gracias por creer en mí y en mi cara.

—Cuando quieras. ¿Hemos visto algún trabajo tuyo?

Solo los modelos realmente famosos pueden responder de manera directa a esa pregunta y, desde luego, no es mi caso.

Mi primer trabajo fue para publicitar unos collares con nombres el año pasado y, para hacerme aún menos reconocible, me pusieron uno con el nombre de Leo. Luego aparecí en un folleto de la Universidad de Prescott, que será la única vez que alguien me verá en ese campus

universitario, ya que la matrícula es demasiado cara para mí. Desde ese momento he participado en muchos anuncios locales en los que he hecho de hermano mayor, de jugador de béisbol, de alumno de autoescuela y de un empleado que promocionaba la Cueva de los Murciélagos de Phoenix en Paradise Valley.

Pero muy pronto, cuando alguien me pregunte si es probable que haya visto alguno de mis trabajos, podré señalar cualquier esquina de Nueva York.

—Todavía no, pero... —Señalo Times Square e imagino mi cara situada a la misma altura tanto de esos carteles y pantallas gigantes como de los anuncios del metro—. Mañana por la mañana empiezo a trabajar en mi primera campaña a nivel nacional. Es para una marca de ropa creada por diseñadores *queer* que vende productos especiales durante todo el año en lugar de limitarse a hacerlo durante el mes del Orgullo. Significa mucho para mí como chico gay que no podría haber salido con ninguna prenda similar durante su adolescencia. —Veo crecer la sonrisa en la cara de Orion, como si estuviera tan feliz de haber confirmado que soy gay como yo de haberlo dicho y como siempre lo estaré de serlo, sin importar a quién le suponga un problema—. Con suerte esa campaña lanzará mi carrera.

—¡Enhorabuena, Valentino! Es una pasada —me felicita Orion mientras aplaude, lo que me parece un bonito detalle.

—Podremos decir que te conocíamos de antes —dice Dalma.

—Por supuesto. ¿Vosotros qué? ¿Cuáles son vuestros sueños?

He dejado de preguntar a la gente dónde va a estudiar o de qué trabajan. Recuerdo lo mal que me hacía sentir cuando la gente me miraba por encima del hombro por no ir a la universidad, o cómo el modelaje no es visto como una carrera seria hasta que te pagan millones por sonreír a la cámara. Ese seré yo algún día, pero tengo que empezar con algo.

—Yo escribo relatos —responde Orion.

—¡Qué pasada! ¿Qué tipo de relatos?

—¿Te refieres al género? Sobre todo cosas raras de fantasía. Algo de ciencia ficción. Un cuento de hadas.

—¿Me dejarás leer alguno?

—¡Buena suerte! —contesta Dalma riéndose.

Orion se muestra más tímido que nunca antes de contestar.

—Puede. No es algo que suela enseñar.

Sospecho que hay algo más detrás de esa afirmación, pero no quiero presionarlo.

—No te preocupes, Orion. Si alguna vez cambias de idea estaré encantado de leer algo de lo que hayas escrito. —Me giro hacia Dalma—. Entonces tenemos entre nosotros a un modelo, a un escritor y a una...

—Yo soy programadora —responde.

Sinceramente, yo hubiera dicho que ella también era modelo. Por cosas como esta no hay que juzgar un libro por su portada.

—Quiero dedicarme a las aplicaciones, pero no he logrado descifrar ese código todavía.

—¿Es muy complicado aprender a codificar?

—Ah, no. Me refería al código metafórico, no al literal. El

código literal es sencillo.

—Dalma no sabe qué tipo de aplicación quiere crear —dice Orion.

Es divertido ver cómo aunque no son mellizos, y mucho menos hermanos, la relación entre Dalma y Orion me recuerda a la mía con Scarlett. Hay riñas, por supuesto, pero también salidas en defensa del otro, como si hubiera una conexión telepática mágica.

—¿Y si creas un juego nuevo? —sugiero. Solía jugar al *Snake* todo el día en el Nokia, pero desde que lo cambié por un iPhone no hay nada en la tienda de aplicaciones que me llame la atención.

—Los juegos son divertidos, pero quiero crear algo que suponga un antes y un después —replica Dalma—. Sinceramente, he estado intentando buscar algo similar a Muerte Súbita. Algo que sea oportuno y perpetuo. —Vale, tomo nota, no es una chica de las que cree en los extraterrestres—. Oh, oh...

— Oh, oh, ¿qué? —pregunto mientras miro nervioso a mi alrededor.

—Te has quedado callado después de que Dalma mencionara a Muerte Súbita —interviene Orion.

—¿No crees en Muerte Súbita? —cuestiona Dalma.

—Digamos que no creo que me vayan a abducir los extraterrestres a medianoche.

Orion se ríe y cuando lo hace se cubre la boca con la mano y se inclina hacia delante. Me pregunto por qué esconde la sonrisa. Supongo que es por ocultar que le falta un trozo de diente. Casi ni se nota, pero, debido a mi trabajo, he desarrollado mucho la capacidad de notar esos detalles.

Después de firmar con la empresa Futuras Estrellas del Modelaje y para que me contrataran más fácilmente, me arreglé el diente roto que tenía en la fila de abajo. Orion podría hacer lo mismo con un buen seguro dental.

—Pero no crees en Muerte Súbita —repite Dalma.

—No hay nada en lo que creer —replico—. El creador tampoco ha demostrado nada.

—Muchas teorías, pero pocas respuestas —añade Dalma.

—Tiene que ser algún tipo de magia. Debe serlo —afirma Orion.

—Una ciencia espeluznante y precisa —continúa Dalma.

—El mismísimo diablo, según mis padres —concluyo.

Hay creyentes en la magia, en la ciencia y en el demonio en este grupo, pero ninguno que crea en los extraterrestres.

—De acuerdo, pero aún sin pruebas —dice Orion—, ¿existe algún motivo por el que te registrarías? Perdón, quizás es algo demasiado personal. No tienes que responder si no quieres. Sé que somos completos desconocidos.

—Yo nos calificaría como amigos en proceso —respondo.

—Me gusta.

—¿Se lo contarías a unos amigos en proceso? —pregunta Dalma. Asiento y les cuento:

—El resumen es que mi hermana, Scarlett, tuvo un accidente grave con el coche en mayo. Recibir la llamada de que la estaban trasladando al hospital no tenía sentido. Es mi hermana, mi melliza, y una conductora de escándalo. Admito que yo he mandado un par de mensajes mientras conducía en alguna ocasión, pero Scarlett, no. Ella apaga el teléfono y se concentra en la carretera, pero el otro conductor estaba distraído e impactó de lleno contra su

coche.

No es justo que alguien que sigue todas las normas pueda acabar herida por culpa de otra persona que no las sigue.

—Hostia, puta —reacciona Orion.

—No sabía cómo iba a vivir sin ella. Cada pensamiento al respecto era aterrador, incluso las cosas más sencillas. Ni siquiera habría podido volver a probar un trozo de tarta en mi cumpleaños, ya que sería para los dos, o dejar de guardarle automáticamente el sitio a la derecha del sofá.

—Me alegro mucho de que esté bien —me dice Orion.

—Parece ser una persona increíble —afirma Dalma.

—Aunque seguro que has tenido que cambiar el coche por un tren —bromea Orion.

—Eso es lo más increíble de Scarlett —respondo—. En cuanto se recuperó de la operación, volvió a ponerse detrás del volante. No iba a dejar que esa experiencia cercana a la muerte le impidiera continuar con su vida.

Nunca olvidaré lo tenso que fue el momento en que Scarlett volvió a conducir. Me subí al coche con ella, lo que tampoco es que fuera una ayuda para aliviar la presión, pero no iba a dejarla en la estacada. Scarlett lo hizo genial: arrancó, comprobó los espejos retrovisores, quitó el freno de mano y dio una vuelta por el barrio antes de meterse en la autovía y llevarme a hacer sus recados para reemplazar todo el equipo de fotografía que se había estropeado en el accidente.

Renació como un fénix.

—En cualquier caso, ese es el motivo que me tienta a suscribirme a Muerte Súbita. No quiero volver a cometer el error de vivir los días sin darles importancia nunca más. —

Miro a mi alrededor, me pregunto quién sí y quién no se ha suscrito al servicio—. Bajo mi punto de vista la persona que recibe su llamada de Último Día no es la única que muere. Si realmente quieres a alguien, tú también mueres.

Respiro profundamente y tomo conciencia de que estoy vivo.

—Tengo la sensación de que me estoy perdiendo un capítulo de tu historia —dice Orion—. Acabas de vivir esa experiencia traumática. Ahora, más que nunca, deberías aprovechar la oportunidad de que Muerte Súbita te diera algo de tranquilidad.

—Ni que lo digas, me encuentro en una encrucijada. Reconozco la utilidad de Muerte Súbita, pero no estoy seguro de estar preparado para creer en otro ente que resulta tan misterioso. No después de que mis padres utilizaran la religión para darme la espalda.

—Lo siento mucho —dice Dalma—. Es terrible.

—Es una auténtica mierda —asegura Orion.

Casi les digo que no pasa nada, pero no lo hago porque sí que pasa. Puede que me quede mucho por procesar todavía sobre mis sentimientos hacia la fe desde que salí del armario, pero que mis padres usaran a Dios como arma arrojada en mi contra no está bien.

—Gracias por apoyarme —respondo. Es una sensación muy buena sentir que tengo más apoyo. No encontré el suficiente en casa, pero ahora sí lo he hallado en una nueva ciudad.

—Entiendo que tengas sentimientos encontrados —dice Orion mientras mira el reloj de arena en las pantallas gigantes.

—Puede que vosotros me ayudéis a decidirme. ¿Por qué os suscribisteis a Muerte Súbita?

ORION

23:44 HORAS

Los motivos por los que alguien se suscribe a Muerte Súbita revelan mucho sobre esa persona.

Valentino, por ejemplo, antiguo desconocido y actual amigo en proceso, quiere darse de alta en las llamadas de Último Día por una experiencia cercana a la muerte que terminó bien.

Existe una gran diferencia, por supuesto: yo no estoy muerto, pero normalmente siento que vivo cercano a la muerte. Sé que la maldita parca se acerca cada vez más, casi como si se hubiera mudado a nuestra casa; empezó durmiendo en el sofá, luego se sintió sola y desenrolló el colchón inflable en mi habitación, pero su guadaña pinchó el colchón y no le quedó otra que acurrucarse conmigo en mi cama doble. Puede que tenga ese hálito de muerte, pero sigo aquí.

Cuando se habla de cercanía a la muerte o de la muerte en sí misma, conozco ambas caras de la moneda y no soy el único: Dalma también ha pasado por ahí e intercambiamos miradas como si estuviéramos intentando ver quién va a confesar primero los motivos por los que nos dimos de alta en Muerte Súbita.

—¿No querías contar tu historia? —pregunta Dalma—. Es tu momento.

Estoy nervioso, siento la presión de tener que contárselo a Valentino.

—Empiezo yo —dice Dalma sin emoción para darme tiempo—. Verás, mi padre murió de cáncer de riñón cuando

yo tenía tres años, de manera que no recuerdo mucho, solo detalles como que perdió mogollón de peso aunque se limitara a dormir la mayoría del tiempo. Mi madre me decía que estaba enfermo, así que yo le llevaba galletas saladas y *ginger-ale*, pero no mejoraba. —No hay ni un ápice de tristeza en su voz. Lo tiene superado—. Sin embargo, un día desapareció sin que yo entendiera nada y, con el paso del tiempo, al ver que no volvía, lo acabé entendiendo.

Conozco a Dalma de toda la vida, pero nunca la había escuchado hablar de su dolor de esa manera. Parecido a como cuando montas en bici con un pequeño pinchazo en la rueda que deja salir el aire justo para frenarte, pero que te lleva un tiempo hasta que comprendes cuál es el problema. Solo que no, esa analogía es inútil porque si bien esa rueda puede cambiarse o repararse, nadie puede devolverle la vida a su padre y traerlo de vuelta. Además, sin importar lo mucho que le quiere, Dalma corta muy rápido a la gente cuando se refieren a su padrastro como el reemplazo de su padre.

Estoy dispuesto a darle el pésame a Dalma como si se tratara de algo reciente, pero Valentino se adelanta:

—Siento mucho tu pérdida. No es justo que lo perdieras tan joven.

—Son cosas que pasan —dice Dalma encogiéndose de hombros—. Por desgracia, me pasó a mí.

Le choco con el hombro, sabiendo que lo que necesita es un abrazo, pero que no va a dejarse ver tan vulnerable delante de un desconocido o de un amigo en proceso. En casa siempre compartimos historias sobre lo que se siente al vivir sin nuestros padres y mi madre cerca. Como después

de la fiesta de graduación, cuando nos quedamos solos y hablamos sobre la falta de su padre y mis padres entre el público animando junto a los demás, aunque nunca los mencionamos delante de Dayana ni de Floyd porque no queremos hacer que se sientan mal. Es increíble cómo protegemos los sentimientos de los adultos, aunque, en realidad, no.

A la vida no le importa lo joven que eres, te obliga a madurar de todos modos.

—Esa es mi divertida historia en Muerte Súbita —dice Dalma—. Te toca, O-Bro.

Su historia no era divertida y la mía tampoco lo es. Debe haber muchas personas en el país que se estén suscribiendo a Muerte Súbita porque sí, sin motivos aparentes ni traumas que lo justifiquen. Debe de estar bien.

—Tengo un problema cardíaco —confieso y Valentino se sorprende inmediatamente, como cuando el aire frío del invierno te da de golpe en la cara al salir de casa.

—¿Lo dices en serio? —me pregunta—. Pero si pareces estar sano.

—Ya, pero lo que cuenta es el interior, ¿no es cierto? —Suelo gastarle esa broma a todo el mundo, no puedo mentir, pero no consigue sacarle ninguna sonrisa a Valentino—. Me diagnosticaron una cardiomiopatía vírica hace unos años, lo que puede traducirse de manera superdramática como que mi corazón está intentando matarme. Si quieres más detalles médicos aburridos, te recomiendo la página WebMD para enterarte de las claves.

—Una fuente fiable —dice Dalma.

—Pues eso. El caso es que me puedo morir en cualquier

momento y lugar.

—Muerte Súbita te puede ayudar a respirar tranquilo — dice Valentino—. Orion, siento mucho que estés pasando por eso. Estoy impresionado contigo.

Seguramente no tendría que decirle que esas palabras me aceleran el corazón. No intento morirme, pero morir por recibir cumplidos tampoco suena tan mal.

—Ojalá eso fuera todo —añado antes de continuar.

Quiero parar, porque me siento culpable por estar soltándole toda esta charla sobre la muerte a Valentino justo cuando ha venido a Times Square a disfrutar de la vida, pero al ver su cara de preocupación, con las cejas levantadas y esos ojos azules que te atraviesan el alma, me queda claro que está esperando a que le cuente el segundo capítulo de mi historia.

—Mis padres murieron en el 11S.

Hago la pausa que todo el mundo suele necesitar para digerir esa información, pero también he aprendido que no puedes esperar mucho callado porque, si no continúas hablando, alguien más empezará a hablar y a contarte la historia de lo que hizo el 11 de septiembre.

Eso es lo que pasa cuando en tu ciudad sucede algo así de traumático.

Todo el mundo sintió algo en la ciudad, en el país, en el mundo, pero hay un lugar y una hora, y he perdido la cuenta de cuántas veces le he contado a la gente cómo perdí a mis padres y que ellos se limiten a contarme cómo perdieron el autobús a casa ese día o cómo, durante una semana, no les dejaron salir a jugar fuera de casa. ¿Qué se supone que tengo que contestarles? Lo sé perfectamente:

No me interesa; Pudiste seguir con tu vida; mis padres, no. O incluso: Pudiste recuperar tu vida, la mía cambió.

En estos momentos es cuando se agradece contárselo a alguien de fuera, como Valentino.

Permanece callado, bien porque está muy sorprendido como para encontrar palabras que decir, bien porque sabe que no hay palabras que puedan cambiar lo que pasó. No me importa, sé que no se está muriendo de ganas de contarme lo que le pasó a él aquel día. Tiene los labios sellados y los ojos brillantes.

Esta noche, más que nunca, siento que vuelvo a tener nueve años y que revivo ese día.

«Era martes. Estaba en cuarto de primaria y era el segundo día de la primera semana completa del curso. Yo había elegido estar en la patrulla de seguridad, porque era un pelota de manual, a pesar de que lo único que quería era llevar el cinturón verde lima reflectante y asegurarme de que todo el mundo estuviera en clase a tiempo para escuchar los avisos de la mañana. Recuerdo haberme sentido genial conmigo mismo mientras recorría los pasillos con mi nuevo mono azul marino de FUBU y mis deportivas blancas brillantes, cosas que mis padres me compraron para la vuelta al cole».

—Parecía un día normal —digo.

Todavía me cuesta darme cuenta de que no lo fue.

«Había acabado mi turno, así que devolví mi cinturón al mostrador de seguridad, donde el guarda y el jefe de estudios estaban viendo las noticias en una de esas televisiones antiguas tan abultadas que siempre llevaban de una clase a otra dependiendo del profesor que la pidiera

primero».

—La secuencia parecía sacada de una película, pero era muy, muy real. Vi las torres erguidas y ardiendo hasta que se derrumbaron. —Siento un zumbido en la cabeza y un vacío el estómago—. Por si quieres hacerte una idea de lo tonto que era te digo que ni siquiera sabía que estaba sucediendo en Nueva York. El jefe de estudios se refirió a las torres como World Trade Center, pero como yo había crecido llamándolas Torres Gemelas pensé que se trataba de una empresa de videojuegos de otro país y me sentí aliviado de pensar que no estaba sucediendo aquí porque parecía algo espeluznante, así que volví a clase sin darle mayor importancia.

No sé por qué le estoy contando todos y cada uno de los detalles, puede que tenga más capacidad narrativa de la que pienso, porque le estoy describiendo el mismísimo infierno.

A continuación, comparto con él el pensamiento que más me atormenta de todos:

—En ese momento no tenía ni idea de que mis padres habían muerto.

Me limpio algunas lágrimas traicioneras y miro al suelo, ni siquiera soy capaz de mirar a Valentino o a Dalma.

Trato de dejarlo estar, pero los recuerdos pasan uno detrás del otro como la cinta de una película, y pienso en cómo la gente suele decir que antes de morir ven pasar la vida ante sus ojos. Puede que mi cuerpo ya sepa que estoy a unas horas, puede que a minutos, de distancia de recibir mi llamada de Último Día.

Si esta es la última vez que voy a compartir esta historia,

voy a contarla en condiciones.

«Las clases empezaron con normalidad, pero a la hora de comer todo cambió. Los profesores no dieron las clases que tenían preparadas sino que nos decían que nos pusiéramos a leer o a hablar entre nosotros mientras que ellos salían a los pasillos a hablar entre ellos. Nadie nos decía qué estaba pasando. Luego, empezaron a llegar padres a recoger a sus hijos. Seguían sin decirnos nada, pero nos inventamos un juego en clase y apostábamos por ver quién sería el siguiente en irse a casa».

—Hasta que, finalmente, escuché a alguien decir que habían atacado las Torres Gemelas.

«Recuerdo muchas cosas de ese día, pero también tengo algunas lagunas, como no saber quién fue el que soltó esas palabras que fueron una bomba para mí, o cuánto tiempo estuve sentado en esa silla procesando su significado, hasta que, al cabo del rato, me levanté y me dirigí como una especie de zombi a la mesa de mi profesora, la señorita William, y le dije que mis padres habían ido esa mañana a Manhattan a trabajar. Fue amable y usó ese tono de voz que siempre usaba cuando le pedía permiso para ir al baño o necesitaba que me repitiera algo que no había entendido. Entonces me di cuenta de que no me había entendido.

»Mis padres tenían una reunión en las Torres Gemelas —le dije, he dicho esas palabras cien, mil, millones de veces porque todo el mundo quiere saber por qué estaban allí. No es que estuvieran paseando de noche por un callejón oscuro de un barrio de mala muerte, estaban trabajando en un edificio de oficinas durante el horario laboral.

»Mi profesora, una mujer que había estudiado a

Shakespeare y que había ampliado mi vocabulario y elegido mis lecturas, se quedó sin saber qué decirme después de que le dijera dónde estaban mis padres.

»Yo todavía guardaba esperanzas. Mi madre siempre iba tarde y se maquillaba cinco minutos después de la hora a la que se suponía que tenía que salir por la puerta. No dejaba de pensar que lo mismo habían llegado tarde a la reunión por su culpa y que yo tendría muchos más años para poder meterme con ella por esa mala costumbre y que, ese día, agradeceríamos su habilidad para procrastinar».

—Escuchas muchas historias como esa: de gente que debería haber estado en las torres esa mañana, pero que se quedó dormida o pilló caravana o tomó el tren en dirección contraria o se puso mala y se quedó en casa. —Respiro hondo. No me creo que haya estado hablando tanto tiempo y no me creo que nadie me haya interrumpido todavía—. Sin embargo, mis padres no tuvieron esa suerte y yo fui el único niño que quedaba por recoger de todo el colegio.

Llegados a este punto me rompo y lloro desconsoladamente.

No cuento cómo llamaron a Dayana, mi contacto de emergencia, para que viniera a por mí ni mi transición para vivir con Dalma y su familia ni todas las pesadillas que tuve y las que tengo ahora ni lo que cambió o permaneció igual. Probablemente no sería capaz ni de encontrar las palabras si lo intentara, me he dejado inundar por tantos recuerdos que juraría que hace horas que han lanzado Muerte Súbita mientras yo estaba demasiado ocupado pensando en el derrumbe de las torres con mis padres dentro.

—¿Puedo darte un abrazo?

Las palabras de Valentino me sorprenden, atraviesan el aire como si no hubiera otros sonidos: ningún claxon, ningún representante de Muerte Súbita con micrófono, ningún sollozo saliendo de mi boca.

Asiento mientras sigo llorando como si siguiera siendo aquel niño que necesitaba consuelo constantemente para no sentirse tan solo.

Mi corazón late con rapidez cuando me envuelve entre sus brazos. El abrazo es firme, sus pectorales están presionados contra mi pecho plano.

—Odio que hayas tenido que pasar por eso —se lamenta Valentino—. Siento haber preguntado.

—No, empezamos nosotros —respondo mientras niego con la cabeza y froto la barbilla contra su hombro.

Dalma se aclara la garganta antes de decir:

—Yo le tomé un poco el pelo, pero tú fuiste el que preguntaste primero.

Me guiña el ojo, finge inocencia con ese comentario, pero tiene razón y me mortifica justo cuando estoy abrazando a este chico al que le gustan otros chicos, pero que no tengo por qué ser yo.

Rompo el abrazo al darme cuenta.

—Una última cosa —añado secándome las lágrimas.

—¿En serio? —pregunta Dalma y esboza una sonrisa—. Estoy de broma, pero, ahora en serio, dilo rápido que es casi medianoche.

Me giro hacia la pantalla gigante y veo que el reloj de arena ya tiene la parte de abajo casi completa.

—Seré rápido —digo.

—No tienes por qué —replica Valentino.

Apoyo la mano en su hombro, el mismo sobre el que hace un momento estaba mi barbilla, y le digo:

—Verás, es posible que después de esta noche no hablemos más, pero hay algo que me encantaría que te llevaras de este encuentro.

Se inclina con curiosidad.

—Has dicho que si alguien a quien quieres de verdad se muere, entonces tú también mueres. Mira, yo quiero a mis padres una barbaridad y cada vez que hablo de ellos en pasado como si no fueran más que fantasmas en lugar de esos seres vivos que respiraban, me rompo por dentro. — Faltan minutos para la medianoche—. Lo que nadie quiere admitir cuando ve de cerca la muerte o cuando está sumido en el dolor no es más que el hecho de que mientras sigas existiendo, seguirás respirando, y que si respiras, llegará el día en que empezarás a vivir de nuevo.

Sé que suena estúpido, pero juro que veo en sus ojos que me entiende, que se ha grabado esas palabras en la memoria para cuando llegue ese día trágico en el que pierda a alguien, que lo lleva grabado en el corazón.

—Mas no importa lo mucho que vivas, Valentino, siempre te va a perseguir el hecho de no haber podido despedirte de alguien a quien quieres. Sobre todo si tuviste la oportunidad de hacerlo.

Valentino mira el reloj de arena.

—Debería suscribirme antes de que fuera demasiado tarde.

VALENTINO

23:52 HORAS

Me estoy registrando en Muerte Súbita.

Afortunadamente no tengo que esperar cola, ya que tengo un teléfono móvil. Me meto en la web muerte-subita.com y creo una cuenta. Leo por encima las condiciones del servicio y voy directo a rellenar el nombre, el número de la seguridad social, la fecha de nacimiento, el teléfono, y añado a Scarlett como mi contacto de emergencia. La siguiente página informa que el tono de llamada de Muerte Súbita no puede cambiarse, igual que en el caso de otras de las alertas del gobierno, como, por ejemplo, la alerta Amber. Llega el momento de pagar. No quiero pagar el año entero y el coste de un mes es demasiado teniendo en cuenta los gastos que voy a tener a partir de ahora, así que elijo la suscripción de un día para ver lo que se siente al formar parte de Muerte Súbita. Confirmando la suscripción, y me dan la bienvenida con una nueva página:

Mensaje del Fundador

Bienvenido a Muerte Súbita, lugar donde tomas las riendas de tu vida y de tu muerte.

En la empresa nos referimos a aquellas personas que se están muriendo como Fiambres. ¿Por qué Fiambres?, te preguntarás. Porque queremos recordarte que eres el capitán de tu propio barco, el que navega y dirige la travesía. Leva anclas o, dicho de otra forma, disfruta de la vida, que ya habrá tiempo de ser comida para peces.

No esperes a quedarte sin tiempo.

Aunque, de ser así, Muerte Súbita está a tu servicio.
—Joaquín Rosa

—Hecho —digo guardando el teléfono.

—¿Cómo te sientes? —me pregunta Orion.

—Solo he pagado por un día, por si me arrepiento.

—Bien pensado —apunta Dalma.

—Espero que nunca lo necesites —añade Orion.

Nunca deberíamos decir «nunca», ya que no creo que nadie me quiera modelando con doscientos años, pero entiendo a lo que se refiere. De verdad que odio que Orion tenga tanta conciencia sobre la muerte, pero no tanto como me gusta el hecho de que, a partir de ahora, vaya a formar parte de mi vida.

Estoy empezando a plantearme si existe el destino.

La forma en que Orion estaba hablando sobre esas casi víctimas del derrumbe de las torres hace que me pregunte si fue cosa del destino o si fue pura suerte. ¿Y lo de haber conocido a Orion y a Dalma esta noche? ¿Ha sido cosa del destino? ¿Habría sucedido también si hubiera salido del apartamento antes? ¿O más tarde? ¿Qué habría pasado si hubiera ido en tren? Quién sabe si nuestros caminos se hubieran cruzado alguna vez. Lo que sí sé es que los he conocido y que son dos personas increíblemente fuertes. Me sorprende que sigan resistiendo.

Sobre todo Orion.

Se deja llevar por el corazón más incluso que Dalma, como si fuera una especie de efecto secundario de la cardiomiopatía viral. Es muy entrañable. Aquellos que se dedican a emitir juicios de valor sobre los neoyorquinos y su hostilidad no han conocido al Orion vulnerable.

Dalma comprueba su móvil.

—Faltan un par de minutos para que la vida deje de ser como la conocemos. Vamos a animarnos un poco. ¿Qué queréis hacer de ahora en adelante? Yo quiero decidir qué aplicación quiero crear y empezar a diseñarla.

Tengo una larga lista de cosas que quiero hacer. Portadas de revistas, apariciones en la gala MET, desfilas por la pasarela de la semana de la moda. Sin embargo, no son cosas que vaya a conseguir este año. Tengo que invertir mi tiempo y trabajar duro para alcanzar ese estatus. Eso es lo que voy a seguir haciendo. Conseguiré más sesiones de fotos y seguiré ganando músculo para que me tomen en serio los cazatalentos, pero después de todo lo que he sentido esta noche mientras paseaba por la ciudad y hacía nuevos amigos me siento lo suficientemente inspirado como para afirmar:

—Quiero crear buenos recuerdos. Algo a lo que recurrir cuando vengan tiempos difíciles.

—Me gusta como piensas —dice Orion sonriendo.

Sin embargo, puedo ver que hay dolor escondido tras esa sonrisa.

—¿Y tú qué?

—Sé rápido —insiste Dalma.

En realidad, no me importaría que Orion se tomara su tiempo para contar otra historia.

—No quiero morir —escupe Orion.

—¿No he dicho que íbamos a animarnos?

—Vaale, pues quiero seguir vivo.

Me hace gracia cómo ha dicho lo mismo solo que dándole la vuelta, pero a él parece que no tanto. Dirigimos nuestra

atención a la pantalla gigante, pero Orion mantiene los ojos cerrados como si no quisiera mirar el reloj de arena. Tiene escalofríos a pesar del calor que hace, siempre y cuando no corra la brisa. No, está temblando. El labio inferior no para de temblarle. Creo que tiene miedo de morir, como si Muerte Súbita fuera a llamarlo de verdad en el próximo minuto. Lo llamo y me mira, pero vuelve a cerrar los ojos. Está conteniendo más lágrimas. No hay necesidad de aguantarse las ganas de llorar; de hecho, yo he llorado muchas veces a lo largo del día de hoy.

—Todo va a ir bien —le digo en el oído.

No es una promesa que pueda hacerle, pero espero que sea verdad de ahora en adelante.

ORION

23:59 HORAS

Escribo relatos cortos porque yo soy uno.

Ojalá fuera una novela.

A tan solo unas respiraciones de que sea medianoche, sé que mi último capítulo se acerca.

Miro a Valentino y me pregunto qué tipo de vida podría haberme ofrecido si mi historia tuviera más páginas.



SEGUNDA PARTE
MUERTE SÚBITA

Muerte Súbita no solo les dirá a las personas cuándo van a morir, sino que también se asegurará de que vivan.

—Joaquín Rosa, creador de Muerte Súbita.

30 de julio de 2010

JOAQUÍN ROSA

00:00 HORAS

Muerte Súbita podría llamar a Joaquín Rosa para decirle que va a morir, pero sería una lástima para el creador de la empresa no vivir el tiempo suficiente para ver cómo su creación cambia el concepto de vida tal y como lo conocemos.

La verdad sea dicha, hay mucha gente que desearía que Joaquín muriera.

La gente le teme al cambio, y este es el mayor cambio que el mundo ha experimentado desde la creación de internet. Tampoco ayuda que Joaquín no le contara al público cómo su empresa es capaz de predecir la muerte de alguien. Entiende la curiosidad que se esconde tras este servicio tan innovador. Hasta se ha entretenido con las locas teorías de la gente, como la que afirma que son videntes con bolas de cristal futurísticas; la de que son una organización de asesinos que matan para equilibrar un mundo sobrepoblado; y, su favorita, que son viajeros del tiempo que saltan al futuro y vuelven con las esquelas de los siguientes días. No obstante, Joaquín mantiene la boca cerrada porque no cree que el mundo esté preparado para conocer la verdad.

Una vez que se sepa, no habrá vuelta atrás.

Poco después de la creación secreta de Muerte Súbita, Joaquín se lo reveló todo al Servicio de Inteligencia, y cuando dice «todo», quiere decir «todo». Muerte Súbita se convirtió en el trabajo de toda una vida, la de Joaquín, una

misión incluso más importante que la de ser padre, y un trabajo que podrían tirar por tierra fácilmente si no contara con el apoyo del gobierno. El proceso fue agotador, tanto que estuvo tentado de abandonar antes siquiera de empezar, pero el servicio que Muerte Súbita podría proporcionar era demasiado importante para todo aquel a quien la parca le hubiera arrebatado a alguien sin previo aviso. Ni que decir tiene que algunas de las intenciones de Joaquín fueron limitadas por el gobierno y que le teme al día en que se abuse del poder de Muerte Súbita, pero, por ahora, le han dado permiso para que comenzara a trabajar.

Por fin ha llegado el momento.

Dentro de la sede principal de Muerte Súbita en la ciudad de Nueva York, Joaquín Rosa está preparado para cambiar el mundo.

Va a hacer historia llamando al primer Fiambre, el nombre oficial con el que decidió que su equipo se refiriera a aquellos que están a punto de morir. Piensa que cada Fiambre debe ser tratado como si fueran los capitanes de su propio barco, quienes dirigen sus travesías hacia el confín de los mares, es decir, hasta la muerte.

Hay una cita del autor John A. Shedd en la que Joaquín piensa a menudo: «Un barco está seguro en el puerto, pero no fue construido para eso».

Le gusta pensar que le está dando la oportunidad a la gente de llevar el timón de su vida por última vez.

Algo más temprano, esa misma mañana, durante un especial de la CNN, le preguntaron a Joaquín si las notificaciones del Último Día no eran una forma de interferir en el transcurso de la vida y en cómo la vivimos sin saber

cuándo va a terminar.

—Si la gente quiere misterio, puede leer una novela policíaca —respondió Joaquín con media sonrisa—. Si esta es nuestra única vida, la viviremos mucho mejor sin esa aura de misterio que nos impide saber cuándo va a terminar. ¿Sabes lo que no puedes hacer una vez que te declaren muerto? No puedes dejar en orden tus finanzas familiares. No puedes hacer aquello que llevas posponiendo toda la vida por miedo. No puedes pedir perdón. No puedes decirle a alguien que le quieres. —Joaquín descruzó las piernas y se inclinó hacia delante, acercándose al periodista como si fuera a compartir el secreto más grande del universo—. Muerte Súbita no solo les dirá a las personas cuándo van a morir, sino que también se asegurará de que vivan.

Joaquín conocía de primera mano la desolación que se siente al perder a alguien de manera inesperada.

Ya es medianoche, pero nadie está celebrando nada.

Todas las miradas están fijas en él, que está sentado frente a un ordenador en el centro de las oficinas de Muerte Súbita.

La habitación tiene paredes coloridas, plantas alegres y bien cuidadas, fuentes de piedra con pequeñas cascadas que caen sobre rocas blancas. Es un fondo hermoso para sacarse fotos, sí, pero fue diseñado por su mujer para crear un ambiente de trabajo relajado para los teleoperadores, también llamados «heraldos» por ser los mensajeros, durante sus angustiosos turnos. Este trabajo puede marcar a las personas, Joaquín lo sabe. Por eso, en lugar de videntes, asesinos o viajeros del tiempo, la gente

encontrará a psicólogos y trabajadores sociales al otro lado del teléfono, para poder consolar y proteger a los Fiambres de sí mismos.

Cruza rápidamente la mirada con su esposa, Naya, y su hijo de nueve años, Alano, que están esperando igual de sobrecogidos que los demás. Su familia ha pasado muchos malos ratos desde que se presentó Muerte Súbita el pasado 1 de julio, pero por fin van a ver los frutos del trabajo de Joaquín.

Se lo compensará algún día.

Joaquín levanta el teléfono.

El sonido de los obturadores de las cámaras ahoga el de las fuentes relajantes. Es la única vez que Joaquín autorizará la entrada de fotógrafos a las instalaciones. Están aquí para capturar este momento histórico. Todavía se pregunta qué fotografía será la que aparezca en las portadas del periódico y si será lo suficientemente representativa como para ser también la portada de su inevitable autobiografía.

Hacen más fotos mientras Joaquín enciende el ordenador, la pantalla está dispuesta de forma que solo él puede ver lo que aparece. Una de las muchas promesas que Joaquín hizo al público fue que se respetaría la privacidad de todo el mundo y él nunca traicionaría esa confianza.

Lee el nombre que encabeza la lista y marca el número de teléfono.

Es hora de llamar al primer Fiambre y decirle que va a morir hoy.

ORION

00:01 HORAS

Muerte Súbita me está llamando.

Conque así termina todo, la maldita parca por fin viene a por mí. No llegaré a ver cómo le va el primer año a Muerte Súbita, ni el siguiente, ni el siguiente, ni el siguiente, ni el siguiente. Puede que ni siquiera sobreviva la próxima hora y pase a formar parte del pasado. No puedo respirar y siento que podría morir ahora mismo. El corazón me va a mil por hora y está latiendo incluso más rápido de lo que va el ritmo del tono de llamada de Muerte Súbita, que suena como si un niño estuviera aporreando las campanas de una iglesia. El sonido suena cada vez más fuerte, como mostraban que sucedería en todos los vídeos de ejemplo para asegurarse de que nadie perdiera la llamada, e incluso aunque el aviso es solamente para mí, siento que está acabando con la vida de todo el que me rodea. Todo el mundo está mirando sus teléfonos hasta que se dan cuenta de que es mi Último Día y no el suyo, ya que ellos tienen todo el tiempo del universo.

Estoy arropado por Dalma y Valentino, pero no puedo mirarlos, no quiero ver en sus ojos la realidad de lo que está sucediendo.

Hace un minuto que se ha lanzado Muerte Súbita y ahora voy a morir, algo para lo que me llevo preparando los últimos años de mi vida pero para lo que todavía no estoy listo. Todavía no. No quiero morir, quiero vivir, vivir, vivir.

Saco el teléfono aunque no quiera responder mi llamada de Último Día y es entonces cuando veo que la pantalla del teléfono está negra, apagada y en silencio. No aparece

MUERTE SÚBITA en el identificador de llamada, no vibra, no suena.

No me están llamando a mí.

El corazón me sigue yendo a mil por hora cuando levanto la mirada y veo que Valentino tiene el teléfono en la mano y que no deja de sonar con el aviso de su vida.

VALENTINO

00:02 HORAS

Muerte Súbita está llamando para decirme que estoy a punto de morir, cuando mi vida no ha hecho más que empezar.

Tiene que ser un error.

Orion y Dalma, al igual que un grupo de extraños, me miran horrorizados, aunque no deberían. Es imposible que me vaya a morir. Muerte Súbita es nueva y tienen que cometer errores. Cuando lo aclare, podremos seguir festejando.

—No os preocupéis —les digo a Orion y a Dalma—. Seguro que mucha gente acaba de recibir llamadas que no tendría que haber recibido.

—¿Como una llamada por error? —pregunta Dalma—. No creo que los heraldos de Muerte Súbita...

—Perdón por interrumpirte, pero los heraldos también son humanos. —Señalo con la cabeza a los creyentes en los extraterrestres que están mirando al cielo esperando a que los abduzcan—. Así que, a menos que los heraldos sean verdaderos alienígenas y hayamos entendido esto mal, deberíamos pensar que se trata de un error humano.

—Exactamente —me apoya Orion, pero no creo que me crea.

—Acabo de darme de alta. Tiene que haber sido un error.

Muchas miradas están fijas en mí y así no es como quiero que la gente me vea.

Es hora de demostrar a los demás que se equivocan para poder seguir con la vida.

Deslizo el pulgar por la pantalla del móvil para responder a esta llamada errónea del Último Día.

—¿Dígame?

—Hola, le llamo de Muerte Súbita —dice una voz profunda y familiar, la que todos conocemos desde el día en que salió al lado del presidente a presentar su nuevo programa—. Soy Joaquín Rosa, ¿hablo con Valentino Prince?

Escuchar a Joaquín Rosa, el señor Muerte Súbita *per se*, decir mi nombre me sorprende. Es similar a cuando cada vez que salgo a correr a las cinco de la mañana me golpea la ráfaga de aire frío en la cara. Siempre existe la tentación de volver a entrar, permanecer calentito y cómodo y descansar. Sin embargo, soy ese tipo de persona a la que le gusta moverse porque es el único modo de avanzar en la vida. Incluso ahora, siento la necesidad de colgar el teléfono y fingir que esta llamada nunca se ha producido, pero no dejaría de pensar en el tema. Estoy seguro de que Joaquín me está llamando porque alguien de atención al cliente se ha dado cuenta de que hay un error en mi solicitud de registro y, como es una noche muy complicada para todos, Joaquín ha decidido hacerse cargo personalmente para comprobar que no haya problemas cuando Muerte Súbita me llame para informarme sobre mi Último Día en algún momento de las próximas décadas. Es extremadamente atento por su parte tomarse el tiempo de hacer esto en un día tan importante.

—Hola, señor Rosa. Soy Valentino. ¿Va todo bien?

Hay un silencio largo. Estaba a punto de comprobar que no me hubiera colgado cuando dice:

—Por desgracia, no, Valentino.

—Ah, ¿qué sucede? ¿He cometido algún error al registrarme?

—Valentino, lamento informarte que en algún momento de las siguientes veinticuatro horas vas a morir —dice Joaquín—. Aunque no hay nada que yo pueda hacer para cambiar eso, quiero que sepas que todavía tienes una última oportunidad de vivir.

Estoy negando con la cabeza como si él pudiera verme, pero Orion, Dalma y un grupo de extraños sí que pueden. No me importa que me vean Orion y Dalma, pero el resto me está mirando como si estuvieran esperando a que empezase un espectáculo de *break dance*. Desearía que Times Square se quedara a oscuras ahora mismo, casi como habían profetizado todos los agoreros, solo que no quiero que el mundo se acabe para nadie, mucho menos para mí.

—¿Seguro que no se ha equivocado al llamar? Tiene que ser un error, yo... —Quiero decirle que estoy sano, pero hago contacto visual con un Orion lloroso, que no necesita que le recuerden que de los dos él era el que más probabilidades tenía de recibir su llamada de Último Día. Luego recuerdo que estar sano no sirve de nada cuando un coche te atropella. Mi hermana casi pierde la vida en un accidente ¿y ahora voy a morir yo?—. Me he registrado justo antes de medianoche. Tiene que ser un error —concluyo sin querer dar mi brazo a torcer.

—Lamento mucho que no lo sea —responde Joaquín.

—¿Eso cómo lo sabe? ¿Cómo sabe *usted* eso? Se puede equivocar.

—Ojalá estuviera equivocado, pero no.

—Puede estarlo, señor Rosa. Puede haberme confundido

con otro Valentino Prince.

Existen más, lo sé. Llevo buscando mi nombre en las imágenes de Google desde que empecé a modelar y mis fotos han acabado haciendo desaparecer a las de los otros Valentino Prince del país. Era como ir ganando en un concurso de popularidad. Se supone que hay, que *habrá*, más fotos mías en los próximos años.

—Entiendo que no es una noticia fácil de digerir —añade Joaquín—. Me parte el corazón dártela.

—Ni siquiera sabía que serías tú el que haría las llamadas.

—No lo soy, pero al tratarse de la primera llamada oficial de Último Día, tenía que hacerla yo.

La primera.

Esta es la primera llamada.

La primera vez que Muerte Súbita llama a alguien para decirle que va a morir.

No es así como quiero pasar a la historia.

—No quiero ser el primero —digo. Debo de estar sonando como un crío de nuevo, que le está suplicando a sus padres que bañen a Scarlett o que sea ella quien vea al dentista antes.

—Por desgracia, no sé en qué momento del día de hoy vas a morir, pero haber sido el primero en recibir la llamada no significa que vayas a ser el primero en morir.

Podría desmayarme aquí mismo.

Estoy hablando por teléfono con Joaquín Rosa minutos más tarde de que hayan lanzado Muerte Súbita por todo el país y él está convencido de que yo, Valentino Prince, el primer Fambre oficial, voy a morir hoy, pero no sabe cuándo ni cómo. Al menos eso es lo que dice, y algo me dice

que pedirle que sea sincero ahora que puedo llevarme el secreto a la tumba no va a servir de nada.

—Valentino, ¿cómo puedo ayudarte? ¿Estás solo?

Ninguno de los que estamos en Times Square está solo, pero parece que sí. Soy el único que está pasando por esto ahora mismo. Mis ojos vuelven a encontrarse con Orion, como atraídos por un imán, que está más que acostumbrado a sentir este miedo a la muerte.

—No, no estoy solo —respondo.

—Me alegra escuchar eso —dice Joaquín.

Si fuera más polémico, le rebatiría. Puedo no estar solo, pero no estoy con quien debería estar. Scarlett no llega hasta por la mañana, aunque puede que deba decirle que no se suba al avión y sacarme yo un vuelo de vuelta para ver a todo el mundo: Scarlett, mis amigos del instituto, los vecinos amables. Puede que incluso mis padres me dedicaran un momento dadas las circunstancias, pero el tiempo es muy ajustado. Las horas que perdería en el aeropuerto y en el avión puedo invertirlas en vivir.

Estar pensando en esto es demasiado surrealista.

Vine a Nueva York a cambiar mi vida y ahora resulta que voy a morir aquí.

Vuelvo a prestar atención a la llamada.

—A menos que tenga algo más concreto que decirme, supongo que esto es todo, ¿no? —digo preparado para colgar y poder seguir con mi vida.

—Antes de que cuelgues, Valentino, quiero que sepas que en muerte-subita.com hay varios recursos sobre cómo decir a tus seres queridos que estás viviendo tu Último Día. Están escritos por profesionales. También hay algunas actividades

programadas para pasar el día, por si quieres participar — dice Joaquín.

¿De verdad Muerte Súbita cree que los Fiambres se van a quedar sin hacer nada?

Ya tengo planes para hoy. Voy a dormir en mi nuevo apartamento antes de mi sesión de fotos de mañana por la mañana, luego Scarlett y yo iremos a descubrir la ciudad, organizaremos nuestra casa y es probable que lo celebremos cenando sentados en el suelo de madera mientras usamos las cajas de cartón a modo de mesas y, más tarde, o muchas horas antes, se supone que moriré.

—Tengo planes —respondo.

—Muy bien. Te dejo entonces —se despide Joaquín—. En nombre de Muerte Súbita te digo que lamentamos perderte. Vive este día al máximo.

Nadie me va a perder.

No voy a morir.

Voy a vivir.

Justo cuando estoy a punto de colgar el teléfono, el sonido de un disparo resuena por Times Square.

ORION

00:06 HORAS

Justo cuando pensaba que esta noche no iba a escuchar nada más aterrador que el sonido del tono de llamada de Muerte Súbita, suena un disparo.

Disparos.

Toda la gente que estaba rodeando a Valentino empieza a correr en todas direcciones, como cucarachas al ver la luz. Un hombre con una máscara de calavera aparece de la nada disparando una pistola. Dalma me tira de la muñeca para que podamos salir de aquí, pero me paro cuando veo que Valentino se queda quieto como si fuera una de esas personas que finge ser una estatua. Me pregunto si está sorprendido porque el hombre con la máscara de calavera está apuntando el arma en su dirección, o si simplemente se ha resignado a aceptar su destino.

Puede que él sí, pero yo no.

Corro hacia Valentino y lo tiro al suelo justo cuando el tipo vuelve a disparar. Suena otro disparo, este pertenece a los oficiales de policía que están persiguiendo al hombre con la máscara de calavera mientras huye. Ya ha pasado a la altura de Dalma, que está escondida detrás de una papelera a rebosar. Está aterrorizada, tengo que sacarla de aquí; todos tenemos que irnos, pero no puedo moverme.

Siento como si una especie de aire comprimido me inflara el pecho, y este amenazara con explotar tan fuerte que me pulverizaría los huesos. Siento una quemazón entre los omóplatos y no sé si es porque una bala me ha alcanzado o no. Puede que no me haya dado cuenta por la adrenalina, o

por lo rápido que ha cambiado y terminado la vida desde medianoche. Quiero palparme para ver si me ha alcanzado una bala, pero siento unos dolores punzantes en los brazos, como si alguien me los estuviera rajando con cuchillos de arriba abajo una y otra vez. Voy a entrar en parada cardíaca, es la clase de ataque al corazón que siempre he considerado fulminante. Intento masajearme el pecho y sentarme para disminuir el dolor, pero es demasiado fuerte y caigo boca arriba con la cara a la altura de la de Valentino, que está horrorizado.

¿Acabo de salvarle la vida?

De ser así, al cambiar su destino, ¿también he cambiado el mío?

¿Voy a morir yo en su lugar?

¿O vamos a morir ambos hoy?

JOAQUÍN ROSA

00:07 HORAS

«Así termina el mundo. / No con un estruendo, sino con un gemido».

Esta cita tan famosa del poeta T. S. Eliot es lo primero en lo que Joaquín Rosa piensa después de haberle colgado a Valentino Prince. Ya sabe cómo va a expresarlo en su autobiografía:

Así termina la primera llamada de Muerte Súbita, no con un gemido, sino con un estruendo.

Joaquín estaba convencido de que habría algún sollozo después de decirle al primer Fiambre que moriría hoy, pero en lugar de eso hubo un estruendo, un disparo. Muchos disparos, para ser más precisos, y cada uno le hizo querer saltar de la silla como si le estuvieran dando todas las balas. Él está a salvo, afortunadamente, pero no puede decir lo mismo del resto de Fiambres del día de hoy que pueden ser víctimas de este ataque.

¿Es Valentino Prince una víctima o el atacante?

Resolver ese misterio no es trabajo de Joaquín.

Eliminar el misterio de la ecuación de cuándo alguien va a morir, sí.

Joaquín se levanta de la silla, y se gira hacia los heraldos que estaban esperando sus órdenes a ambos lados.

—Que empiecen las llamadas de Último Día —dice tratando de mantener la compostura. La llamada fue privada, así que nadie más escuchó los disparos, pero no llevaría mucho tiempo hasta que alguien uniera las piezas de que un acto violento había sucedido momentos después

de que él hablara con el primer Fiambre. Sabe que culparán a Muerte Súbita del ataque y que asustarán a los inversores que necesita para poder lanzar el programa a nivel mundial.

Los heraldos parecen fantasmas mientras se mueven por la habitación vestidos con camisas blancas de botones, pantalones grises de vestir y pajaritas. Joaquín los instruyó para que parecieran relajados, tranquilos y serenos, justo la imagen que el mundo necesita para entender la fuerza y la profesionalidad de la gente que trabaja al otro lado de los teléfonos y ordenadores. Deja escapar un suspiro mientras los heraldos se sientan, encienden las pantallas y empiezan a trabajar.

Un intercambio de miradas entre Naya y Joaquín es suficiente para que su mujer sepa que algo no va bien. Le pondrá al día en cuanto los medios de comunicación se vayan, pero tendrá que ser rápido porque en cuanto les devuelvan los teléfonos a esos reporteros y periodistas se enterarán del ataque y todo el mundo culpará a Muerte Súbita.

No puede decirlo en voz alta, pero él sabe que la muerte de una persona es simplemente una contribución al inicio de esta empresa y *no* el resultado de la existencia de Muerte Súbita. No importa lo que diga la gente.

Mientras Joaquín mira a los heraldos y a los fotógrafos, un pensamiento le cruza la mente: hay una clara competencia para ver qué saldrá en la portada de su autobiografía. Después de todo no hay nada como el estruendo de un disparo para que la vida de un hombre pase por delante de sus ojos: Joaquín solo espera que la cámara haya captado su reacción.

Si no, habría sido el desperdicio de un momento trágico.

VALENTINO

00:12 HORAS

Todo el mundo corre para salvar sus vidas menos yo.

Ya no tengo vida que salvar.

Siempre he hecho todo lo posible por avanzar cuando la vida me ha puesto un reto por delante, trabajos matutinos, subir de peso en las series del gimnasio, rechazar los castings que hacían que no me sintiera bien conmigo mismo, pero ¿qué se supone que tengo que hacer cuando voy a morir? ¿Aceptarlo?

Cuando escucho el disparo, me quedo de piedra.

No esperaba ver balas volando esta noche. ¿Así es como voy a morir?

Es un pensamiento tan aterrador que no consigo que mi cuerpo reaccione y me quedo tumbado en el suelo, temblando como un animal al que han abandonado en la intemperie. La estampida sigue su curso a mi alrededor. La gente pasa a mi lado corriendo, otros me saltan, incluso me dan alguna patada en la espalda. En un momento, Orion está tumbado mirando al cielo y, a continuación, aparece Dalma de la nada. Lo ayuda a sentarse y pide auxilio gritando y grita *mi* nombre en busca de ayuda.

—¡Le está dando un infarto, Valentino, por favor, ayuda! — Dalma sostiene a Orion contra su pecho, le mete una pastilla en la boca y le pide que se la trague—. Aguanta, O-Bro, te conseguiré ayuda.

Es muy raro cómo solemos decirle a quien se está muriendo que aguante, como si tuviera elección.

¿Tengo elección? Puedo decirle al mundo: *No, hoy no voy a*

morir. Inténtalo de nuevo más tarde.

—¡Necesitamos un médico! —grita Dalma.

Ni una sola persona deja de correr. ¿Cuántos darán por hecho que Orion ya está muerto? Bueno, son tontos. Yo también lo soy. Orion podría haber escapado, pero no lo hizo. Se quedó conmigo; más que eso, me salvó la vida aunque supiera que voy a morir.

Me equivoqué al pensar que ya no tenía una vida que salvar. La tengo y no solo la mía.

Si hay algo que pueda hacer para asegurarme de que Muerte Súbita no llame a Orion también, es el momento de hacerlo.

No pienso en mi situación personal, me centro en tomar conciencia de mi propio cuerpo y me siento, pongo las manos en el suelo para levantarme y me incorporo.

—Deja que yo lo sostenga —digo.

Dalma me deja espacio y recoge del suelo la gorra de Orion que se ha caído y ha dejado al descubierto un bosque de rizos marrones. Levanto a Orion y lo llevo en brazos como si fuera Superman tras haber rescatado a un civil del cielo. Si lo hago bien, hasta podría ser un héroe.

—¿Por dónde vamos?

—Por aquí —dice Dalma, que nos aleja de la estampida y nos lleva por la Cuarenta y Siete.

—¿No deberíamos llamar a una ambulancia?

—No puedo arriesgarme a que no atiendan a Orion a favor de alguien a quien han disparado.

¿Cuánto tiempo les llevará a los médicos empezar a no molestarse siquiera en tratar a alguien que saben que es un Fambre? ¿Una semana, un mes, un año?

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Estoy buscando los hospitales más cercanos —dice Dalma mientras navega por Google Maps—. La Universidad de Nueva York tiene un hospital en la Treinta y Uno, pero hubo una vez que un médico atendió mal a Orion allí, así que deberíamos ir al Lenox Hill en la Setenta y Siete.

—Yo vivo ahí.

Dalma me mira por encima del hombro como si esperara que le explicara el motivo por el que esa coincidencia es importante. No lo es.

—Mantenlo derecho —ordena.

No entiendo por qué es necesario mantenerlo derecho, pero hago lo que me dice. Le giro la cabeza de manera que la cara quede apoyada sobre mi hombro. Tiene los ojos cerrados y sigue presionándose con la mano el pecho a la altura del corazón, como si se estuviera haciendo una RCP. Supongo que es lo que está haciendo. No sé cuánto le está ayudando, ya que también está haciendo mucho esfuerzo tratando de respirar hondo, pero sin conseguirlo. Así es como luce luchar por seguir con vida.

Dalma localiza un taxi, lo que se convierte en una carrera entre ella y otra persona para pararlo. Gana Dalma y protege la puerta de atrás como si su vida dependiera de ello. Trato de llegar lo antes posible sin caerme y, cuando llego al coche, dejo a Orion en el asiento de en medio y le ajusto el cinturón de seguridad a la cintura.

—¿Está bien? —pregunta el taxista.

—No —responde Dalma—. Al Hospital Lenox Hill, por favor.

—Deberíais llamar a una ambulancia —contesta.

—¡Mi hermano va a morir en su coche a menos que se

ponga en marcha ya!

—Eso es lo que me preocupa.

El taxista empieza a conducir sin dejar de mirar a Orion por el retrovisor. No se limita a hacerlo solo cuando estamos parados en un semáforo, sino también mientras conduce. Por conductores como este casi muere mi hermana.

—¿Le importaría mantener los ojos en la carretera, por favor?

El *por favor* no enmascara el enfado en mi voz, pero funciona.

Durante el trayecto, no dejo de preguntarme si estoy poniendo a Orion y a Dalma en peligro. Si han dicho que tengo que morir, ¿eso no me convierte en un imán para la muerte? No lo sé, pero se trata de un pensamiento muy desolador. ¿No se supone que el motivo principal de avisar a los Fiambres a través de las llamadas de Último Día es el de darles una oportunidad de poner sus asuntos en orden y abrazar por última vez a su familia y amigos? Supongo que da lo mismo, ya que mi familia está en la otra punta del país.

Busco el teléfono para llamar a Scarlett y contarle las noticias, pero no está en el bolsillo. Compruebo tres veces los bolsillos de mis pantalones como si fuera a aparecer mágicamente, por eso de que a la tercera va la vencida, pero, obviamente, no está. ¿Dónde...?

Mierda.

Nunca me separo del móvil, tampoco es que tenga oportunidad de hacerlo. Le estaba colgando a Joaquín Rosa cuando escuché el primer disparo y me quedé de piedra. Luego Orion me placó y el teléfono se me debió caer de la

mano. Este es el peor comienzo de mi último día en la Tierra. Volver a Times Square para buscar el móvil sería una estupidez. Si me engañan una vez, la culpa es de Nueva York. Si me engañan dos veces, la culpa ya es mía por arriesgar mi vida para llamar a mi hermana y mantener la esperanza de que Muerte Súbita pueda llamarme de nuevo para decirme que, en realidad, no es mi Último Día.

El teléfono no está y me toca aceptarlo al igual que mi destino.

De todas formas, ya ha cumplido su labor.

Ninguna llamada puede ser tan revolucionaria como la que ha iniciado todo este estropicio.

JOAQUÍN ROSA

00:21 HORAS

No era así como Joaquín Rosa se había imaginado el lanzamiento de Muerte Súbita.

Pensaba que las llamadas serían más simples.

Estadísticamente, se produce un aumento en la tasa de muerte durante las vacaciones. Más conductores en la carretera suponen un mayor número de accidentes. Fumarse un cigarro a medias con un familiar puede producir problemas en los pulmones de uno de ellos y, como no es posible tratarlo en unas urgencias faltas de personal, el día queda marcado por la muerte. Por no hablar de la cantidad de suicidios que se producen en este mundo cruel. Es doloroso, sí, pero últimamente no son poco frecuentes. No obstante, hoy no es un día festivo tradicional.

Puede que todavía sea muy temprano, pero Joaquín esperaba que, a estas alturas, ya hubieran empezado a llegar algunas felicitaciones. ¿Cuánta gente está viviendo de manera diferente, más concienciada, desde que ha descubierto que hoy no es un sábado cualquiera sino que es su último sábado, su verdadero Último Día?

En lugar de tratar a Joaquín como a un ángel, lo están poniendo a la altura del demonio.

—Hablan de mí como si yo fuera el malo —le dice Joaquín a su mujer. Está en el despacho de la empresa, mirando Twitter en el portátil mientras Naya lo observa desde atrás. Es desgarrador y todo un golpe de realidad. Nadie sabe los sacrificios que ha hecho para poder ofrecer esas predicciones al público—. La gente sabe que yo no inventé

la muerte, ¿verdad?

—Estás reinventando la muerte —contesta Naya.

—Estoy reinventando nuestra manera de *vivir* con la muerte —matiza Joaquín.

—Yo conozco los lemas de Muerte Súbita, cariño. —Naya se sienta al lado de Joaquín, le levanta las manos y las aparta del teclado—. Sin embargo, el resto de la gente todavía no los entiende. Te avisé de que dar un paso al frente también iba a suponer ser la cara que la gente relacione con la muerte hasta que empiecen a verlo de otra manera.

Joaquín desearía ser realmente un vidente todopoderoso del espacio que pudiera ver el futuro para saber cuándo acabará este acoso. Se muere de ganas de seguir leyendo comentarios solo para encontrar a alguien que piense diferente y que alce la voz para tratar de cambiar la opinión de los demás, para recordarles que Joaquín es un ser humano más que ama la vida.

—Solo intento ayudar —afirma y se pregunta si, quizás, ha cometido un error.

Quizá Muerte Súbita no tendría que haber salido a la luz.

—Estás ayudando —responde Naya—, pero hasta que crean en ti, no te olvides de quienes ya lo hacemos.

Joaquín mira a su inteligente y hermosa mujer y reza para que Muerte Súbita no los llame a ninguno hasta que cumplan los cien años, para así poder envejecer juntos. En los votos nupciales, le dijo a Naya que quería amarla incluso cuando tuviera más arrugas que cualquiera de las camisas que él hacía un bollo y metía en el armario al llegar a casa. A ella le pareció gracioso, a pesar de que a otros no, y al

igual que la primera vez que la escuchó reír en una cafetería, supo que esa sería una melodía que podría escuchar en bucle durante el resto de su vida.

Joaquín y Naya se giran al mismo tiempo y miran a su hijo. Alano tiene tan solo nueve años y les costó mucho tiempo poder concebirlo. Los Rosa lo intentaron de manera insistente, se rindieron y lo volvieron a intentar sin éxito. Joaquín no dejaba de culparse y se enfadaba con que sus espermatozoides ni siquiera cruzaran la línea de meta. Se negaba a hablar sobre la adopción porque él quería un hijo que tuviera su propio ADN y el de Naya.

El milagro sucedió y aquí está: Alano Ángel Rosa.

Está dormido en el sofá con su nuevo cachorro de pastor alemán, como si esta noche no fuera el inicio de una nueva era.

Teniendo en cuenta cómo se ha ido desarrollando la noche, quizá sea lo mejor que su hijo no esté siendo testigo de estos horrores.

Puede que Joaquín no sea el demonio, pero, si es necesario, dejará que todo el mundo piense lo contrario.

Pronto se darán cuenta de quiénes son los verdaderos monstruos y comprenderán que él siempre ha sido el héroe.

VALENTINO

00:29 HORAS

De camino al hospital, no puedo evitar preguntarme qué será lo que me mate.

Si hubiera sido Orion el que hubiera recibido su llamada de Último Día, podría tener motivos más que suficientes para pensar que el responsable de su muerte sería el corazón.

¿Pero yo?

Puede ser cualquier cosa.

Podría ser un accidente de coche. Sería un destino cruel con el que igualar el accidente de Scarlett, solo que este sí sería mortal. También podría caerme por una alcantarilla y morir desangrado en ella o escapar de un siniestro y matarme al bajar por las escaleras de incendio. Sería irónico, pero no me haría gracia. Hay un sinfín de posibilidades de accidentes raros, pero la mayor amenaza hasta ahora ha sido un pistolero con una máscara de calavera. No se quedó a terminar el trabajo, lo que me hace pensar que yo no era su objetivo, pero ¿y si soy el *objetivo* de alguien? ¿A quién podría haber enfadado tanto? Fui amable con el empleado del aeropuerto que me ayudó a encontrar mis maletas en la cinta. Le di propina al taxista. Mi casero no parece tenerme en alta estima, pero si me mata no va a ganar el dinero del alquiler. El resto de las personas que conozco en la ciudad...

El resto de las personas que conozco en la ciudad están sentadas conmigo en el asiento trasero de este taxi.

Es un pensamiento ridículo, Orion y Dalma son dos neoyorquinos encantadores que han vivido muchas cosas.

No le desearían eso mismo a nadie. Además, es difícil imaginar a Orion matando a alguien. Es la persona más vulnerable que hay en el coche. De nuevo, no tiene por qué ser un asesinato. ¿Y si estar cerca de Orion, alguien tan cercano a la muerte, me complica la vida? Este mismo trayecto para llevarlo al hospital podría ser lo que me matase, si un coche chocase ahora contra mi puerta...

Tengo que parar.

Pensar en esto no ayuda.

Orion y Dalma no me suponen ningún peligro. Si alguien quiere matarme, lo más seguro es que sea otro modelo que quiere trabajar la campaña de mañana.

No.

Ya basta de pensar en quién quiere matarme.

La última vez que lo comprobé, no era un adivino que pudiera echar las cartas para ver el futuro. Me han dicho todo lo que tengo que saber: voy a morir esta noche o, si tengo suerte, en algún momento del día de hoy, aunque ninguna de las opciones puede ser considerada como una suerte.

Llegamos al hospital Lenox Hill y llevo a Orion en brazos por los pasillos mientras Dalma me guía hasta la sala de urgencias. Todo se mueve muy deprisa mientras las enfermeras se acercan al mostrador para atender a Orion, y Dalma les pone al día sobre su enfermedad. Coloco a Orion en una camilla y le digo que todo va a ir bien.

—Solo puede entrar la familia —dice la enfermera ocultando a Orion tras una cortina. Dalma va tras ella.

—Yo soy familia —dice Dalma.

—¿Sanguínea? —Duda la enfermera.

—Legal.

La enfermera asiente y termina de cerrar la cortina alrededor de ellas.

—¿Ha llamado Muerte Súbita a Orion? —Oigo preguntar a la enfermera.

—No, así que no le demos motivos para hacerlo — responde Dalma.

La pregunta de la enfermera es increíble. Ha habido muchos debates desde que se presentó Muerte Súbita sobre cuál sería el papel de los profesionales de la medicina cuando tuvieran que atender a los Fiambres. ¿Merece la pena utilizar los recursos en un paciente que, a pesar de todo, no va a sobrevivir? ¿Deben los médicos tratar a los pacientes sin conocer su estatus de Último Día? La idea de que si a Orion lo hubiera llamado Muerte Súbita podrían no tomarse la molestia de tratarlo me resulta horripilante.

Esa va a ser mi realidad.

Estoy seguro de que voy a acabar involucrado en un terrible accidente en algún momento entre ahora y la medianoche.

Los diecinueve no son una edad propia para morir de viejo, o mientras duermes.

Si me traen a un hospital, ¿se molestarán los médicos en atenderme?

¿O se limitarán a quedarse de brazos cruzados mientras me ven morir?

ORION

00:36 HORAS

Noto una luz cálida en la cara, como si estuviera a punto de pasar a mejor vida, pero sé que no es eso.

La enfermera me está abriendo los párpados para estudiarme las pupilas mientras pregunta mi nombre.

—Orion. Orion Pagan —contesta Dalma antes de que me dé tiempo a responder.

—Trato de comprobar si él lo sabe —le dice la enfermera.

—Cierto. Entendido. Lo siento.

No puedo ver a Dalma, pero me imagino que tiene que estar muerta de miedo.

—No pasa nada, Dalma —consigo articular.

—Sabe mi nombre —dice Dalma—. Eso significa que está bien, ¿verdad?

Solo por el hecho de que ya no estoy tirado en Times Square no quiere decir que esté fuera de peligro. Mucha gente no lo sabe, pero los infartos pueden durar horas. Ni caso a todas esas series en las que un personaje se agarra el pecho durante un minuto y al siguiente está muerto. No sucede así, aunque, a veces, parece más piadoso.

En serio, estoy tremendamente agradecido a Dalma y a Valentino por haberme traído aquí lo más rápido posible. Incluso sintiendo un dolor insoportable y habiéndome conformado con que me trataran antes en una ambulancia, sé que traerme al hospital como lo han hecho no es barato. Todo el mundo habla siempre de que mi vida no tiene precio, aunque eso signifique pagar para que pueda vivirla. Aun así, Dayana y Floyd se pasan días sin mirar el buzón

cada vez que esperamos otra factura. A veces pienso en todo lo que la familia de Dalma podría hacer con ese dinero si me muriera ya.

Es triste lo mucho que cuesta mantenerse con vida cuando siempre te estás muriendo.

JOAQUÍN ROSA

00:40 HORAS

Joaquín está en el *call center* viendo cómo los heraldos hacen las llamadas inaugurales de Último Día.

Hay veinte heraldos trabajando en el turno de esta noche. Todo se organizó muy rápido en julio. Tuvo que ser así, ya que la empresa se presentó de la noche a la mañana. En menos de cuarenta y ocho horas, Joaquín reunió a su equipo, todos ellos personas que conocía desde hacía años y a quienes confiaría su vida. Luego llegó el momento de buscar a los primeros heraldos. Para ser contratados y tras comprobar exhaustivamente su experiencia, los candidatos tenían que pasar tres pruebas. La primera era una llamada con el jefe de recursos humanos de Muerte Súbita, que descartaba a cualquier candidato que preguntara por el secreto de la empresa, puesto que no era una buena señal que estuviera más interesado en descubrir ese misterio que en cómo desempeñar su futuro trabajo. La segunda era una reunión de diez minutos con Naya, en la que ella preguntaba cosas acerca de sus vidas para, más tarde, clasificarlos según lo compasivos que se mostraban en las distancias cortas. Tras vivir situaciones complicadas con médicos a lo largo de los años, Naya sabía de primera mano que el hecho de que alguien trabaje en una industria que antepone el bienestar de los demás al suyo no significa que sea una buena persona. La última prueba era una serie de llamadas simulacro, todas supervisadas personalmente por Joaquín, para ver si los candidatos eran empáticos y pacientes, aunque no demasiado pacientes, no fuera ser

que otro Fianbre se quedara sin recibir el aviso porque el heraldo estaba ocupado con otra línea.

Ahora, Joaquín está viendo a sus empleados en acción, yendo de un lado a otro como un profesor en clase cuando sus alumnos hacen un examen. Cómo lo hagan hoy los heraldos determinará su futuro en la empresa.

Lo que está en juego es demasiado valioso como para no ser bueno en este trabajo.

El heraldo estrella es sin ninguna duda Roah Wetherholt, que ha pasado de trabajar en la línea telefónica para la prevención del suicidio a llamar a la gente para decirle que van a morir con el mismo cuidado con el que antes solía salvar vidas. Daba la impresión de que su asesoramiento durante las crisis le estaba afectando, ya que no siempre sabía si esa persona con la que había hablado seguía viviendo o no. Al menos en Muerte Súbita Roah sabe el destino de la persona que hay al otro lado de la línea. Si Roah sigue trabajando así de duro, Joaquín tiene claro que lo ascenderá para que viaje por todo el país y enseñe a los futuros heraldos cuando la empresa se expanda. La contratación más sorprendente fue la de Andrea Donahue, cuya más que extensa experiencia en el currículum era un poco preocupante, pero el amor incondicional a su hija fue clave en la entrevista con Naya y el tacto con el que informaba en las llamadas impresionó a Joaquín; está avanzando con las llamadas de forma muy eficiente esta noche. No puede decirse lo mismo de Rolando Rubio, un antiguo orientador escolar que se mostró realmente empático durante las pruebas, sobre todo durante el simulacro en el que tenía que informar a un padre que su

hijo iba a morir, pero que está trabajando muy lento esta noche y que sigue estancado en la primera llamada como si su trabajo fuera ayudar al Fiambre a planear cada hora de su Último Día. Puede que le fuera mejor trabajando en una funeraria, donde sus esfuerzos serían más apreciados y, lo que es más importante, donde el tiempo no vale oro como aquí.

Joaquín se acerca a Rolando y se señala el reloj para instarle a terminar la llamada.

—No puedo —articula Rolando con los ojos llorosos mientras sigue hablando con el Fiambre.

Joaquín admira la devoción de Rolando. Cada Fiambre es un ser humano y todos los seres humanos merecen que les respeten. A demasiada gente a lo largo de la historia no se le ha mostrado respeto hasta que estaban muertos, pero Joaquín necesita que sus empleados comprendan que hay que llegar a un punto medio.

Minutos más tarde, cuando Rolando por fin envía el mensaje de despedida, busca en el ordenador los datos del siguiente Fiambre, como si Joaquín no estuviera observándolo.

—Un momento —dice Joaquín.

—¿Es porque no estoy siendo lo suficientemente rápido? —pregunta Rolando mirando a su jefe.

—Quiero que sepas que aprecio todo el trabajo que estás haciendo esta noche —empieza Joaquín, que espera que Rolando se calme, ya que se le ve claramente afectado—. Estoy seguro de que el cariño que les estás mostrando y que les dediques tiempo en sus últimas horas significa mucho para los Fiambres. Lo único que necesito es que

avises a más Fiambres antes de que acabe la noche.

—Es más duro de lo que parece —responde Rolando.

¿No había prestado atención Rolando cuando Joaquín hizo la primera llamada de la noche? ¿No es consciente de que Joaquín es el creador de Muerte Súbita y que puede saber algo de la dureza de este trabajo? ¿No sospecha que, aunque esta noche es el lanzamiento oficial del programa, para Joaquín decirle a la gente que va a morir no es una novedad? Porque no lo es.

Puede que sea una novedad para el país, pero no para Joaquín.

—Entiendo que estas conversaciones son difíciles, incluso imposibles —dice Joaquín—. No obstante, tenemos una responsabilidad que cumplir con todos los que están pagando por nuestros servicios.

—No es que este señor mayor me estuviera preguntando por qué no le funciona la antena de la tele, sino que no tiene a nadie en la vida. No podía colgarle el teléfono.

Joaquín le dio vueltas a la idea de establecer un cronómetro que limitara las llamadas y las cortase pasados cinco minutos, de manera que los heraldos no tuvieran que pasar por algo similar. Puede que sea algo que tenga que reconsiderar una vez superado el primer mes y que el número de minutos límite lo determine la media de la duración de las llamadas realizadas durante ese mes.

—Cuando te recrees informando a un Fiambre de que es su Último Día, piensa en todos los que están muriendo sin saber que su tiempo se ha acabado —insiste Joaquín, quien ha repetido esto mil y una veces a lo largo de la formación que los preparaba para esta noche, pero ahora que los

heraldos están conectando con personas que de verdad van a morir, la importancia de esa afirmación es mayor que nunca.

—Haré lo que pueda —dice Rolando, que parece venirse abajo, mientras se frota los ojos.

—No te preocupes por hoy —contesta Joaquín, comprensivo—. La práctica hace al maestro. Solo intenta mejorar para que puedas atender a más gente que te necesita.

Joaquín deja que Rolando vuelva al trabajo deseando que pueda recuperar el tiempo perdido.

Si no, puede que trabajar en una funeraria no sea tan mala idea.

A aquellos en quienes no se puede confiar para llamar a la gente antes de que muera les irá mejor encargándose de los muertos.

ROLANDO RUBIO

01:04 HORAS

Muerte Súbita no ha llamado a Rolando Rubio porque no morirá hoy, aunque según su jefe, parece que si alguien muere sin saber que es su Último Día será culpa de Rolando. Solo porque ha pasado demasiado tiempo al teléfono con un Fiambre. Dios lo perdone por cuidar y consolar a un extraño.

Cada vez queda más claro que Rolando no está hecho para trabajar como heraldo de Muerte Súbita. Ya verá cómo se siente al final de la noche, pero, si la cosa no va bien, espera volver a trabajar como orientador educativo para ayudar a identificar cualquier problema que sea responsable de la bajada de notas o del mal comportamiento de un niño en el aula. A veces no era más que una mala racha y Rolando nunca entendía por qué los padres se negaban a avisarle o a los profesores para que pudieran estar todos pendientes de cualquier cambio en el comportamiento del niño. A Rolando se le daba de cine trabajar con estudiantes. Creaba espacios para ellos en los que llorar. Los supervisaba en el gimnasio para que pudieran desahogarse. Les daba tiempo para asimilar las pérdidas. Esto último no es un lujo que pudieran permitirse los Fiambres, quienes deben ceñirse a procesar sus muertes inminentes en un segundo para que los heraldos puedan seguir haciendo llamadas.

Pensaba que tener corazón sería un valor a tener en cuenta en este puesto de trabajo, pero quizás arrancárselo de cuajo sería lo mejor para todo el mundo, él incluido. Si no tuviera corazón, eso significaría que no podrían rompérselo.

Una hora y ya tiene trabajo pendiente.

¿Cómo no?

La primera llamada de Rolando y la más larga fue a un señor mayor que contestó al aviso confundido y temeroso pensando que era un sueño. Cuando el Fambre, Clint Suarez, entendió lo que sucedía, Rolando se rompió. Clint estaba tan solo que lo único que quería era contarle su historia a alguien, incluso a la misma persona que acababa de predecir su muerte. De manera que Rolando escuchó atentamente la historia de Clint, una historia sobre una carrera de danza que disfrutó y al mismo tiempo no, y él le recomendó que pusiera su canción preferida y la bailara por última vez antes de colgar la llamada. ¿Cómo podía ser tan dolorosa una llamada con un señor de ochenta y siete años? Rolando deseaba que Clint muriera de viejo, pero ¿y si le daba un infarto mientras bailaba? ¿Sería culpa de Rolando? ¿De Muerte Súbita? ¿Sería así como estaba destinado a morir?

Ni tenía las respuestas a esas preguntas ni el tiempo para intentar encontrarlas.

Después de que su jefe le reprendiera hace veinte minutos, Rolando trata de avanzar más rápido con las llamadas, pero ¿cómo le cuelgas el teléfono a una chica de diecinueve años que tiene toda la vida por delante? ¿O te sientes obligado a llamar a un hombre una y otra vez cuando no contesta al teléfono mientras esperas que el Fambre no se haya muerto antes de que Rolando pueda ponerse en contacto con él?

A decir verdad, la única llamada que a Rolando le encantaría hacer ahora es a la mujer que se le escapó, Gloria Dario, aunque él prefiere referirse a ella por su

apellido de soltera, Medina. Una anécdota divertida sobre su hijo, Paz, le recordaría que la vida no gira en torno a la muerte. Desgraciadamente, su teléfono está en la taquilla para que pueda concentrarse en la tarea que tiene entre manos y, de todas formas, es demasiado tarde para molestarla. Su marido, Frankie, se enfadaría si Rolando despertara a todo el mundo; el temperamento de ese hombre es preocupante y Gloria habría pagado el precio.

Una verdad aún mayor es que a Rolando no le importaría ver aparecer el nombre de Frankie en el ordenador, anunciando su muerte, pero, por desgracia, Frankie no está suscrito al servicio. Si lo estuviera, eso le habría dado a Rolando más de un motivo para seguir trabajando en Muerte Súbita.

Sería la única llamada de Último Día que Rolando podría hacer con una sonrisa de oreja a oreja.

ANDREA DONAHUE

01:07 HORAS

Muerte Súbita no ha llamado a Andrea Donahue porque no morirá hoy, pero no puede decir lo mismo de los Fiambres de diecinueve años a los que llamó hace una hora.

Bueno, quizá sí que *puede* decirse lo mismo de ellos.

¿Quién puede afirmar que Muerte Súbita no sea una farsa?

Andrea, no. No necesita saber el gran secreto de la empresa (aunque si alguien la sobornara con algo por lo que mereciera la pena arriesgar su sueldo fijo y su irónicamente impresionante seguro de vida, lo mismo se sentiría tentada a investigar. La escuela privada en la que espera matricular a su hija no va a salir barata). No suele meterse en los asuntos de los demás, aunque no puede ignorar el hecho de que su compañero heraldo Rolando es horrible en este trabajo. ¿Cómo puede tardar cuarenta minutos en hacer una única llamada? Andrea cree en la bondad, pero venga ya, hacerse amigo de alguien que está a punto de morir no merece la pena, es como tirar dinero por el váter. Esa persona no va a convertirse en un amigo para toda la vida que vaya a tu boda o a tu funeral. No celebrará tus triunfos ni te consolará cuando te equivoques. Ni siquiera va a llegar viva a mañana.

¿Qué sentido tiene?

Una vez que Rolando termina su llamada, que ha sido bastante más corta que la primera, pero no lo suficientemente breve como debería, Andrea sabe que debe intervenir.

—Rolando —susurra—. ¿Puedo darte un consejo?

Rolando asiente, tiene los ojos llorosos y se le ve afectado.

—Hazte un favor y deja de pensar en los Fiambres como si fueran personas —dice mientras enciende la pantalla y marca el siguiente número, ya que el tiempo vale oro; otra lección primordial que su compañero debe aprender—. Limítate a darles el aviso y pasa al siguiente. Al fin y al cabo, los detalles sobre la vida de alguien no son algo que debas llevarte a casa.

Él la observa, y ella sabe que sus palabras no van a servir de nada, como cuando le da un buen consejo a su hija. Ella ya ha dicho lo que tenía que decir y no va a volver a molestarlo. Andrea vuelve al trabajo y su Fiambre veinteañero de la noche responde al teléfono.

—Hola, te llamo de Muerte Súbita...

Mientras que los Fiambres pueden no tener más futuro, Andrea está segura de tener uno largo aquí en Muerte Súbita.

VALENTINO

01:11 HORAS

Odio las salas de espera.

Las ocho horas que duró la operación de Scarlett no pude estarme quieto. No podía *esperar*. Es como si no tuviera ese órgano, así que me mantuve ocupado. Cuando mamá tenía hambre, iba a la cafetería y le traía algo de comer. Cuando papá estaba cansado, pero no quería dormirse, iba a comprarle un café solo cargado del pequeño restaurante de la calle de enfrente del hospital. Cuando el parquímetro se agotaba iba a la hora límite con el bolsillo lleno de monedas para renovarlo. El resto del tiempo lo dediqué a dar vueltas por los pasillos o a ir al baño para echarme agua en la cara, el pelo, lavarme las manos, o a conocer a las enfermeras o a ojear las revistas de cotilleos para contárselos a Scarlett una vez que saliera del quirófano. Una vez que se recuperara.

Esperar para ver si alguien a quien quieres vive es insoportable.

Esperar a morirte, también.

Ojalá fuera un parquímetro, podría comprar más tiempo introduciendo una moneda. Sobre todo ahora que Scarlett no me responde a las llamadas, o bien porque está muy ocupada, o bien porque no reconoce el número. La enfermera ya me ha dejado usar el teléfono del mostrador dos veces y no creo que le vaya a importar que yo crea en eso de que a la tercera va la vencida, pero no me queda otra. Scarlett tiene que saber lo que está pasando, especialmente antes de subirse al avión que sale en un par de horas. Si la enfermera vuelve a enfadarse, jugaré la carta

del Fambre. O se muestra muy comprensiva y me acerca una silla para que acose a mi hermana a base de llamadas hasta que me atienda o me echa del edificio por miedo a que ponga en riesgo a los pacientes. No sé lo que haré si me echa a la calle como si fuera una bomba de relojería; tal vez esa incógnita sea el motivo por el que alguien dudaría si acoger a un Fambre en su establecimiento.

De momento estoy aquí sentado en la sala de espera. No hay nadie a quien atender, así que estoy cumpliendo con la función para la que fue diseñada esta sala: esperar.

Espero a que Dalma salga de urgencias.

Espero a que a Orion se le estabilice el corazón. Espero a una muerte prematura que puede suceder en cualquier momento a partir de ahora, incluso de este mismo segundo...

Nada.

Todo está demasiado callado. Como si ya hubiera muerto y me encontrara en el purgatorio, la última sala de espera de la vida.

Aunque supongo que sigo vivo porque no me creo que en el purgatorio haya una máquina expendedora como la que hay al otro lado de la sala. Tiene un zumbido constante, como si quisiera asegurarse de que sé que está ahí, para hacer que gaste las monedas con las que no puedo comprar más tiempo en unas Pringles o una Pepsi en su lugar. Dejé de consumir productos azucarados hace un par de años ya que mi trabajo depende de mi sonrisa y de mi cuerpo. Me levanto de la incómoda silla y miro en la máquina expendedora todos los refrescos, las patatas, las chokolatinas y los dulces que tiene. Me evado al pensar en

todas las veces que he dicho que no al postre de un menú, a un bocado de tarta, a un granizado en el cine, o a cualquier cosa que podría haberme hecho feliz si no hubiera pensado en lo que iba a suponer para mi cuerpo.

Preocuparme tanto por la comida significaba no preocuparme por cómo estaba viviendo.

Ahora me siento estúpido.

Saco la cartera. Estoy listo para gastar cada dólar que tengo en compensar todos los aperitivos que no he tomado hasta la fecha cuando oigo mi nombre.

—Valentino —me llama Dalma, quien ha aparecido de la nada—. Sigues aquí.

—¿Tendría que haberme ido? —pregunto.

—No, claro que no. Me sorprende que te hayas quedado, teniendo en cuenta... ya sabes.

Estoy atrapado. Volver a mi casa no parece tener mucho sentido, igual que comprar un billete de vuelta a Arizona. Perdería demasiadas horas valiosas viajando solo. Además, tampoco podría hacerlo hasta que me pusiera en contacto con Scarlett para evitar que se suba a su avión y asegurarme de que nuestros vuelos no se crucen durante la noche. Sinceramente, no sé cuál es mi mejor opción. La situación me tiene sobrepasado como para pensar con claridad.

—De momento estoy aquí. ¿Cómo está Orion?

Dalma se acomoda en un asiento y apoya la cabeza contra la pared.

—Lo han estabilizado. Va a recuperarse.

—¿Va a quedarse esta noche ingresado?

—Es posible. Mi familia está a la espera de noticias antes

de volver desde Ohio —responde encogiéndose de hombros.

—¿Tu familia? —Entonces recuerdo lo que les pasó a sus padres—. Oh, cierto. Así que ¿vive con vosotros?

—Vivimos juntos, así que también es su hogar. —Dalma se incorpora—. Lo siento, no pretendo atacarte. Es solo que siempre trato de proteger a Orion y de asegurarme de que nunca se sienta excluido.

—Tranquila, lo entiendo. Me pasa algo parecido con mi hermana.

—¿Lo sabe ya?

—No he podido contactar con ella. Perdí el teléfono en Times Square y...

—¡Anda ya! ¿En serio?

—Me di cuenta en el taxi, pero no quise molestarte.

Dalma se levanta de golpe del asiento con el móvil listo para marcar en la mano:

—Toma. Usa el mío. ¿Te sabes su número?

Asiento. El número de Scarlett es el único que me sé de memoria. Nuestro prefijo y los tres primeros números son iguales, pero los cuatro últimos dígitos son distintos. Siempre hemos pensado que nuestros números de teléfono también son mellizos.

—Muchísimas gracias.

Marco el número de Scarlett, desesperado porque responda incluso cuando no sé por dónde empezar a contarle lo que me está pasando en mi Último Día. Que dentro de veintitrés horas va a pasar a ser hija única a menos que algo horrible le suceda a ella también. De ser así habríamos llegado y nos iríamos juntos de este mundo, pero no le deseo eso más de lo que lo hago para mí. Si me dieran

la oportunidad de elegir, preferiría que Scarlett viviera y yo muriera. Sé que es cierto porque cuando estuvo en el hospital les hice saber a todos los médicos y las enfermeras que me podían extraer todos los órganos que fueran necesarios para salvarle la vida a Scarlett y, aunque no soy tan devoto como mis orgullosos y disciplinados padres católicos, no dudé en encontrar mucha fe cuando fui a la capilla y le recé a Dios que me llevara a mí en lugar de a mi hermana. Parece que estaba escuchando y ha respondido a mi llamada.

No como Scarlett.

No pasa nada, esto me da más tiempo para pensar cómo voy a darle la noticia.

Tengo tiempo, espero.

01:28 HORAS

Las llamadas de Último Día se producen dependiendo de la zona horaria en la que se encuentre la ciudad de los Fiambres registrados. Esto quiere decir que si hubiera estado aquí de visita, Muerte Súbita no se habría puesto en contacto conmigo aún. No habría sido el primer Fiambre. Puede que si no me hubiera mudado aquí ni habría llegado a ser un Fiambre siquiera.

Pensar estas cosas no me va a llevar a ningún lado.

Estoy preocupado por Scarlett. Ella sigue viviendo en el pasado, sigue viviendo sin Muerte Súbita, al igual que el resto de la gente de Arizona. No tienen ningún motivo para conducir con más cuidado: ¿qué pasa si Scarlett ha sufrido otro accidente y ese es el motivo por el que no responde a mis llamadas?

Siento que no voy a poder respirar hasta que sepa que está bien.

Tras el accidente de Scarlett, un amigo me preguntó si había sentido que algo le había sucedido. Los mellizos no tienen un sexto sentido único que les permita sentir todo lo que le está sucediendo al otro, ni siquiera mellizos tan unidos como nosotros. Esa tarde yo me estaba comprando un corrector nuevo porque tenía las ojeras cada vez más marcadas debido a la cantidad de noches en las que no podía dormir pensando en mi sueño de convertirme en modelo a tiempo completo. No estaba de pie en medio de la tienda y de repente dejé caer la cesta de la compra al sentir cómo una sensación de miedo salida de la nada me golpeaba el estómago. Solo lo sentí cuando recibí la llamada de mis padres, aunque desearía poder cerrar los ojos y concentrarme para escuchar los latidos de mi hermana y saber que está bien.

Todo lo que escucho es el zumbido de la máquina expendedora y unos pasos que se acercan a Dalma y a mí. La misma enfermera de antes, la que preguntó si Muerte Súbita había llamado a Orion, se para delante de nosotros.

—Orion está adormilado, pero podéis pasar a verlo —nos informa.

—Gracias, Mary Jo —dice Dalma levantándose—. Vamos, Valentino.

—¿De verdad? —pregunto. Me siento aliviado al saber que está bien, pero sé que no soy familia.

—Puedes quedarte aquí si quieres, pero también tienes permiso para verlo.

La sigo. Estoy encantado de salir por fin de la sala de

espera en la que parece que el tiempo no pasa, incluso cuando se desperdician minutos muy preciados. Sostengo el teléfono de Dalma y vuelvo a comprobar las barras de cobertura. Sigue teniendo tres de las cuatro. Dalma culpa a la conexión del hospital.

Entramos en urgencias y esperamos fuera del espacio delimitado por cortinas en el que se encuentra Orion.

—Toc, toc —dice Dalma.

—Pasad —responde Orion.

Retiro la cortina. Orion luce mucho peor de lo que me esperaba: tiene los rizos aplastados sobre la frente sudorosa y los ojos rojos, como si se hubiera contagiado algún virus. Está temblando, aunque está envuelto en una manta. Tiene uno de esos brazaletes de velcro negro, desconozco el término médico, conectado a una pantalla que parece más antigua que el ordenador de la oficina de mi madre.

—Ey —articula débilmente.

—Es una pregunta tonta, pero ¿cómo te encuentras? —le pregunto.

—Un día más en la oficina —dice Orion. Entonces abre mucho los ojos, como si estuviera teniendo otro ataque al corazón y añade—. Mierda, perdona. Odio todo esto, pero llegados a este punto ya estoy acostumbrado y...

—No te preocupes —lo interrumpo. No tiene por qué disculparse por hacer ese comentario—. Me alegro de que estés vivo. No me creo que tengas que vivir así.

—Por desgracia —dice Orion.

—Mamá y Floyd están pensando en volver —dice Dalma.

—Diles que se queden allí. Estaré bien.

—Sabes que no lo van a hacer —responde Dalma.

—¿Te van a ingresar? —pregunto.

—Es probable —me contesta Orion—. Tengo dudas de estar ya fuera de peligro.

—¿No tienen que estar las llamadas del Último Día a punto de terminar en la Costa Este? —pregunto mientras compruebo la hora.

—A las dos —dice Dalma.

Muchas cosas pueden cambiar en media hora. Todo puede cambiar en un minuto.

—Vas a estar bien —afirmo.

—Espero que tú también lo estés. Quiero decir, hemos, literalmente, esquivado una bala justo después de que llamara Muerte Súbita. Puede que hayamos cambiado tu destino —dice Orion temblando.

Ese pensamiento me da esperanzas, como si no estuviera condenado a vivir mi último día como un zombi.

—Puede.

—Debería comprobar si alguno de los Fiambres ha muerto siquiera —dice Dalma, recuperando su móvil—. Lo mismo se ha cargado todo el sistema.

Es el primer día de Muerte Súbita. No se puede dar por hecho que sus predicciones sean reales, tiene que seguir habiendo hueco para la duda. No es posible que lleven la razón en todo, yo podría ser un error.

Ahora soy un zombi que renace.

Los ojos vuelven a sus cuencas.

La mandíbula inestable se recoloca.

Los huesos se sanan y la piel se me regenera.

Debería llamar al servicio de atención al cliente de Muerte Súbita para confirmar que mi nombre ya no forma parte de

su lista o servidor de personas que van a morir o de donde quiera que estén registrando a los Fiambres.

Dalma levanta la mirada del teléfono. Veo la muerte en sus ojos cuando dice:

—Lo siento. Joaquín Rosa ha compartido un informe hace unos minutos. Muerte Súbita no puede rastrear quién ha muerto y quién no, ya que no es que nos tengan controlados, pero ya han confirmado la muerte de tres Fiambres.

Así es como mis globos oculares vuelven a salirse de las cuencas, la mandíbula se me descuelga, los huesos se me rompen y la piel se me resquebraja.

Vuelvo a ser un muerto viviente.

—Gracias por informarte —le digo.

—Aún queda esperanza —trata de animarme Orion.

—Lo mejor será que viva el día como si fuera mi último —concluyo mientras niego con la cabeza.

Orion y Dalma no tratan de llevarme la contraria.

Se ha esfumado toda la esperanza de golpe.

—De todos modos, gracias por haberme salvado la vida —le digo a Orion—, la mucha o poca que me queda.

ORION

01:40 HORAS

Sobrevivir a esta experiencia cercana a la muerte me ha enseñado algo muy importante: tengo mucha suerte.

No te confundas, la mayoría de los días desearía tener mucho dinero para poder comprar libros en una librería o comprarme un nuevo portátil que no se apague cada vez que lo desenchufo durante más de un minuto, pero en noches como esta, cuando lo más sencillo para mi corazón habría sido darse por vencido en Times Square, tengo que reconocer que tengo la cartera repleta de buena suerte. Ojalá pudiera compartirla y verter un poco en la copa vacía de Valentino. Puede que la suerte pueda salvarle la vida a él también.

Yo todavía no descarto que vaya a estar bien.

Las cortinas se abren y entra una médica. Lleva el pelo negro rizado recogido en una coleta, y luce radiante con esa piel morena y su sonrisa brillante cuando nos mira.

—Hola, soy la doctora Emeterio. —Mira nuestras caras de nuevo, como si estuviera intentando adivinar quién es quién—. ¿Sois todos familia?

—Soy su hermana —dice Dalma sin molestarse en dar la versión completa. Un aplauso a esta médica por no cuestionarnos a pesar de la diferencia en el tono de nuestra piel.

—Yo no —confiesa Valentino—. Puedo irme.

—Por favor, quédate —le digo. No me fío del mundo exterior y con esto me refiero a todo aquello ajeno al interior de estas cortinas—. Todos hemos tenido una noche

bastante movida.

—Eso he oído —dice la doctora Emeterio mientras me examina y estudia mi ECG, es decir, mi electrocardiograma, es decir, el registro de mis latidos—. Parece que tu corazón no ha captado la idea de que querías divertirte esta noche. ¿No odias que pasen estas cosas? —añade con un guiño.

Es como una brisa de aire fresco en comparación con otros médicos con los que he tratado y que absorben todos los buenos sentimientos que hay en la habitación. Es simple, pero el hecho de que la doctora Emeterio no me haga responsable del ataque al corazón ya es una victoria para mí. Mi médico de cabecera, el doctor Luke, siempre me regaña por cada cosa mala que me sucede mientras trato de vivir mi vida, como si mi deseo fuera morirme.

Supongo que sí que tengo algún deseo relacionado con la muerte: hacerlo sin arrepentirme de nada.

—Tienes dieciocho años, así que me alegro de poder seguir hablando contigo, pero ¿esperamos a tus padres?

—Mis tutores no están en la ciudad —digo evitando dar detalles—. Pero podemos empezar. —La doctora Emeterio asiente.

—De acuerdo. ¿Puedes contarme lo que ha pasado esta noche?

No sé por dónde empezar ni si debo contarlo yo. Miro a Valentino a los ojos.

—Muerte Súbita me llamó —cuenta Valentino. Odio escuchar esas palabras salir de su boca tanto como pensar lo que significan para él—. Luego me dispararon en Times Square, y Orion me salvó la vida.

—Y, eh... —Revivo el horror: los disparos, mis intentos por

seguir respirando, mirar las estrellas en el cielo nocturno como si fuera a ser mi última vez—. Se me aceleró el corazón.

—Yo le di una aspirina para ganar algo de tiempo —añade Dalma.

La doctora Emeterio está sin palabras y parece como si la luz le hubiera hecho desaparecer de los ojos. Seguro que pensaba que había visto de todo en el hospital hasta que se dirige a Valentino, un Fiambre de verdad que anda, respira y es una prueba viviente de las predicciones de Muerte Súbita.

—Siento que te llamara Muerte Súbita —dice.

Valentino está tranquilo, las luces fijas de la sala de urgencias le teletransportan a una sesión fotográfica. Solo que nadie debería fotografiarle ahora mismo porque no me gustan las miles de palabras que esa foto podría captar. Tiene los brazos cruzados mientras mira al suelo, absorto en su propio mundo, una mierda de mundo en el que Muerte Súbita le ha llamado y una mierda de extraño ha intentado matarle y una mierda de destino le aguarda.

—¿Puedes examinarle o algo? —le pregunto a la doctora Emeterio. Solo porque alguien parezca estar bien en el exterior no significa que no tenga luchas internas—. Puede que una radiografía muestre lo que está pasando.

—Sabemos lo que pasa: sufro un caso de muerte —sopesa Valentino sin despegar la vista del suelo.

Odio ver a Valentino tan hundido. Ya que no puedo darle algo de mi suerte, quiero darle un poco de esperanza, pero no puedo hacerlo solo.

—Doctora Emeterio, ¿a que es imposible que cada

predicción de Muerte Súbita vaya a suceder?

El tiempo se detiene durante un segundo.

Aguantamos la respiración.

No parpadeamos.

Nadie está muriendo.

Luego, una única palabra nos devuelve a la normalidad.

—Sí. —Los corazones laten y la esperanza vuelve a nacer—. Parece muy poco probable que Muerte Súbita sea infalible, sobre todo durante la primera noche del programa —afirma la doctora Emeterio.

Es música para mis oídos y creo que Valentino también le ha prestado atención, como si estuviera a punto de convertirse en su nueva canción favorita.

—No existe una base científica detrás de los Últimos Días, ni siquiera se sabe si es una ciencia, pero, ya que no tengo la misma imaginación que mis hijos, prefiero creer que las fuentes de Muerte Súbita trabajan en el mismo ámbito que yo. No voy a agobiarme pensando en extraterrestres o en algún tipo de magia hasta que alguien me enseñe pruebas —dice la doctora Emeterio con una pequeña sonrisa—. Lo que es importante tener en mente es que mientras la vida cambia y la ciencia avanza, se cometen errores.

—Esto es nuevo —dice Dalma—. El doctor O ni siquiera cree en Muerte Súbita.

La doctora Emeterio pone los ojos en blanco y automáticamente pasa a ser mi médica favorita.

—Qué desgracia. Es un perjuicio para nuestros pacientes no aceptar Muerte Súbita, sobre todo para alguien como tú, Orion, que es probable que necesites un trasplante en un futuro no muy lejano si tu corazón sigue siendo inestable.

—Estoy en la lista de espera, pero mi médico sigue insistiendo en colocarme un dispositivo ventricular en su lugar.

—Es una buena opción siempre que tú estés de acuerdo con que el tiempo necesario para la recuperación te haga bajar muchos puestos en la lista —dice la doctora Emeterio.

—Lo que sería una mierda si apareciera un donante para mí —digo.

Cada médico al que hemos consultado está de acuerdo con que necesito un corazón nuevo, pero también son rápidos en informarme que mi situación no es tan crítica como de la de otros pacientes; es decir, no me estoy muriendo lo suficiente como para que me salven la vida ahora.

Estoy echando un pulso constante, un pulso interminable, contra mí mismo. Quiero tener la fuerza suficiente para ganar y que se acabe el juego de una vez.

—No existen las elecciones sencillas —afirma la doctora Emeterio.

—Ya, pero algo tiene que cambiar. No puedo seguir con esta vida.

Nadie entiende el impacto que todo esto tiene sobre mí: el despertar en una habitación de hospital aliviado por haber vuelto a superar las expectativas, pero atemorizado por cuando no lo haga; el olor a lejía y a comida insípida; incluso estoy harto de los ramos de flores que la gente me manda con sus buenos deseos y que ya he dejado de llevarme a casa porque atraen a las moscas. Me avergüenzo cada vez que el genio de Dayana saca lo mejor de ella cuando discute con los médicos como si fueran ellos quienes tuvieran los

corazones en la nevera de la sala de descanso. Me siento culpable cada vez que mi salud se interpone en la vida de mi familia, sobre todo teniendo en cuenta que yo no debería ser su problema siquiera, ya que no soy su verdadera familia.

Pero nada parece cambiar.

Así va a ser mi vida hasta que deje de tenerla.

Mi ansiedad es cada vez mayor y me acelera el corazón como si este fuera un volcán en erupción.

Entre el aparato que me registra el pulso y todos los electrodos, la pantalla de mi ECG parece que va a explotar.

—Respira, O-Bro, respira —trata de calmarme Dalma dibujando círculos en la palma de mi mano.

Es más fácil decirlo que hacerlo, pero me callo, solo intenta ayudar. Me resulta muy frustrante que me traten como si estuviera intentando recuperar el aliento después de haber corrido una maratón cuando estoy, literalmente, tumbado en la cama de un hospital con el corazón latiendo más rápido que el de una persona al hacer un esprint. He probado remedios caseros para tratar de mejorar. Primero intentamos introducir pescado en todas las comidas: tacos de pescado, pizza de anchoas, sopa de marisco con salmón, para que pudiera absorber todos los ácidos omega-3 que necesito para reducir el riesgo de una muerte cardíaca repentina. No voy a mentir, fue un alivio que no funcionara porque esas comidas eran asquerosas, no estaban hechas para mí. Me hice vegetariano después de esa experiencia. Luego experimentamos con los betabloqueantes para ralentizar mi ritmo cardíaco, pero los pulmones continuaron teniendo espasmos y asfixiarse resulta contraproducente

cuando lo que intentas hacer es vivir. Después fui a un par de clases de yoga con Dalma para fortalecer los músculos, pero tanto tiempo en silencio me provocaba ansiedad y ataques de pánico, que, como habrás podido adivinar, me aceleraban el corazón.

Como ahora.

Cuando todo eso falló probé pequeños ejercicios que podía hacer donde fuera, cosas como jugar con los dedos o llevar las rodillas al pecho y abrazarlas, aunque cuando los ataques son fuertes, como el de esta noche en Times Square, incluso algo tan simple como eso resulta imposible de hacer.

Ahora practico mi técnica favorita, que consiste en tratar de expulsar aire mientras me tapo la nariz y mantengo la boca cerrada. No tiene mucha ciencia, pero me ayuda a relajarme, a ralentizar el pulso y a seguir con vida. Solía sentirme muy tonto cuando lo hacía delante de los Young, también conocidos como mi nueva familia, sobre todo porque Floyd decía que parecía una ardilla con las mejillas hinchadas, pero es mejor reírse de alguien que llorar en su funeral.

—Bien hecho —me felicita la doctora Emeterio.

—Mantén el ritmo —me anima Dalma, que añade—. Es decir, sigue haciendo eso, pero baja el ritmo de los latidos.

Noto que estoy a punto de llorar, pero no puedo evitarlo, las lágrimas empiezan a brotar por lo mucho que odio todo esto. Se me destapan los oídos y por fin dejo escapar primero la respiración y luego el sollozo atronador que no podía seguir conteniendo.

Valentino me mira afligido por tener que volver a verme

luchando por mi vida.

Cierro los ojos y me concentro en la respiración mientras me digo que todo va a ir bien. Muerte Súbita no va a llamar en los próximos minutos, ya que el tiempo diario de los avisos de Último Día se acaba. Todo se ralentiza, y pienso en todo lo bueno que quiero conseguir en la vida, como escribir más relatos, tomar algo más el sol en la azotea y acabar enamorándome de alguien con buen corazón.

Entonces abro los ojos y veo que Valentino se ha ido.

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta la doctora Emeterio.

Aunque existen miles de respuestas posibles para esa pregunta, me limito a responder:

—Bien.

—De acuerdo. Lo mejor será que descanses un poco.

No puedo descansar cuando estoy tan inquieto.

—¿A dónde ha ido Valentino? —pregunto.

—No lo sé —responde Dalma.

—Un consejo —dice la doctora Emeterio con amabilidad—, no tengo datos sobre Muerte Súbita, pero si han llamado a Valentino, lo mejor para él es que actúe como si la predicción fuera cierta. Es terrible cuando alguien asume que tiene más tiempo del que en realidad tiene.

Ojalá hayan cometido un error, pero creo la doctora tiene razón y eso que yo no suelo ceder.

Sigo intentando hacer creer a Valentino que tiene todo el tiempo del mundo, pero no le habré ayudado si al final se muere sin haber vivido su Último Día en condiciones. Si Muerte Súbita se ha equivocado, entonces será una gran sorpresa.

Para todos.

—Necesito un minuto.

Me quito el aparato que me registra el pulso y los electrodos. Me levanto de la cama en contra de todas las protestas y salgo de urgencias esperando encontrar a Valentino antes de que sea demasiado tarde. Me alivia y me sorprende que Dalma no me esté persiguiendo, pero estoy seguro de que algunas enfermeras van a tratar de hacerme volver a la cama antes de que logre encontrarlo. Dejo de dar vueltas porque la búsqueda ha terminado: Valentino está en la sala de espera.

Joder, menudo alivio. Ha desaparecido el agobio de no saber dónde estaba, lo que es bueno para mi corazón.

—Aquí estás.

—¿Qué haces fuera de la cama? —me pregunta.

—Buscarte. Has desaparecido de repente.

—Lo siento —se disculpa mientras se levanta para ayudarme a sentarme, cosa que hace que me sienta un viejo, pero supongo que así es como se trata a alguien que acaba de salir de urgencias—. Necesitaba pensar.

—No pasa nada, lo entiendo. No sabía si te habías ido para... para hacer lo que sea que vayas a hacer.

—Lo he pensado, sin duda, pero creo que mi sitio está aquí.

—¿En serio? —Me pregunto si tendrá algo que ver conmigo, lo que es una estupidez, porque ¿qué hago intentando que pase algo con una persona cuyo futuro va a terminar en breve? Olvídalo, no es ninguna estupidez, sigue vivo y su vida merece ser vivida hasta el final, ya lo demostré cuando evité que le dispararan en la calle, pero he

de reconocer que tengo madera de narrador y que puedo sacar un argumento de la nada. Seguro que Valentino sigue aquí solo porque un hospital es un buen sitio para quedarse si estás a punto de morir por algún misterioso motivo.

—¿Tienes el móvil? —me pregunta—. ¿Sigues sin tener noticias de Muerte Súbita?

Lo saco del bolsillo de mis apretados vaqueros, pulso el botón lateral, la pantalla se ilumina con los mensajes de los Young, pero no tengo llamadas perdidas.

—Sí, pero todavía es temprano —replico y veo que solo falta un minuto para que den las dos de la mañana y termine el periodo de llamadas de Último Día.

De repente, parece que hemos vuelto al último minuto antes de la medianoche, solo que esta vez no estamos rodeados de miles de extraños. Estamos los dos solos, mirando el reloj del teléfono mientras esperamos para saber si va a morir él solo o si moriremos los dos de golpe.

El reloj marca las dos, y no recibo ninguna llamada.

VALENTINO

2:00 HORAS

Muerte Súbita no ha llamado a Orion porque no morirá hoy, y creo que sé por qué.

Esta noche se está desarrollando como una sesión de fotos conjunta. Por primera vez no soy el modelo. Soy el fotógrafo y todo se está enfocando según voy cambiando las lentes hasta dar con la mejor. El fondo sigue algo difuminado, pero si ajusto la apertura lo suficiente, la luz entra y muestra al verdadero modelo de esta sesión de fotos. El chico con el nombre de una constelación. Solo he descubierto algunas de sus estrellas hasta ahora, pero entiendo la belleza. Orion es el punto focal, de manera que lo miro a él, a la forma de sus ojos castaños y a las curvas de su cuerpo, y una vez que está todo alineado, al igual que las estrellas de una constelación, todo cobra sentido.

—Vas a vivir —le digo.

—Hasta mañana, supongo.

—Vas a vivir mucho más de lo que piensas.

—¿Ahora resulta que tienes algunos de los poderes premonitorios de Muerte Súbita?

—No, pero creo que el destino nos ha unido para que pudiera cambiar tu futuro.

—No te entiendo.

—Ya no necesitas la lista de espera, Orion. Voy a darte mi corazón.

ORION

02:02 HORAS

Una vez escribí un cuento de hadas.

Como los cuentos de hadas pertenecen al género corto de la narrativa era un compromiso más sencillo que escribir una novela. Es de locos lo que puedes encontrar en ellos: cerdos que construyen casas, lobos que se disfrazan de abuelitas y zapatos de cristal que te ayudan a encontrar al amor de tu vida.

Luego está el mío. Párame si alguna vez has escuchado algo parecido.

Trata de un chico cuyo corazón se muere.

Todo el mundo dice que escribe sobre aquello que conoce, ¿no?

Llamé al protagonista Orionis, es decir, mi nombre en latín, porque soy de lo más original. Cuando siempre vas a contrarreloj no puedes tomarte tu tiempo para elegir nombres.

Bueno, Orionis siempre estaba fuera, viviendo su vida en el reino de Nueva Yorkesco, cuando la Muerte apareció de entre las sombras y apuntó con su esquelético dedo al rojo y saludable corazón de Orionis transformándolo así en uno gris y enfermizo.

—¿Voy a morir? —preguntó Orionis, sin cuestionarse la existencia física de la Muerte ni nada parecido porque cuando estás en un cuento de hadas, lidias con tus dramas así.

—Vivirás si bailas conmigo —respondió la Muerte.

—Ni de broma —contestó Orionis muy convencido, hasta

que un trozo de su corazón se desintegró.

Orionis no quería morir, así que abrazó a la Muerte y bailaron sin parar hasta el anochecer. Orionis estaba agotado, pero si paraba, un nuevo trozo de su corazón desaparecía. Cuando terminaron de bailar, Orionis interrogó a la Muerte para tratar de averiguar por qué lo había elegido a él a pesar de que tenía un corazón sano y no había tenido problemas de salud anteriormente, pero la Muerte nunca le respondió. Los dos bailaron todo el día, la noche, la semana, el mes, el año. Cada vez que Orionis se separaba para hacer algo que le hiciera feliz, perdía un nuevo trozo de corazón. Con el tiempo, solo le quedaba un trozo del tamaño de un guijarro.

Si Orionis dejaba de bailar con la Muerte una última vez, sería su fin.

Un día, justo cuando Orionis estaba listo para soltar la capa, entendido como tirar la toalla, se encontró con un anciano cuyo corazón era tan dorado que desprendía luz a través del pecho, como si de los rayos de sol se tratara. El anciano vivía de manera muy despreocupada: pescaba, hacía espectáculos, cocinaba e incluso bailaba tan asombrosamente rápido que caía al suelo y se reía de sí mismo hasta tener la cara roja. Sin embargo, perdió todo el color cuando vio lo triste que Orionis era con la Muerte.

Y aquí llega la parte real y el porqué de este cuento.

—¿Puedo interrumpir? —preguntó el anciano a la Muerte.

Cegada por la luz del corazón, la Muerte se dio la vuelta y respondió:

—No, es mi pareja de baile.

—Quisiera bailar contigo —contestó el viejo.

—No —replicó la Muerte—. Tienes demasiada vida.

Tras haber vivido y cumplido sus sueños, el anciano se llevó la mano al pecho y sacó su brillo de él, es decir, su corazón, porque los verdaderos cuentos de hadas también son así de sanguinarios. Se lo entregó a Orionis, el resplandor tan brillante repelió a la Muerte y la dejó en manos del anciano. Junta, la nueva pareja de baile se balanceaba como un árbol al perder las hojas y, una vez que llegaron al suelo, desaparecieron en las sombras de la Muerte.

Ya a solas, Orionis cambió su gris y mustio corazón por el dorado y resplandeciente y vivió feliz para siempre.

Hay muchas partes de esa historia que siempre he considerado fantásticas, especialmente la promesa de una larga vida, pero acaban de ofrecerme esa realidad.

Valentino quiere darme su corazón.

No se trata de la típica cursilada que se dice en una tarjeta del día de San Valentín, lo ha dicho de verdad.

Observo a Valentino durante lo que puede ser un minuto o una hora, no lo sé. Este gesto tan ridículamente hermoso y generoso me ha dejado sin palabras, aunque de ninguna manera esto vaya en serio. Tengo suerte, pero ni de broma puedo tener tanta suerte. Además, Valentino no lo ha tenido que pensar bien y eso es exactamente lo que le digo:

—Tú esto no lo has pensado bien.

—No hay nada que pensar —replica Valentino—. Al final vas a necesitar un corazón más fuerte y el mío va a estar disponible.

—Sí, pero...

—Sin peros, Orion. Me salvaste la vida aunque sabes que

voy a morir. No hay mejor modo de agradecer que me hayas alargado un poco la vida que devolviéndote así el favor.

—Eres consciente de que no te salvé por eso, ¿verdad?

—Claro que lo soy. No eres un buitre.

De verdad, cambiar mi corazón por el suyo ni siquiera se me había ocurrido. Desde que Valentino recibió su llamada de Último Día, he estado bastante ocupado esquivando balas, sobreviviendo a un brutal ataque cardíaco y llorando la muerte de un amigo en proceso que todavía sigue vivo como para pensar de manera egoísta en lo que esto podría suponer para mí.

—Solo tienes que decir que sí —insiste Valentino.

—A ver, esto es lo más bonito que ha querido hacer nadie nunca por mí, pero no es tan sencillo. Primero hay que ver si nuestros grupos sanguíneos son compatibles y...

—Lo somos —me interrumpe Valentino como si tuviera acceso a mi historial médico—. Mi grupo sanguíneo es O.

Hecho que lo convierte en un donante universal, es decir que técnicamente es compatible con cualquiera.

—Nadie sabe cuál es su grupo sanguíneo —replico. Yo ni siquiera sabía que el mío era A+ hasta que estuve una temporada entrando y saliendo del hospital. En serio, era tan ignorante que la primera vez que vi aquella A+ escrita en el papel, no lo leí como «A positivo», sino como «A más», como si mi sangre fuera de buena calidad a pesar de los fallos del corazón—. ¿Por qué sabes el tuyo?

—Me preparé para lo peor después del accidente de Scarlett. Les dije a los médicos que estaba dispuesto a donar órganos y sangre si con eso ayudaba a salvarle la vida.

Me entristece pensar que el mundo vaya a perder dentro de poco a este ser humano tan excepcional.

—Vale, digamos que el resto también encaja para hacer el trasplante —insisto tratando de meterle en la cabeza que es algo más complicado que todo eso—. Esto no es como intercambiar regalos en Navidad. Es una cirugía de corazón. Podría... —Me callo la puta boca porque no necesito decirle a alguien que está a punto de morir que estoy nervioso ante la posibilidad de morir yo.

—Muerte Súbita no te ha llamado —replica Valentino, encogiéndose de hombros ante mi estupidez—. Si nosotros... bueno, si los médicos y tú lo hacéis hoy, ya estarías fuera de peligro, ¿no es cierto?

Si un cardiólogo confirmara que somos legítimamente compatibles para la donación, esto cambiaría las tornas y me salvaría la vida.

Por fin podría convertirme en una novela en lugar de ser un relato.

—Esto es injusto —digo.

—Tampoco es justo cómo has estado viviendo hasta ahora —replica Valentino—, pero ese no es tu problema. Mereces vivir... ¡yo voy a morir! —grita con las mejillas encendidas.

No hace mucho que conozco a Valentino, pero no pensaba que fuera el tipo de persona que se viniera abajo de esa manera. No puedo criticarlo, al fin y al cabo es el primer Fianbre del mundo.

Se tira de la camiseta mientras intenta respirar.

—Lo siento. Solo intentaba...

—Solo intentabas ayudar —me corta Valentino mientras mueve la cabeza como si se avergonzara por el arrebató de

antes—. No puedes salvarme, Orion, pero yo a ti sí. Eres todo un superviviente que ha conseguido llegar hasta aquí. Permite que te ayude a tener la larga vida que yo... que yo no tendré.

Ojalá esto se pareciera más a mi cuento de hadas.

Valentino debería tener muchas más décadas bajo el brazo antes de descansar en paz pasándole el testigo, es decir, su corazón, a un joven que lo necesita.

Sin embargo, a menos que suceda un milagro, nuestra historia no tendrá un final feliz.

Acabará en tragedia.

VALENTINO

02:11 HORAS

No perdemos ni un minuto más.

En un momento estamos todos juntos en urgencias y, al siguiente, la doctora Emeterio nos separa en distintas consultas para llevar a cabo los análisis que determinen si Orion y yo somos compatibles. La doctora Emeterio en persona supervisa mis análisis de sangre, radiografías y otras pruebas que no trato de entender, ya que no es que tenga que preocuparme por hacer un examen sorpresa mañana sobre la diferencia entre el electro y el ecocardiograma.

Hay una cinta de correr en la esquina y la verdad es que me apetece bastante una carrera, pero ¿y si salgo volando como el personaje de una comedia y me rompo el cuello? Muerto por correr en una cinta. Menuda forma de morir.

Si tuviera el móvil conmigo, probablemente buscaría cómo han muerto otros Fiambres esta noche. Alguno de los disparos de Times Square tuvo que darle a su objetivo, pero ¿y los otros Fiambres? ¿Habrá chocado alguien su coche con otro o directamente atropellado a un Fiambre que estaba cruzando la calle? ¿Qué pasa con aquellos que hayan decidido suicidarse porque la incertidumbre de cómo se desarrollaría todo ha podido con ellos? Estos pensamientos son muy entristecedores y deprimentes y obsesionarme con ellos no me va a ayudar a predecir mi propio destino.

Tengo que centrarme en la vida mientras todavía tenga una.

Todo lo relacionado con Orion ya está en proceso, pero

todavía tengo que encargarme de Scarlett. Necesita mis datos bancarios para poder acceder a mis ahorros y así poder vivir unos meses más en Nueva York. Espero que no vuelva a casa de nuestros padres. Se han portado fatal conmigo, pero tampoco es que hayan sido mejores con ella. Supongo que Scar no me ha devuelto la llamada al teléfono de Dalma, lo que me resulta bastante estresante. Debería estar terminando con la fiesta de Muerte Súbita e ir pronto al aeropuerto.

—Si todo va bien —dice la doctora Emeterio mientras observa mi radiografía—, tu aportación de hoy puede suponer un cambio para los futuros trasplantes de corazón.

—Ni siquiera podré verlo.

El silencio es breve, tanto como mi existencia, de eso ya se encarga el pitido constante de una máquina que no le teme a ser apagada ni desconectada para siempre.

—Te prometo que no pienso que seas un conejillo de Indias —dice la doctora Emeterio mirándome a los ojos—. Solo pretendía consolarte, pero lo siento si me he pasado de la raya.

—No, no te preocupes. Solo es que se me hace rara la idea de que voy a morir sin saber cómo acaba todo.

—Ojalá Muerte Súbita pudiera iluminarnos en eso también —dice la doctora Emeterio.

Ojalá.

Me encantaría tener otra llamada con Joaquín Rosa en la que me respondiera a todas las preguntas que me inquietan: ¿cambiaré el futuro de los trasplantes de corazón? ¿Sobrevivirá Orion a la operación? ¿Tendrá Scarlett una vida feliz? Luego viene la pregunta que más miedo me

da de todas. No, no es sobre la vida después de la muerte. Eso no me preocupa. Una vez que esté muerto, estaré muerto. No espero mucho más que eso, sobre todo ahora que tengo problemas con la fe. Lo que me preocupa es el Gran Cómo; ¿cómo voy a morir hoy? Muerte Súbita no es como el catolicismo, que me pide que crea en Dios, sus motivos y su paraíso sin ningún tipo de prueba. Hay una prueba concreta sobre las capacidades de Muerte Súbita con la que se ha ganado el apoyo del presidente, del gobierno y del resto.

¿De verdad me tengo que creer que Muerte Súbita sabe el Cuándo, pero no el Cómo?

No me lo creo.

Alguien tiene que saberlo.

—Tengo tus resultados —dice la doctora Emeterio.

En lo más profundo de mi corazón, ya sé la respuesta.

ORION

02:17 HORAS

Estoy mirando mi radiografía como si fuera un cuadro feo colgado en la pared.

El corazón de un chico de dieciocho años no debería parecerse a una patata deforme, pero eso es lo que pienso cada vez que me lo enseñan. Los médicos siempre me enseñan muy rápido cómo luce un corazón sano, como si a estas alturas no lo supiera.

—Seguro que la radiografía de Valentino es tan buena como sus fotografías —digo.

Dalma sostiene la réplica de un corazón de plástico.

—Nunca has visto sus fotos —me contesta.

—Tenía una sesión con una gran empresa. Tienen que ser buenas. Sus radiografías también tienen que ser propias de un modelo.

En ese momento soy consciente de la cantidad de fotos de Valentino Prince que va a perderse el mundo.

Dalma se sienta a mi lado en la cama, la sábana de papel cruje debajo de ella, y me agarra las manos.

—Eh, O-Bro. Vamos a hablar. Estoy preocupada por ti.

—Mira, si no es su corazón, no pienso tirar la toalla. Encontraremos a un donante compatible.

—No estoy preocupada por el trasplante, sino por tus *corazonadas* del día de hoy: lo rápido que abriste tu corazón al hablar de tus padres y lo que es más importante, el ataque al corazón que sufriste justo después de haber salvado a este chico. Son muchas cosas relacionadas con el corazón.

—¿Crees que estoy enamorado de Valentino? No lo estoy. Yo... yo solo... ni siquiera sé si él me ve de la misma manera.

—Si a Valentino le gustas o no, no es importante en estos momentos —dice Dalma lentamente, como si me estuviera enseñando a programar, pero también de forma cariñosa, como si me estuviera dando malas noticias—. Valentino va a morir hoy, Orion.

—¿Qué quieres decir? —contesto mirando a mi alrededor, sé perfectamente por qué estoy aquí.

—Que no te encariñes demasiado porque no va a acabar bien.

—Lo que no va a acabar bien es que Valentino muera con diecinueve años —contesto y me levanto de la cama. En realidad no debería pasear, sino descansar, pero no puedo dejar de andar desde la pared en la que cuelga mi brillante radiografía hasta la que tiene los carteles de anatomía y los diplomas—. Muerte Súbita ha abierto la puerta de una oportunidad que pasa solamente una vez en la vida. Muchos donantes no solo son extraños, sino que permanecen anónimos para siempre. ¿Por qué debería rechazar a la persona que me quiere dar su corazón?

Dalma se baja de la cama y me bloquea el paso.

—Solo intento protegerte, no discutir contigo.

Sé que sus intenciones son buenas, pero incluso con mi gran inventiva, no puedo imaginar no conocer a Valentino mientras tenga oportunidad, cosa que mañana no podré hacer.

Llaman a la puerta y entran Valentino y la doctora Emeterio.

VALENTINO

02:22 HORAS

Podría pasarme la vida entera diciéndole a la gente que va a vivir.

Con una persona sería suficiente.

Orion está inmóvil, como una estatua, aunque por las lágrimas que está soltando, más bien parece una fuente.

—Guau —se sorprende Dalma. Eso es todo lo que logra decir antes de quedarse sin palabras. Aprieta la mano de Orion y es como si le devolviera a la vida, ya que Orion corre a mis brazos.

—Yo, yo. Estoy muy... ya sabes...

—Ya sé —respondo.

La primera vez que abracé a Orion fue después de que hubiera compartido conmigo la historia de cómo perdió a sus padres. Ahora es por el corazón que se ha ganado, el mío. Es genial. La suavidad de sus rizos rozando mi mandíbula. El peso de su cabeza sobre mi hombro hace que me sienta anclado, como si no me hubieran arrancado del todo de este mundo, a pesar de ser el único de esta habitación que va a morir hoy. Lo que es verdaderamente increíble es cómo nuestros corazones laten contra el pecho del otro, como si se estuvieran diciendo en su propio idioma lo que va a pasar a continuación.

Me doy cuenta de que ni yo mismo termino de entenderlo del todo.

Le doy unas palmadas en la espalda a Orion y lo separo. Le acerco una caja de pañuelos para que se seque las lágrimas.

—Debería llamar a mamá —dice Dalma a punto de salir.

—Espera, Dalma. ¿Ha llamado mi hermana?

Niega con la cabeza antes de añadir:

—Aunque seguiremos intentando dar con ella.

—Vale —respondo, aunque Dalma ya se haya ido.

Cuanto más me repito que Scarlett está bien, más me suena a mentira. Solo porque Scarlett y yo viniéramos al mundo juntos no significa que estemos destinados a abandonarlo al mismo tiempo también. En una media hora será medianoche en Arizona. Scarlett todavía está a tiempo de suscribirse a Muerte Súbita. Espero que no sea un Fambre también.

—¿Cómo vamos a hacer la operación? —le pregunto a la doctora Emeterio.

La doctora Emeterio nos indica que tomemos asiento como si fuese a ser una conversación larga. Orion y yo nos sentamos juntos, nuestros hombros se rozan al sentarnos en estas sillas tan incómodas. La doctora Emeterio nos mira como si no pudiera creer lo que está viendo.

—Llevo años siendo cirujana cardiovascular, pero nunca he visto nada igual, señores. Personas vivas que quieran donar su corazón y no porque les hayan diagnosticado muerte cerebral son muy raras de encontrar e incluso en esos casos suele ser por un familiar.

—No por un extraño al que has conocido en Times Square —matiza Orion.

—O en otro sitio —añado.

—Exacto. Esto es muy generoso por tu parte —dice la doctora Emeterio.

—¿Te he dado ya las gracias? —me pregunta Orion.

—No tienes que...

—Creo que no lo he hecho, que solo te he abrazado.

—No imp...

—Uh, Dios mío, gracias. De todas formas, si cambias de parecer, no pasa nada. No me debes nada. De verdad, no me voy a enfadar ni a guardarte rencor, respetaré tu decisión.

—El rencor tampoco es que fuera a durarte mucho —digo tratando de bromear, aunque sin conseguirlo.

Orion se sonroja. Tampoco le encuentra la gracia.

—Cierto —dice.

Silencio otra vez. Se supone que los trasplantes de corazón deben ser más dramáticos, más ruidosos. Las puertas del hospital abriéndose de golpe. El sonido de pasos acelerados. Los gritos de las enfermeras a los pacientes. La preparación de los carros de parada para las operaciones, pero hoy ha habido mucho silencio porque tenemos tiempo o al menos pensamos que lo tenemos. La lámpara del techo podría caerse y matarme antes siquiera de llegar a la mesa de operaciones. Seguro que entonces las cosas se volverían más ruidosas al intentar extraerme el corazón mientras fuera posible.

—¿Voy a morir primero? —pregunto.

La doctora Emeterio niega con la cabeza y responde:

—Es muy importante que permanezcas con vida. Necesitamos que estés en estado vegetativo.

—Así que ¿estaré en coma?

—Básicamente sí, pero uno de nuestros mayores obstáculos es encontrar a los profesionales adecuados para que ayuden en este proceso con tan poco margen de

tiempo. Me preocupa tener la misma información sobre Muerte Súbita que el resto de la gente, ya que, como médico, es mi deber ayudarte a ti primero.

—Actuar como si no me estuviera muriendo —digo.

—Exacto. Es como he dicho antes: es muy probable que Muerte Súbita se equivoque, pero no lo sabremos hasta que...

—Hasta que esté muerto —termino.

—O sobrevivas —dice Orion.

—Cualquiera de ellas —concluye la doctora Emeterio.

—Así que si sobrevivo, significa que no se puede confiar en Muerte Súbita, pero ¿si muero y resulta que tienen razón ya sería demasiado tarde para poder hacer esto? ¿Se trata de un callejón sin salida? ¿Qué estamos intentando hacer ahora?

—Puedo tratar de hablarlo con la junta y averiguar qué margen de tiempo tendríamos para poder hacer el trasplante de manera segura con tu consentimiento de que no podremos salvarte la vida si decides hacerlo y de que estás tomando la decisión de hacerlo por Muerte Súbita. Es probable que podamos hacer este tipo de intervenciones en el futuro si hay suficientes predicciones que se cumplan de aquí a un tiempo, pero me temo que no puedo darte ningún tipo de garantía porque todo esto es demasiado nuevo.

Me pinzo el puente de la nariz, sobrepasado por la situación. Estoy cansado, pero la adrenalina de mi Último Día me mantiene en pie. Ahora mismo lo que más me apetece es estar en casa, tumbado en mi colchón inflable de matrimonio, que seguro que es incómodo, aunque no tan incómodo como saber que me van a dormir y que ya no

despertaré más.

Hay un modelo anatómico de un corazón sobre la mesa de examen. Me tiene absorto, igual que un modelo a un cámara. Pesa más de lo que me esperaba y es tan grande como mi puño. Me sorprendería que se tratara de un modelo a escala real, pero ¿qué sé yo? Apenas puedo seguir el hilo de los conflictos de la doctora Emeterio y tampoco es que tenga tiempo para convertirme en un experto en la materia.

Así que voy directo al grano.

—Entonces, ¿qué sugieres que haga? —le pregunto.

—Si de verdad quieres ser donante —dice la doctora Emeterio—, yo me quedaría en el hospital. Si te ocurre algo, estaremos en un buen sitio para tratar de salvarte la vida y, de no poder hacerlo y que se dé el caso de que sufras muerte cerebral, estaríamos en el sitio idóneo para llevar a cabo la operación.

—Y una vez que esté muerto cerebralmente, me sacaréis el corazón, y cuando me hayáis sacado el corazón, estaré muerto. —Estas palabras salen de mi boca y me dejan sin aliento. Todavía no he llorado y no quiero romperme ahora, pero veo asentir a la doctora Emeterio por el rabillo de mis llorosos ojos—. Vale, y luego entra Orion y reemplazáis su corazón por el mío y estará bien.

—Teóricamente, sí. Eso siempre que Orion no rechace el corazón.

—No lo haré —afirma Orion rápidamente—. Oh, te refieres a que mi cuerpo lo rechace.

La doctora Emeterio asiente y Orion se sonroja.

—Pero Orion y yo somos compatibles, ¿no es cierto? ¿No debería funcionar?

—Cada cuerpo es distinto, pero de media se producen dos o tres casos de rechazo después de un trasplante. Algunos más graves que otros. Algunos antes que otros.

En este nuevo mundo en el que sabemos cuándo va a morir alguien, todavía desconocemos cuánto va a vivir.

No debería agobiarme tanto. Esto va a depender de Orion en última instancia. No puedo obligarlo a aceptar mi corazón, pero no puedo evitar preocuparme. No quiero que mi última buena acción mate a alguien.

La puerta se abre y Dalma entra tan rápido que me asusta. Como si hubiera un asesino con un hacha persiguiéndola como en las películas de miedo, y me fuera a morir así. Casi me preparo para morir, decepcionado porque vaya a ser antes de lo que pensaba, mucho antes, debo decir. Pero no es eso lo que sucede. El teléfono de Dalma está sonando y me lo da. El identificador de llamada muestra *Scarlett (hermana de Valentino)* y siento que mi cuerpo se prepara para el mayor llanto de mi vida.

Salgo corriendo al pasillo y contesto:

—¡Scarlett!

—¡Hola, Val! Siento no haber respondido ni a las millones de llamadas que me has hecho ni a los mensajes. Olvidé poner el móvil en sonido al salir del coche. ¿Dónde está el tuyo? ¿Qué ha pasado? —Trato de volver a la sala de espera, pero me quedo inmóvil y me deslizo por la pared de al lado del ascensor hasta sentarme en el suelo. No digo nada—. ¿Val?

Scarlett es la única persona en el mundo que puede llamarme así. Muchos lo han intentado, pero nunca me convencen porque es como si trataran de demostrar de esa

forma lo unidos que estamos a pesar de no haberle dedicado tiempo suficiente. Obviamente no he compartido más tiempo con nadie que con Scarlett, y cuando éramos niños le resultaba complicado decir *Valentino*, así que empezó por llamarme *Valen* y terminó acortándolo en *Val*.

—Sigo aquí —digo débilmente como si un asesino con un hacha me hubiera herido—. No estás conduciendo, ¿verdad?

—Claro que no. ¿Qué pasa? Pareces alicaído.

—Voy a pasar a videollamada.

—¿Qué está pasando? Cuéntame.

—Tú acéptala, ¿vale?

Le doy al icono de la cámara y comunica una vez antes de que aparezca la cara de Scarlett. Hay verdadera preocupación en sus ojos, como cuando abrió la primera carta de admisión de la universidad y descubrió que la habían rechazado. Le costó aceptarlo y realmente pensó que no tenía futuro hasta que le sugerí que nos mudásemos a Nueva York, pero no sé cómo ayudarla a vivir una vez que me haya muerto. Ni siquiera sé cómo decirle lo que está pasando. Titubeo en cada palabra, pero con Scarlett no son necesarias las palabras. Al igual que con otros momentos difíciles de mi vida, el más reciente fue la reacción de papá y mamá a mi salida del armario, todo lo que tengo que hacer es mirarla a los ojos, llorar y dejar que las lágrimas hablen por mí. Solo que no hay manera de que por mi cara sea capaz de adivinar que voy a morir cuando se supone que yo tampoco debería saberlo.

—Me suscribí a Muerte Súbita y me ha llamado.

Se queda callada, tan quieta que pienso que la llamada se ha colgado en el pasillo.

—No —responde Scarlett finalmente. Desconozco la secuencia completa de las fases del luto, pero sé que la primera es la negación—. Deja de llorar, Val, no es real —me dice, aunque su cara de póquer es peor que nunca—. Los teleoperadores de Muerte Súbita son todos unos novatos. No saben lo que hacen.

—He... he hablado con Joaquín, Joaquín Rosa.

Consigo pronunciar esas palabras porque no podemos engañarnos. Si Joaquín Rosa está fastidiando las llamadas de Último Día, entonces deberían suspender el servicio ahora mismo, pero puede que Scarlett tenga otro argumento que tenga sentido. Algo que me dé esperanzas.

—Bueno, pero ¿acaso el señor Muerte Súbita te dijo cómo piensa que vas a morir? Porque, si no, no deberíamos darle tanta importancia a esta suposición poco elaborada. ¡Puede ser una suposición poco elaborada! Ni siquiera sabemos cómo trabaja Muerte Súbita, por eso no nos suscribimos.

Scarlett trata de hacerse la dura, pero se rompe. Otra cosa que tenemos en común es que perdemos mucho cuando lloramos. Yo me moriría si alguien me sacara una foto llorando, con la cara tan roja y sonándome los mocos, pero Scarlett le arrancarían los ojos. Incluso ahora que estamos solos, se esconde detrás de la mano y puedo distinguir la luna en el fondo.

—Val, esto no tiene ni pies ni cabeza. ¡Estás bien! ¿Por qué está pasando esto? —Muevo la cabeza—. ¿Se lo has dicho a papá y a mamá?

—No. No estoy preparado para otra charla sobre cómo voy a ir al infierno.

—Más les vale no ser tan santurriones con esto o no

volveremos a hablarles. —Esa promesa permanece viva en los ojos de Scarlett hasta que se da cuenta de que no podré cumplirla con ella, o que puedo, pero no de la forma en que ella piensa. Una nueva oleada de lágrimas le recorre el rostro—. Val, tengo que subirme al avión. Llegaré por la mañana.

—Quizá no deberías venir —le digo, aunque desee lo contrario. Necesito despedirme de mi hermana en persona, pero quiero protegerla—. Puede que sea más seguro para ti quedarte allí.

—Ni de broma te dejo solo —dice Scarlett mientras abre la puerta del coche y se mete en el asiento del conductor.

Me vienen a la memoria escenas del día en que casi muere.

—Scar, para. No puedes conducir en ese estado. Siéntate y respira.

Una vez que se calma, respiramos hondo juntos hasta que pasa de llorar a moco tendido a sollozar.

—No te preocupes por mí. No estaré solo. He hecho nuevos amigos en Times Square. Este es el teléfono de Dalma y...

Los ojos de Scarlett se abren de par en par y se inclina hacia delante como cuando vemos una película de misterio y lo descubre.

—¿Qué pasa si son ellos el motivo por el que...?

—No van a matarme. De hecho son los que me convencieron para suscribirme a Muerte Súbita. Son muy buena gente.

—Eso no puedes saberlo. Son desconocidos.

—Y a pesar de todo, Orion me ha salvado la vida.

Se queda callada, como si tratara de procesar su equivocación.

—¿Qué quieres decir con que te ha salvado la vida?

Esto ya es bastante aterrador. Contarle que me han disparado no va a ayudar a que se calme lo suficiente como para conducir con cuidado al aeropuerto para subir al avión.

—Casi me matan, pero estoy bien.

—No, no lo estás —dice y cierra los ojos. No le pregunto si está rezando, eso es problema suyo.

—Scar, vas a perder el vuelo si no sales pronto.

Scarlett recupera la compostura.

—Vale. Debería llegar sobre las nueve, hora local. ¿Nos vemos en el aeropuerto? No. ¿Sabes qué? Mejor quédate ahí. ¿Estás en casa? —Entorna los ojos—. No, no lo estás. Nuestras paredes son beige y necesitan una buena mano de pintura, no blancas. ¿Dónde estás?

No quiero entrar en por qué estoy en el hospital. Como le cuente que estoy firmando para donar el corazón y que voy a necesitarla a mi lado cuando muera cerebralmente, sí que no llega al aeropuerto de una pieza. Podemos hablarlo en persona.

—Estoy con Dalma y Orion, pero me iré a casa pronto —respondo.

Scarlett quiere sonsacarme más información, pero desiste.

—Quédate ahí. Te veo pronto.

—Scarlett, antes de colgar... Deberías registrarte en Muerte Súbita.

—Vale.

—Te quiero, Scar.

—Te quiero igual, Val.

No colgamos. Es como si no estuviéramos seguros de que vayamos a volver a vernos. Aunque, como pierda el vuelo, sí que no vamos a vernos.

—Conduce con cuidado, hermanita. Presta especial atención a la carretera a estas horas de la noche.

Presionarla para que se concentre en el trayecto en lugar de en mi inminente destino es la única manera que tengo de asegurarme de que no abandone este mundo conmigo.

ORION

02:38 HORAS

Me presiono el pecho con las manos y siento mis latidos constantes. Parece como si mi corazón por fin hubiera decidido comportarse ahora que sabe que vamos a desahuciarlo.

Vuelvo a mirar mi radiografía y pienso en cómo, si es que alguna vez lo hago, escribiría sobre esta experiencia. Podría usarla en la portada, o puede que la queme para así no tener que volver a pensar en todos estos años en los que mi interior era feo y mortífero como una bestia infernal. Nah, no puedo hacer eso. Darle la espalda a mi pasado significa olvidar la contribución de Valentino a salvarme la vida. Mierda, lo estoy dando todo por hecho. No sé lo que haremos si mi cuerpo rechaza su corazón o cuánto tiempo tendremos para intentar otra cosa antes de que me muera.

Estoy viviendo demasiadas cosas que no planeé al empezar el día.

Dios, estoy molido y Dalma también. Estamos apretujados en la camilla mientras Valentino habla con Scarlett y las enfermeras hacen algunas llamadas al seguro en nombre de la doctora Emeterio, que está ocupada tratando de ponerse en contacto con la junta. En vez de dormir, sueño despierto. No solo con cómo mi vida va a cambiar sino también la de los Young. Dalma no tendrá que pasar otra noche en un hospital por mi culpa. Su familia no tendrá que suspender otras vacaciones por mí. No volveré a interrumpir la vida de nadie. No puedo expresar el peso tan grande que siento que me voy a quitar de encima.

—No puedo creerme lo que ha pasado esta noche — medito en voz alta mientras miro las brillantes luces del techo como si fueran estrellas.

—Yo tampoco —concuerta Dalma.

—Todo va a cambiar gracias a Valentino.

—¿Qué le vas a dar a un chico que está dando la vida por ti?

—Técnicamente no está dando su vida por mí.

—Es obvio.

—¿Por qué es obvio? Puede que sí que muriera por mí.

—¿Estás de tu parte o de la mía?

—De ninguna y de la de ambos.

Dalma me golpea con el hombro y nos reímos.

La puerta se abre y entra Valentino. Tiene las mejillas encendidas y los ojos rojos.

—Eh. —Se aclara la garganta—. Eh.

Me levanto de la cama, avergonzado por estar riéndonos mientras que él está pasándolo mal.

—¿Estás bien?

Valentino niega con la cabeza, luego asiente y parece que se hubiera quedado tildado. Los putos sentimientos encontrados no son ninguna novedad para mí. Llevo sintiéndolos muy fuerte desde que me he enterado de que voy a vivir porque alguien va a morir.

—¿Cómo está Scarlett? ¿Bien? —pregunto, muerto de nervios de pensar que no.

—Está viva —responde Valentino. Supongo que es la mejor respuesta. Estaba claro que su hermana no iba a tomarse bien la noticia—. Va a registrarse en Muerte Súbita, luego irá al aeropuerto y llegará sobre las nueve.

No está mal. Solo hay que mantener a Valentino con vida durante las siguientes siete u ocho horas, lo que también implica animarlo.

—¿Hay algo que quieras hacer mientras esperamos a Scarlett? ¿Quieres comer algo? ¿Quizá tu comida preferida?

—Parece como si estuviera en el corredor de la muerte.

Tierra trágame.

—No era mi intención —me disculpo.

—Tranquilo, lo entiendo. Además, no sé dónde encontraríamos *linguini* a las dos de la mañana.

—Venga, hombre. Hay un millón de restaurantes veinticuatro horas en Nueva York.

—Podemos pedir algo o ir a recogerlo —añade Dalma.

Valentino se desploma en una silla sin garbo ninguno para tratarse de alguien que es modelo profesional.

—Por fin me mudo a un sitio en el que se puede encontrar comida pasada la medianoche y... —Frunce el ceño—. De todos modos lo más probable es que no pueda comer antes de la operación.

Entro en una espiral inmediatamente.

El motivo de su muerte no debería ser yo, pero lo siento así a cada segundo que pasa. ¿Ahora qué? ¿Se supone que Valentino no va a poder comer lo que sea que quiera en su Último Día? ¿Todo por una operación que no se le habría ocurrido siquiera si la suerte no nos hubiera cruzado?

—Es un argumento horrible, pero cierto —dice Dalma.

—No, no lo es —replico—. Valentino, si quieres unos putos *linguini*, te voy a traer unos putos *linguini*.

—No, en serio. Podré sobrevivir sin ellos —me responde Valentino. Luego se calla al darse cuenta de lo que ha dicho

y se siente mal por ello. Es de locos cómo un sentimiento cambia su significado cuando vas a morir. Le resta importancia, imagino que es algo que va a tener que hacer a menudo si va a vivir su Último Día—. Quiero ir a casa a descansar. Dejarle todo preparado a Scarlett. Ir por la mañana a mi sesión de fotos. Hacer mi primera campaña publicitaria es una buena forma de que me inmortalicen.

—Sigo incluyendo unos *linguini* en ese plan —insisto—. Incluso la típica pizza neoyorquina, si te apetece.

Dalma tiene los ojos cerrados mientras respira sobre la palma de las manos. No trata de calentarse en esta fría habitación, sino de callarse, pero acaba abriendo el pico:

—No quiero que parezca que no tengo corazón...

—Pues mal empezamos —la interrumpo.

—Mierda, perdón —Dalma gesticula mucho, pero ahora mismo está quieta pensando muy bien las palabras que va a elegir. Tiene las manos inmóviles en el aire, esperando a volver a empezar—. Créeme, Valentino. Me odio por decir lo que estoy a punto de decir porque es increíble lo que vas a hacer por Orion. Él es mi familia y soy muy protectora con él, así que tengo que decir... tengo que decir que me aterra que pongas en peligro la operación si sales del hospital. Si te pasa algo...

Valentino agacha la cabeza, como si lo estuvieran regañando.

—Lo entiendo —dice.

—Obviamente, esperaremos el tiempo que haga falta para que puedas despedirte de tu hermana, pero lo más lógico que podemos hacer es quedarnos aquí las próximas horas.

Nunca ha sonado tan horrible que alguien quiera salvarme

la vida.

—Dalma, te quiero, pero no te apoyo en esto. No vamos a ponerle límites a Valentino en su Último Día.

Valentino contiene un bostezo y dice:

—Dalma tiene razón. Estoy cansado y no pienso con claridad. Cenar en mitad de la noche o ir a una sesión de fotos no deberían arriesgar todo lo que tú puedes llegar a hacer con mi corazón.

Me agacho al lado de Valentino y lo miro a sus enrojecidos ojos azules.

—Lo que quieres hacer por mí sobrepasa tanto los límites de la belleza que ya estoy en deuda contigo, incluso antes de que suceda, pero no voy a vivir la vida que quieres para mí si eso significa que tú no vas a vivir la tuya ahora que todavía puedes.

—Orion, ¿podemos hablar fuera? —me pregunta Dalma, que me fulmina con la mirada.

—Por supuesto —respondo, cortante.

Le aprieto el hombro a Valentino antes de salir y cerrar la puerta detrás de mí.

Dalma junta las manos como si estuviera rezando y me dice:

—Por favor, deja que este chico te salve la vida.

—Por favor, deja de animarlo a morir lo antes posible.

—Os estás poniendo en riesgo a ti y a Valentino. Sé racional. Si Valentino puede morir mientras duerme, ¿no es eso más piadoso que cualquier otra tragedia horrible que le esté esperando?

Cuanto más vive Valentino, más cerca está de su muerte. Lo entiendo, pero no puedo decidir cuándo debe morir.

—Es su elección, Dalma.

—Estoy segura de que estará abierto a escucharte. Ahora es *tu* corazón.

—No, sigue siendo el *suyo*.

—Será el de *nadie* si muere.

—Pues entonces será así.

Este pequeño cuento de hadas puede tener un final infeliz.

Si tan solo Muerte Súbita pudiera decirnos cómo alguien va a morir para tratar de evitarlo, o, incluso, la hora a la que va a suceder, sabríamos con cuántas horas, o minutos, contamos. Los riesgos son muy altos.

—Muerte Súbita ya me ha abierto esta puerta. Puede que me abra otra si la de Valentino se cierra de golpe.

—Empiezo a creer que no quieres operarte —dice Dalma llorando.

—Sabes que sí.

—Entonces, ¿qué haces? ¿Por qué no luchas por tus intereses como lo hago yo?

Me quedo callado antes de responderle:

—Cuando conocimos a Valentino, ya era incapaz de pensar en lo mucho que quería conocerlo. Pasar tiempo en su casa, invitarlo a la nuestra. Ser su guía turístico por la ciudad. Solo quiero conocerlo mientras puedo, sobre todo antes de llevar su corazón dentro de mí durante el resto de mi vida.

No hay nada como decir la verdad en voz alta, lo juro.

Dalma, que lo está asimilando, suspira y dice:

—¿Y qué hacemos? Me parece bien que le hagamos compañía, pero tenemos que envolverlo en papel de burbujas o algo parecido y asegurarnos de que no cometa ninguna locura.

Respiro un momento porque no quiero empezar una discusión ahora que nos hemos tranquilizado, pero en mi estúpido, roto y asesino corazón, sé que tengo razón cuando digo:

—Creo que tengo que pasar tiempo con Valentino, a solas.

—¿Qué? —me dice entrecerrando los ojos.

—Quiero que tenga un buen Último Día y no sé si tú vas a ser capaz de darle el espacio que necesita para respirar o si va a estar demasiado tenso al tenerte cerca.

—No voy a arrancarle los *linguini* de la mano, si es a lo que te refieres.

—¿Él lo sabe?

—¿Por qué me castigas cuando intento protegerte?

—No lo hago. Me encanta que me apoyes. Solo quiero estar a solas con él y asegurarme de que no muera sin haber vivido sus primeras veces.

Dalma y yo estamos demasiado acostumbrados a hacer todo juntos y siempre decide ella lo que sea que vayamos a hacer. Esto es dejarla por completo en la estacada.

—Si esto es lo que quieres. Me parece bien. Yo ya he dicho lo que tenía que decir.

—Gracias, D —digo y la abrazo tan rápido que por poco nos caemos.

—¿Qué quieres que haga?

—¿Puedes buscar a la doctora Emeterio y ponerla al día? Quiero sacar a Valentino de aquí antes de que lo convenza de quedarse.

Dalma asiente y añade:

—Más te vale estar pendiente del teléfono.

—Lo haré. Vuelve a casa en taxi y escíbeme cuando

llegues, ¿vale? —Beso a Dalma en la frente antes de girarme hacia la puerta de la consulta.

—Ten mucho cuidado, Orion —dice Dalma.

—No voy a morir hoy. Es lo bueno de estar registrado en Muerte Súbita.

—Eso no significa que no puedan herirte... o romperte el corazón.

De repente, todo parece tan tenso que es como si pudiera quebrarme en mil pedazos. Me estoy embarcando en un viaje muy peligroso para mantener con vida a alguien que está destinado a morir. Cada minuto que le consigo es más tiempo para conocerlo. Cuanto más lo conozca, más duro será todo.

No puedo predecir el futuro como Muerte Súbita, pero ya sé que mi tiempo con Valentino terminará con un corazón roto.

VALENTINO

02:51 HORAS

Orion vuelve, solo. Una estrella en esta consulta tan brillante.

—¿Estás listo? —me pregunta.

No estoy seguro de saber de lo que habla. ¿Ha cambiado Orion su postura sobre el tiempo que tengo antes de que empiece la operación? ¿O es cosa de la doctora Emeterio? Si ese es el caso, no estoy listo. Scarlett ya está de camino, y no puedo irme ahora.

Orion sonrío, y deduzco que lo he entendido mal.

—¿Preparado para qué? —pregunto.

—Para vivir.

—No te entiendo.

—Quieres ir a casa y dejarle las cosas preparadas a Scarlett, ¿verdad? Pues vamos a hacerlo.

—¿Vas a venir conmigo?

—Solo para apoyarte, pero si de verdad quieres ir solo, te dejo a tu aire.

Definitivamente no quiero estar a solas. Esto ya da bastante miedo, pero no sé de qué va a servirle esto a Orion.

—¿Seguro que esto no va a ser raro? Es como si pasaras tiempo con un cerdo antes de matarlo para comértelo.

—Ya no como carne y no soy un asesino.

—Más te vale no serlo —digo antes de levantarme de la silla.

—Creo que nadie apostaría por mí si hubiera una lucha entre tú y yo.

—Eso no significa que no conozcas a gente poco recomendable, a fin de cuentas estás tratando de quedarte con mi corazón.

—¡Anda, pero si sabes hacer bromas! —dice Orion, sorprendido.

Yo también estoy sorprendido, aunque reconozco que el mérito de que haya sacado un poco de humor a pasear es de Orion. La manera en la que intenta que el ánimo no decaiga me recuerda a las veces que más relajado he estado durante una sesión de fotos. He trabajado con fotógrafos que tratan de imponerse, lo que genera presión en el set y me tensa. No obstante, mis mejores sesiones han sido con fotógrafos que sonrían y se ríen como si fueran ellos los que están delante de la cámara. Cuando ellos se divierten, yo también lo hago.

Orion es una buena persona de la que rodearse hasta que Scarlett llegue. Estoy ansioso por volver al mundo exterior, pero agradecido de poder hacerlo. Es un gran paso si tenemos en cuenta el punto en el que estaba hace unos minutos habiendo aceptado la derrota.

—Gracias por haberme conseguido algo de tiempo —le digo.

—Tranqui. Tú eres quien tiene que sacarle partido —dice Orion colocándose la gorra.

Cuando me registré en Muerte Súbita, había un párrafo en la web que hablaba sobre los motivos de haber escogido la palabra Fambre. Parece ser que Joaquín Rosa quiere que ellos, *yo* en este caso, recuerden que todos somos los capitanes de nuestro propio barco y que estamos decidiendo el rumbo a nuestro último viaje.

Es genial poder contar con un cocapitán.

JOAQUÍN ROSA

02:57 HORAS

Joaquín está viendo las imágenes del tiroteo de Times Square cuando alguien golpea a su puerta. Se le acelera el corazón. Revive cómo fue escuchar esos disparos a través del teléfono mientras realizaba la primera llamada de Último Día. El ruido sobresalta a Naya y despierta a Alano y al cachorro. Bucky se escabulle del sofá y ladra hacia la puerta cerrada sin asustar a nadie con su adorable aullido. Mientras Joaquín se levanta de la silla se escuchan más golpes.

Más vale que sea urgente.

Abre la puerta para encontrarse con su ingeniera de atención al cliente.

—Siento molestarle —dice Aster Gomez tocándose el pelo negro como si estuviera pensando si debería soltarlo todo. Se le da muy bien tratar con la gente, pero no tiene ningún interés en informarles sobre si van a morir, de manera que solicitó un puesto en atención al cliente. Era tan espabilada que Joaquín la contrató como directora del departamento, aunque solo tiene veinticinco años—. Estamos teniendo grandes problemas con el servidor.

—¿Qué está pasando?

—Esto... —Aster mira el pasillo antes de añadir—: Será mejor que me siga.

Joaquín y su familia la siguen.

—Todo empezó cuando recibí una queja hace unos minutos —cuenta Aster hablando rápido—. Han matado al novio de una mujer esta noche en Times Square.

—Qué desgracia —dice Joaquín con toda la seriedad del

mundo. No se imagina la vida sin Naya, sobre todo si la perdiera de una forma tan violenta—. Tengo curiosidad. ¿Se llamaba Valentino Prince? Fue la primera llamada de la noche.

—No, se llamaba William Wilde.

Oh, qué pena. A Joaquín le habría encantado incluir esta anécdota en su autobiografía, pero volviendo al tema que nos atañe pregunta:

—¿El cliente entiende que nosotros hemos hecho todo lo que está a nuestro alcance?

—Solo que no lo hemos hecho.

—¿Perdona?

—Hemos fallado en hacer nuestro único trabajo. El Fambre nunca recibió su llamada de Último Día.

—Bueno, el tiroteo en Times Square empezó después de medianoche, después del lanzamiento. Nunca prometimos que todos los Fambres recibirían el aviso inmediatamente.

—Eso mismo le he explicado, pero la mujer dice que el teléfono de su novio nunca sonó, ni siquiera después de haber terminado con las llamadas de la Costa Este. Lo he comprobado, y no hay registro de haber llamado al número del Fambre ni al de su contacto de emergencia.

Cuando entran en el *call center*, Joaquín observa a sus heraldos, que trabajan sin descanso. Joaquín se fija en Rolando, ya que sospecha que es culpa de él que no se le haya notificado de su muerte al Fambre; probablemente estaría escuchando la historia de otro anciano. Ese error garrafal podría suponer su despido.

—¿Ha sido culpa de Rolando? ¿No le dio tiempo a avisar al Fambre?

—Comprobé a todos los heraldos y, gracias a que Andrea ayudó a Rolando con su lista de contactos tras terminar con la de ella, todos los usuarios registrados de la Costa Este recibieron su llamada de Último Día.

—Todos menos ese pobre hombre —dice Naya, completamente apenada por la muerte de ese extraño.

—Lo siento mucho, señor Rosa —insiste Aster—, pero ya que el Fambre nunca llegó a aparecer en nuestro sistema hoy, ¿podría eso significar que...?

Él levanta una mano, silenciándola. No quiere alarmar a nadie más.

Pero es demasiado tarde.

—¿Qué sucede, papá? —pregunta Alano, que mira a su padre con ojos cansados.

Joaquín no va a admitir que todo va mal.

Cómo su imperio ha comenzado a desmoronarse el mismo día que ha visto la luz.

Cómo va a perderse todo a menos que descubra la causa de este error.

Cómo hay verdaderos Fambres por todo el país que desconocen que es su Último Día.



TERCERA PARTE

LAS PRIMERAS VECES

Muerte Súbita está aquí para ti.

—Joaquín Rosa, creador de Muerte Súbita.

WILLIAM WILDE

(FALLECIDO)

Se supone que Muerte Súbita tendría que haber llamado a William Wilde para decirle que moriría hoy.

Esta noche, William Wilde y la que era su novia desde hacía cinco años, Christi, salieron de su apartamento de un solo dormitorio en el centro de Brooklyn y fueron en tren a Manhattan para unirse al resto de la gente que estaba festejando el lanzamiento de Muerte Súbita en Times Square. William, un conocido fotógrafo que quería capturar este momento histórico con su cámara, había rechazado muchas ofertas para hacerlo para revistas. Sin embargo, teniendo en cuenta que al día siguiente trabajaba, William quería hacerlo para sí mismo, para su colección privada. Especialmente en una noche que iba a ser todavía más memorable, al tener a Christi con él.

Con eso se refería a que iba a poner el temporizador de la cámara para capturar el momento en que le pidiera matrimonio.

No en el que le disparasen.

El pistolero llevaba una máscara de calavera y hablaba sobre el fin del mundo antes de empezar a disparar sin ton ni son a la gente. La primera bala impactó en la garganta de William.

Sus sueños de recibir su llamada de Último Día junto a Christi, cuando fueran una pareja de ancianos y estuvieran rodeados por sus hijos, nietos y bisnietos se esfumaron.

Tuvo que conformarse con morir entre sus brazos y ver sus lágrimas en la cara mientras él se ahogaba con su propia

sangre.

Times Square era muy muy brillante hasta que se oscureció y se oscureció.

—Quédate conmigo, cariño —dijo Christi—. Todo va a ir bien. ¡Todo va a ir bien!

Nadie necesitaba una llamada de Muerte Súbita para saber que no iría bien.

Aun así, Muerte Súbita debería haber llamado.

JOAQUÍN ROSA

03:03 HORAS

Joaquín teme que pronto tendrá que llamar a todos los que forman parte de Muerte Súbita para decirles que la empresa está acabada.

No está claro si la no notificación de la muerte de este Fiambre es un incidente aislado, pero, en cualquier caso, Joaquín debe llegar al fondo de la cuestión para proteger su legado, además de para asegurarse de que ningún otro usuario registrado muera sin previo aviso.

De nuevo en el despacho, Joaquín se arremanga y recoge su ordenador.

—Asegúrate de que nadie hable con la prensa —ordena Joaquín—. No queremos que cunda el pánico.

—Bueno, no queremos publicar el pánico —señala Naya.

Es como si supiera de buena tinta que hay un revuelo de nervios recorriéndole el pecho a Joaquín.

Alano levanta la mirada de su libreta, en la que está dibujando un vestido, incapaz de volver a dormirse.

—¿Cuánto tiempo vas a estar fuera, papá?

—No estoy seguro, hijo mío. Tanto como sea necesario para resolver esto.

Hay una parte de Joaquín que, muy en el fondo, sabe que si no pudiera resolver el problema, podría no querer afrontar las consecuencias. Sin embargo, siempre lo hace y siempre lo hará. Incluso cuando la vida parece imposible.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta Alano.

—Sabes que no puedo hablar de ello —responde Joaquín.

—Guardaré el secreto —lloriquea Alano.

—Cuando seas mayor —contesta Joaquín.

—Pues está tardando mucho eso de ser mayor.

Resulta gracioso que Alano piense que está preparado para saber cómo funciona Muerte Súbita cuando todavía cree en Papá Noel. Quedan muchas conversaciones por tener aún, como la de quién pone realmente los regalos debajo del árbol de Navidad, por no hablar de la de la abeja y la flor, aunque, francamente, Joaquín sospecha que tendrá que sacar a la flor de la ecuación, cosa que él aceptaría de buen grado en caso de que descubriera que está en lo cierto. En cualquier caso, Joaquín está protegiendo tanto la infancia de Alano como su seguridad al no revelar todo sobre Muerte Súbita. Quizá cuando cumpla treinta puedan hablar del tema mientras se toman una cerveza.

Joaquín besa la cabeza de su hijo y rasca la parte de atrás de las grandes orejas del cachorro antes de abrazar a su esposa.

—Voy a estar una temporada incomunicado —le dice.

—Te veré cuando vuelvas —responde Naya.

Se despiden con un beso.

Luego Joaquín sale por la puerta y se encamina hacia un sótano al que nadie más puede entrar.

VALENTINO

03:04 HORAS

Viviré mi Último Día, sin importar lo que dure.

Me tranquilizo delante de Orion y salgo del hospital. Existen millones de formas por las que puedo morir en la ciudad. Llevo pensando en ellas toda la noche, pero todo parece más plausible ahora que estoy fuera. Puedo morir por un disparo, estrangulado, apuñalado, hasta atropellado por un coche, un autobús, un taxi, una moto o, incluso, un tren si me caigo en las vías. Puede que porque me caiga algo del cielo, como la parte de un andamio, ya que parece que están arreglando todos los bloques por los que he pasado esta noche. Podría hasta morir de un infarto, lo que sería un final bastante irónico, aunque le sirviera a Orion para descubrir que no soy yo quien le salvaría la vida.

Aunque mi apartamento está a tan solo ocho minutos andando de aquí, estoy nervioso mientras caminamos por la acera. Por lo que sé, la basura del suelo puede estar tapando alcantarillas en las que puedo caer o incluso una mina que me haga saltar por los aires. Las opciones son infinitas. Me tienta empezar a andar por la carretera en lugar de por la acera, pero sería profetizar que un coche me matara y...

—Ponte las pilas —me dice Orion.

—¿Que me ponga las pilas? —repito.

—Ponte. Las pilas. Estás andando como si fueras un zombi.

—Aun así. Parece como si no tuvieras corazón.

—¿Es eso un golpe directo a mi corazón?

—Solo porque le has dicho a alguien que se está muriendo

que se pusiera las pilas.

—Vale, tienes razón.

Orion se calla, aunque lo prefiero cuando habla.

—¿Cuándo empezaste a tener problemas de corazón?

Orion silba antes de responder.

—Es gracioso porque crecí viendo a mi madre entrar y salir del hospital. No es que eso sea gracioso, por supuesto, pero era tan tonto que nunca pensé que podría haber heredado sus problemas cardíacos. Es decir, nunca se me pasó por la cabeza.

—Tal vez sea algo bueno que no lo hicieras. No perdiste el tiempo teniéndoles miedo.

Casi como yo le estoy temiendo ahora a mi muerte.

—Claro, supongo que me gustaría habérmelo tomado más en serio. Recibir algún aviso.

—Eras un niño.

—Un niño que pensaba que su madre iba a morir a causa de sus problemas cardíacos, hasta que todo cambió cuando... Bueno, ya conoces la historia. —Orion se mete las manos en el bolsillo y camina encorvado, como si cargara literalmente con el peso del mundo sobre los hombros—. Sufrí mi primer paro cardíaco grave un par de días después de cumplir los dieciséis.

—¿Qué lo causó?

—¿Todo? El cuarto año de secundaria no fue un curso sencillo. Suspendía a diestra y siniestra, estaba estresado todo el tiempo y pensaba que iba a repetir. Entonces, cuando estaba haciendo el examen final de Ciencias de la Tierra, la hipertensión se descontroló y me desmayé.

—Suenas horrible.

—Lo fue, pero al menos le caía lo suficientemente bien al profesor como para que me aprobara.

—Seguro que fuiste su primer estudiante en sufrir un infarto de verdad durante un examen.

—Ya ves. Los infartos en adolescentes son algo aislados. Soy como un unicornio y ¡no solo porque sea gay!

—A mí me lo vas a contar.

Orion se ríe mientras un par de personas gritan delante de nosotros. Una golpea con un bate un coche, lo que hace estallar el cristal de la ventana y activa la alarma. La risa de Orion se pierde mientras que la del atacante empieza a sonar. Entonces, cuando veo que los dos llevan máscaras con calaveras, siento que estoy a punto de sufrir un infarto. Agarro a Orion por el brazo y lo arrastro detrás del Jeep que está aparcado a nuestro lado. Nos agachamos para escondernos.

—Qué cojones... —Hago callar a Orion.

Por lo que sabemos uno de esos enmascarados puede ser el mismo que intentó dispararme.

¿Es así como funciona el destino en el mundo de Muerte Súbita? ¿Está realmente escrito que tengo que morir, pero que lo único que varía es cuándo? ¿Está escrito que me tiene que matar este hombre que falló anteriormente?

Salto cuando escucho que el cristal de otra ventana estalla y que suena la alarma. Seguramente esto significa que la policía llegará pronto a ayudar, ¿no?

Orion me pasa el brazo por los hombros y me acerca a él como si fuera un chaleco antibalas. No lo alejo. Puede que me salve la vida, aunque sea un poco más.

Otra ventana estalla, otra alarma suena, otra risa resuena

por la calle.

Los hombres con las máscaras de calavera cada vez están más cerca.

¿Qué pretenden? Supongo que deben de ser ese tipo de personas a las que no les preocupa cometer crímenes porque piensan que Muerte Súbita es el inicio del fin del mundo. Sería maravilloso que los policías llegaran y los arrestaran antes de que nos reventasen con ese bate.

Otra ventana, otra alarma, otra risa.

Están muy cerca. A un coche de distancia.

Orion parece estar muy asustado para tratarse de alguien cuya vida no está en riesgo, según Muerte Súbita. Se le escapa un gemido y le tapo la boca con la mano para callarlo. No creo que ninguno de los hombres lo haya escuchado, pero aun así estoy aterrado. Veo arrepentimiento en los ojos castaños de Orion. En ese momento, la ventana del Jeep estalla, los cristales caen en el otro lado del coche. Tengo las uñas de Orion clavadas en el brazo, y yo contengo la respiración, como si fuera a escucharse por encima del coro de alarmas.

Cuando atacan al siguiente coche, llevo a Orion a la parte delantera del Jeep, donde no puedan vernos.

Vuelvo a respirar al fin cuando escucho en la distancia sirenas de coches de policía aproximándose a nosotros.

—Tenemos que irnos —susurra Orion, y yo niego con la cabeza—. Sí. ¿Qué pasa si creen que hemos sido nosotros?

Tiene razón. En el mejor de los casos, nos detienen y perdemos unas valiosas horas de mi Último Día. En el peor de los casos...

Me asomo por el lado del Jeep y veo que los atacantes

están escapando en dirección al hospital.

—Vamos.

Orion y yo nos levantamos y corremos, y todo en lo que puedo pensar es en lo acelerado que tengo el corazón, como en uno de mis entrenamientos más intensos, y en cómo está aguantando el de Orion. Giramos la esquina, doy con la bota en el bordillo y tropiezo hacia delante. Orion me ve, y no hay nada que podamos hacer para evitar la gravedad.

Justo antes de golpearme la cabeza contra el suelo, sé que es así como voy a morir.

ORION

03:10 HORAS

Esto no puede ser. Esto no puede acabar así.

Quiero pensar de verdad que esto es una broma, pero sé que no lo es, vi el miedo en sus ojos mientras caía. Corro a su lado, tropezando conmigo mismo por un momento, y le doy la vuelta para descubrir que tiene un gran corte encima de la ceja. La sangre mancha el suelo como si se tratara de un test de Rorschach en el que no me importa sacar buena puntuación porque lo único que necesito saber es si está vivo o no.

—Valentino, ey.

Gruñe, lo que es buena señal porque solo las personas que están vivas gruñen, lo que significa que puedo respirar sabiendo que él también puede. Abre los párpados y le tiembla la mano que levanta para tocarse la herida.

—No la toques —le digo. Lo último que necesitamos es que se infecte—. Volvamos a que te examinen.

—No, estoy bien. Puedo desinfectarla en casa.

—¿Estás seguro? —le pregunto mientras le ayudo a levantarse.

—Estoy seguro. Larguémonos de aquí.

Me aseguro de que no está mareado mientras continuamos y parece estar tan estable como alguien puede estarlo después de haberse partido la cara contra el suelo mientras huía de hombres enmascarados. Esta noche está siendo una locura. Tiene razón cuando dice que tenemos que llegar ya a su casa, donde estará a salvo. No estoy acostumbrado al Upper East Side, pero el diseño de la

ciudad hace que sea facilísimo llegar desde la Setenta y Siete a la Segunda.

—Pensaba que iba a morir —confiesa Valentino. No voy a decirle que yo pensaba lo mismo, y añade—: Me refiero a en ese momento.

—Pero estás bien.

—Aunque tú todavía habrías tenido posibilidades. Al ser por un daño cerebral y estar tan cerca del hospital, el éxito estaba asegurado.

No puedo considerarlo siquiera sin sentirme como una mierda al pensar que he sido yo el que lo ha animado a que saliera del hospital, el que casi consigue que lo maten y el que saldría ganando con todo esto.

Valentino se calla y yo no sé qué decir. ¿Debería disculparme?

—Zombi —me dice.

—Eh, ¿qué? Mierda, ¡tienes una contusión! —Valentino niega con la cabeza.

—No, antes has dicho que parecía un zombi. Antes de todo esto. Creo que ese habría sido mejor nombre que Fiambre.

Como alguien que se ha releído la página de Muerte Súbita miles de veces, sé por qué se decidieron por el nombre de Fiambres.

—Verás, Joaquín Rosa piensa en los Fiambres como los capitanes de su propio barco y...

—Lo entiendo. Perdona que te interrumpa.

—¡Adelante, interrumpete!

—Llamarnos Fiambres suena demasiado intelectual. Somos zombis. Los muertos vivientes.

—¿Pero no sería demasiado obvio?

- Un punto medio: Hijos de la Muerte.
- Demasiado macabro.
- Morir es macabro, Orion —determina mirando fijamente al frente.

FRANKIE DARIO

03:15 HORAS

Muerte Súbita no puede llamar a Frankie Dario, pero eso no evita que Frankie los llame.

Al menos a alguien que trabaja allí.

Frankie está sentado en su oscura cocina, bebiendo un café rancio de un termo sucio mientras espera a que el mejor amigo de su mujer atienda el teléfono. Ha aprendido por las malas que no puede contar con Rolando, no después de que se le olvidaran los anillos de la boda de Frankie y se diera cuenta en mitad de la ceremonia, pero ¿culpó Gloria a su mejor amigo, quien probablemente quisiera arruinar la boda por los sentimientos que sigue teniendo hacia ella? Por supuesto que no. En su lugar, regañó a Frankie por no haber comprobado que Rolando los tuviera antes, como si él no hubiera tenido que estar pendiente de otras miles de cosas que ella le había encargado. Sin embargo, Rolando por fin tiene algo que hacer en la vida: trabajar como heraldo para Muerte Súbita y decirle a la gente que está a punto de morir.

O sea, hasta que se demuestre que es un fraude.

Frankie duda mucho de Muerte Súbita como para suscribirse él mismo o a su familia a sus servicios; de todas formas, el gobierno ya tiene demasiada información sobre ellos. Cosas que ni siquiera deberían saber, pero Frankie no es idiota. Sabe que puede sacarse dinero fotografiando a los llamados Fiambres en el evento en el que van a morir. ¿Lo mejor de todo? Sonsacarle información a Rolando.

Si es que contesta al teléfono.

Las series fotográficas podrían ser lo que realmente define la vida de Frankie. No se le da bien hacer muchas cosas. El café, por ejemplo. Se le da de pena, pero no pasa nada, tampoco es que sea un camarero tonto que vive para servir a las órdenes de aquellos que quieren un capuchino helado con tres (no dos, ni dos y tres cuartos) toques de sirope de caramelo. Frankie no sabe preparar una taza de café, pero sabe hacer fotos hermosas. Lo que sedujo a su nuevo inquilino, Valentino, para pagar la entrada del apartamento fueron las fotos engañosas que hizo y subió Frankie a la web de Craigslist.

¡Eso es tener talento!

Ya es hora de que Frankie consiga su sueño de ganar un premio Pulitzer a la Fotografía de noticias de última hora, y está seguro de poder hacerlo con su trabajo en este histórico Último Día. Capturará la primera de las muertes de Muerte Súbita o bien el alivio reflejado en la cara de un Fiambre tras haber sobrevivido al día.

Frankie flexiona la pierna, golpeando con la rodilla la parte de debajo de la mesa.

Es como si su alma lo apremiara con lo mucho que quiere salir a empezar a sacar fotos.

Una parte de Frankie odiaría exponer a Joaquín Rosa como fraude, ya que se ve bastante reflejado en él. Ambos son hombres hispanos nacidos en el barrio de Salinas, en Puerto Rico, donde coincidieron durante un año. Es una pena que no se conocieran por aquel entonces, ya que Frankie está seguro de que podrían haber sido amigos de por vida. Puede que incluso padrinos en sus respectivas bodas y alguien a quien Frankie podría haber confesado que deseaba que

Gloria se preocupara tanto como Naya por su apariencia. Otra coincidencia bastante llamativa es que ambos, Frankie y Joaquín, tienen un hijo de nueve años. La amistad entre estos hombres podría haber pasado de generación en generación, como sus ojos tan marrones como el café con leche que le está dando energías. Mejor que Frankie no hable sobre las cosas sin sentido que ha visto vestir a Alano; no trata de juzgar la labor de Joaquín como padre, pero eso es algo que, en el pasado, le resultaba complicado cuando se tomaba un par de cervezas. Frankie seguirá asegurándose de que Paz acabe siendo todo un hombre.

Lo que realmente los diferencia, según Frankie, es el éxito. Él es un poco mayor, una nimiedad como para que tenga importancia, y aun así tiene el ego herido por no haber alcanzado el mismo nivel que Joaquín. Ambos mantienen a sus familias, como cualquier puertorriqueño debe, pero los Rosa tienen tres mansiones repartidas por el país, mientras que los Dario viven en una mierda de casa de dos dormitorios en Manhattan y tienen que lidiar con los problemas de sus inquilinos.

Está cansado de tener que pelear para llegar a fin de mes; está preparado para comenzar a amasar una fortuna.

Lo que empieza con Muerte Súbita.

Y con Rolando respondiendo el puto teléfono para ayudarlo. Siempre que no esté muerto.

VALENTINO

03:17 HORAS

Hace cinco horas estaba de pie por primera vez fuera de mi nuevo hogar pensando en que tenía toda la vida por delante. Ahora tengo una herida sangrante causada por una experiencia cercana a la muerte. La próxima vez puede que no sea *cercana*.

—Aquí es —digo buscando las llaves.

—Justo al lado de una pizzería —dice Orion señalando la pizzería cerrada antes de volver a introducir la mano en el bolsillo—. ¿La has probado?

—No. Tenía prisa por llegar a Times Square.

No tengo nada más que decir. Sabemos lo que pasó. ¿Habría recibido mi llamada de Último Día si me hubiera quedado en casa esta noche? Si pudiera viajar en el tiempo, eso es lo que cambiaría. Me habría quedado en casa, habría desempaquetado las cosas y habría dormido antes de la sesión de la mañana. Entonces habría vivido lo suficiente para ver los frutos de mi trabajo y mi sueño hacerse realidad.

—Tendría que haberme quedado en casa —comento, y Orion asiente.

—Con una pizza para ti solo.

Vuelvo a comprobar todos mis bolsillos, pero mis llaves siguen sin aparecer.

—Esto no puede estar pasando.

—¿Qué ocurre?

—Creo que he perdido las llaves.

—¿Crees?

—No hay dudas: he perdido las llaves.

—Y el móvil. Tengo que decirte que tus pantalones son muy chulos, pero los bolsillos son un asco.

Seguro que esta no va a ser la peor parte del día, pero tampoco es buena. Estoy agotado y solo quiero acostarme un rato.

—¿Volvemos al hospital?

—No. Llama a tu casero. Ah, ya, estás sin móvil —Orion mira el portero automático—. ¿Sabes cuál es su apartamento? Llama.

—Me dijo que solo le molestara en horario laboral. No quiero enfadarlo.

—Tampoco es que vaya a ser tu problema durante mucho tiempo más. Haz como si fueras a mudarte. No tienes nada que perder.

No tengo nada que perder. Frankie ya parece estar molesto conmigo y no tiene sentido tratar de mejorar mi relación con él. Ni siquiera por Scarlett, que no tendrá problema en enfrentarse a él cuando se pase de la raya. Solo me siento mal por molestar a su familia, pero esto es una emergencia. Todo mi día es una emergencia, y necesito tratarlo como si lo fuera.

Voy al portero automático y me detengo, porque nunca veré mi nombre en él. Presiono el botón del apartamento de Frankie. Luego, después de un minuto sin que pase nada, Orion vuelve a llamar, dejando el botón presionado más tiempo.

—Te va a matar —le digo—. O más bien a mí.

—No va a hacer nada.

El portero automático permanece inalterable hasta que

suenan la voz de Frankie.

—¿Quién es?

—Hola, Frankie. Soy Valentino Prince. Lo siento mucho. Me he quedado encerrado fuera.

—¿Dónde cojones están tus llaves? —grita Frankie.

Ya me estoy arrepintiendo de esto.

—Las he perdido.

Escuchamos el sonido del teléfono al caer.

—Vale, puede que sí que te mate —murmura Orion.

Al juzgar por la cara de Frankie cuando baja las escaleras, creo que estamos en lo cierto. Todavía estamos a tiempo de dar la vuelta y salir corriendo. Frankie abre la puerta de la entrada y me mira la frente ensangrentada. He sido un estúpido al pensar que me podría haber ganado su simpatía así. Él simplemente se queda mirando a Orion.

—Lamento haberte despertado —me disculpo.

Frankie bloquea la entrada.

—Has perdido las llaves en tu primera noche. ¿Quién hace eso?

No voy a contarle todo lo que me ha pasado desde que me he enterado de que soy un Fiambre. No es asunto suyo y dudo de que le importe.

—Lo siento —repito.

Frankie se ajusta la bata.

—¿Has perdido los dos juegos de llaves?

—No, el otro está en casa. No me llevé ambos...

—Bien. Tienes sentido común.

—Guau —reacciona Orion—. ¿Es así como trata a sus inquilinos?

Frankie mira a Orion de arriba abajo, luego a mí.

—Son las tres de la mañana. Tenéis suerte de que me haya dignado a bajar.

—¿Nos dejas pasar, por favor? —le pregunto.

—Solo porque ya me he cobrado tu cheque del alquiler — responde Frankie haciéndose a un lado—. No me manches el suelo de sangre.

No hago más que imaginarme cuán insensible podría llegar a ser si supiera que soy un Fiambre.

En el edificio sigue haciendo calor, pero el ambiente es distinto. Este no será el pasillo en el que recogeré las cartas, las felicitaciones de cumpleaños o las facturas del buzón. Estas escaleras no serán mi entrenamiento de piernas diario, y cuando Frankie abre la puerta de mi apartamento entiendo que esta es tanto la primera como posiblemente la última vez que vuelva aquí.

Antes de que pueda darle las gracias y reiterar mis disculpas, Frankie se va directo a su apartamento.

—Muy majo —dice Orion mientras cierra la puerta a sus espaldas.

Enciendo las luces y me arrepiento de inmediato. El sitio está casi vacío.

—Siéntete libre de sentarte en la caja que prefieras.

—En cuanto te limpiemos la herida —responde Orion dejando la gorra sobre la encimera. Abre el grifo y prueba la temperatura del agua—. ¿Tienes servilletas?

Me dirijo a la maleta y le doy a Orion el rollo de papel higiénico que guardé porque no estaba seguro de si las tiendas estarían abiertas a mi tardía llegada. Por no hablar de todas las noticias que ha habido de gente acumulando rollos de papel higiénico por si era el fin del mundo. Iré a

comprar algo con Scarlett por la mañana y me aseguraré de que tenga lo más básico.

Me acerco adonde está Orion, junto al fregadero de la cocina.

—El agua está caliente —me avisa.

Me sujeta con una mano en el hombro y con la otra da toques leves sobre la herida. Hago un gesto de dolor, pero me relajo. Mantener los ojos cerrados mientras el agua sigue saliendo del grifo hace que sienta como si me estuvieran haciendo un tratamiento en un *spa*. Estoy peligrosamente cerca de quedarme dormido de pie, así que me apoyo en la encimera de la cocina.

—Ya estás listo —anuncia Orion.

—Gracias, doctor...

—Pagan.

—Gracias, doctor Pagan.

—Ahora vuelvo. Voy a acercarme a casa de Frankie para pedirle tiritas. Seguro que estará encantado de poder ayudar a su inquilino preferido.

Orion aguanta la risa y se da la vuelta para salir, y yo tiro de él para abrazarlo mientras me río más fuerte de lo que pensaba que podría en el día de mi muerte.

FRANKIE DARIO

03:31 HORAS

Frankie podría matar al nuevo inquilino.

¿Quién se cree que es Valentino para molestarle en mitad de la noche? ¡Sobre todo en su primer día aquí! Qué valor...

No importa que Frankie estuviera despierto. Eso no es asunto de nadie. Lo que *sí* importa es que Frankie hizo su trabajo al darle al inquilino dos juegos de llaves, como estipula el contrato de alquiler, y que, aun así, Valentino se ha quedado encerrado fuera del apartamento; seguramente habrá perdido las llaves en cualquier callejón, donde conoció al chico que ha traído a casa. ¿Valentino Prince? Más bien Valentina Prince.

Frankie mantendrá a Paz lejos de Valentino. Ya ha habido demasiadas señales de que hay algo raro en Paz como para que le ayuden si alguna vez intenta traer a otro chico a casa. Frankie entraría en el armario tan rápido y lo agarraría por el...

Respira hondo.

Si Frankie es sincero (y lo es, más te vale creerlo), lo que de verdad le ha molestado es no tener noticias de Rolando. ¿Acaso no ha arruinado todavía la vida de suficientes personas? La próxima vez que Rolando necesite un favor, Frankie se tomará todo el tiempo del mundo para hacerlo, eso también puedes creerlo.

Tira el resto del café por el fregadero. Mira por la ventana de la cocina, echando de menos cuando podía mirar en aquella dirección y ver a esa hermosa y peleona joven en su apartamento; siempre llegaba tarde con algún afortunado o

afortunada, pero se mudó y ahora está viendo por la ventana a Valentino abrazando al otro chico. Frankie corre la cortina al perder el interés por lo que sea que pase entre esas paredes.

Saca una cerveza de la nevera y le da un par de tragos, esperando ahogar sus frustraciones en alcohol.

Todo lo que quiere es una pista de un Fianbre al que pueda seguir.

¿Tan complicado es?

ORION

03:33 HORAS

Así no es como imaginé que sería que un chico me trajera a casa.

Para empezar, pensé que podría congeniar con sus padres o tutores, puede que también con algún hermano y amigos; que me abriría en canal y les hablaría sobre todos mis defectos, pero también sobre mis cualidades, como que escribo, y sobre cómo sigo intentándolo a pesar de que tengo un corazón que trata de impedírmelo. Luego, a la hora de comer o cenar, bromearíamos antes de que me dejaran pasar el rato con mi chico en su habitación, donde suele pasar la mayor parte del tiempo.

Por el contrario, he ejercido de médico con un Fambre en un estudio vacío.

Sin embargo, el abrazo de Valentino es increíble. Lo disfruto mientras dura y, por mucho que quiero seguir mirando esos ojos azules y esos labios con forma de corazón, retrocedo para que no se confunda. Vine para ayudarlo de verdad, no para ligar.

Es un pensamiento algo oscuro, pero seguro que la gente buscará a Fambres en el futuro para echar un polvo y pasar página, sin compromisos; me anoto mentalmente decirle a Dalma que no cree esa aplicación.

—Bueno, ¿por dónde empezamos? —pregunto.

—Supongo que desempaquetando las cajas. Son solo de ropa.

—Puedes elegir lo que vas a ponerte para la sesión de mañana.

—RainBrand va a vestirme con sus productos.

—Ya, pero igualmente tienes que aparecer bien vestido.

—Eso es cierto. Quiero causar una buena impresión para que me vuelvan a contratar en el futuro.

Dejo de ordenar la encimera para asegurarme de que no se venga abajo.

—En serio, si necesitas que deje el optimismo a un lado y te permita que expreses tus sentimientos, dímelo. Enterraré el optimismo en un agujero negro y profundo.

—Me gusta tu optimismo. Es mejor que fingir que no pasa nada. No pares, por favor —dice esbozando una rápida sonrisa antes de rasgar fácilmente la cinta americana de una caja.

—El optimismo vive para ver otro día.

Entro en el pequeño cuarto de baño, coloco el rollo de papel higiénico en su sitio y tiro los pañuelos ensangrentados por el váter. Me miro en el espejo y pienso en lo mal que salía en la foto que Dalma y yo nos hicimos antes de conocer a Valentino; me gustaría volver en el tiempo y decirle al Orion del pasado lo increíblemente guapo que está. Tengo los labios más agrietados todavía y los rizos despeinados. Toda mi cara pide la muerte a gritos y, aun así: no puedo venirme abajo, no cuando es mi trabajo mantener el optimismo de Valentino.

Vuelta al trabajo. Me lavo la cara y hago lo que puedo con los labios antes de salir.

Valentino está arrodillado entre la ropa quitándose la camiseta y mostrando los fuertes pectorales y la tableta de chocolate más marcada que le haya visto a alguien en mi vida. En serio, es de locos. Siento que podría romperme el

puño si le pegara en el pecho.

—Mis dieces —le digo señalándole el cuerpo.

—Ja, ja, ja. Gracias —dice Valentino mientras se pone una camiseta interior blanca que le queda menos ajustada—. Ojalá no fuera necesario tener este aspecto para poder entrar en la industria. Quién sabe la cantidad de horas que le he dedicado a ejercitarme y todo para acabar siendo un cadáver musculado.

—Y también a depilarte —añado.

Valentino se ríe entre dientes.

—Sí, un cadáver musculado y sin pelo. —Está doblando sus camisetas y amontonándolas contra la pared—. Si me paro a pensarlo, no me entusiasma la cantidad de gente que dirigía mi vida. Ni siquiera se preocupaban por mí. Solo querían imitarme.

—Bueno, ya nadie va a manejarlo más.

—Hablando de... espero no haberte creado un problema con Dalma.

—Nah, no te preocupes. Dalma es superlógica, pero no quería que te presionara con cuándo tienes que morir en tu Último Día. No tiene que ver con nosotros, sino contigo.

Valentino suspira mientras saca un par de chaquetas y sudaderas.

—Lo agradezco, pero para que no te sientas raro, no la veo como a un enemigo. De hecho, entiendo sus motivos. Me habría comportado igual si tú tuvieras el órgano mágico que pudiera salvarle la vida a Scarlett.

Si yo estuviera en su lugar, me gustaría pensar que haría exactamente lo mismo que Valentino va a hacer por mí. Tal vez, si Scarlett necesita que la salven algún día, yo podría

ser su héroe. Si alguna vez necesita un corazón y yo tengo el de Valentino, entonces sería todo de ella, no tengo dudas.

Mientras abro la caja del colchón inflable, me doy cuenta del nuevo comienzo que suponía esta mudanza para Valentino. Ni siquiera tenía una cama en la que dormir. No es como cuando yo me mudé del apartamento de mis padres a la casa de los Young. Yo pude elegir entre la cama plegable del sofá de la salita de piedra rojiza, los sacos de dormir de las acampadas de Dayana y Floyd y, por supuesto, la cama de la habitación de invitados que pasó a ser la mía. Mientras que Valentino tiene el colchón hinchable más ruidoso del mundo. Casi lo desenchufo, porque no quiero molestar a los vecinos a estas horas, pero no me importa, porque Valentino se merece una cama en su Último Día, incluso si se trata de una inflable.

Temo cómo se tratará a los Fiambres de ahora en adelante en un mundo en el que actualmente no supone ningún problema dejar que la gente duerma en la calle.

Es bueno que Valentino no tenga que vivir esa locura.

VALENTINO

03:41

La última caja está llena de calzado que nunca llegaré a ponerme para recorrer Nueva York.

Mis botas Timberland han hecho un buen trabajo esta noche, pero esperaba poder andar por las calles con mis zapatos oxford favoritos, las Converse azules y los mocasines marrón tostado. Así como salir a correr por las mañanas y explorar Central Park con mis Nike. Saco dos pares de zapatillas deportivas blancas, uno desgastado por las salidas informales y otro reservado para las fiestas en las que quiero darle un toque informal a mi conjunto arreglado. Mis padres siempre pensaron que era una tontería tener dos pares de zapatillas iguales para dos ocasiones distintas, pero a ellos no les preocupa tanto su apariencia como a mí. Cuando pienso que voy guapo, me siento guapo. Respeto mis elecciones sobre moda, incluso ahora, cuando podría parecer estúpido haberme preocupado tanto por unos zapatos que no verán la luz del día.

Al menos conmigo. Encontrarán un nuevo hogar en los pies de otra persona.

Hasta entonces, los alineo al lado de la puerta.

—Listo —digo. No es mucho, pero he creado la ilusión de que aquí vive alguien.

—¿Qué es lo próximo? —pregunta Orion mientras bosteza. Consulto la hora en el reloj.

—Scarlett debería estar subiendo ahora al avión. ¿Te importa si la llamo?

—No hace falta que preguntes —responde Orion,

deslizando el teléfono por el suelo en mi dirección—. Adelante.

Utilicé su móvil justo antes de salir del hospital para enviarle un mensaje a Scarlett diciéndole cómo ponerse en contacto conmigo, ya que Dalma no venía con nosotros. Respondió rápido, hecho que me puso nervioso ya que no quiero que conduzca y mande mensajes al mismo tiempo, pero había aparcado responsablemente antes de mirar la notificación de otro número desconocido. Incluso estando angustiada, Scarlett seguía siendo precavida, lo que es genial porque todavía nos quedan veinte minutos antes de saber si morirá hoy también.

Voy al historial de llamadas y pulso sobre el contacto recién creado de Scarlett. Responde a la videollamada en cuestión de segundos.

La cara y los ojos de Scarlett están enrojecidos y exhala nada más verme.

—Temía que no fueras tú.

—Estoy en casa —le digo moviendo la cámara para que vea el apartamento con lo mínimo que he sacado de las cajas y a Orion en la esquina.

—Bien. Asegúrate de que no haya nada que pueda matarte, como la hornilla o alguna superficie afilada. ¿La ventana se puede bloquear? Bloquea la ventana para que nadie pueda entrar.

Si se tratara de una llamada normal, me limitaría a decirle que todo está bien, pero quiero tranquilizarla tanto como voy a necesitar que ella me tranquilice luego, así que me paseo por el apartamento y me aseguro de que sea a prueba de muerte.

—Hecho —le informo.

—Gracias. No cuelgues todavía.

—No lo haré.

Me siento en el colchón, que está lo suficientemente duro como para que pueda dormir un par de horas. Observo a Scarlett mientras se registra en la puerta de embarque y respira hondo. Solamente ha volado dos veces en su vida y no es algo que le apasione. Ahora más que nunca me arrepiento de haber venido antes. La señal del teléfono empeora conforme avanza por la pasarela de embarque porque, a pesar de todas las noticias que informan sobre la incorporación de conexión wifi en los vuelos, no conozco a nadie que haya estado ya en un avión con conexión a internet.

—Scar —le digo mientras la llamada sigue entrecortándose, la imagen se congela mostrando expresiones en su cara que odiaría.

Cuelgo y le mando un mensaje que espero que le llegue:

La conexión es una mierda. Avísame cuando vayas a despegar. Te quiero,
Scar.

—Está embarcando —le cuento a Orion—. Debería acostarme. Quiero estar descansado cuando llegue.

—También tienes que descansar tanta belleza antes de la sesión de fotos —responde.

—Tengo corrector suficiente para taparme las ojeras y el corte.

—¿Tienes sábanas? —pregunta Orion.

Niego con la cabeza.

—Parece ser que estaba más ocupado empaquetando un millón de zapatos.

—Uh, yo me encargo. —Orion se levanta, listo para resolver el problema: selecciona parte de la ropa y algunas de las chaquetas que yo había doblado y las trae al colchón. Crea almohadas metiendo jerséis en camisetas de algodón para que la lana no nos moleste en la cara. Coloca una toalla encima del colchón a modo de sábana bajera y la cubre con mi gabardina negra como si fuera una manta.

—Si tuviera el móvil, sacaría fotos de esto —digo. Es realmente impresionante.

—A mí también me gusta —responde Orion. Coloca una de las jersey-almohadas en el suelo y crea un saco de dormir con un jersey y mi chaqueta marrón de ante.

—¿Qué estás haciendo?

—Mi cama, ¿a que mola? Dormiré debajo de la chaqueta, para que no toque el suelo.

—No. Eso me da igual. No tienes que dormir en el suelo.

—No me importa, de verdad. De todas formas agradezco que hayas acogido a un completo desconocido.

—No eres un completo desconocido. Si vamos a compartir un corazón, podemos compartir una cama.

Orion arruga la cara.

—Ehh, técnicamente me vas a dar el corazón. No vamos a compartirlo, pero no voy a ignorar...

—¿Los deseos de un moribundo? —termino.

—Ey, eso lo has dicho tú, no yo.

Orion lanza su jersey-almohada y su chaqueta-manta a la cama. Nos quitamos las botas. Normalmente duermo en calzoncillos, pero no quiero incomodar, así que me pongo un pantalón de chándal. Orion pone una alarma en el móvil antes de usar mi cargador; juntos formamos el equipo

perfecto. Apago las luces y me meto en la cama, donde él ya se está acomodando. La habitación es oscura incluso sin persianas, pero no alcanza la oscuridad completa debido a las luces de la ciudad que mantienen el bloque despierto. Pienso en comprar cortinas mañana porque es importante que duerma del tirón por las noches, sobre todo los días en los que trabajo, antes de acordarme de que no voy a tener ese problema.

¿Cuántos pensamientos como ese voy a tener antes de asumir del todo que voy a morir?

Espero que un montón. Eso significaría que sigo vivo.

Es la primera vez que comparto cama con un chico. No estamos haciendo trampas acostándonos en extremos opuestos con los pies en la cara del otro. Estamos cabeza con cabeza mirando al techo. Es genial, y se corresponde con el tipo de vida que tenía pensado llevar en Nueva York. Tuve algo de suerte en el pasado al hablar con chicos, pero nunca llegamos a ningún punto cercano a este. Todo acababa complicándose al tener que ocultarles mis sentimientos a mis padres y al no sentirme seguro de poder hacer ningún gesto romántico mientras paseaba por las calles de mi ciudad. Además, nunca sentí esa atracción irresistible por otro chico; alguien que mereciera del todo la pena.

Hay tanto silencio que siento que mis latidos son demasiado ruidosos, como si se estuvieran anticipando a algo.

—Tengo una pregunta —susurra Orion, rompiendo así el silencio.

—No tienes que susurrar.

—No sabía si estabas dormido.

—Lo sabrás. Mis ronquidos son los más fuertes del mundo.

—Es imposible que tus ronquidos sean los más fuertes del mundo si vas a compartir piso.

—A estas alturas, mis ronquidos son como el sonido de la lluvia para Scarlett. —Me giro para mirarlo, pero él sigue contemplando el techo—. Por favor, no me asfixies mientras duermo.

—Solo porque tienes algo que quiero —dice Orion, que me mira de reojo antes de darse la vuelta—. De eso mismo quería hablar: ¿sabe Scarlett lo del trasplante de corazón?

—Todavía no. Bastante tiene ya con lo de mi Último Día. Como compañera donante de órganos registrada, me apoyará. El hecho de que mi corazón no esté en mi cadáver no es lo que va a hacer que sienta que su vida está incompleta.

Suelto un quejido cuando una imagen horrible me viene a la mente.

—¿Qué sucede? —pregunta Orion.

—Pensando en todo esto de la donación... Acabo de imaginarme a Scarlett muriendo en un accidente de avión y sin poder donar los órganos, como ella quiere.

No puedo sacármelo de la cabeza. Los gritos, el caos, el fuego, el humo.

Orion se sienta y me pone la mano en el hombro.

—No te preocupes por eso. El avión todavía no ha despegado, así que, a menos que Muerte Súbita esté a punto de llamar a todos los pasajeros de ese vuelo, Scarlett estará bien.

SCARLETT PRINCE

00:59 HORAS (tiempo estándar de la montaña)

Muerte Súbita no ha llamado a Scarlett Prince para decirle si va a morir hoy, pero como se está adentrando en la última hora que tiene la organización para hacerlo, Scarlett está apretando con fuerza el teléfono, sin saber si quiere compartir su Último Día con su hermano o enfrentarse a la vida sin él.

Sentir esta ansiedad no es algo nuevo para Scarlett, ya que casi muere en mayo.

Mientras que, de milagro, los coches no le han creado ningún trauma, ni siquiera volver a conducir por la autopista en la que ese descuidado conductor chocó con ella, sin duda sí que hay un dolor que la acompaña desde el accidente. No fue la sangre subiéndosele a la cabeza mientras estaba boca abajo en el Mini Cooper volcado, ni la presión del cinturón en el pecho, ni las esquirlas clavadas en el brazo de cuando estalló la ventana del pasajero dejando que algo de luz le iluminara la mejilla, el cuello y el brazo. Lo que más le dolió fue la tristeza de pensar que iba a morir sola a pesar de que no había empezado a vivir siquiera.

Esa tristeza todavía la aturde cuando recuerda ese dolor, un dolor que su hermano nunca conocerá porque ella estará a su lado, incluso si eso implica ser testigo de una horrible muerte que él no se merece.

«Caí en la cuenta de algo antes de desmayarme —le había contado a Valentino mientras se recuperaba a la mañana siguiente del accidente—: Que a pesar de ser la última en llegar a este mundo, iba a ser la primera en abandonarlo.

Como si la vida tuviera a demasiada gente y hubiera empezado a despedirla».

«Haces que la muerte suene mucho más poética de lo que es», había respondido Valentino.

«Es la artista que hay en mí. Me alegro de haberme equivocado».

Scarlett ya no se alegraba de haberse equivocado.

Valentino fue el primero en llegar y sería el primero en abandonar el mundo. A menos que lo abandonaran juntos, como si abordaran un avión solo de ida hacia su destino.

Scarlett levanta la mirada y ve que el resto de la gente de la fila está concentrada en sus teléfonos, como si todos estuvieran esperando para saber si hoy es su último día. Luego, tiene la terrible visión de recibir una llamada colectiva para todos los pasajeros, sentenciándolos incluso antes de despegar. No quiere darle más vueltas a esa idea, pero no ayuda empezar a escuchar campanas.

El tono de llamada de Muerte Súbita.

Están llamando a alguien de este avión.

El teléfono de Scarlett está en silencio y con la pantalla apagada, y le inunda la curiosidad por saber quién es el desafortunado Fambre. Desde su asiento en la séptima fila, Scarlett puede escuchar las campanas repicando en la parte delantera; seguramente será alguien en primera clase, pero todo el mundo de esa zona está mirando hacia delante, hacia la cabina.

El piloto del avión va a morir hoy.

¿Qué significa eso para todo el mundo?

COMANDANTE HARRY E. PEARSON

01:00 HORAS (tiempo estándar de la montaña)

Muerte Súbita está llamando al comandante Harry E. Pearson para decirle que morirá hoy; momentos antes estaba preparando el avión para su vuelo número cien.

Desde las del copiloto y las azafatas hasta las de los pasajeros, todas las miradas se dirigen a él. Es el tipo de atención que uno desea acaparar durante una muestra de seguridad durante el vuelo, pero en esos momentos la gente suele estar demasiado concentrada en las revistas o en los teléfonos como para preocuparse, pero ahora están cautivados por la intensidad y se preguntan cuándo responderá el comandante Pearson a su llamada de Último Día. Está a punto de hacerlo cuando siente un intenso temor, como cuando veía películas de miedo pero tenía que parar porque su viejo corazón ya era incapaz de aguantar tanto suspense y sustos, y empieza a sospechar de todos los que están a bordo.

Si Muerte Súbita lo está llamando ahora que todavía no ha despegado, ¿significa que hay alguien en el avión que lo va a matar? ¿Un terrorista con intención de secuestrar el avión? No puede ser una bomba porque si no todo el mundo tendría que ser un Fambre, ¿no? ¿Quién dice que el resto no está a punto de recibir una llamada? Todo esto es nuevo.

Angustiado, el comandante Pearson toma una rápida decisión, una decisión que va en contra de todas las reglas porque esas directrices fueron escritas en un mundo en el que Muerte Súbita no existía, donde uno tenía que prepararse para el peligro, pero no donde debes aceptar lo

inevitable. Si tiene que salvar a todos los pasajeros de un secuestro, no debe fiarse de nadie, copiloto incluido, a quien empuja hacia la zona de primera clase. El comandante Pearson no espera para ver dónde cae. Se encierra en la cabina, triste por no poder hacer su vuelo número cien, pero orgulloso de su compromiso por mantener la seguridad.

Se sienta en el asiento del piloto y responde a la llamada de Muerte Súbita mirando al cielo.

SCARLETT PRINCE

01:02 HORAS (tiempo estándar de la montaña)

¿Va el piloto a matarlos a todos?

Todo lo que Scarlett sabe es que una vez que el piloto se ha encerrado en la cabina, el infierno se ha desatado: muchos pasajeros se han puesto como locos, como animales salvajes, y han ido a la parte delantera del avión a pedir que les dejasen salir. Scarlett quiere hacer lo mismo, pero la aterroriza que la pisoteen por el camino, así que se da la vuelta y se refugia en la ventana. ¿Ha atacado el piloto al copiloto porque quiere llevarlos a todos a la muerte? ¿O hay alguien de la tripulación que suponga una verdadera amenaza?

Resulta complicado mantener la fe en Muerte Súbita cuando ha provocado tanta histeria.

¿Qué pasa si las cosas empeoran esta noche?

Scarlett intenta llamar al número de ese tal Orion para hablar con Valentino, pero no tiene cobertura.

Puede que un mensaje sí le llegue:

Muerte Súbita ha llamado al piloto.

Escribe tan rápido, que no le importa lo más mínimo cuidar la puntuación. Continúa tecleando:

Tengo miedo, Val.

Debería empezar a acostumbrarse a este tipo de conversación unilateral con su hermano.

ORION

04:04 HORAS

Valentino vuelve a llamar a Scarlett, pero sigue mandándolo directo al buzón de voz.

—¿Y si está hablando con Muerte Súbita? —pregunta soltando el móvil.

La cosa es que, si Scarlett ha recibido su llamada de Último Día, no hay nada que podamos hacer, pero tengo que darle algún consuelo a Valentino para que no termine de perder los nervios.

—Si Muerte Súbita está hablando con ella, estoy seguro de que vas a ser la primera persona a la que llame en cuanto cuelgue. —Encuentro sus ojos en la oscuridad y veo que lo entiende—. Lo más probable es que Scarlett siga teniendo problemas de conexión.

—Tienes razón. El mensaje que le mandé antes de que mi avión despegara tardó la misma vida en enviarse. Se mandó justo antes de que pusiera el móvil en modo avión y eso sin que hubiera interferencias por las llamadas de Último Día.

—Exacto —lo animo, aunque no pienso que crea en lo que está diciendo. Está tratando de autoconvencerse y lo respeto.

Apoya otra vez la cabeza en la almohada casera, para volver a levantarla al segundo siguiente.

—¿Y si esos problemas de cobertura impiden que Muerte Súbita pueda contactar con Scarlett? ¿O con cualquier otra persona del avión? ¿Con todos incluso? Podrían estar a punto de despegar y no tener ni idea de que están condenados. No es como si Muerte Súbita pudiera llamar a

las aerolíneas para evitar que despegasen, ya que no nos controlan como esos teóricos de la conspiración creen, aunque en este caso, ayudaría bastante saber si el avión está repleto de Fiambres.

Dejo que Valentino suelte todo y pienso en mis padres y en el resto de las víctimas del 11S.

Si Muerte Súbita hubiera existido por aquel entonces y hubiera llamado a las miles de personas que murieron en las torres, los aviones y en la calle, ¿habrían sobrevivido? Todo lo que dice Joaquín Rosa sugiere que habrían muerto de otra forma, pero ¿podría haber vuelto a verlos aquel día? ¿Los habría visto morir en lugar de no ser consciente de que estaban muertos durante horas? Existen millones de preguntas que podría hacer, como cuando veo una película con importantes paradojas de viajes en el tiempo, pero a menos que sea capaz de retroceder en el tiempo, nunca voy a obtener ninguna respuesta.

—En momentos así desearía seguir rezando —confiesa Valentino—. Rezaría por la seguridad de Scarlett.

Yo nunca he sido muy religioso, pero respeto las creencias de los demás siempre que ellos respeten las mías. Como cuando estamos en casa a punto de empezar a comer y los Young dedican un minuto a dar las gracias por su suerte, y yo me quedo sentado y espero a que terminen para empezar a comer. No hay problema.

—¿Dejaste de rezar por culpa de tus padres? —pregunto.

—Soy consciente de que mi historia es tan antigua como la Biblia, pero mis padres me dejaron tan claro que estaba pecando tras salir del armario que sentí que me prohibían volver a rezar.

Hay algo muy electrizante cada vez que Valentino dice que es gay. Siento como si la habitación tuviera que llenarse de arcoíris para poder ver la palabra salir de sus labios con forma de corazón, pero, para ser sinceros, la oscuridad tiene sentido. Es como si hubiera una tormenta que siguiera sobrevolando a Valentino adonde quiera que va porque tiene unos padres que no le dan el cariño que merece. No ganaría la pelea, pero sigo queriendo batirme a duelo con alguien para defenderlo.

—Sabes que no son más que tonterías, ¿no?

—Gran parte.

—Mira, no me meto con la religión, pero cualquier persona que odie a los gais por cosas que parece que la Biblia ni siquiera dice puede irse a la mierda.

—Me encanta cómo eres capaz de insultar tan fácilmente manteniendo la calma.

—Es un don.

—Gracias por tu para nada exaltada opinión. Ha sido muy duro haber mantenido la fe durante tanto tiempo y rezado a Dios para que mis padres me siguieran queriendo de todas formas y haberme equivocado. —Coloca la mano en el pecho y respira profundo—. Escapar de ellos fue uno de los motivos principales por los que me fui. Parte de mi trabajo es sentirme bien conmigo mismo. Con quien soy. ¿Cómo podía hacerlo si no podía ser yo mismo en casa?

Y aquí está ahora, en la cama con otro chico en su primera noche aquí.

—No les he dicho a mis padres que voy a morir —confiesa.

Todo esto es sorprendente, pero para mí, lo más sorprendente es cómo *yo* me he olvidado de que va a morir

hoy. Me he involucrado tanto en la historia y en animarlo con el futuro que siento que he entrado en otro universo en el que Valentino tendrá la oportunidad de encontrarse a sí mismo de la manera que tanto ha soñado. Solo que no lo hará, porque va a morir hoy y sus padres, que lo han alejado, no tienen ni idea.

—¿Vas a contárselo? —inquiero, aunque no pinta bien que todavía no haya intentado darles la noticia.

—¿Para qué? Su sacerdote les ha convencido de que solo Dios es omnisciente y de que Muerte Súbita es un producto del diablo.

Casi enciendo la luz para que Valentino pueda verme poner los ojos en blanco.

—Puede que estén viendo las noticias y se lo piensen mejor —digo.

—Sigo sin tenerlo claro. Seguro que piensas que soy un monstruo si no lo hago.

—Por supuesto que no. ¿Por qué crees que lo haría?

Valentino se pone nervioso.

—No lo sé. Perdiste a tu familia de forma inesperada, y estoy seguro de que tienes muchas cosas que te habría encantado poder decirles a tus padres si hubieras sabido que era la última vez que ibas a verlos... ¿Pudiste hablar con ellos alguna vez sobre los problemas del corazón?

—Los problemas cardíacos no empezaron hasta que cumplí los dieciséis, ¿recuerdas?

—No me he expresado bien. Perdona. No hablaba de tu enfermedad. Hablaba sobre lo que empuja a tu corazón o, más bien, hacia quién te empuja.

Me gusta que incluso sin haber dicho yo nada en voz alta,

Valentino sepa que soy gay o, al menos, que no soy hetero. Sí, estaba ligando con él en Times Square y ahora estoy compartiendo cama con él, pero estoy orgulloso de lo abierto que me muestro. Aunque puede dar bastante miedo serlo, no me malinterpretes, sobre todo en la zona sur del Bronx, donde nunca he visto a dos hombres pasear de la mano y donde la palabra *gay* se usa para insultar. No obstante, sabía que no tenía toda la vida para salir del armario, así que lo hice en cuanto tuve oportunidad de hacerlo.

Siempre desearé haberlo hecho antes.

—No llegué a hablarlo con mis padres —digo.

—¿Crees que les habría parecido bien?

—¿Lo de ser gay?

—Lo de ser gay —repite—. No sientas que no puedes ser sincero solo porque mis padres no lo hayan aceptado.

—¿Estás ciento por ciento seguro?

—Estoy ciento por ciento seguro.

—Mis padres siempre quisieron que fuera feliz. Creo que se sentían culpables por no ganar lo suficiente para comprarme todo lo que quería, así que hacían lo que podían en todo lo demás. Como sacarme el carné de la biblioteca cuando necesitaba libros nuevos que leer o robar folios de la oficina para que pudiera escribir mis historias, así que no creo que les hubiera importado lo más mínimo a quién llevara a casa siempre que me hiciera feliz.

Valentino levanta un puño.

—Bien hecho, padres de Orion. No me extraña que seas tan genial.

Me sonrojo en la oscuridad.

—También tengo que reconocer la parte de Dayana y de Floyd. Han sido unos tutores ejemplares. No se me ocurre un sitio mejor al que haberme mudado que la casa de la mejor amiga de la infancia de mi madre. Pudimos llorarla juntos y Dayana siempre me ha dejado seguir mi camino y equivocarme, incluso cuando quería entrometerse. Como con lo de Times Square.

—¿No quería que fuerais?

—No. Los padres de Dalma querían que nos quedáramos en casa, pero me moría por vivir una aventura.

—Guau. Si no hubieras estado...

—Sí, sí. Te salvé la vida, soy todo un héroe. Lo entiendo.

—Iba a decir que si no hubieras estado, no me habrías empujado y seguiría teniendo el móvil —dice Valentino sonriendo. Me da un codazo y siento que estamos a un milisegundo de pelearnos en este colchón al grito de «¡Nada de mariconadas!», aunque ambos seamos gais—. Me alegro mucho de que estuvieras allí. No fue mi mejor momento, pero podría haber sido mucho peor.

—También podrías haber perdido la cartera, sí.

—Y la vida —determina completamente serio.

El primer día de Muerte Súbita está siendo todo un desconcierto.

El ánimo del Fambre cuya vida he salvado está por las nubes en un momento, y al siguiente, por los suelos.

Quizá la mayor ventaja de la vida de antes fuera que no perdías tiempo lamentándote porque, para empezar, ni siquiera eras consciente de que ibas a morir.

—En serio, estoy muy contento de que estés vivo. Te salvaría las veces que hiciera falta.

—Contento —repite.

Hay cierto matiz triste en la manera en la que dice *contento*.

Puede que esté cansado. Es tardísimo, las cuatro para mí, la una para él, pero creo que no puede más con la vida, que está agotado.

—¿Valentino?

—¿Sí?

—No me caen bien tus padres, la verdad. Si no pueden aceptarte es su problema. Ellos se lo pierden porque eres jodidamente increíble. Si crees que puedes salir ganando si hablas con ellos una última vez, hazlo, pero, por favor te lo pido, hazlo solo por ti. No le debes lo más mínimo a nadie que no quiere que seas feliz.

Valentino se acerca y me aprieta el brazo.

—Estoy muy contento de haberte conocido. Es genial saber que le voy a dar el corazón a una buena persona.

—¿Solo buena? Antes me has dicho que era genial. ¿Cómo puedo ganar puntos?

—Deja que piense —dice Valentino.

Si me pidiera un beso, no tardaría mucho en encontrar mis labios sobre los suyos.

Es difícil estar tan cerca de él y no estar con él.

Siento que estamos conectando, no que me estoy contando una historia. Creo de verdad que si Muerte Súbita no hubiera llamado a Valentino, le habría dado mi número de teléfono y podríamos haber hecho planes, puede que incluso tener una cita, y conocernos con calma, pero no tenemos un mañana; apenas un hoy. Pronto, su hermana aterrizará en Nueva York y pasarán tanto tiempo como

puedan juntos, y si todo va bien, nos reuniremos en el hospital para la operación, y entonces ya será demasiado tarde vivir como lo hacemos ahora: dos chicos compartiendo una cama en mitad de la noche y abriéndose en canal el uno al otro como cuando nos conocimos.

No quiero arrepentirme de no haber dicho nada, de no haber hecho nada.

—Valentino —susurro.

Espero que me responda con mi nombre, pero lo hace con un leve ronquido, uno que, según cuenta, resonará por todo el estudio en breve. Me mantengo despierto tanto rato como puedo escuchando dormir a Valentino antes de quedarme dormido también.

SCARLETT PRINCE

01:09 HORAS (tiempo estándar de la montaña)

Se supone que el avión debía estar despegando pero, en su lugar, permanece en el suelo con el piloto aún encerrado en la cabina y las fuerzas armadas fuera. Scarlett asume que el propio piloto ha llamado a alguien. Antes de que nadie pueda escapar por la salida de emergencia, los de seguridad y la policía rodean el avión y ordenan que todo el mundo permanezca dentro mientras investigan la amenaza.

—Mantengan la calma —dice el piloto después de acallar el miedo de un viaje directo a la muerte de los pasajeros.

Pero ¿cómo puede mantener la gente la calma si nunca estuvo calmada?

Los pasajeros están golpeando las ventanas y amenazando al copiloto y a las azafatas.

Scarlett teme por su vida, pero sabe que no debería hacerlo.

Si fuera a morir, Muerte Súbita la habría llamado.

NAYA ROSA

04:30 HORAS

Muerte Súbita no ha llamado a Naya Rosa porque no morirá hoy, pero ¿cómo puede nadie estar seguro después de que un Fambre haya burlado los cálculos del sistema?

Y luego otro, y otro, y otro.

Cuatro vidas se han ido sin recibir aviso. Al menos que se sepa. ¿Cuántas historias más se escucharán de aquí a mañana? ¿Cuántas almas habrán pasado a mejor vida sin que nadie les anunciara su muerte prematura?

El nacimiento de Muerte Súbita debía suponer la muerte de la preocupación.

Sin embargo, ahora mismo, preocupación es todo lo que siente Naya en su corazón.

¿Estará su hijo a salvo? ¿Su marido? ¿Ella?

¿Qué hay de los empleados tan entregados que siguen trabajando en las líneas telefónicas para terminar esta última hora de llamadas a los Fambres de la Costa Oeste? Naya también está preocupada por la salud mental de sus trabajadores. ¿Cuántos están preparados para cargar con el peso del dolor?

Al principio, el gobierno había ideado que por cuestiones de eficiencia los avisos de Muerte Súbita fueran llamadas programadas. Joaquín estaba a punto de decir que sí cuando Naya intervino. Del mismo modo que los médicos daban los diagnósticos desfavorables personalmente, Naya creía que llamar a alguien para decirle que moriría necesitaba ese toque de humanidad. Descubrir que tu vida se acaba a través de una grabación es demasiado frío.

Por el bien de los Fiambres, Naya sabía que debía cuidar también de los heraldos.

Empezó por diseñar una sala abierta para proteger el bienestar de los heraldos, no los quería aislados en pequeñas oficinas o separados en cubículos. Hay cuatro largas y brillantes mesas blancas con hueco para cinco personas. Todos pueden adornar sus puestos de trabajo con fotos de sus seres queridos, mascotas, cualquier cosa que les recuerde a sus vidas y los mantenga fuertes frente a la desesperanza, y aunque inicialmente a Naya se le había ocurrido la idea de colocar pequeños altavoces por todo el *call center* con música relajante, acabó decidiéndose por instalar fuentes que mantuvieran a todo el mundo conectado con la naturaleza a lo largo de sus turnos de trabajo.

Una vez que acaben las llamadas de Último Día de esta noche, todos los empleados, tanto los heraldos como los representantes de atención al cliente, tendrán terapia de grupo obligatoria a menos que prefieran tenerla en privado. Naya también estará disponible para recibir comentarios sobre cómo la empresa puede satisfacer mejor sus necesidades.

Con suerte seguirá habiendo una empresa después de esta noche.

Naya se aleja del *call center* y se une a Alano y a Bucky, que están en una de las cabinas privadas dedicadas a los heraldos que necesitan tomarse un momento tras cualquier interacción que les haya afectado. No sabe quién tiene más energía ahora mismo, si su hijo o el cachorro, pero verlos jugar le saca una sonrisa.

—Deberías volver a dormir —dice Naya.

—Me gusta estar despierto tarde —replica Alano.

—No te acostumbres. Mañana vuelves a acostarte a la hora de siempre.

Esto la incluye a ella también, que se muere de ganas de dormir en su propia cama.

Este año ha sido mucho más que agotador. El público supo de Muerte Súbita el uno de julio, pero se han invertido muchas horas de trabajo en el programa. Todo tenía que hacerse de manera discreta. De hecho, los arquitectos pensaban que iban a construir unas oficinas de servicio al cliente para un nuevo teléfono que iba a salir; algo que Muerte Súbita tiene pensado hacer, solo que dentro de unos años.

Una vez que la noticia salió a la luz, las cosas empezaron a complicarse para los Rosa. Amigos cercanos que se enfadaban porque Joaquín y Naya no compartían con ellos el secreto detrás de las predicciones y que se molestaban porque hubieran tenido acceso a Muerte Súbita durante años y no hubieran repartido con ellos las ganancias. Incluso la familia de Naya se puso en contra de Joaquín, ya que, al no ofrecer gratis el servicio, lo veían como a un supervillano con un bigote gris retorcido. Vecinos y extraños que les daban la espalda cada vez que podían porque pensaban que la familia estaba ideando una estafa que acabaría inspirando una futura película digna de un Oscar. No obstante, lo que más le rompió el corazón a Naya fue ver la frecuencia con la que los amigos de Alano, e incluso algunos padres en el parque, se metían con él; la adopción de Bucky de la semana pasada no iba a solucionar todos los

problemas del niño, pero el cachorro había sido una distracción maravillosa que evitaba que llorase todas las noches.

Fallar a esos Fiambres no ayudaría a ganarse la confianza del público.

Naya no lo admitiría en voz alta, pero si Joaquín tuviera que cerrar la empresa, se lamentaría por lo que Muerte Súbita podría haber hecho por el mundo, aunque celebraría la vuelta a la normalidad de su familia.

Ese era su propósito en la vida.

Incluso, aunque por desgracia este no fuera el de su esposo.

JOAQUÍN ROSA

05:00 HORAS

Las llamadas inaugurales de Último Día de Muerte Súbita acaban de terminar en el territorio continental estadounidense.

Joaquín está disgustado por no poder estar junto a su equipo para conmemorar este momento, pero sigue investigando el problema. Si no puede resolverlo antes de que los heraldos terminen las sesiones de terapia grupal y ofrecerse a pagar las horas extras a quienes se queden, no le quedará otra que ir al *call center* para encargarse él mismo nada más llegar.

Ni un solo Fambre más morirá sin previo aviso mientras él esté presente.

NAYA ROSA

05:11 HORAS

Una vez que un heraldo acaba su llamada, el ambiente se vuelve silencioso.

Era la última llamada de Último Día de la noche.

Naya está a punto de pedirles a todos que respiren hondo cuando la encantadora ingeniera de atención al cliente, Aster Gomez, sale de la nada y empieza una ronda de aplausos por el buen trabajo. Los heraldos permanecen inmóviles en sus asientos. Todos menos una. Andrea Donahue es una mujer que no pierde el tiempo y se va directamente a la sala de bienestar. Tendrá que esperar al resto, ya que se trata de una sesión de terapia grupal, pero Naya confía en que todo el mundo sabe lo que necesita. Quizás, Andrea necesitaba salir del puesto en el que ha pasado cinco horas diciéndole a la gente que va a morir, mientras que los otros diecinueve heraldos necesitan un minuto, dos o cinco.

—Este trabajo no es sencillo, pero es importante —dice Naya subida a una silla para que todos la vean—. Os damos las gracias por ser las voces de esta empresa.

Siguen sin hablar. Ni siquiera cuando entran en la sala de bienestar y le dan la mano a Naya, que los mira a los ojos y les agradece llamándolos por su nombre. Todo el mundo parece estar muy confundido, como si les atormentaran los fantasmas de todos los Fambres a los que han llamado esta noche. Puede que sea una buena idea que no sepan lo de los Fambres que han muerto hoy sin recibir el aviso.

Todos y cada uno de ellos serán los fantasmas de Muerte

Súbita.

FRANKIE DARIO

05:16 HORAS

Frankie vuelve a estar en la cama viendo las noticias.

Tiene el mando de la tele en una mano y el teléfono en la otra. Sujetar objetos evita que se ponga a pegar puñetazos a las paredes y a otra gente cuando está molesto, y está algo más que molesto: está enfadado. Rolando ha ignorado las diecisiete llamadas que le ha hecho. Si está muerto, Frankie no llorará su pérdida. Nunca le cayó bien, pero si Rolando está vivo y ni siquiera se ha molestado en responder a uno de sus mensajes, entonces Frankie le va a hacer tragarse los dientes, lo jura. Una noche en prisión podría merecer la pena por la riqueza y los premios que Rolando le ha costado.

Las noticias están hablando sobre un tiroteo que hubo antes en Times Square, poco después de la medianoche. Hay que ser bastante idiota para estar en esa multitud y, aunque parece que el mundo ha perdido a unos cuantos idiotas, Frankie desearía haber sido lo suficientemente inteligente como para haber ido a alguna de las celebraciones de Muerte Súbita. ¡Estaba claro que algo polémico sucedería! De haber estado allí podría haber sacado algunas brutales y devastadoras fotografías que le habrían permitido mejorar su vida.

Gloria se revuelve debajo de la manta y mira a Frankie y a la televisión para preguntar:

—¿Puedes bajar eso?

—Podría si Rolando respondiera a mis llamadas.

—¿Lo estás llamando ahora? Ha empezado a trabajar en

Muerte Súbita —dice, adormilada.

¿Se piensa que es estúpido?

—Ya, cojones, pero necesitaba su ayuda.

—¿Con qué?

—Con nada, no te preocupes.

Nunca le apetece que le den una charla, pero mucho menos a las cinco de la mañana y sin haber pegado ojo. Su mujer nunca le ha apoyado con sus sueños, porque no tiene un verdadero ojo artístico, ni la capacidad de ver el alma de sus fotografías, de manera que espera que Frankie sea práctico, como si lo que él quisiera fuera arreglar radiadores y cisternas y lidiar con inquilinos que lo molestan a las tres de la mañana durante el resto de su vida.

Mientras tanto, Gloria hace de mánager y lleva a Pazito a todas las audiciones que puede cada vez que tiene la oportunidad. La cosa es que si Pazito tuviera madera de actor de verdad, habría conseguido más papeles y de forma sencilla después de haber salido en una de las películas de Scorpius Hawthorne. Tener un papel pequeño en la que sin duda es la mayor franquicia de fantasía de ese tiempo ya debería haberle abierto otras puertas, pero si eso no ha bastado para convertirlo en una estrella, entonces es que se ha estrellado.

Quizá Gloria debería enseñar cuanto antes a su hijo de nueve años a desarrollar algún talento práctico, de manera que Pazito no crezca «obsesionado con grandes sueños», como ella lo acusó a él cuando se olvidó del aniversario de su matrimonio carente de amor.

Está demasiado molesto como para seguir concentrado en las noticias. Sale de la cama, suelta el mando a distancia y

se lleva el móvil de vuelta a la cocina para ver si logra contactar con Rolando mientras se toma otra cerveza.

Frankie sabe que este Último Día es su billete para salir de las deudas y, si tiene suerte, de esta familia.

GLORIA DARIO

05:19 HORAS

Muerte Súbita no ha llamado a Gloria Dario porque no morirá hoy, tampoco es que debieran poder contactarla, ya que su marido no quiere que la familia se registre en el servicio, pero aun así Gloria los ha registrado a todos a sus espaldas.

Gloria ha sido una organizadora durante toda su vida.

Cada mañana se levanta y sabe lo que va a preparar para desayunar, comer y cenar. Cada noche comprueba el tiempo y deja preparada la ropa del día siguiente. Sigue haciendo listas de cosas pendientes en las pequeñas libretas de espiral que compra en las tiendas de todo a cien para no olvidarse de nada, y casi que vive por y para tachar todas y cada una de esas tareas, por pequeña que sea, una vez que las completa. Llega a todas las citas con al menos cuarenta y cinco minutos de antelación porque el metro es impredecible. Prepara el disfraz de Halloween de Pazito en agosto, se lo arregla en septiembre y hace las pruebas finales en la primera semana de octubre. (Afortunadamente Pazito nunca cambia de parecer a última hora, aunque, por si acaso, ella tiene una caja llena de telas y adornos en el armario). Y, aunque suena algo macabro y no tiene muchos bienes, Gloria preparó su testamento durante su primer año de maternidad y obligó a Frankie a hacer lo mismo para asegurarse de que a Pazito no le falte de nada cuando mueran.

Planear su vida siempre ha ayudado a que Gloria sienta que lleva las riendas, pero hasta ahora la muerte nunca ha

sido algo que pueda planificar con exactitud.

Gloria estuvo llorando todo el rato que pasó rellenando el formulario de inscripción a Muerte Súbita, sintiendo la tentación de cerrarlo cada vez que respondía a una pregunta por miedo a que Frankie la descubriera y empezara a proferir insultos, y puede que algo más, por dar información privada, previa y libremente compartida con otros sitios como el hospital e incluso el operador de televisión por cable. Ella sabía de buena tinta que él estaba reutilizando teorías conspirativas de terceros, pero ya hacía mucho tiempo que había dejado de intentar que su marido entrara en razón. Él se limita a atacarla verbalmente cada vez que no están de acuerdo en algo. Motivo por el que Gloria estaba llorando mientras se registraba en Muerte Súbita. Sí, se agobia cada vez que piensa en cómo pasaría su Último Día con Pazito y es consciente de que ni siquiera una maestra organizadora como ella puede compactar en un día todo lo que quiere hacer con su hijo antes de morir. Pero, más que eso, lo que la destroza es saber que su marido puede ser quien la mate.

Gloria habló de eso con Rolando, su mejor amigo en esta vida y su amante en otra, quien, como es comprensible, odia a Frankie y finge que le agrada solo para mantenerla a salvo.

—¿Por qué no lo dejas? —le ha preguntado Rolando un millón de veces a lo largo de los años, la más reciente cuando ella le confió que se había registrado en Muerte Súbita—. Parece como si estuvieras aceptando que va a matarte.

Si Gloria se priorizara, le gustaría pensar que ya habría

salido de ahí hace años. Habría empaquetado todas sus cosas mientras Frankie estaba fuera y se habría ido dejando una sola prueba de su presencia: una nota diciéndole la clase de monstruo que es. Quién sabe si hubiera llegado a hacerlo. Conoce a muchas mujeres fuertes, su madre incluida, que permanecieron en matrimonios similares por motivos propios. El de su madre fue la seguridad financiera para criar a Gloria y a sus hermanas. El suyo es que su hijo no vea a su padre como a un monstruo. ¿Cómo podría, a tan corta edad, separar a Pazito de Frankie?

A lo largo de los años, nunca ha surgido el momento idóneo para dejarlo.

Al principio, Gloria pensó que las cosas cambiarían cuando quedara embarazada.

Se equivocó.

Gloria pensó que las cosas cambiarían cuando naciera su hijo.

Se equivocó.

Gloria pensó que las cosas cambiarían cuando su hijo durmiera toda la noche del tirón.

Se equivocó.

Gloria pensó que las cosas cambiarían cuando su hijo empezara a hablar.

Se equivocó.

Gloria pensó que las cosas cambiarían cuando su hijo comenzara preescolar.

Se equivocó.

Gloria pensó que las cosas cambiarían cuando su hijo saliera en una película.

Se equivocó.

Gloria piensa que las cosas cambiarán.

Espera no equivocarse.

Sin embargo, planea hacerlo, gracias a Muerte Súbita.

Un momento después de que Frankie saliera de la habitación enfadado de nuevo con Rolando por algún misterioso motivo, a Gloria le cuesta volver a dormirse. Escucha las noticias, que siguen hablando sobre las muertes de esta noche en Times Square. Se había quedado despierta hasta tarde con Pazito viendo las celebraciones cuando escuchó los disparos. Rápidamente, apagó la televisión y le dijo que eran fuegos artificiales, y cuando él le pidió quedarse un rato más para verlos, ya que al niño le encantan los fuegos artificiales, ella se disculpó y lo mandó a la cama. Quiere mantener la inocencia de su hijo tanto como sea posible y no obligarlo a crecer demasiado rápido. Quién sabe las imágenes traumáticas que podría haber visto si ella no hubiera apagado la tele.

Ahora lo sabe. Los equipos de cámaras que estaban allí para grabar lo que sucedía lograron captar algunas secuencias inquietantes, incluida la imagen de la muerte de un hombre a causa de un disparo en el cuello a manos de alguien que se cubría con una máscara de calavera. La de un adolescente que se escapa por los pelos gracias a que otro valiente lo empuja al suelo para salvarle la vida. Menudo héroe. Los reporteros vuelven a poner una imagen del atacante con la máscara de calavera e informan que aún no ha sido identificado ni capturado.

Gloria se estremece y cambia a otro canal de noticias que informa sobre un vuelo que sigue en tierra en Arizona porque Muerte Súbita llamó al piloto minutos antes de

despegar. Se pone en el lugar de la familia de ese Fiambre, pero le alivia pensar que Muerte Súbita ha podido evitar la muerte de todos esos pasajeros. No se sabe si habría muerto más gente si el piloto hubiera decidido volar el avión; es difícil estar seguro de ello sin conocer cómo sabe Muerte Súbita quien sí y quién no va a morir, pero ella decide creer que se trata de un milagro.

Antes de darse la vuelta para intentar dormir algo más antes de llevar a Pazito a una audición para un anuncio, Gloria comprueba el móvil para asegurarse de que no tiene el sueño tan profundo como para haber ignorado el tono de llamada que dicen que es imposible de ignorar a menos que estés muerto. No hay avisos de Muerte Súbita.

No va a morir hoy.

Por desgracia, esto no le consuela tanto como debería. Que no vaya a morir no significa que no le vayan a hacer daño, y ese temor está patente. Puede que no siempre sea así.

Gloria piensa que las cosas cambiarán.

Espera no equivocarse.

NAYA ROSA

05:55 HORAS

Naya no puede hablar por todos, pero cree que el grupo de terapia es bastante reconfortante.

Sin embargo, ella no ha hecho ninguna llamada de Último Día esta noche.

La terapeuta de grupo ha guiado a todos durante la meditación con su suave voz. Repartió ceras y papel y les pidió que dibujaran un recuerdo bonito y, aunque Naya vio que algunos heraldos, sobre todo Andrea Donahue, se mostraban reticentes a hacer el ejercicio, acabaron cediendo e incluso Andrea parece estar orgullosa del dibujo que hizo sobre el primer cumpleaños de su hija. No obstante, si el dibujo estaba desanimando a algunos, Naya no puede ni imaginarse lo que habría sido si al final hubieran optado por la fiesta de baile que habían pensado hacer al principio; los heraldos que ya están pensando no volver mañana se habrían vuelto locos.

Naya sube a encargarse de lo último que había programado, algo que Joaquín tenía pensado hacer él mismo.

—Antes de que os vayáis a casa, me gustaría leer los nombres de los primeros Fiambres tanto para acordarnos de ellos como para felicitaros por haberles dado la oportunidad de vivir antes de morir. —Todavía no está claro si esto es algo que se va a hacer al final de cada turno, pero conmemorar a los primeros parece importante para reconocer que Muerte Súbita es una empresa que no podría existir sin ellos—. Valentino Prince, Rose Marie Brosnan, Max

Foster, Jacqueline Eagle, Chris van Drew...

Cuando Naya termina la lista, pide un minuto de silencio, en el que piensa en los Fiambres que han muerto sin recibir el aviso de ninguno de estos heraldos tan trabajadores.

—Que vivan mientras puedan y luego descansen en paz —
concluye Naya.

ROLANDO RUBIO

06:06 HORAS

Rolando tira el dibujo en cuanto puede.

Sabe que lo de la terapia de grupo lo hacen con la mejor de las intenciones, pero no le interesa guardar recuerdos de la que sin duda ha sido la peor noche de su vida. Como es lógico, confía en haberle cambiado la vida a mucha gente hoy, pero de algún modo también se siente responsable, como si hubiera sido él quien sacó sus nombres de un sombrero y hubiera decidido que iban a morir. Pero, oye, nada hace que desaparezca el dolor tan rápido como dibujar el momento en que fue a la playa con Gloria y Paz; de hecho fue un recuerdo feliz porque Frankie no fue. Sin embargo, no es algo que contribuya al bienestar o, mejor dicho, al malestar mental de Rolando.

Justo cuando está a punto de entrar en la sala de descanso de los empleados para recoger sus cosas, baja el pasillo y se encuentra a Naya y a Aster hablando entre susurros.

—¿Puedo hablar con usted, señora Rosa? ¿A solas?

Aster se aleja y vuelve a la zona del servicio al cliente.

—Llámame Naya, por favor —responde mirando por encima del hombro en dirección a su hijo, que está durmiendo en una alfombra con su cachorro—. ¿Te puedo ayudar, Rolando? ¿Quieres una sesión de terapia individual?

—Ah, no, gracias.

Naya no puede ocultar su asombro, pero logra esbozar una sonrisa.

—Sé que la terapia de grupo no es para todo el mundo.

—Ni que lo diga. Me resulta muy sectario pasar la noche diciéndole a la gente que va a morir y luego tratar de olvidarlo con un poco de meditación y haciendo un dibujo como si estuviéramos en la guardería.

—Estoy abierta a que des sugerencias sobre cómo crees que podemos hacerlo.

—No tengo ni idea, señora Rosa, Naya, pero no así. Ha sido horrible.

Naya asiente, aunque Rolando no haya contribuido con nada.

—Entiendo que esta noche has tenido alguna dificultad.

Rolando mira un punto fijo antes de responder.

—Sí... Se me ha hecho un poco difícil decirle a la gente que va a morir. —Hay un silencio, como si Naya esperara que Rolando se disculpara o se retractara porque está cansado o algo parecido, pero no va a mentir—. Si los otros heraldos no han tenido problemas, no sé qué decir. Puede que ellos estuvieran haciendo llamadas como si fueran robots mientras yo consolaba a un hombre solitario.

—Te contratamos por tu compasión, pero hay más Fiambres con los que...

—Ya, hay más Fiambres con los que contactar. Como la adolescente que tenía pensado tener su primera cita mañana solo que estará muerta para entonces o el marido cuya esposa vuelve del despliegue militar el mes que viene y ya estará demasiado muerto como para poder recibirla. No le he pedido a ninguno que me cuente su historia, pero aun así lo hacen.

—Todo eso es muy triste, de verdad —dice Naya con lágrimas en los ojos—. ¿Estás seguro de que no quieres

hablar con la terapeuta?

—Sí, estoy seguro.

En el fondo, Rolando sabe que le ayudaría, pero no está en su mejor momento. ¿Cómo puede alguien estarlo después de este turno? La cantidad de gente que le ha pedido ayuda para que les salvara la vida esta noche, como si él no estuviera haciendo todo lo que puede por ellos. Lo que más quería hacer era decirles a todos los Fiambres que Muerte Súbita se equivoca, pero no tiene pruebas que lo demuestren. Solo estaría alimentando con mentiras y dando falsas esperanzas a unos Fiambres que morirían pensando que tienen un mañana porque Rolando les engañó.

—Muerte Súbita tiene un buen propósito, pero es un trabajo horrible —afirma—. No quiero que deje de importarme que la gente muera, dimito.

Y así es como Rolando siente que vuelve lentamente a ser él mismo, como si antes fuera un fantasma que se hubiera escapado de su cuerpo.

Era lo que tenía que hacer.

Ningún dibujo iba a salvarle la vida.

DALMA YOUNG

06:16 HORAS

Muerte Súbita no ha llamado a Dalma porque no morirá hoy, pero presencié cómo el primer Fiambre recibía su llamada de Último Día. Ese recuerdo permanecerá con ella mientras viva.

Cuando empezó a sonar la alarma de Muerte Súbita, Dalma temía que estuvieran llamando a su mejor amigo de la infancia, Orion Pagan. Sabe Dios que ese chico está a un infarto de distancia de unirse a sus padres y al padre de ella en el cielo. Sin embargo, los heraldos estaban llamando a Valentino Prince, el guapo arizoniano al que habían conocido menos de una hora antes, y, al mismo tiempo que se lamentaba por él, estaba aliviada por que no iba a perder a su mejor amigo. De hecho, Valentino se había ofrecido de manera muy generosa a donarle el corazón a Orion para mantenerlo con vida.

Por desgracia, la esperanza en ese trasplante se desvanecería si el corazón no fuera válido.

Dalma sigue viviendo con miedo a que Orion muera. Fantástico.

No es mezquina; tiene muchas cosas en las que centrarse en lugar de aferrarse a los rencores, pero ¿que Orion sacrifique su segunda oportunidad para tener una vida más fácil por cuidar a alguien que está a punto de morir? Es irresponsable y desconsiderado. Dalma no está segura de si alguna vez podrá perdonarle. Se pregunta si alguien puede culparla por ello. Durante los últimos años le ha ocultado a Orion cómo se siente ella porque no quería añadir más

estrés a su corazón. Él no sabe lo raro que será, si todo va bien, que pase una hora y que ella no tenga que preocuparse porque él sufra un infarto o si está tratando de evitarlo. Él no sabe cómo bajan sus calificaciones cada vez que él está ingresado porque sigue fingiendo que puede con todo. Él no sabe que ella no sabe cómo vivirá si él muere.

Dalma es familia, y Valentino, un extraño.

Y aun así Orion ha elegido al extraño antes que a la familia.

Antes que a él mismo.

Le sorprendió que Orion, que siempre quiere su compañía, le dijera que lo dejara solo. Sin embargo, Dalma nunca puede jugar esa baza porque si alguna vez elige a alguien, incluso a sí misma, antes que a Orion, corre el riesgo de arrepentirse de ello si Orion se muere mientras ella no está.

Ahora está de vuelta en casa, en su habitación, cansada, pero demasiado disgustada como para quedarse dormida.

Dalma está abrazada a Chica Luna, su muñeca de la infancia que tiene ojos de botón blancos y la piel tan morena como la suya. Siempre le ha gustado el espacio. Duerme bajo luces de galaxias y sueña sobre almohadas con dibujos de constelaciones. Todas las paredes son blancas, menos en la que está su cama, que está cubierta con papel pintado y estrellas blancas repartidas. Su objeto más preciado es el telescopio refractor Cooper que ganó en la feria de ciencias del último curso; junto con el ratón disecado que le hizo ganar. Puede que tenga que pasar más tiempo observando estrellas que pensando en Don Constelación y sus malas decisiones.

O leyendo las noticias en el teléfono sobre un tiroteo que

vivió de primera mano.

Sale de la cama y pone el teléfono a cargar sobre su escritorio.

El escritorio es un viejo proyecto manual con una cajonera de ébano que su padrastro, Floyd, encontró en una venta de garaje. Él trató de ayudarla para poder hacer algo juntos, pero ella estaba decidida a hacerlo sola. Las mujeres de su familia son creativas. Su abuela era una costurera del Upper East Side, y no es que Dalma opine que la gente empezó a vestir con más agujeros en la ropa después de que se jubilara, pero menuda coincidencia. Su madre, Dayana, dirige un pequeño negocio en el que le pagan para diseñar las páginas web de empresas más grandes. Dalma se enamoró por primera vez de la ingeniería de software estando sentada al lado de su madre mientras escribía el código y hacía de internet un mundo más bello. La propia Dalma se convertirá en una famosa programadora a nivel mundial una vez que se le ocurra una idea. En cuanto a Dahlia, todavía no lo tiene claro, aunque Dalma confía en que su hermana pequeña lo descubrirá con el tiempo. Tanto si es una creadora como el resto de las mujeres, o una sanitaria como su padre o cualquier otra cosa, Dalma la apoyará.

Porque así es como se da la cara por la familia.

Sin embargo, ya que Orion ha rechazado su ayuda y Dalma está en casa sola, va a elegirse a ella misma.

Dalma abre el portátil, regalo de su madre y su padrastro por haber sido admitida en la Universidad Hunter. Este fue el mejor regalo de todos porque era imposible descargarse todos los programas necesarios en el ordenador de

sobremesa familiar. Aquí tiene un buen paquete inicial para escribir códigos y diseñar su futura aplicación, lo único en lo que va a concentrarse ahora mismo. Contiene un bostezo, pero no es ajena a trabajar por las noches. Va a ser productiva.

Ahora que Muerte Súbita es un tema candente, Dalma quiere crear una aplicación que esté relacionada con ese programa, ya que sabe que es la manera más rápida e inteligente de conseguir captar la atención de todo el mundo. Sea lo que fuere, quiere que sea gratuito. No quiere aprovecharse de los Fiambres, incluso aunque se encuentren con que tienen ahorros que ya no van a necesitar más.

Se muerde una uña mientras piensa.

Su primera idea fue crear una especie de red social similar a Twitter, pero para que los Fiambres pudieran compartir en ella sus sentimientos sobre cómo son sus Últimos Días. Pensó que sería una gran idea para humanizarlos en sus últimas horas. Solo que recordó lo tóxicas que son las redes sociales y pensó que si la gente ya era así de horrible en vida, ¿cómo se comportarían con la certeza de que no iban a sufrir las consecuencias a largo plazo? Dalma está segura de que alguien creará una aplicación similar y se llenará de oro, pero ella no va a ser quien cree una plataforma para esa gente. Sobre todo no después de todo lo que ella ha sufrido como joven afrolatina en el mundo de las tecnologías.

Podría crear algo con un componente benéfico. Por ejemplo, que un Fiambre ponga una meta personal que siempre haya querido conseguir y el resto de las personas

contribuya con donaciones. Algo similar a lo que hace la gente al animar a los corredores de una maratón. Todas las ganancias podrían destinarse a la familia del Fambre o a la organización benéfica que eligieran. No es mala idea.

¿Y si hubiera una aplicación que fuera como una Craigslist para Fambres que quisieran hacer una jornada de puertas abiertas en sus casas para deshacerse de sus muebles? Aunque ¿qué le impide a Craigslist crear esa misma función? Nada.

Siguiente idea.

Algo que podría ser muy útil para el público general es saber dónde se reúnen los Fambres para así poder alejarse de ellos si no quieren arriesgarse a que una explosión inesperada pueda no matarlos, pero sí herirlos. Uf, no. Dalma odia esa idea. No solo porque monitoriza a los Fambres y no les da privacidad, sino también porque alejaría a la gente de ellos como si fueran leprosos. Guau, Dalma odia tanto la idea que borra todas las palabras que ha escrito sobre ella. No le gustaría morir y que su familia encontrara este archivo y tuvieran un mal concepto acerca de ella.

Quizás lo mejor sería que optase por una aplicación sencilla, como por ejemplo una pequeña lista de cosas pendientes para Fambres, pero ¿qué la diferencia de las demás? Por supuesto, sentirse realizado hace que te sientas bien y ese sentimiento puede ser incluso mayor para los Fambres, pero no es muy especial. Esta idea podría ocurrírsele a cualquiera.

Cuando Dalma empieza a plantearse crear una aplicación de preguntas para descubrir qué personaje de Scorpius

Hawthorne eres según tu Último Día, sabe que es momento de acostarse.

Mira por la ventana, la luz del sol ya invita a despertar a su barrio del Bronx.

Es el comienzo de un nuevo día y el comienzo del Último Día de un extraño.

VALENTINO

06:30 HORAS

La alarma me despierta de un susto; es como si recibiera otra vez una llamada de Muerte Súbita.

Habría estado bien despertarme y confundir mi Último Día con un sábado cualquiera, al menos momentáneamente, pero no fue el caso. Al menos he podido dormir un par de horas en las que no me ha preocupado morir. Tampoco he tenido sueños raros ni pesadillas. Apago la alarma y descubro que Orion sigue dormido, tiene los labios entreabiertos. Voy a dejarlo descansar un poco más.

Salgo de la cama con el teléfono de Orion esperando encontrar algunos mensajes o llamadas perdidas de Scarlett, cuando recuerdo que todavía le quedan un par de horas de vuelo. Hay mensajes de Dalma y de Dayana, que preguntan si Orion está bien y los dejo para que los responda él luego.

Suelo empezar las mañanas mezclando algunos electrolitos en polvo con el agua de mi botella y yendo a correr. Siento que mi cuerpo está listo para hacerlo, pero hoy no me da tiempo por el horario de la sesión de fotos. Mi cuerpo también pide comida, como un puñado de almendras, pero según Dalma no debería comer nada para no poner en riesgo la operación. Supongo que es lo bueno de tener la nevera vacía, no tengo ninguna tentación. Voy al baño, me lavo los dientes y luego me doy una ducha fría, que es buena para la circulación, pero siempre me han gustado más las de agua caliente, así que debería disfrutar de esa también mientras pueda. Cambio de fría a caliente y

me sorprende que también funcione, teniendo en cuenta todos los engaños que he vivido hasta ahora en este edificio.

Salgo de la ducha y limpio el vapor del espejo. Empiezo a aplicarme el corrector como siempre hago para ocultar mis oscuras ojeras y parecer más vivo. Hoy tiene más sentido que nunca. Cuando me miro al espejo no veo a un Fiambre. Veo a una persona viva y sana porque estoy vivo y sano. Lo único que sugiere que algo va mal es el corte en la frente del golpe que me di contra el bordillo, y tampoco es que me desangrara en la calle o mientras dormía. Estoy bien. Entonces, ¿por qué estoy viviendo un día en el que mi hermana está viniendo para despedirse y un chico está en mi cama esperando mi corazón? ¿Cómo es posible que en lugar de centrarme en todo lo que he trabajado para conseguir esta sesión de fotos, esté pasando la mañana disgustado porque la vida tiene otros planes para mí? No sé por qué la vida me quiere muerto.

Parece una mala manera de empezar el día, aunque puede que eso solo se aplique a los días normales y no a los Últimos Días. En los Últimos Días no hay reglas, así que puedes enfadarte y destrozar tu reflejo, de forma que puedas verte realmente destruido y tener el aspecto de alguien que no tiene solucionada la vida. Sin embargo, puede que me equivoque. Puede que existan normas para los Últimos Días y que yo no tenga modo de conocerlas, porque este es el primero de todos y no podré ver si con el tiempo la cosa cambia.

Me enrolló una toalla en la cintura y salgo del baño, goteando, para buscar algo de ropa. Inspecciono las

camisetas dobladas y los pantalones tratando de decidir cuál va a ser mi último conjunto antes de que me pongan la ropa de RainBrand para la sesión de fotos y la bata de hospital para la operación. Solo me he puesto esta camiseta fina negra una vez, pero puede que dé calor. La ropa de deporte puede ser cómoda, pero ¿y si muero y me convierto en un fantasma que va en chándal? No es como quiero morir. Tengo camisetas de marcas como Supreme y OriginalFake, pero no van con mi ánimo. Me decanto por la camiseta blanca lisa que me resalta los hombros, pectorales y brazos, y voy a combinarla con los vaqueros negros y con las deportivas blancas que no han visto mucho la luz del día; es hora de vestirlas mientras pueda.

Voy de camino al baño para vestirme cuando me resbalo con un charco de agua y caigo directamente sobre la espalda.

El golpe me deja sin respiración, pero de inmediato vuelve.

No estoy muerto.

Orion grita mi nombre, seguramente piensa que estoy muerto.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Estoy vivo.

—Me alegro, pero ¿estás bien?

Me duele la cabeza, pero, de repente, me doy cuenta de que solo llevo puesta una toalla. En toda mi carrera de modelaje he tenido que quitarme la camiseta una vez, pero nunca he posado en ropa interior, lo que significa que esta es la vez que más expuesto he estado delante de otro chico. Me incorporo apretando las abdominales como si estuviera

ejercitándolas y veo que, afortunadamente, la toalla está tapándome el paquete.

—¿Vas a quedarte ahí tirado todo el día? —me pregunta Orion.

—Puede. Es mi Último Día, yo decido qué hacer —replico.

—Sin problema. —Orion se tumba en el suelo conmigo, a mi lado, como si estuviéramos otra vez en la cama—.

¿Cómo te encuentras?

Siento las frías planchas de manera en la espalda, pero cuanto más tiempo estoy tumbado aquí más me reconforta.

—Estaré bien. Me duele la cabeza más que anoche.

—Bueno saberlo. ¿Cómo llevas todo lo demás?

—¿Te refieres a mi Último Día?

—Sí.

—Esta mañana ha sido dura. Despertarse era muy definitivo. Nada me mató anoche, pero hoy es el día, y luego casi muero porque no sé cómo secarme después de una ducha. ¿Tú te crees? ¿El primer Fiambre asesinado por un charco?

—Sería toda una anécdota para los libros de historia, pero no la forma en la quieres caer.

Casi lo encuentro gracioso.

—Alguien va a empezar a hacer una clasificación de las muertes más estúpidas de los Fiambres, ¿a que sí?

Orion se pone de lado apoyándose ligeramente en mí.

—Si tienes una muerte estúpida les contaré a todos que moriste salvando al mundo.

—O algo más realista, como que rescaté a unos niños de un autobús escolar en llamas.

—Niños en un autobús escolar un sábado, eso no es

realista.

—¡Tampoco salvar al mundo!

Orion se ríe y se incorpora.

—Vale, podemos ir pensando más formas brillantes sobre cómo vas a morir mientras salimos a vivir tu vida.

Le agarro la mano mientras me sujeto la toalla por encima del paquete. Orion me ayuda a levantarme, nuestros ojos se encuentran y su sonrisa me provoca una a mí. Ya me ha sacado del agujero negro en el que me encontraba. Rompo el contacto visual y miro su camiseta blanca con el mensaje ¡QUE TENGAS UN BUEN ÚLTIMO DÍA! escrito en negrita. Es el tipo de ánimo que necesito mantener durante el día.

—Ya que voy a darte mi corazón, ¿me das tu camiseta?

Orion mira a su camiseta como si se hubiera olvidado de lo que pone.

—¿En serio? ¿Quieres ser un Fiambre que va paseándose con una camiseta del Último Día? ¿No es muy macabro?

—Creo que debo tener presente ese mensaje.

—¿Así de presente?

—Supongo que sí.

—Como quieras. —Orion se quita la camiseta, y justo cuando pienso que voy a poder verlo sin camiseta descubro que tiene otra debajo.

Qué pena.

Me visto en el baño y miro mi reflejo con la camiseta del Último Día.

Salgo del baño para dejar que Orion pueda usarlo mientras intento ponerme las deportivas, que están tan nuevas que todavía necesitan amoldarse. Estoy seguro de que el vecino de abajo tiene que estar molesto, y con razón,

por estar escuchando mis fuertes pisadas a las siete menos cuarto de la mañana, pero no puede odiarme más que nuestro casero. No puedo preocuparme por ninguno de ellos. Es mi Último Día y sé que el hecho de que un modelo se ponga como el centro de atención parece obvio, pero en mi caso es merecido. Tengo que ocuparme de mí y de mi gente, aunque eso signifique molestar al vecino de abajo mientras doy vueltas para asegurarme de que el apartamento esté recogido para Scarlett. Dejo la cama como está, ya que vamos a ir a buscar sábanas nuevas para ella y también porque quiero mantener vivo este recuerdo de mi último sueño un poco más.

Una vez que Orion termina, sale del baño y aplaude mi conjunto.

—Espero que te paguen bien porque estás haciendo que una camiseta de veinte pavos parezca cara.

El sueldo del trabajo es bastante bueno y tengo que asegurarme de que me lo ingresen directamente en la cuenta para que Scarlett pueda reclamarlo. Puede que incluso pueda pedirles que me paguen en metálico.

—Qué amable, gracias —le agradezco.

—Mi aplicación del tiempo dice que va a hacer un poco de fresco esta mañana. Quizá quieras llevarte algo más.

—Tú también.

—Ah, desde luego que voy a robarte algo. Me tomo muy en serio el frío.

Buscamos entre mis camisetas, y Orion elige una sudadera azul marino y yo me pongo una camisa gris lisa con cuello desabrochada para que mi mensaje sobre el Último Día pueda verse.

Luego, saco un pie del apartamento.

Hago el trayecto para bajar los seis tramos de escalera.

Y me paro en el recibidor de la entrada.

La última vez que salí del edificio pensé que todo estaba empezando. Tenía toda la esperanza del mundo y años de sueños en los que trabajaría para hacerlos realidad. Ahora, mientras abro la puerta, reúno nervios de acero para enfrentarme a lo que espero que sea el mejor Último Día que un Fambre pueda tener.

ROLANDO RUBIO

06:56 HORAS

Rolando está agotado cuando sale del edificio, para dejar Muerte Súbita atrás.

No está seguro de en qué trabajará ahora. Podría intentar recuperar su antiguo trabajo en el colegio. Si no quieren volver a contratarlo, puede mudarse a Staten Island y pasar una temporada con su madre. Lleva sola desde que su padre murió y no le vendría mal un poco de compañía. Sin embargo, lo que tiene claro es que Muerte Súbita no puede pagarle lo suficiente como para que él regrese a ese *call center*.

Mientras respira el aire de esa fresca mañana, Rolando no sabe a dónde ir. No quiere volver a su deprimente apartamento tras una noche tan deprimente. Le encantaría ver a Gloria y a Paz para celebrar la vida mientras puede. Quién sabe cuánto tiempo tardará Muerte Súbita en llamarle como él ha hecho con tantos Fiambres. Otra parte de él quiere intentar encontrar a ese anciano, Clint Suarez. Nadie debería estar solo en su Último Día.

Rolando comprueba el teléfono y ve que tiene más de veinte llamadas perdidas de Frankie. Se pone nervioso e imagina lo peor. Luego recuerda que Gloria y Paz no pueden estar muertos porque no se han leído sus nombres durante la conmemoración de esta mañana, y Muerte Súbita no llama por experiencias cercanas a la muerte. ¿Y si Frankie se ha pasado pegando a Gloria y ha acabado hospitalizada? No sería la primera vez y tampoco está seguro de cuándo será la última.

Llama a Frankie para solucionar el misterio.

—Por fin —responde Frankie—. ¿Por qué has tardado tanto?

—Estaba trabajando. ¿Qué ha pasado? ¿Estáis bien?

—Necesito tu ayuda con un proyecto que podría ser muy importante para mí y para la familia.

Rolando pone los ojos en blanco. Está seguro de que será igual que aquella vez en la que Frankie quería que le prestara dinero para poder comprar un coche «para la familia», «mantener a Gloria y a Paz seguros y alejados de los trenes» y «para que puedan hacer más escapadas a la playa» y lo perdió apostando en Atlantic City. Si Rolando tuviera ahorros no sería tan tonto de volver a dejarle dinero a Frankie.

—¿Cuál es el proyecto? —pregunta Rolando mientras piensa en excusas para no ayudarlo.

—Quiero hacerles fotos a los Fiambres.

Rolando espera que le dé más información, pero Frankie no lo hace.

—¿Como si fuera un servicio? —No le sorprendería que Frankie estuviera intentando ganar dinero aprovechándose de los Fiambres que no saben qué hacer con su dinero.

—No, no les cobraría. Solo quiero seguirlos para capturar el momento final.

Menuda intención más espantosa. Rolando se para en seco.

—¿Cómo va a ayudar eso a la familia?

—Venga ya. Es obvio. Las fotos de un Fiambre en el primer Último Día podrían venderse por una fortuna. Los únicos Fiambres que conozco son los que he visto en las noticias

que ya están muertos. Necesito nombres, para poder encontrarlos y seguirlos.

—Así que quieres acosar a los Fiambres.

Frankie está callado, justo como cuando va a explotar. Solo que Rolando no es quien lo va a pagar. Si lo que Gloria le cuenta es cierto, Frankie nunca le ha puesto una mano encima a Paz, pero Rolando teme que ese día no esté muy lejos. Entonces, se le ocurre una idea. En lugar de dejar que sea Frankie el que estalle, puede dirigir a Frankie a una explosión: a la muerte de un Fiambre tal y como él quiere. Puede que Frankie acabe herido en el proceso y que así no pueda hacer más daño a Gloria nunca más.

—Te ayudaré —responde Rolando con el corazón acelerado.

Está profanando las vidas de esos Fiambres que se registraron en el programa confiando en su discreción, pero no tiene problema en mirar hacia otro lado si eso implica proteger a una mujer y a un niño que están en peligro por culpa del hombre que vive con ellos. No quiere mandar a Frankie con Clint Suarez, el anciano Fiambre con el que Rolando estuvo hablando cerca de una hora. Ese hombre no ha vivido tanto tiempo para acabar encontrándose con Frankie. Piensa en la conmemoración, sigue siendo un recuerdo reciente. Hubo muchos nombres que destacaron, pero ninguno como el primero, porque pensó que se trataba de un nombre demasiado fantasioso como para ser real.

—Joaquín Rosa llamó al primer Fiambre. No sé si sigue vivo, pero se llama Valentino Prince.

FRANKIE DARIO

07:01 HORAS

A Frankie casi se le cae el teléfono.

¿Había escuchado bien? ¿Su nuevo inquilino es un Fiambre? ¿El primer Fiambre? ¿Al que llamó Joaquín Rosa en persona? Este va a ser el mejor día de su vida. El de Frankie, por supuesto, no el de Valentino. Aunque Frankie no va a llorar por la muerte de Valentino, está decidido a sacar provecho de ella. El nuevo inquilino va a ser su pase de oro para salir del edificio.

Es imposible que no vayan a pagar millones por las fotos de la muerte del primer Fiambre.

Frankie le cuelga a Rolando y corre hacia la ventana, descorre la cortina para ver el apartamento de Valentino. Las luces están apagadas. Es probable que siga dormido, o podría haberlo asesinado el otro chico que trató de hacerse el listillo con él. Bien merecido lo tendría Valentino por recoger a extraños en la calle. Sale corriendo al pasillo y llama a la puerta de Valentino.

—¡Soy yo, Frankie!

No hay respuesta.

El silencio es buena señal. El silencio significa que no está vivo para responder.

Frankie vuelve a su apartamento para buscar la llave del 6G, la misma que utilizó en mitad de la noche cuando Valentino se quedó encerrado fuera.

—¿Qué pasa, papi? —pregunta Paz, que está comiendo cereales en la mesa.

Se va sin responderle. Abre la puerta y piensa que si

alguien se queja de que haya entrado, delatará a Rolando por haberle dicho el nombre de este Fiambre y Frankie dirá a las autoridades que estaba muy preocupado por el bienestar de su inquilino. Cuando en realidad, lo que Frankie espera encontrar al abrir la puerta y entrar es la escena de un crimen.

De nuevo, no hay nada.

Solo hay un colchón inflable, ropa y zapatos.

Maldice para sus adentros y vuelve a casa.

Gloria lo mira de arriba abajo antes de interesarse:

—¿Qué sucede?

Frankie encuentra el número de Valentino y lo llama, pero no deja de comunicar.

—¿Por qué la gente tiene teléfono si luego nunca responde?

—¿Por qué, papi? —pregunta Paz, que no ha entendido que se trataba de una pregunta retórica.

Frankie arrastra una silla desde la mesa del comedor (total, el suelo lleva tiempo arañado y, de todos modos, no va a seguir viviendo mucho más aquí) y la coloca al lado de la puerta de entrada para asegurarse de poder ver y escuchar a Valentino cuando llegue a casa.

Ese Fiambre le cambiará hoy la vida a Frankie.

VALENTINO

07:06 HORAS

Me encanta sentir el sol de la mañana en la piel, pero vuelvo a la vida cuando entramos en el metro, como si estuviera en un mundo nuevo. Orion no está ni de lejos tan fascinado como yo por el hecho de estar, de repente, bajo tierra. Tenemos que comprar nuestras MetroCards, las tarjetas del metro, y dudo entre ir a la taquilla o a la máquina de billetes, ya que esta podría ser mi única oportunidad para hacerlo.

—No puedo decidirme.

—¿Humano o robot? —pregunta Orion.

—La mayoría de los humanos ha sido muy maleducada conmigo desde que llegué.

—Ha ganado el robot —dice Orion.

—Me alegro de poder salir de aquí antes de la rebelión de los robots.

Aniquilado por un robot no es una de las formas creativas en las que quiero morir.

Vamos a la máquina de billetes, y hay opciones que van desde un viaje solo de ida por 2,25 dólares hasta un abono de viajes ilimitado de 89 dólares.

—Supongo que basta con un billete diario, pero voy a sacar el mensual. Puedo dejarle la tarjeta a Scarlett y así animarla a salir y a usarla en lugar de quedarse en el apartamento.

Pulso todos los botones, pago y sale mi primera MetroCard. Es amarilla y tiene las letras azules en la que creo que es la misma tipografía Helvética que yo usaba en

las presentaciones de PowerPoint del colegio. Mi idea era enmarcar esta MetroCard con otros recuerdos de Nueva York, espero que Scarlett le dé buen uso.

Paso la tarjeta suavemente por el torniquete.

—Pareces de aquí —dice Orion.

Esperamos en el andén con otros pasajeros. Hay vigas con pintura descascarillada. Pósters por toda la pared a los que un artista obsesionado con los penes les ha pintado grafitis. Una papelera a rebosar. Me sorprende no ver ninguna rata por aquí como si también estuvieran esperando el metro y me acuerdo de que suelen estar en las vías. Quiero acercarme a mirar las vías, pero no soy tan tonto como para ser un Fambre que ignora las líneas amarillas que hay en el borde del andén y que advierten a todo el mundo que mantenga la distancia para evitar caer. Pego la espalda a la pared para que nadie pueda empujarme accidental o intencionadamente. No me fío de nadie después de que me disparasen.

—¿Tendría que haberme quedado en casa?

Orion no parece sorprenderse.

—Podemos volver si quieres.

—No es lo que quiero, pero sí me parece lo más inteligente.

—Pues vamos.

Arrastro mis pies hacia el torniquete de nuevo y pienso cómo puedo llegar a casa en cinco minutos. Me paro a la altura de la salida de emergencias.

—Me estoy volviendo loco.

—Te entiendo.

Casi le digo que no lo hace, solo que sí. Orion ha vivido

con este pánico durante años. No, nunca ha sabido a ciencia cierta que iba a morir, pero eso no significa que no se haya cuestionado todas y cada una de las decisiones que toma.

—¿Qué sentido tiene que Muerte Súbita te llame si estás demasiado asustado para vivir?

Orion no tiene una broma inmediata con la que responder. Es como si algún detector innato le permitiera saber cuándo necesito que me distraiga y cuándo que me apoye.

—Es tu Último Día, Valentino. Tú eres el único que decide lo que quieres hacer.

El tren emite ruidos sordos conforme se acerca a la estación.

—¿Cómo sé lo que merece la pena? —pregunto.

Orion golpea el mensaje del Último Día de mi camiseta y responde:

—Pregúntate a ti mismo si te hará feliz hacerlo y si te sentirás triste si no lo haces.

Cuando más tarde esté en mi lecho de muerte y piense en mi vida, sobre todo en mi Último Día, quiero sentir que he sacado el máximo partido de ella. Que he logrado mi sueño y que he tenido la oportunidad de vivirlo antes de morir. Debería honrar a mi corazón antes de que me lo sacasen del pecho.

Las puertas del tren se abren, y me doy la vuelta para correr directo hacia el vagón mientras le grito a Orion que me siga. Nos colamos justo cuando las puertas se cierran. Si tuviera espacio para saltar y levantar el puño, lo haría. Estoy muy empoderado por las palabras de Orion. Antes de que pueda darle las gracias, huelo algo horrible. Miro a mi alrededor en busca de la fuente del olor y me doy cuenta de

por qué estamos tan apretados. Todo el mundo está agolpado a este lado del vagón porque en el otro extremo hay un enorme vómito, probablemente cortesía de alguien que se puso malo en una de las fiestas de Muerte Súbita. Me dan náuseas inmediatamente y pierdo el apetito. Me tapo la nariz con la camisa y respiro la colonia de Hugo Boss que me roció en Arizona y que huele a ciruela y cítricos.

—Bienvenido a Nueva York —me dice Orion con una sonrisa antes de taparse la nariz con la sudadera.

Esta no es una experiencia que me interesara especialmente.

Por desgracia, el tren está haciendo el recorrido rápido y no nos permite salir durante varias paradas, así que cuando las puertas se abren en la calle Sesenta y Ocho, bajamos y cambiamos de vagón. Orion quiere distanciarse de la gente que va hacia el siguiente vagón, de manera que andamos por el andén y volvemos a subir al tren antes de que las puertas se cierren. Esta vez podemos sentarnos, tenemos la espalda apoyada contra un mapa de Nueva York que tiene líneas azules, rojas, verdes, naranjas, amarillas, moradas, marrones y grises representando distintos recorridos.

—Estamos en la línea verde —me informa Orion mientras recorre el camino desde donde estamos hasta Union Square—. Y aquí es donde tenemos que bajarnos.

—¿Crees que podría hacer todos los recorridos en un día? —le pregunto señalando el mapa.

—No lo sé, pero, sinceramente, ¿por qué lo harías? Los trenes son asquerosos. Ese cuchitril del que hemos escapado no es algo fuera de lo común.

—Al principio soñaba con visitar todos los rincones de

Nueva York. Al menos si los recorro en tren puedo decir que he estado.

—Pero las mejores partes de Nueva York están en la calle.

—¿Como en la que me dispararon?

—¡Como en la que te dispararon!

—Fue espeluznante.

—Completamente espeluznante.

Espero que atrapen a ese tipo.

Unos minutos más tarde, el tren se para en la Cuarenta y Dos, cerca de Times Square, donde todo cambió. Las puertas permanecen abiertas demasiado rato, y empiezo a pensar en que el hombre con la máscara de calavera puede ser cualquiera de los pasajeros que están entrando. Puede pensar que soy capaz de reconocerlo por los ojos y que tiene que terminar el trabajo. Que me decidiera a aceptar este tipo de posibilidades al no quedarme en casa no significa que las cosas den menos miedo, pero no me queda otra que esperar lo mejor del día de hoy.

Mientras nos acercamos a Union Square, miro a ambos lados del vagón. Hay gente sujeta a las barras mientras leen el periódico o miran el móvil. Otros están durmiendo con la cabeza hacia delante y la barbilla apoyada en el pecho. Otros están sentados, y se dirigen desde un punto A hasta el B o desde el B hasta el A, pero esperaba que hubiera algún tipo de espectáculo, como unos jóvenes que hicieran del vagón su gimnasio mientras se giran entre las barras y dan volteretas al son de una música explosiva. Llegamos a nuestra parada y, antes de salir al andén, espero un poco más para ver si algún espectáculo va a empezar, pero no.

—¿Primeras impresiones de tu primer viaje en metro? —

me pregunta Orion mientras subimos las escaleras.

—Más normal de lo que pensaba. ¿Dónde estaban todos los bailarines? ¿Es demasiado temprano?

—No, yo los veía en los trenes de camino al colegio muchas mañanas. Eso sí que molestaba a la gente. Puede que los artistas habituales salieran anoche. —Me aprieta el brazo mientras dejamos la estación—. Seguro que consigues ver alguno a la vuelta.

—Eso espero.

No creo que me vaya a entristecer en mi lecho de muerte no haber visto a nadie bailando en el tren, pero es una de esas cosas que suceden a diario en Nueva York y que he estado imaginando desde hace tanto tiempo, que se hace raro no haber visto ninguno de manera casi instantánea. Sobre todo cuando ando tan escaso de tiempo. Esto demuestra que da lo mismo por lo que estés pasando, que el mundo no gira en torno a ti.

No obstante, Union Square es totalmente diferente. Hay jugadores de ajedrez sentados en tapas de contenedores, disfrutando del sol. Una mujer tiene la mayor de las sonrisas dibujada en la cara mientras pasea a ocho perros. Dos mujeres caminan de la mano y toman café mientras entran en el pequeño parque. De hecho, este podría ser un buen sitio para hacer una íntima y otoñal sesión de fotos. Ya me imagino encima de un banco con las solapas de mi abrigo gris de lana abiertas para mostrar una camiseta blanca... dejo de pensar en el conjunto que no podré ponerme este otoño.

Mientras esperamos en el paso de peatones, estamos de pie en el bordillo, miro al cielo y veo un avión que nos

sobrevuela. Me muero de ganas de que llegue Scarlett.

—¿Alguna vez has volado en avión? —pregunto mientras cruzamos la calle.

—No.

—¿Por qué no?

Automáticamente, me paro en mitad de la calle y me tapo la boca con las manos. Le estoy preguntando a Orion por qué nunca se ha subido en un avión después de que el secuestro de un vuelo matara a sus padres y le destrozara la vida. Ha sido muy estúpido e insensible. Orion mira por encima del hombro al ver que no le sigo justo cuando recuerdo que soy un Fiambre al que pueden atropellar en cualquier momento. Ni siquiera miro a ambos lados, lo que probablemente sea igual de loco que haberse parado en mitad de la carretera. Sería horrible jugando al Frogger, aunque, milagrosamente, consigo llegar de una pieza a la siguiente manzana.

—¡Debes tener más cuidado! —me riñe Orion agarrándome por los hombros.

—Perdón.

—No pasa nada. No importa que los coches se hayan parado, asume que hay un idiota al volante.

—Siempre lo hago —respondo pensando en el idiota que casi mata a Scarlett—, pero perdona por haberme olvidado de lo de tus padres. No voy a culpar al cansancio o a que es mi Último Día. Simplemente no he pensado antes de hablar.

Orion vuelve a sujetarme por los hombros, esta vez más tranquilo y me dice:

—Si de verdad quieres compensarme, no vuelvas a poner tan fácil que te maten.

07:38 HORAS

Llegamos a las oficinas de Futuras Estrellas del Modelaje.

Es una nueva agencia que promete ser quien descubra a las futuras grandes caras del mundo del modelaje. Estoy muy agradecido de que vieran mi potencial al revisar mi álbum en línea (las fotos que más les gustaron las sacó Scarlett) y, tras una divertida entrevista por Skype, firmé para unirme a su equipo. Su empresa ahora mismo está en un edificio comercial genérico, y confío en que hagan honor a su promesa y conviertan a la gente en superestrellas.

A pesar de que Futuras Estrellas es nueva, seguía pensando que la oficina sería brillante y que estaría repleta de revistas ordenadas encima de una mesa de café. Sin embargo, parece que no han hecho muchos cambios en la decoración del antiguo negocio que hubiera aquí antes; me aventuro a afirmar que se trataba de la consulta de un dentista, ya que sigue oliendo a ese polvo dental que tan bien recuerdo después de haberme arreglado el diente para que coincidiera con su vecino.

Lo que realmente me choca es que yo estaba seguro de que habría un recepcionista con unos auriculares que me reconocería nada más entrar. Este hombre no tiene ni idea de quién soy. Hay una docena de retratos debajo del cartel con el nombre de la empresa y el mío no está entre ellos. ¿Debía haber traído una foto de mi cara? No, soy un cliente. También tienen una impresora gigante en la esquina. Aun así, he conseguido una gran campaña publicitaria con esta empresa, de manera que lo lógico es pensar que mi cara merece destacar, pero parece que no.

Sigo siendo un Don Nadie por aquí y no llegaré a ser un

Alguien hasta que sea demasiado tarde como para que me traten como a una estrella.

—Buenos días. Hoy solo estamos abiertos para reuniones privadas —dice el recepcionista.

—Soy Valentino Prince. Soy uno de los modelos de la agencia. Laverne me dijo que viniera directamente para una prueba.

El recepcionista asiente lentamente.

—Ya veo. —A la antigua, aprieta un número del teléfono fijo. Nada de cascos. Puedo oír el teléfono sonar a dos puertas de distancia—. Hola, Laverne. Un tal Valentino Prince quiere verte. —Se escucha un murmullo—. Ajá. Ajá. De acuerdo. —Cuelga—. Laverne viene en un minuto. Pueden sentarse si lo desean.

Estoy seguro de que las tres sillas que hay contra la pared son del antiguo negocio porque están demasiado gastadas como para pertenecer a uno nuevo. De todas formas, Orion y yo nos sentamos, y él me golpea la rodilla.

—Esto es muy emocionante —dice.

—Sí que lo es.

—Guau, pues no suenas muy emocionado.

—No, lo estoy, pero estoy intentando contenerme.

—¿Por qué?

Bajo la voz para que el recepcionista no me escuche, aunque está a unos dos metros y medio de distancia.

—Siempre que me he imaginado este momento, me he dicho que tengo que estar tranquilo porque queda mejor mostrarse tranquilo con algo tan importante. Quiero que me vean como a un profesional al que volverían a contratar.

Orion asiente antes de contestar.

—Vale, lo entiendo, pero... ya sabes. Ilusiónate mientras puedas.

—¿Qué haría sin ti?

—Pues seguramente nada —responde Orion con una sonrisa que bien podría estar colgada en la pared junto a las demás fotos.

Una puerta se abre y sale mi agente, Laverne, una señora blanca con algunas mechass grises en el pelo negro. Lleva puesta una sudadera azul violáceo y unos vaqueros, un conjunto muy casual de sábado para una agencia de modelos.

—Valentino, Valentino. Estoy encantada de conocerte en persona —me saluda mientras me abraza.

—¡Yo también! —le respondo con entusiasmo—. Muchas gracias por darme esta oportunidad.

—Venga, anda. Tus padres pusieron la base, y tú te encargaste de perfeccionarla.

Se me hace raro reconocer el mérito de mis padres, teniendo en cuenta cómo renegaron de mí, pero no le falta razón. Tengo los ojos de mi padre y la forma de la cara, la nariz y los labios de mi madre. No pueden negar que soy su hijo. Aunque no pienso darles crédito en mi proceso de perfección. Ha sido todo el trabajo duro que he hecho este tiempo lo que me ha traído hasta aquí.

—Laverne, este es mi amigo Orion.

—Bonito nombre —comenta Laverne mientras le mira el pelo— y bonitos rizos. ¿Por qué los escondes debajo de esa gorra?

—Era de mi padre —dice Orion.

—¿También eres modelo? Puedo encontrarte trabajo

fácilmente en un anuncio de champú.

Orion niega con la cabeza.

—No es lo mío, pero gracias —lo rechaza mientras me aprieta el hombro—, pero este chico está listo para darlo todo en su sesión de fotos.

—¿No has recibido mi mensaje? —pregunta Laverne sorprendida.

¿Me van a despedir? ¿En mi Último Día?

—Perdí el móvil anoche.

—Oh. Lamento tener que decirte esto, pero la sesión se ha retrasado.

—¿Cuánto tiempo? ¿Unas horas?

—Un poco más. Tenemos que encontrar a un nuevo fotógrafo.

—¿Qué le ha pasado a William?

Laverne respira profundamente.

—A William lo mataron anoche en Times Square.

Me caigo en la silla, y Orion se tapa la boca con la mano. Vuelvo a transportarme a Times Square. Los disparos... Nunca, ni en un millón de años habría pensado que conocía a la persona que murió. Aunque fuera de lejos.

Me pregunto si estaba dado de alta en Muerte Súbita.

—Eso es terrible —reacciona Orion, que se vuelve hacia mí, como cuando estábamos en el hospital—. De hecho, nosotros estábamos también anoche en Times Square.

Los ojos de Laverne se abren de par en par.

—Guau. Menos mal que estáis bien.

Orion no dice nada más. Igual que en el hospital, no cuenta nada sobre lo mío.

—Yo no estoy del todo bien. Muerte Súbita me llamó

anoche.

El recepcionista echa un ojo desde el mostrador, asombrado, y Laverne se ríe.

—Vas a estar bien —dice restándole importancia a la bomba que acabo de soltar como si se tratase del humo de un cigarro—. Es imposible que creáis que esa gente de Muerte Súbita puede saber cuándo alguien va a morir.

—Lo creemos —afirma Orion—. De momento no se han equivocado.

—Todavía no ha acabado el día. Quedan muchas horas aún para demostrar que están equivocados.

—Valentino no puede arriesgarse a esperar —rebate Orion—, así que ¿hay algo que podamos hacer para conseguir que la sesión de fotos sea hoy?

A Laverne ya no le gusta tanto Orion y se dirige a mí.

—Si realmente crees que Muerte Súbita está en lo cierto, ¿por qué estás intentado hacer esta sesión de fotos?

—He trabajado muy duro para llegar hasta aquí.

—Pero no estarás para ver los frutos de tu trabajo.

—Me gusta saber que mi trabajo perdurará, que me vieron.

Laverne asiente lentamente.

—Te comprendo. Por suerte, conseguiremos a un nuevo fotógrafo el lunes. El martes como muy tarde, y entonces podremos hacer tus sueños realidad.

Orion está a punto de sacar la cara por mí, pero le aprieto la mano. Paramos e intercambiamos una mirada.

Yo me encargo, le digo con los ojos.

Si no lo haces tú, lo haré yo, parece responderme.

Luego, miro a Laverne, que no parece ser capaz de leerme

la mente, aunque una vez afirmó que podía ver mi alma a través de mi mirada.

—El lunes ya estaré muerto —le informo.

Laverne se sienta a mi lado.

—Estás asustado. Entiendo el motivo. El presidente nos ha mentado sobre Muerte Súbita y está creando un ambiente de histeria, pero ya he pasado por esto con el cambio de milenio en el 2000. Nos dijeron que un virus iba a afectar a todos los sistemas computacionales y que iba a hacer que los bancos cerraran, que las grabaciones del gobierno salieran a la luz, que la gente se quedara encerrada en ascensores y que la tecnología se volviera en contra de nosotros. Yo estaba aterrorizada... hasta que el reloj marcó la medianoche y seguimos igual de bien. Igual que tú vas a estarlo, porque Muerte Súbita no es real.

Estoy muy decepcionado. Una cosa era ver a gente en Times Square que no creía en Muerte Súbita, pero otra es que no lo haga la persona a la que le he confiado mi carrera, mi vida.

—Poco después de recibir la llamada de Muerte Súbita, casi me matan en Times Square. Seguramente fuera la misma persona que mató a William.

—Una mera y casi trágica coincidencia —insiste Laverne—. Me alegro de que sobrevivieras y de que vayas a seguir con vida. Vamos a hacer un trabajo increíble en la sesión de fotos de la semana que viene.

No vamos a cambiar la opinión del otro. Lo única manera de demostrarle que se equivoca es muriéndome y no es un momento que me apetezca adelantar con tal de llevar la razón.

—¿De verdad que no hay nada que podamos hacer hoy? Mi hermana va a llegar en unas horas a Nueva York. Scarlett es fotógrafa. Te encantó su trabajo, igual que al equipo de RainBrand.

No sé en qué etapa del luto se encuentra, pero sí sé qué es lo que está pasando. Estoy desesperado por hacer esta campaña, de cualquier manera.

—Scarlett tiene muy buen ojo, pero no está aquí — responde Laverne.

—Yo puedo hacerlo —se ofrece Orion—. No puede ser tan complicado.

—Es bastante complicado —replica Laverne—. No obstante, la campaña de RainBrand debe dirigirla alguien con experiencia. Estoy deseando presentarte a quien sea que se vaya a encargar en los próximos días.

Esto es una batalla perdida, así que voy a retirarme.

—Gracias por haberme descubierto —le digo—. Siento que no haya salido bien lo de hoy.

—Yo también. ¿Hay algún número que podamos apuntar para ponernos en contacto contigo hasta que consigas un teléfono? ¿El de Scarlett quizá?

—No será necesario. Gracias por tu tiempo.

Hecho un último vistazo a la pared con las fotos y acepto que esta agencia nunca me convertirá en una estrella.

Ni siquiera cuando todo se oscurezca a mi alrededor, como un cielo nocturno vacío.

SCARLETT PRINCE

05:00 HORAS (tiempo estándar de la montaña)

Por fin dejan salir a Scarlett Prince del avión.

Todavía están investigando, pero la policía quiere el avión vacío para poder llevar a cabo búsquedas como, por ejemplo, el rastreo de bombas o armas y escoltar al piloto a un lugar seguro. Esto se traduce en que Scarlett volverá al aeropuerto sin equipaje, pero ganará una mejor cobertura móvil. La docena de mensajes que le ha escrito a Valentino durante las últimas horas se enviarán inmediatamente al móvil de Orion. Esa conversación unilateral con su hermano no le sirvió para calmar los nervios. No podía dejar de revivir el miedo que sintió cuando estaba cabeza abajo en su coche momentos después del accidente, aterrorizada por la idea de morir sola. Teme que sea lo que le suceda a Valentino.

Una vez que Scarlett sale del avión, lucha como puede por no venirse abajo.

El tiempo es oro, y ese tiempo debe pasarlo con su hermano.

VALENTINO

08:00 HORAS

Los sueños no se hacen realidad en el Último Día.

Para empezar, todo podría haber sido distinto en la oficina si tuviera una agente que creyera en Muerte Súbita. Habría llamado y movido cielo y tierra para ayudarme a alcanzar el sueño de mi vida. Sin embargo, todo lo que tengo es una agente que ni siquiera va a llorar mi pérdida porque cree que nos veremos en unos días. Espero que tenga razón, pero sé que no la tiene.

No miro atrás cuando salgo del edificio. Ni siquiera sé a dónde voy. Simplemente camino por la acera queriendo alejarme tanto como pueda de este sitio.

—Frena —me pide Orion.

No lo hago.

Sigo andando.

—¡Espérame!

Su voz suena en la lejanía. No muy fuerte. Me giro y veo a Orion apoyado en la pared con los ojos cerrados y la mano presionada a la altura del corazón. Me olvido de mis penurias y me acerco adonde está.

—¿Estás bien?

—Sí, solo... —Orion respira hondo una vez. Luego otra y otra—. Tener la presión sanguínea alta y empezar a andar a la velocidad del rayo no es una buena combinación.

—Perdón.

—No es culpa tuya. No todo. Estoy enfadado por lo que ha pasado en la oficina.

—Ha sido, sin lugar a duda, muy decepcionante.

—Y totalmente exasperante.

Hay un banco de una parada de autobús vacío a unos metros de distancia, pero Orion se desliza por la pared y se agacha. Me uno a él, aunque me duelen las piernas por la carrera y el entrenamiento de ayer, además de por los dos viajes tan entretenidos subiendo seis pisos de escalera. No digo nada mientras él inspira y lucha su batalla interna.

Cuando voy a darle las gracias por intentar sacar la cara por mí, su teléfono suena en mi bolsillo. El trauma de Muerte Súbita me ha calado hondo, pero este es un sonido normal, así que logro calmarme antes de que mi corazón reaccione tan mal como el de Orion.

—Es Scarlett —le informo. Respondo inmediatamente a la videollamada y veo que está sollozando muy fuerte. Empiezo a llorar de inmediato. Veo que está en el aeropuerto—. ¿Ya has aterrizado?

Scarlett no consigue articular palabra. Empieza a llorar mientras llegan una serie de mensajes, todos de ella. Elimino las notificaciones para poder hablar con ella.

—¿Scar? ¿Qué pasa?

—Sigo en Arizona —confiesa.

Los ojos de Orion se abren de golpe cuando lo escucha.

—¿Cómo que sigues en Arizona?

—El piloto recibió su llamada de Último Día antes de despegar.

Mientras me cuenta cómo los pasajeros se volvieron locos en el avión y cómo la policía está investigando el problema, tiemblo al pensar en lo que podría haber pasado si el piloto hubiera emprendido el viaje y condenado a todos a una muerte prematura. No sé si es lo que hubiera pasado, pero

estoy seguro de que Orion se habrá preguntado lo mismo en muchas ocasiones al pensar en cómo habría sido un 11S en un mundo con Muerte Súbita.

—A ti no te ha llamado Muerte Súbita, ¿verdad? —le pregunto.

Scarlett niega con la cabeza.

—No, pero la cobertura era una mierda en el avión, no he podido llamarte antes y estaba muy asustada por si habías...

—Sigo vivo. ¿Qué plan tienes ahora? ¿Vas a buscar otro vuelo?

—Sí, en cuanto determinen que los pasajeros no éramos una amenaza para el piloto. Abandonaré el equipaje, me da igual.

—¿Les has dicho que es mi Último Día?

—No les importa una mierda. Están centrados en el piloto.

Esto tiene que suponer un gran cambio para las aerolíneas en un futuro. Ningún avión debe despegar a menos que estén seguros de que los pilotos no sean Fiambres. Igual que los pasajeros. Eso acabaría con los accidentes de avión, ¿no? Dando por hecho, para empezar, que la gente se registre en el programa.

—Lo siento mucho —se disculpa Scarlett—. Voy a seguir intentándolo.

Si pudiera hacer que le salieran alas y recorrer todo el país volando, lo haría del tirón, pero incluso en esta realidad en la que ahora se puede predecir la muerte, la gente sigue sin poder volar, así que está encerrada en ese aeropuerto hasta entonces. Pienso en otras opciones imposibles, como que Scarlett conduzca desde Arizona hasta Nueva York, aunque

el trayecto sea de más de treinta y cinco horas, y eso si no duerme. Solo porque Muerte Súbita no la llamara no significa que no pueda tener otro accidente al intentar llegar hasta aquí. Otro vuelo es su única opción.

Solo quiero que algo imposible sea posible en mi último día con vida.

¿Es demasiado pedir?

Eso parece.

—¿Tú cómo estás? —me pregunta Scarlett— ¿Por qué estás fuera?

Le cuento sobre el fiasco de la campaña de fotos de la manera más resumida posible.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—Supongo que iré a casa a esperarte.

—¡No! —grita Scarlett. Se gira para disculparse con una señora que veo que está a su lado—. No te mudaste a Nueva York para estar en casa esperándome. Sal a explorar la ciudad con cuidado. Yo llegaré pronto.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Cuando colgamos, ambos sabemos que no es algo que podamos prometer, pero es algo a lo que aferrarse. Scarlett hará todo lo que pueda para estar conmigo. Podría sobornar a alguien del siguiente vuelo para así poder tener más tiempo juntos, o meterse en el maletero y que un montón de maletas la golpeen durante cinco horas. No lo sé, pero lo que sí sé es que se le ocurrirá algo.

Estoy tan seguro de que veré a mi hermana antes de morir como lo estoy de que contemplaré mi reflejo cuando me miro al espejo.

Ese es el sueño que más necesito que se haga realidad.

ORION

08:12 HORAS

Hoy es la primera vez en mi vida que estoy seguro de que voy a vivir a toda costa y nunca pensé que me fuera a sentir tan horriblemente mal.

No me malinterpretes. Sigo intentando no morir, pero ha sido duro ver a Valentino lidiar con su Último Día. Es duro sentir que el autor de su historia no es más que un cabrón cruel que no va a darle ningún capricho. Podría haber muerto de muchas formas hasta ahora: de un disparo, de una paliza con un bate, de un golpe en la cabeza contra el bordillo, de la caída en el apartamento o de correr sin mirar por mitad de la carretera, y sigue con vida. ¿Para qué? ¿Para que lo rechace su agente y acabar descubriendo que su hermana sigue sin poder salir de Arizona? No puedo celebrar el hecho de que voy a vivir sabiendo que sus últimas horas están siendo así de malas.

—Este Último Día no puede ir a peor, ¿verdad? —pregunta Valentino mirando a la nada y conteniendo las lágrimas—. Menuda pregunta más tonta. Por supuesto que puede y que lo hará. Muerte Súbita no tenía ni idea de lo que hablaba cuando dijeron que los Fiambres somos los capitanes de nuestro propio barco. Todo el día de hoy demuestra que no soy yo quien marca el rumbo a seguir en mi Último Día. Es como si el timón estuviera girando sin control, y yo estuviera a punto de chocar con un iceberg y ahogarme. — Valentino se quiebra y empieza a llorar desconsoladamente —. Debería morirme ya.

Ese comentario me rompe el corazón.

Intento pasarle el brazo por encima del hombro, pero me rehúye.

—Deberías alejarte —me dice Valentino levantándose del suelo—. Que no vayas a morir hoy no significa que yo no sea veneno. Todo lo malo sucede a mi alrededor. Probablemente mi corazón también sea peligroso. No sé, Orion, quizá deberías pensar en otra solución o buscar otro donante.

—¡Vale, que le den a tu corazón! No me importa. No eres veneno ni un barco a punto de estrellarse ni cualquier otra analogía que vayas a soltar para alejarme de ti. Soy tu amigo, Valentino, y no pienso dejarte solo en tu Último Día.

Se pasa las manos por el pelo mientras inhala, exhala, inhala, exhala, inhala, exhala. Mira la pared de ladrillo como si quisiera golpearla, pero sus respiraciones hacen que mantenga los puños a los lados. Está fuera de sí, muchísimo, pero vamos a poder con esto.

—Hay millones de cosas que no puedes controlar —le explico mientras respira—, pero todavía estás a tiempo de adueñarte del control del barco y salvarte; lo siento, mejor dejo la metáfora. Empiezo a sentir que de verdad estamos en mar abierto. —Me acerco a él y le demuestro que no me asusta que nos estrellemos juntos de la peor forma imaginable—. No puedes devolverle la vida al fotógrafo ni hacer que tu hermana aparezca de la nada. Ese es el tipo de mierdas que no puedes controlar, pero hay muchas cosas que sí podemos controlar.

Los ojos oceánicos de Valentino me miran.

—¿Como cuáles?

—Dímelo tú. ¿Qué te mueres de ganas de hacer en Nueva

York?

—La sesión de fotos era lo primero.

—Pues vamos a hacerla. Yo seré tu fotógrafo.

—La agencia no lo aceptará. Ya la has escuchado.

—Que le jodan a su sesión de fotos. Vamos a crear la tuya ahora. Puede ser un álbum sobre tu vida en Nueva York.

—No parece que vaya a ser un álbum muy grande.

—Seguro que podemos sacar muchas fotos en un día.

—Pues es verdad. Durante una sesión de fotos de una hora se pueden sacar cientos perfectamente.

—¿Cientos? Yo estaba pensando en unas veinte, pero me vale. Acepto el reto.

Se seca las últimas lágrimas de los ojos y sonrío.

—Podríamos fotografiar muchas de mis primeras veces en la ciudad.

—¡Sí! —Me entusiasma verlo tan interesado; es como si volviera a la vida justo después de pensar que debía morir—. Sé que se supone que tu superpreciosa cara debía estar por todo Times Square; y entiendo que ahora la cosa haya cambiado, pero el hecho de que toda la puta humanidad no vaya a ver estas fotos no significa que toda la gente de tu mundo tampoco lo vaya a hacer.

—Me encanta esa idea. Puedo enseñarle las fotos a Scarlett cuando llegue.

—A mí también me encanta; es decir, la idea es mía, pero estoy totalmente comprometido con la causa.

Valentino está pensando, y me asusta que vaya a echarse atrás.

—Tengo una condición.

—La que sea —respondo, y lo digo en serio.

—Si vas a ser mi fotógrafo, necesitamos conseguir una cámara muy buena. Nada de fotos con móviles.

—Trato hecho. Vamos a por una cámara muy buena.
Vamos a darle la vuelta a este Último Día.

No como un puto barco, pero sí como dos chicos que están decididos a hacer que hasta el último momento merezca la pena.

—Gracias por no dejarme solo, Orion.

Mis ojos viajan directamente desde sus labios con forma de corazón, que me muero por besar, hasta su mirada.

—Soy tu amigo hasta el final, Valentino.

VALENTINO

08:38 HORAS

Todavía no hay nada abierto en mi Último Día.

Siento como un nuevo desprecio hacia mi persona el hecho de que estos grandes almacenes sigan cerrados, aunque sé que lo que pasa es simplemente que un sábado es muy mal momento para morir. No me puedo permitir el lujo de esperar a las diez o a las once para comprar una cámara. Con suerte, algunas empresas considerarán ampliar el horario de apertura para aquellos Fiambres que no vayan a empezar su Último Día al amanecer, como el resto del mundo.

—Creo que he encontrado un sitio —dice Orion leyendo algo en el móvil—. Es una tienda de empeños que abre veinticuatro horas todos los días de la semana. No sé si tendrán una cámara, pero no perdemos nada con preguntar.

—¿Está lejos? —Ya estoy pensando en volver al metro para ver si tengo ahora más suerte con los espectáculos.

—A tres manzanas.

Mientras Orion hace de guía, leo todos los mensajes de Scarlett que narran lo sucedido en el avión. Estaba aterrorizada porque el piloto los fuera a matar a todos, porque ella fuera la prueba de que Muerte Súbita se equivocaba, porque me muriera antes de poder vernos por última vez. Todas sus palabras y cada falta de ortografía causada por escribir rápido se me clavan en el cerebro y odio el hecho de que haya tenido que experimentar ese miedo. Quiero disculparme, como si mi muerte fuera culpa mía; supongo que en parte sí lo será si morir tranquilo por el

trasplante de corazón es una opción.

Scarlett no va a querer que siga adelante con la operación.

—Te estás cavando tú mismo la tumba —me dirá.

A lo que yo le contestaré:

—Voy a morir de todos modos.

—Pero ¿qué pasa si Muerte Súbita se equivoca? —replicará.

Ese es el gran riesgo a tomar. Si juego esas cartas y aun así muero, entonces Orion podría morir también.

Quiero vivir, pero no puedo arriesgar tanto, ¿o sí?

Ya es mala suerte que mi Último Día sea el primer día de Muerte Súbita. Si tuviera más información sobre su nivel de precisión, sabría si a pesar de todo mi llamada fue un error, pero ni la tengo ni la tendré. No es más que otra señal que demuestra que voy a morir en un mal momento.

NAYA ROSA

08:40 HORAS

Hasta ahora, se han recibido once informes sobre Fiambres que han muerto sin recibir la llamada de Muerte Súbita.

Naya está otra vez en el despacho de la empresa descansando en el sofá mientras Alano utiliza su regazo como almohada y Bucky duerme a sus pies. Ella no puede moverse sin despertarlos pero tampoco sabe a dónde iría en caso de que pudiera. El futuro de la empresa está en juego, pero ella no puede ser quien lo destape. Está allí sentada con miedo; se siente como su abuelo, que le contó muchas historias de cómo era esperar a que la abuela de Naya volviera de la guerra. Ella quiere que la puerta se abra de golpe y que Joaquín aparezca aunque no haya podido solucionar el problema, aunque no haya ganado la guerra. Lo único que quiere es que su marido sobreviva.

Però ¿y si Joaquín se encuentra entre esos Fiambres que murieron sin haber recibido el aviso?

VALENTINO

08:51 HORAS

El toldo de la tienda de empeños tiene el nombre, JOYAS GOLPE DE SUERTE, deletreado con bombillas de colores.

Se parece más a una de esas tiendas de regalo de Broadway que venden imanes con tu nombre que a un lugar donde encontrar una cámara, pero teniendo en cuenta que está entre una farmacia y un Domino's Pizza, la tienda de empeños consigue llamar la atención; igual que un broche en un conjunto sencillo. Aunque, al contrario que sus vecinos, Joyas Golpe de Suerte también llama la atención por los trozos de cristal que hay repartidos donde antes debía estar el escaparate.

—Pues sí que está abierto —digo.

—Tanto si quieren como si no —añade Orion—. Putos ladrones.

Veo a un hombre dentro que está barriendo. Debe de trabajar aquí porque no me imagino que alguien se ponga a limpiar después de haber asaltado un sitio.

Orion trata de alejarme, pero yo me quedo en el lugar.

—Deberías irte. Por si acaso.

—¿Por si acaso qué?

—Quién sabe, pero no deberías ser quien lo descubriera.

—Pues vámonos. La cámara no merece el riesgo.

—No, sí que lo merece —me responde Orion mirándome a los ojos. Sé que lo dice en serio y que se preocupa—. Mira, sabemos que no es mi Último Día, así que podríamos usarlo como un superpoder.

—Solo que tú no eres invencible.

—No, pero hoy soy más fuerte. Quédate un momento en la esquina.

Acepto la derrota, pero tengo mis límites: no voy a esconderme detrás de una esquina. Lo espero aquí.

El cristal cruje bajo las botas de Orion cuando llama a la puerta.

—Hola, buenos días.

El hombre deja de barrer y se acerca a la puerta.

—Hoy estamos cerrados.

—¿Va todo bien? —pregunto desde la acera.

Me mira como si fuera obvio que nada va bien. Tengo problemas para mantenerle la mirada porque es bastante guapo para ser tan mayor. Tiene la mandíbula tan definida como un diamante y cubierta por una barba canosa; el tupé negro con mechones canos a los lados; los brazos fuertes y definidos; las venas se le marcan bajo la piel bronceada, detalle que se celebra en los gimnasios como si fuera lo único que indicara que alguien está entrenando en serio; y los pectorales sobresalen de la camiseta negra que tiene arremangada y con marcas de sudor en las axilas. Además, como alguien que no puede tatuarse si no quiere espantar a las agencias, estoy embelesado con las lunas blancas que tiene tatuadas en el bíceps y que completan el aspecto de este hombre digno de aparecer en las portadas de las revistas.

—Han asaltado la tienda esta mañana temprano —nos cuenta el hombre—. Parece que la gente quería robar cosas de otra gente en lugar de masa para pizza.

Me siento lo suficientemente seguro como para acercarme, ya que no espero que este hombre me dé una

paliza de muerte con la escoba.

—Lo lamento.

—No es culpa tuya. A menos que fueras uno de los ladrones.

—No, pero que le jodan a quien haya sido —dice Orion.

—Me gusta ese genio —le responde chocándole un puño a Orion, que sonrío.

—¿Te importa si entramos un momento? Estamos buscando una cámara.

El hombre suspira.

—Han robado muchas cosas esta noche. Ni siquiera sé el inventario que tengo ahora. No dudéis en pasaros mañana cuando abra. Guardaré todas las cámaras que encuentre para ti —dice mientras empieza a alejarse.

—Espera —reacciona Orion y me mira.

Siempre me respeta, incluso con extraños a los que no voy a volver a ver. Tengo que decirle que me gusta que me apoye.

—Mañana ya no estaré —digo.

—¿Turista? —me pregunta el hombre.

—Fiambre —respondo.

El momento de la verdad: ¿pondrá en entredicho a Muerte Súbita o creerá que voy a morir?

El hombre niega con la cabeza.

—Qué triste. Siento mucho escuchar eso. Eres tan joven...

—Me alivia ver que le importa, pero por supuesto que mi realidad es una mierda—. Venga, entrad a echar un ojo. Soy Fernán —se presenta y nos da la mano.

—Valentino y él es Orion.

—Encantado de conoceros. Orion, disculpa por los insultos

que puedas escuchar si mi hijo sale de la trastienda. Tiene diez años y ya me maldice cada vez que los Mets van perdiendo.

—Pues ya tiene que saber insultos —bromea Orion golpeando su gorra de los Yankees.

Parece que estuviéramos entrando en la escena de un crimen. Han reventado el mostrador de cristal y todas las cajas de joyas están vacías. Las pesas siguen en la esquina porque supongo que los ladrones no eran aficionados a levantarlas. Hay dos bicicletas en la pared, una amarilla y otra gris metalizada; un microondas del revés que probablemente se cayera mientras robaban; baldas con deportivas levemente arañadas, ideales para todo aquel que quiera fingir que son nuevas, pero que se mancharon al usarlas, como les está pasando a las mías blancas. El suelo está plagado de muchas otras cosas como figuras de acción, gorras de béisbol, herramientas, videojuegos, DVD, un par de guitarras eléctricas con las cuerdas rotas, vinilos rotos y un montón de cosas más que tienen sus propias historias. Los motivos por los que los trajeron para que alguien tuviera éxito allí afuera. Como si el robo no fuera suficiente delito en sí mismo, pienso en todos los tesoros que han robado y que la gente no podrá recuperar. Ese es el mayor crimen aquí.

—¿Cuánto llevas en el negocio? —pregunta Orion.

—Unos años, pero quiero dejarlo pronto —responde Fernán.

—¿Y eso? ¿Por esto?

Él niega con la cabeza.

—Esto no ha ayudado. Lo que pasa es que no valgo para

este negocio. Odio ponerles precio a las pertenencias máspreciadas de la gente. He perdido la cuenta de las veces que alguien empeña sus alianzas para poder conseguir efectivo.

Al menos esa gente pudo casarse, lo que significa que tuvo la oportunidad de enamorarse.

Eso no está previsto para un Último Día.

Sigo buscando una cámara al recordar que eso sí es algo que puedo controlar. Hay docenas de libros desperdigados por el suelo; supongo que los ladrones tampoco eran lectores. No había ninguna cámara oculta debajo de los libros, aunque los apilo para ahorrarle el trabajo a Fernán. Miro debajo de unos *frisbees* y detrás de una impresora rota, pero tampoco encuentro nada.

La puerta de atrás se abre de golpe, y sale un joven. Parece un joven Fernán, pero sin las canas, la barba ni los tatuajes. Viste un chándal azul. Termina de comerse el último bocado de un pastel de patata dulce de McDonald's y se limpia la grasa de la boca.

—Pensaba que estábamos cerrados, papá —dice el chico.

Fernán está agachado detrás del mostrador roto.

—Así es, pero estos jóvenes han sido unos caballeros, así que he decidido dejarles pasar. ¿Ves como hay que ser educado?

—Ajá...

—¿Por qué no les ayudas a encontrar una cámara?

—¿Si lo hago podré quedarme con esa bici? —pregunta señalando a la gris metalizada que está en la pared.

—Sigue sin estar a la venta.

—Di que te la han robado, papá.

—Rufus...

El chico se chupa los dientes.

—¿Qué!

Fernán sale del mostrador y el chico, Rufus, cruza los brazos.

—Espérame en la trastienda.

—No he hecho nada.

—Sigues contestándome como si fuera uno de tus amigos.

—¡No somos amigos, papá!

—Deja de hacerte el listillo.

—Si no puedo hacerme el listo entonces deja de reñirme cuando saco malas notas.

—Rufus, ve a esperarme en la trastienda. Ahora.

Se produce un tenso cruce de miradas antes de que Rufus vuelva a chuparse los dientes. Para empeorar las cosas, le da una patada a una caja y la estampa contra una pared. Todo queda en silencio. Orion y yo no nos movemos, como si acabáramos de descubrir que estamos en un campo de minas y que un paso en falso puede hacernos saltar por los aires. El único explosivo que hay en la sala es el temperamento de Rufus. Entonces, antes de que puedan castigarlo, el chico parece calmarse y sus ojos se abren de asombro.

—¡He encontrado una! —exclama. Saca una cámara. Fernán extiende la mano, pero Rufus pasa de largo y viene directo hacia mí—. Aquí tienes.

Es una cámara digital, una Canon PowerShot. No sé mucho sobre este modelo en concreto, pero debería valernos.

—Muchas gracias, Rufus.

—De nada.

A continuación, Rufus se va tranquilamente.

Fernán suspira mientras vuelve a la parte trasera del mostrador.

—No tengáis hijos.

—Eso no va a ser un problema —digo mientras le doy la cámara.

Fernán está registrando la cámara en su historial cuando me mira con los ojos muy abiertos.

—Lo siento mucho, Valentino. Se me había olvidado.

—No te preocupes.

—De todas formas, no lo decía en serio. Quiero a Rufus y es un chico genial. A veces le pierden las formas. Yo era como él cuando tenía su edad. Ya madurará —dice Fernán mientras se seca el sudor de la frente—. ¿Lo estoy empeorando? Lo siento. Es la primera vez y no sé cómo... sobre todo con alguien tan joven y ...

Orion me pasa el brazo por el hombro, restándole importancia al momento.

—Estamos todos igual, pero muy agradecidos a Rufus por habernos encontrado la cámara. Vamos a documentar algunos recuerdos del Último Día de Valentino.

Los ojos de Fernán se humedecen y me mira de reojo un par de veces. Ve a alguien joven, Rufus tendrá mi edad en unos años, y puede que esté imaginando cómo sería ver a su hijo vivir su Último Día. No se lo deseo.

—¿Hace cuánto que sois amigos? —pregunta.

Orion cuenta por lo bajo antes de responder:

—Diez horas, más o menos.

Fernán tiene muchas preguntas, pero no hace ninguna. Se limita a terminar de comparar las referencias del modelo

con las de su historial antes de decir:

—Fue una venta, no un préstamo, así que es toda tuya.

—Genial, ¿cuánto es? —pregunto mientras busco mi cartera, que milagrosamente no he perdido junto con mis llaves y mi móvil.

Fernán me entrega la cámara.

—Gratis.

—Guau, gracias...

—No —interrumpo a Orion—. Quiero pagar. Sobre todo después de que te hayan entrado a robar.

—Eso es muy noble, pero tus cien dólares no van a salvar el negocio. En el fondo quiero saber que estás fuera creando recuerdos increíbles.

Este descuento por Fianbre no me hace gracia. Siento que estoy robando en una tienda que ya ha perdido demasiado.

—De acuerdo. Aceptaré la cámara si me dejas comprarle la bici a tu hijo. Puedo dejarte el dinero para cuando sea que se ponga a la venta y así puedas...

—Ya está a la venta —confiesa Fernán—. He estado diciéndole a Rufus que no lo está porque no deja de montar escenas, pero ¿por qué te importa que Rufus consiga esa bici?

Orion también parece estar confundido, hasta que lo acaba entendiendo.

—Mis padres no fueron los mejores. Por eso estaría bien saber que un padre que quiere a su hijo le demuestra que le quiere.

Fernán mira la bici como si estuviera pensando en todos los recuerdos que creará con Rufus.

—Hay trato.

Negociamos el precio. Él intenta cobrarme menos de lo que vale; yo intento pagar mucho más. Es el regateo en el que el vendedor tira más hacia la baja que he vivido nunca. Llegamos a un término medio con el que ambos estamos de acuerdo y nos damos la mano para cerrar la venta. Fernán tiene un agarre firme, y siento que quiere decirme que sea fuerte sin mediar palabra.

Miro la bici y me imagino a Rufus montándola con su padre animándolo. Es un pensamiento muy bonito.

—Ten un buen día —me despido de camino a la salida.

—Tú también —responde Fernán y se encoge. Se fija en mi camiseta—. ¿Sabes lo que te digo? Que sí. Ten un feliz Último Día, Valentino.

—Gracias, Fernán.

Salimos de la tienda.

Enciendo la cámara. No está totalmente cargada, pero debería aguantar el Último Día. Se la doy a Orion.

—¿Te importa? Creo que la primera foto debe ser fuera de la tienda en la que compré la cámara.

—Encantado.

Poso con las manos metidas en los bolsillos. Se me hace raro sonreír delante de una tienda de empeños en la que han robado, pero es así como terminamos este capítulo de mi Último Día y es así como debe ser recordado.

Orion saca la foto.

Con suerte, será la primera de muchas.

FERNÁN EMETERIO

09:09 HORAS

Muerte Súbita no ha llamado a Fernán Emeterio porque no morirá hoy, aunque está sorprendido por la generosidad de un joven que sí lo hará.

De todas las tiendas en las que Valentino podría haber entrado esta mañana, eligió la de Fernán horas después de que fuera asaltada por aquellos que le temen al fin del mundo. Fernán no le preguntó por qué escogió Joyas Golpe de Suerte de entre todos los lugares, pero sabe que su madre, que en paz descansa, habría dicho que la suerte los unió. Ella era una mujer muy supersticiosa, hasta que murió hace algunos años. No había ni una sola pestaña que no soplara, ni un bolso que dejara en el suelo a riesgo de que se le fueran los dineros, ni un fin de año que no se comiera las doce uvas, una tradición muy cubana. Fernán cree que alguien ha puesto a Valentino en su camino, probablemente su madre desde el cielo.

No pudo ser en mejor momento.

Últimamente, Fernán y Rufus no estaban de acuerdo en nada. También tenía sus problemas con la mayor, Olivia, pero a ella le gusta tener su espacio, escuchar música clásica en su cuarto y no molestar a nadie, pero Rufus, con diez años, está intentando convertirse en el macho alfa, al igual que en el colegio o en el parque con sus amigos. Parece respetar más a su madre, pero Fernán cree que es porque no pasan tanto tiempo juntos, ya que Victoria es una cirujana cardiovascular que trabaja ochenta horas a la semana y la mayoría de noche; hoy incluso se ha quedado

más horas en el hospital para intentar convencer a la junta de hacer un trasplante especial. Las vacaciones de verano son lo que están poniendo a Rufus al límite. Está lejos de sus amigos y obligado a quedarse con su padre, a quien no respeta, y con su hermana, que no quiere hacer nada con él. Fernán mira la bici y piensa que puede ser una gran vía de escape para Rufus.

Una charla padre-hijo podría conseguir que llegaran a entenderse. Cosa que parece que no sucedió con Valentino y sus padres. Fernán preferiría discutir con su hijo todos los días que darle la espalda. ¿Acaso saben los padres de Valentino que se está muriendo? ¿O que ha decidido pasar el tiempo que le queda con un chico al que ha conocido hace diez horas? Uno debería pasar sus últimas horas con su familia. No puede ni imaginarse a Rufus compartiendo su Último Día con un extraño. Fernán se asegurará de no poner a su hijo nunca en una situación tan triste.

Recoge el dinero de la bici y lo mete en el cajón vacío de la caja registradora.

Mira los billetes y vuelve a pensar en su madre. Fernán estaba en una encrucijada con el trabajo: dudaba entre seguir trabajando como técnico o abrir su propio negocio. Luego su madre murió, y él empezó a pensar a menudo sobre sus supersticiones. Su picor de manos era una de ellas. Significaba que su suerte iba a cambiar y que pronto ganaría dinero. El pensamiento de abrir una tienda de empeños le invadió rápido, ya que sabía que podría honrar la memoria de su madre siendo el motivo por el que la suerte de alguien cambiaría en un mal momento. Por todo lo que él había hecho por la comunidad, hoy alguien le dio

dinero.

Esta es una señal para reconstruir el negocio y sus relaciones.

Fernán cierra la caja registradora y descuelga la bici de la pared.

La familia primero.

ORION

09:39 HORAS

Hacerle fotos con la cámara a las primeras veces de Valentino es divertidísimo:

La primera vez visitando una tienda de ultramarinos para tomarse un té negro caliente que le mantenga despierto y así llenar el estómago. Hasta jugó con el gato después de que me hubiera asegurado de que no era alérgico y que no caería muerto junto al arenero del gato.

La primera vez viendo una cabina telefónica, ya que dijo que eran distintas a las negras de Arizona. Posó como si fuera a llamar, con la cabeza ligeramente agachada y los ojos azules mirando en mi dirección. Esa mirada hizo que mi corazón y mi entrepierna reaccionasen, es todo lo que tengo que decir.

La primera vez comprando un rollo de beicon, huevo y queso en un puesto callejero. Sigue negándose a comer por la operación, cosa que me molestó, sobre todo cuando lo olió. Pude notar que quería quitar el papel de aluminio y devorarlo de un solo bocado, incluso si el calor le hacía arder por dentro, pero, en vez de hacer eso, se lo dio a una mujer que estaba pidiendo dinero para comer; obviamente, no documentamos ese momento.

La primera vez pasando por la legendaria Librería Strand, donde Valentino desearía poder colarse en una esquina a leer un último libro.

Y ahora, la primera vez comprando *The New York Times* en un quiosco. Su expresión es seria y me pregunto si la pone para dar un aire intenso y académico. Luego, veo el titular

del periódico: LOS ÚLTIMOS DÍAS ESTÁN AQUÍ. La fotografía de la portada es de Joaquín Rosa en el *call center* de Muerte Súbita mientras hace una llamada.

Por poco se me cae la cámara al entender lo que significaba.

—Fue cuando me informó que iba a morir —dice Valentino. Es duro procesar algo tan salvaje como esto.

—¿Estás bien?

—Es raro ver el otro lado de la llamada en la prensa.

—Supongo que es historia.

Valentino tira el periódico.

—No soy historia, Orion. Estoy aquí.

Luego, deja de estarlo porque se aleja de mí.

—Lo siento, no me refería a eso. Es solo que viví algo parecido el día que mis padres murieron. Los periódicos de ese día ya se habían publicado, pero acabaron sacando otros. Nunca lo olvidaré: *The New York Times* tenía un titular sobre el ataque a Estados Unidos y cómo unos aviones secuestrados habían destruido las Torres Gemelas. Justo en la portada estaban las torres ardiendo. El fuego y el humo... recuerdo que entrecerraba mucho los ojos, pero muchísimo, pensando que quizá podría ver a mis padres en una ventana. —Valentino para y me mira—. Tenía nueve años y era tonto, denúnciame.

—No te estoy juzgando. En realidad, es muy triste.

—Sí, bueno. Algo parecido a lo tuyo con esa foto de Joaquín. Todo el mundo piensa que esa foto no es más que la historia de Muerte Súbita, cuando también es tu historia.

—Y la del 11S también es la tuya.

—Las pruebas de los cambios de nuestra vida en primera

página.

—Aunque no encontrarás nuestras caras en ellas.

—Eso no me molesta. Estaba feísimo ese día. Sin embargo, tú estás despampanante.

O Valentino se ha sonrojado o se está quemando la cara con el sol.

—¿Incluso con la cicatriz?

—Vas a crear tendencia con ella, créeme.

—Gracias, Orion. —Pasa el brazo por mis hombros y junta nuestros cuerpos. No necesito más—. ¿Qué es lo siguiente?

—Tú mandas.

—Mando que elijas un sitio por mí. Un tesoro menos conocido.

Tardo un momento porque sigo cautivado por el agarre de Valentino y por cómo explorar un sitio como este en la parte baja de Manhattan es más liberador de lo que lo sería en el sur del Bronx. Sin embargo, recuerdo un lugar al que todavía no he ido, uno que podemos descubrir juntos.

Una primera vez para ambos.

ROLANDO RUBIO

09:47 HORAS

Rolando está en una cafetería esperando encontrar a su primer Fiambre.

Esto no estaba planeado. De hecho, está establecido en las normas de Muerte Súbita que los heraldos no pueden quedar con los Fiambres. La empresa puso este límite entre los heraldos y los Fiambres, como si fueran terapeutas y clientes que no pueden ser amigos, pero Rolando no se cree que sea por pura profesionalidad. Sospecha que Joaquín no quiere que ningún Fiambre o ser querido roto por el dolor con nada que perder y algo que ganar al sacar a la luz el secreto de Muerte Súbita secuestre a ninguno de sus teleoperadores. Como si Rolando supiera cómo identifican a los Fiambres; pero, de todos modos, que Muerte Súbita no compartiera el secreto para salvarle la vida a un empleado sería una mala publicidad.

Por suerte para Muerte Súbita, Rolando ya no trabaja para ellos.

También es una suerte para Rolando, que ya no tiene que vivir bajo las órdenes de Muerte Súbita. Sobre todo en lo que respecta al primer Fiambre al que llamó anoche y con el que habló largo y tendido, demasiado largo si le preguntan a Joaquín, Naya, Andrea u otra persona. Ser una buena persona le ha hecho ser un mal empleado. Afortunadamente, aprendió mucho sobre Clint Suarez durante aquella llamada. Le encanta bailar. Es un inversor. Una vez ganó ocho millones en la lotería al jugar con los números de la fecha del cumpleaños de su madre y suele

pasar las mañanas del sábado, a las diez en punto, en la cafetería Carolina en Union Square, donde le gusta sentarse al lado de la ventana y disfrutar de un desayuno de media mañana mientras observa a la gente.

Así que Rolando está sentado al lado de la ventana y disfruta de un desayuno de media mañana mientras observa a la gente. No ha pasado nada interesante de momento. Una mujer está paseando a un montón de perros, una florista trata de vender sus ramos a los conductores parados en el semáforo. Luego hay un par de adolescentes, uno le está sacando una foto al otro mientras compra una copia de *The New York Times*, cosa que no le parece muy relevante a Rolando; no le resultó interesante hasta que uno de los chicos vio a Joaquín Rosa en la portada y poco después tiró el periódico entero. Algo se intensificó de golpe. Mientras los chicos se alejaban, Rolando siguió observando a la gente, esperando a alguien que pudiera ser Clint. Aquí es donde la esperanza entra en escena, porque es muy probable que la rutina de Clint haya sido interrumpida por su muerte.

Entonces, a falta de un minuto para las diez, la puerta se abre y entra un anciano de pelo gris oscuro. Tiene un periódico sujeto debajo del brazo y Rolando se pregunta si se tratará de Clint, si tiene sentido que alguien que está a punto de morir se interese por los acontecimientos recientes.

—Buenos días —saluda el hombre al personal de la cocina.

Rolando reconoce la voz del hombre al escuchar esas palabras. Ni siquiera necesita escuchar cómo le responden:

—¡Buenos días, Clint!

Sí que es uno de los clientes habituales. Mira las mesas de al lado de la ventana y descubre que no hay ninguna vacía. Frunce un poco el ceño de su arrugada cara, pero no parece estar del todo decepcionado.

—Disculpe, señor. —Se levanta Rolando—. ¿Quiere sentarse?

Se pregunta si Clint reconocerá su voz, pero no parece que lo haya hecho.

—Ah, no pasa nada.

—Por favor, insisto.

Clint se resigna, se sienta y deja el periódico encima de la mesa.

—Muchas gracias.

Rolando se siente extraño, como si estuviera sobrepasando una línea, pero su verdadera intención es ayudar.

—Puede que sea raro... Mi nombre es Rolando Rubio. Trabajé en Muerte Súbita. Anoche.

Clint lo mira con lágrimas en los ojos.

—¡Rolando, Rolando! Siéntate, siéntate.

Rolando, aliviado al ver que su presencia es bien recibida, se sienta.

—Lamento aparecer de este modo. No me gustaba la idea de que pasaras solo tu Último Día y quería comprobar que estuvieras bien. Mencionaste esta cafetería y...

—Buena memoria —lo interrumpe Clint.

Rolando se pregunta cuán mala tiene que ser la memoria de Clint para que le resulte impresionante que él se acuerde de algo que ha pasado hace menos de doce horas.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti? ¿Necesitas ayuda?

—¿Esto forma parte de alguna oferta de Muerte Súbita?

—No, de hecho... —Rolando decide no contarle a Clint que ha dejado la empresa—. Ha salido de mí.

—Qué considerado. Hay algo que me encantaría que hicieras.

—¿El qué?

—Que te unieras a mí en mi último desayuno.

Rolando lo hace y espera tener la suerte de vivir tanto como Clint y la desgracia de estar tan solo como para que alguien le muestre esta misma amabilidad en su Último Día.

VALENTINO

10:09 HORAS

Me alegra que, de todos los sitios donde podría pasarlo, mi Último Día esté siendo en una ciudad en la que se puede ir andando a todos lados. ¿Cuánto tiempo habría pasado conduciendo en Phoenix, con la mirada fija en la carretera y sin percibir la belleza que me rodea?

Me compré un Fitbit en marzo, porque llevaba queriendo uno desde Navidad. Es uno de esos relojes que registran los pasos que das al día. Era muy útil para las carreras matutinas y para animarme a lograr mis objetivos de actividad diarios. Cómo no, no me di cuenta de que me lo había olvidado en el baño de casa hasta que Scarlett me dejó en el aeropuerto, pero ella me aseguró que me lo traería. Ahora cabe incluso la posibilidad de que ella llegue sin equipaje. Es algo pequeño, pero habría estado bien saber cuántos pasos di para llegar desde el apartamento hasta Times Square anoche o esta mañana por Manhattan mientras mi guía personal me muestra la ciudad.

Lo que me hace pensar...

—Tengo una idea para un invento, que tú puedes hacer.

—¿Puedo quedarme con todo el mérito? —pregunta Orion.

—Solo si quieres que mi fantasma se te aparezca de por vida.

—No es una amenaza tan terrorífica como crees. Me gustaría tenerte cerca.

—Vale, pero no puedes cambiar de opinión más tarde cuando te dé golpecitos en el hombro cada vez que te relajes.

—Tienes razón, acabaría llamando a un exorcista bastante rápido.

Hay algo que me resulta reconfortante al pensar en convertirme en un fantasma. Sobre todo porque no creo que Orion me exorcizara. También podría cuidar a Scarlett. E incluso asegurarme de que mis padres no volvieran a dormir a gusto nunca más.

—Bueno, ¿cuál es el invento, Casper? —me pregunta Orion.

—No es más que un rastreador que muestra el camino que ha hecho un Fambre durante su Último Día. Sus amigos y familiares podrían recorrer sus pasos para sentirse más cerca si no pudieron compartir el día con él.

Orion me enfoca con la cámara y me hace una foto.

—¿A qué viene eso?

—Quería documentar tu primera idea estúpida.

Abro la boca, asombrado.

—Eres tonto.

—¿Tonto? Venga ya, llámame «idiota», «imbécil» o «puta». Que ya no estás en tercero.

—No soy mucho de insultar. Educación católica.

Orion se para en la esquina.

—Es perfecto. Ya no forma parte de tu vida, ¿verdad? Así que ¿cuál va a ser tu primer juramento, palabrota o como cojones quieras llamarlo? Grita esa mierda al cielo y despierta a todos estos hijos de puta que están intentando dormir.

—Tres palabrotas en diez segundos. Buen trabajo —digo tras hacer el recuento.

—Eso ha sido una mierda, pero gracias. Ahora tú.

Para ser alguien tan abierto ahora, crecí bastante enjaulado. Había muchas cosas que no se me permitían decir. No podía decir palabrotas. No podía cuestionar a Dios. No podía hablar de los chicos que me gustaban. Entonces salí del armario, y mis padres quisieron volver a mandarme dentro, pero Orion no me está pidiendo que filtre mis pensamientos o sentimientos. Me está pidiendo que lo suelte todo.

De pie en una esquina de Nueva York, siento cómo brotan las palabras, abro los brazos y grito:

—¡POR FIN SOY LIBRE, HOSTIAS!

Orion me saca la foto.

—¡Qué buena elección, hostias!

Antes de que pueda darle las gracias, una ventana se abre de golpe delante de nosotros y un hombre saca la cabeza.

—¡Callaos la puta boca!

Estoy tan avergonzado que no soy capaz de moverme.

Orion me saca otra foto antes de tirar de mí, riéndose.

—La primera vez que te gritan que te calles la puta boca en Nueva York. Acaban de bautizarte como neoyorquino.

Puede que esa foto me parezca más divertida una vez que el corazón se calme un poco.

Orion me sigue agarrando la muñeca mientras bajamos la calle y solo me suelta cuando llegamos a un sitio que parece abandonado. Encuentro sospechosa tanta tranquilidad. Solo hay coches viejos debajo de las vías del tren que hay encima de nosotros. Orion empieza a subir las escaleras despacio y acelera poco a poco. Intento que vaya más despacio, pero me ignora. Parece estar disfrutando este momento en el que una actividad tan sencilla no parece

mortal, pero porque no vaya a morir de un infarto no significa que no pueda resbalarse por las escaleras y caer encima de mí. Me agarro a la barandilla por seguridad, y Orion me espera arriba del todo con la mayor de las sonrisas dibujada en la cara.

Cuando llego, no puedo creer lo que ven mis ojos.

Esta estación de tren es un bosque. Arbustos verdes brillantes y flores disfrutan de la luz del amanecer. Justo donde deberían estar las vías del tren hay un camino pavimentado. Estoy mirando, completamente perplejo, cuando Orion me saca una foto.

—¿Cómo funciona esta estación?

—Ya no es una estación. Es un parque llamado High Line.

No me suena.

—Nunca he oído hablar de él.

—Abrió el verano pasado. Todavía no está terminado, pero tienen grandes planes para hacerlo crecer. Pensé que debías ver lo que han hecho hasta ahora.

Esta ciudad es tan grande que incluso alguien que lleva años obsesionado con mudarse aquí no sabía de la existencia de este sitio. ¿Qué otras maravillas habrá que nunca llegaré a ver? No solo en la ciudad, el estado o el país, en el mundo entero. Casi que desearía poder ir al espacio y dar una vuelta por el mundo, así podría decir que lo he visto todo. No creo que la NASA vaya a enviar a un Fiambre al espacio a menos que sea una misión suicida, así que voy a conformarme con disfrutar de este pedazo del mundo que no sabía ni que existía.

—Es realmente hermoso —digo mientras avanzo por el camino.

—Y un poco inquietante, ¿verdad? Como si estuviéramos en el set de rodaje de una película posapocalíptica.

—¿Qué te ha llevado a traerme a este sitio y no a otro?

—No me pegues, pero he pensado que quizá te resultaría inspirador en tu Último Día.

—¿En qué sentido?

—Hace mucho tiempo a esta zona se la llamaba Avenida de la Muerte. El tren atropellaba a cientos y cientos de personas, era horrible. Llegó a un punto en el que ellos, no sé quiénes eran *ellos*, pero *alguien*, contrataron a vaqueros para evitar que la gente cruzara las vías. Me refiero a tipos de verdad montados a caballo.

—¡Te lo estás inventando!

—¡Que no te miento, joder! Ellos, sigo sin saber quiénes son *ellos*, decidieron elevar las vías. El resto de la historia es un poco confusa.

—Disculpa el lenguaje, pero eres una mierda de historiador.

—No intento competir contra *Jeopardy!* ni nada por el estilo —se ríe Orion.

—Alex Trebek te habría expulsado por haber respondido a todas las preguntas con una palabrota.

—Es la puta verdad.

Me tropiezo con las vías del tren, las plantas crecen alrededor de ellas como en un jardín. Este sitio es realmente especial.

—Todavía no me has dicho cómo se supone que esto tiene que inspirarme hoy.

—Te lo iba a decir justo antes de que empezaras a criticar mi forma de narrar.

—Perdona por esperar que fueras un sabelotodo. Supongo que todos tenemos algún defecto.

—Mi corazón ya es un gran defecto.

—No por mucho más.

Entonces pasamos a ser dos chicos que están en silencio mientras siguen andando por esta posapocalíptica y antigua línea de tren. No hay nadie más a la vista, casi como si el mundo quisiera que estuviéramos presentes en nuestro futuro. Escucho el viento y mis pensamientos, ambos deprimentes y estimulantes. Puede que no me quede mucho tiempo para reírme, pero sí a Orion, si todo va bien. Irá bien. Pongo toda mi fe en ello, sea lo que fuere mi fe en estos momentos.

Orion para y mira las plantas que salen entre las vías del tren.

—También es mi primera vez aquí. Quería visitarlo el verano pasado cuando todo era nuevo, pero mi corazón se interpuso y acabé pasando el día en el hospital. Me lo tomé como una señal de que no debía ir a un sitio conocido como la Avenida de la Muerte. Sin embargo, hoy me he acordado de cómo iban a demoler la High Line, a eliminarla de la ciudad, hasta que la gente del barrio luchó por encontrarle una nueva utilidad y lo convirtieron en este parque tan chulo. —Orion me mira con sus ojos castaños—. Odio que vayas a morir, Valentino, pero quiero que recuerdes que no todo termina porque seas un Fiambre. Voy a seguir luchando contra lo que quiera que tu Último Día te depare para convertir tu vida en algo bonito.

No me cabe la menor duda de que Orion lo dice en serio.

Me encontré con el perfecto desconocido en Times Square.

—Siento que cuando muera y te den mi corazón, viviré a través de ti —digo—, una vida nueva y bonita.

Se me tensa el pecho cuando Orion y yo nos miramos a los ojos.

—Desde luego —responde rompiendo el contacto visual y mirando a otro lado—. Me convertiré en un parque andante.

—Lo que careces de conocimientos de historia, Orion, lo suples con metáforas.

—Soy escritor. Más vale que sea así.

Paramos y apoyamos los brazos en la barandilla. Tenemos una vista tranquila del río. Supongo que es el río Hudson, pero aunque acaben de bautizarme como neoyorquino no tengo los mismos conocimientos que uno de verdad. Me limito a mirar el agua y el barco que se desliza lentamente por la superficie.

—Nunca me he subido a un barco —comento.

—Menuda mierda, pero, por favor, no te empeñes en hacer que sea una de tus primeras veces.

—¿Vas a subirte a un caballo y a pararme como uno de esos vaqueros que te has inventado?

—Sííí... —dice Orion inexpresivo—. No, en serio, es tu vida. Si soy egoísta, no quiero arriesgarme a ver cómo te ahogas. No me importa una mierda lo que piense Muerte Súbita, de ninguna manera podría sobrevivir a eso.

De la misma forma que me gustaría viajar en una nave espacial, me gustaría subirme a un barco, navegar por el río y experimentar algo que no he hecho antes. Sin embargo, Orion tiene razón. Ahogarse suena como una manera horrible de morir, y no quiero poner a prueba esa teoría. Tampoco querría que nadie fuera testigo de ello. Sería

imposible de olvidar.

Es duro vivir cuando sientes que la muerte acecha tras cada esquina.

—Voy a pasar las horas que me quedan viviendo desde la distancia, ¿no es cierto?

—No. Vas a vivir en primera persona —me responde Orion.

—¿Cómo?

—Sacando el máximo partido de todo lo que podemos hacer. Si no mueres feliz, entonces te he fallado.

—Esa es una tarea complicada.

—Que empiece el juego.

Esperaba que nos diésemos la mano, pero, en su lugar, observamos el barco hasta que desaparece detrás de un edificio; espero que tenga una travesía tranquila. Orion se aleja para enfocarme con la cámara.

—Tú también deberías salir en la foto —le digo—. También es tu primera vez.

—No, tu Último Día gira en torno a ti. Ya he hecho que girase en torno a mí lo suficiente con el tema del infarto y la donación.

—Este Último Día habría terminado hace mucho de no haber sido por ti. Eres parte de mi viaje.

Orion suspira con resignación. Se coloca bajo el brazo que le extiende, y nos juntamos apoyando la cabeza contra la del otro. Encontrar un buen ángulo es complicado sin la cámara delantera de un móvil.

—¿Cómo demonios se hacía la gente selfis antes de que existieran los teléfonos? —se pregunta Orion.

—Con suerte. Tampoco me gusta mucho la palabra *selfi*. ¿Crees que acabará desapareciendo?

—Eso espero. Que esa palabra viva más que tú es superfrustrante.

—Estoy de acuerdo.

Cuanto más intentamos sacarnos un selfi con la cámara, más juntos estamos. Cosa que no me supone ningún problema.

—Voy a hacerla ya —decide Orion—. Si la cago, la cago.

Hace una cuenta atrás de tres segundos y, en lugar de mirar a la cámara, yo le sonrío a Orion y pienso en los momentos de calidad que podríamos compartir en la calidez de mi estudio. Sin embargo, cuando alguien mire este álbum de fotos, todo lo que va a ver es a un Fiambre cuyo Último Día habría sido mucho peor sin este nuevo amigo que lo obligó a tomar las riendas de su vida.

COMANDANTE HARRY E. PEARSON

08:05 HORAS (tiempo estándar de la montaña)

Algo va muy mal.

Han desalojado a los pasajeros del avión del comandante Pearson, así que ¿por qué se sigue sintiendo amenazado? Siente una presión en el pecho que no ha hecho más que incrementar desde que Muerte Súbita lo llamó. ¿Es una crisis grave de ansiedad? Ha estado sudando copiosamente, pero ¿quién no lo haría en su situación? Es estresante saber que había casi trescientas personas a bordo que podrían haber planeado secuestrar su avión. Puede que se sienta mejor tras respirar un poco de aire fresco.

Sin embargo, cuando desbloquea la puerta de la cabina de mando y sale a la cabina del avión, donde la policía lo está esperando para escoltarlo de manera segura hasta una sala privada del aeropuerto, el comandante Pearson se desmaya y cae al suelo.

Es su primer infarto.

Y el último.

ORION

11:06 HORAS

Este Último Día no gira en torno a mí, pero me siento afortunado de poder estar en el camino.

Cuando conocí a Valentino, supe que quería formar parte de su vida. Sí, mi entropierna tenía parte de culpa porque es guapísimo, pero era más que eso, siempre ha sido más que eso. Tiene estrellas en los ojos y quería crecer en esta ciudad. Nunca será capaz de hacerlo todo, pero estoy feliz de que esté experimentando un montón de primeras veces.

Nuestra próxima primera vez: montar en autobús, ya que el barco es demasiado peligroso, o al menos será nuestra primera vez si es que decide llegar en algún momento. Compruebo la hora en el móvil para ver cuánto llevamos esperando cuando me doy cuenta de algo histórico en el mundo que comparto con Valentino.

—Eh, hace casi doce horas que nos conocimos —le informo.

Ojalá supiera el minuto exacto.

—¿En serio? —pregunta Valentino—. Parece...

—¿Qué parece?

—Iba a decir que parece que fue ayer.

—Es probable que porque lo fuera.

—Por eso he dejado de hablar.

—No, nunca dejes de hablar. Tienes una voz preciosa, y me gustan las cosas que dices.

He intentado callarme ese cumplido sobre su voz, la que quiero escuchar todo el día y a la que echaré de menos, pero menuda mierda de intento. Siento todos estos

sentimientos y sé que no debería porque no tiene sentido, pero están logrando emerger de todos modos. Debería escribir una historia sobre un zombi enamorado que trata de salir de la tumba para buscar un corazón que sostener, no que comer. Ah, espera, a los zombis les van más los cerebros, no los corazones, aunque supongo que se comerán cualquier cosa de un cuerpo que esté fresco. Mierda, y yo qué sé, no soy mejor nutricionista zombi que historiador.

—¿Te gustan las cosas que digo? —pregunta Valentino—. ¿Qué más te gustaría escucharme decir con mi preciosa voz?

—No seas imbécil.

—No seas imbécil —repite con una sonrisa.

—Si el autobús se digna a aparecer en algún momento, te voy a empujar.

—Estoy de coña —dice Valentino, que se rinde—. ¿Qué quieres saber?

—Muchas cosas en realidad. Recuerdo haber pensado que me gustaba tu nombre.

—¿Mi nombre? No es nada comparado con Orion.

—No, me encanta tu nombre. Tiene mucha variedad de apodos. En mi caso, solo está O. Bueno, en el instituto también había gente que me llamaba Oreó. Lo odiaba.

—Qué mal, pero al menos no tenías que aguantar el «Día de San Valentino» cada Día de San Valentín. Tenía que pedirles salir a los chicos y a las chicas que les gustaban a mis amigos como si fuera Cupido.

—Lo siento mucho, Cupido.

—No pasa nada, Oreó.

Por fin aparece el autobús, y no empujo a Valentino hacia él. Hago una foto mientras paga el billete, el conductor se queda atónito al no entender por qué es algo que merece la pena documentar, y otra cuando elige uno de los asientos disponibles del centro del bus. No tenemos un destino en mente, pero pensamos que sería divertido que hiciera un poco de turismo. Quizá visitar algo que le resulte interesante. Además, así podemos descansar del sol y disfrutar de un poco de aire acondicionado.

—Valentino, cuéntame cosas sobre Valentino. ¿Por qué te pusieron ese nombre?

Él mira por la ventana mientras me cuenta:

—Nunca se lo conté a los compañeros del colegio, pero mi madre nació en San Valentín. Creció amando la festividad porque ese día siempre le mostraban amor tanto cuando tenía un enamorado como cuando no. Luego, mi padre le pidió matrimonio el Día de San Valentín como la persona original que es. Mi madre quería que tuviéramos nombres relacionados con ese día. El mío es por razones obvias y el de Scarlett viene del color de los corazones.

—Lo odio, lo odio, lo odio. Menuda historia más fea para explicar el porqué de vuestros nombres.

—Iba a ser peor. A Scarlett casi la llaman Valentina.

—Valentino y Valentina... suena a rollo psicópata que te cagas. Casi tan malo como que sean homófobos. Seguro que en tu casa San Valentín se celebraba por todo lo alto.

—Por supuesto. ¿Sabes lo intensa que se vuelve la gente en Navidad? Cada entrada estaba decorada con cintas y había cuencos con caramelos con forma de corazón por toda la casa.

—¿De los que saben a tiza?

—Justo esos.

No me puedo creer que un nombre tan bonito como el suyo tenga un origen tan, tan, oscuro.

—Espera... ¿Cuándo es tu cumpleaños?

—No quiero decirlo —responde Valentino negando con la cabeza.

—No me jodas que es el Día de San Valentín.

—No. Es el once de noviembre.

—¿Qué tiene de malo esa...? —Me callo al hacer la cuenta. Noviembre es nueve meses más tarde que febrero—. Ah, ellos...

Valentino me tapa la boca con la mano.

—No lo digas.

No es importante, pero estoy un cero por ciento molesto con el hecho de tener los labios presionados contra la palma de su mano. Es igual que cuando estábamos escondiéndonos de esos hombres enmascarados con bates, solo que esta vez el riesgo no es tan elevado. Cuando retira la mano, continúo tan sorprendido por la revelación de que sus padres los hayan concebido a él y a Scarlett el Día de San Valentín que no soy capaz de decir nada. Dejo que mi cara lo exprese todo por mí.

—Terrorífico —dice Valentino—. Gracias por hacerme revivir ese trauma en mi Último Día.

Un par de pasajeros del autobús se giran y miran a Valentino como si fuera un extraterrestre.

—Lamento oír eso —le dice una mujer mientras se acerca un poco más a su hija.

—Gracias —contesta Valentino como si alguien acabara de

bendecirlo por haber estornudado.

No sé cuál es la forma correcta para reaccionar cuando alguien dice que lo siente al descubrir que te estás muriendo. Puede que lleve un tiempo hasta que la sociedad dé con la manera apropiada.

Valentino se dirige a mí.

—¿Por qué te pusieron ese nombre? Por favor, siéntete libre de contarlo igual de mal que antes si también está relacionado con tu concepción.

Le golpeo con el codo en el costado por meterse conmigo y mi forma de contar la historia de antes.

—Verás, el nombre de mi madre era Magdalena y su madre pensó que sería precioso si a mí me llamaban Jesús. Como si fuera a ser el primer católico hispano con ese nombre. No, en serio, aceptaría que me llamaran Oreó todo el día, todos los días, si eso significara que la gente no va a pedirme que convierta el agua en vino o a decir que todas las cenas son la Última Cena solo porque yo esté presente. Benditos sean mis padres por no haber caído en la trampa. Luego, casi me llamo Ernesto Júnior, pero mi padre tampoco pensó que fuera justo.

—¿Por qué no? ¿Tu padre también podía resucitar? —pregunta Valentino.

—Desde luego. Ahora está viviendo como nunca en Puerto Rico. Hacemos Skype todos los fines de semana. Total, que mis padres no querían que mi nombre estuviera relacionado con la Biblia o con nuestra familia. Hubo un tiempo que se plantearon llamarme Aquiles.

—¡Tu talón podría haber sido el corazón!

—¡Hostias, qué guay! Nunca lo había pensado.

La sonrisa orgullosa de Valentino hace que me entren ganas de darle un millón de dólares. A ver, no tengo un millón de dólares. Casi rozo los mil y solo porque Dayana fue muy generosa en mi dieciocho cumpleaños. Lo que quiero decir es que no soy rico, pero igual que hace doce horas, siento que quiero invertir todo en este chico. Incluso si eso significa perder el dinero cuando muera; al menos habrá sabido lo mucho que me importa.

—¿Cuándo se les ocurrió el nombre de Orion? —pregunta Valentino.

—Mi madre empezó a mirar constelaciones y una vez que vio Orion no hubo quién le hiciera cambiar de opinión. Ni siquiera cuando mi padre le dijo que mi nombre significa «habitante de la montaña». No le dio importancia. No todo debe tener un significado. A veces algo que es hermoso es simplemente hermoso.

—Ojalá tu madre le hubiera dicho eso a la mía.

—Repito: odio la historia, pero me encanta tu nombre.

—¿No crees que Valentino Prince es demasiado fantasioso?

Empiezo a reírme sin parar.

—Mierda. ¡Se me había olvidado tu apellido! Sí, bueno, eso ya es pasarse.

—Dejaría de ser un Prince si pudiera.

La mujer que le dio el pésame sigue pendiente de nuestra conversación, y parece confundida. Igual que su hija, que le pregunta a su madre que por qué Valentino no lleva una corona si es un príncipe.

Bajo la voz para poder tener tanta privacidad como un transporte público puede ofrecer y le pregunto:

—¿Te has vuelto a plantear llamarlos?

—Un par de veces —me responde. No es una de esas cosas que tenga garantizado poder hacer más tarde si se acaba decidiendo a hacerlo—. Hay una parte de mí que quiere llamarlos para ver si se sienten mal por la manera en la que me han tratado, pero ¿y si no se arrepienten? El hecho de no saber si mis propios padres llorarán mi muerte es indicativo de lo mala que es nuestra relación. Ojalá mis padres fueran como los tuyos.

—Ojalá, sí.

No ignoro la suerte que tuve con mi madre y con mi padre. Es cierto que no tuve la oportunidad de decirles que soy gay, pero saber que a ellos solo les habría importado mi felicidad me ayuda a dormir por las noches. Nunca me hubieran echado de la ciudad como han hecho los padres de Valentino.

—¿Tienen algún tipo de monumento? —me pregunta y mi pecho se tensa.

—Sí, técnicamente tienen tumbas en el cementerio, pero sé que no están ahí. Como es lógico, no tenemos ningún...

—No consigo obligarme a decir que no tuvimos ningún cuerpo que enterrar—. No tenemos nada de ellos.

—¿Alguna vez has visitado el lugar? ¿El sitio donde todo pasó?

—No. Siempre he pensado que puede ser sanador, pero también me asusta no ser capaz de sobrevivir si voy.

—Muerte Súbita cree que lo harás —dice Valentino, que me da la mano—. Y yo también.

Intento no ilusionarme porque me haya dado la mano, ¡miles de personas se dan la mano! Dayana le da la mano a

Dalma y a Dahlia y son familia. Mi madre también me habría dado la mano, incluso cuando fuera mayor; mi padre no tanto, cosa que no me disgusta. Aunque ahora me arrepiento de todas las veces que me escapaba del agarre de mi madre porque pensaba que con ocho años ya era muy mayor como para ir de su mano. Menuda tontería. Igual que el hecho de que haya comparado a toda esta gente con Valentino, que me está mirando con sus ojos azules de una forma característica.

—Si quieres ir a ese sitio —dice—, me encantaría acompañarte.

—Repito: no puedo permitir que tu Último Día gire en torno a mí.

Me levanta la mano y la aprieta mientras la presiona primero en mi pecho y luego en el suyo.

—Estamos juntos en esto, Orion. Quiero ayudar a sanar tu corazón de todas las formas posibles, pero solo si tú estás listo.

Creo que podría tener cien años y seguir sin estar preparado para ir a la Zona Cero, donde mis padres y miles de personas más murieron, pero esperar a que llegue tu Último Día para empezar a vivir significa que puede que no te dé tiempo a hacerlo todo. Tu vida se dividirá entre *primeras veces, últimas veces y nunca*.

No quiero morir sin haber estado nunca en el último sitio donde estuvieron mis padres.

Voy a hacer de esto una primera vez.

CLINT SUAREZ

11:12 HORAS

Muerte Súbita llamó anoche a Clint Suarez para informarle que morirá hoy o, mejor dicho, el hombre que está sentado enfrente de Clint en su cafetería preferida fue quien le informó que su vida iba a terminar y, al igual que anoche, su teleoperador, Rolando Rubio, está escuchando la historia de la vida de Clint.

Una historia bastante larga.

Cuando Clint era un niño, tenía once años si no le falla la memoria, voló por primera vez con su madre. No podía creerse lo rápido que iban los aviones por la pista de despegue. Era el tipo de velocidad imposible que él solo había visto en los recién publicados cómics de Superman. Clint estaba tan emocionado por la aventura de ir a los Estados Unidos que no comprendió del todo que estaban saliendo de Argentina para que su madre escapara de su padre. Cuando Clint se hizo mayor, su dulce madre lo ayudó a entender mejor por qué se habían ido dejando atrás al monstruo de su padre; si Clint alguna vez volvía a Argentina se aseguraría de bailar encima de la tumba de ese hombre.

La historia parece calar hondo en Rolando.

—¿Qué fue lo que hizo que al final huyera? —pregunta.

—No confiaba en que él me criara... en el caso de que a ella le pasara algo.

—¿Te refieres a que *tu padre* era lo que le pasaba a tu madre?

Tras todas estas décadas, Clint sigue enfadándose por todo lo que su maravillosa madre tuvo que pasar. Alcanza la

servilleta y se seca las lágrimas.

—Hay una mujer a la que amo —confiesa Rolando.

—¿Ella también a ti?

—Está casada.

—No he preguntado eso.

Rolando da un sorbo a su café antes de responder.

—Espero que sí. Creo que sí, pero no va a dejar a su marido maltratador debido a su hijo. Ojalá Gloria tuviera el sentido común para dejarlo igual que hizo tu madre. Temo que su marido la mate un día de estos.

—¿Se lo has dicho?

—No he tenido oportunidad.

—¿Cuándo vas a decírselo? ¿En su funeral?

Rolando lagrimea, y Clint vuelve a pensar en el vuelo.

—Deberías irte, amigo.

—¿He dicho algo que te haya molestado?

—Es más bien que tienes algo que decirle a la persona que más te importa. Ahora que todavía puedes.

Rolando intenta pagar, pero Clint le hace gestos para que se vaya.

—Yo te invito —dice Clint, apartando el dinero de Rolando. Clint ha conseguido mucho dinero y ha invertido en muchos sitios, una discoteca incluida—. Ve a ayudar a Gloria.

—¿Estás seguro de que no hay nada más que pueda hacer por ti?

—Sé un buen modelo a seguir para el extraordinario hijo de Gloria. Enséñale cómo debe ser un padre.

Clint nunca ha tenido hijos, pero esa es una historia para otra persona.

—Buena suerte con el resto del día, Clint. Siento que

vayamos a perderte.

—Espero que tengas una larga vida, Rolando.

Se abrazan, y Rolando corre hacia la calle y se para en la ventana para llamar por teléfono.

En todos los años durante los que Clint ha estado observando a la gente, esta vez es la que más conectado se ha sentido con alguien que está al otro lado del cristal.

Sirva esto para demostrar que incluso cuando estás abandonando el mundo, todavía queda tiempo para dejar entrar a la gente.

GLORIA DARIO

11:22 HORAS

Gloria quiere lo mejor para su hijo, siempre lo ha querido y siempre lo querrá. Sin embargo, a veces le preocupa la trayectoria profesional de Pazito. Desde que tiene uso de razón, ha habido historias horribles sobre niños actores con futuros brillantes que han acabado siendo adultos infelices y sobre las formas en las que intentan ocultar esa infelicidad.

Cuando Pazito consiguió su primer papel como Larkin Cano en la última película de Scorpius Hawthorne, a ella no le preocupaba que su hijo fuera a perder su infancia, ya que Pazito solo salía haciendo un flashback del mismísimo joven Howie Maldonado. A pesar de que el papel de Howie era el del mayor rival de Scorpius Hawthorne, él se mostraba más que encantador con Pazito y con ella en el set de rodaje y, teniendo en cuenta que él había crecido bajo la mirada del público, eso le daba a Gloria esperanzas de que a Pazito también le fuera bien. Aun así, Pazito tuvo un par de oportunidades para protagonizar alguna serie de comedia y, aunque Gloria nunca lo admitiría en voz alta, sintió alivio cuando su hijo no consiguió los papeles, a pesar de que darle la noticia le había partido el corazón.

¿Es tan malo que una madre quiera que su hijo siga siendo un niño tanto como pueda?

Gloria no quiere saber la respuesta a esa pregunta.

No puede hacer frente a esa pregunta sin pensar en todas las veces que ha fallado a su hijo al exponerlo a los horrores que se viven en su casa.

Ningún niño debería crecer viendo a sus padres pelear.

Bueno, ¿puede considerarse pelea si uno de los padres nunca devuelve los golpes?

No, no lo es. Eso es una agresión.

Gloria mantiene la compostura, ya que no quiere llorar delante de los demás adultos y niños que hay en la sala de espera. Siempre que está lejos de Frankie, intenta no pensar en él. La distancia significa que no puede hacerle daño. Significa que puede olvidarse del miedo.

La mayor paz que ha sentido desde que empezó su relación fue cuando viajó a Brasil con Pazito para el rodaje de Scorpius Hawthorne. Todo el mundo era muy agradable. El elenco le enseñó a Pazito todas las salas del castillo, sets de rodaje en los que no habría podido entrar, ya que su única escena era en la biblioteca. Howie le dio a Pazito un montón de consejos, ánimo y cumplidos. El equipo se encargó de que se cumplieran las necesidades dietéticas de su hijo, y Pazito se sorprendió cuando la autora de la serie original, Poppy Iglesias, una mujer trans, apareció el último día del rodaje con una copia firmada del primer libro, el mismo que Gloria piensa que ha sido fundamental para ayudar a que Pazito se comprendiera mejor a sí mismo, a pesar de que todavía no haya encontrado las palabras para definirse. Ver que querían a su hijo era la paz que Gloria necesitaba como agua de mayo, la que le curaba el alma. Estuvo muy tentada de quedarse en Brasil, pero cuando Pazito empezó a decir que se moría de ganas de enseñarle a su padre el libro firmado y todas las fotos con sus nuevos amigos en el castillo, Gloria se subió al avión con su hijo a pesar de que se sintió aterrorizada durante todo el viaje de vuelta.

La puerta se abre, y entra Pazito junto a un acompañante que asiente a Gloria antes de llevarse a otro niño a la sala de audiciones.

—¿Cómo te lo has pasado? —le pregunta Gloria.

No le gusta preguntarle a Pazito cómo piensa que le ha salido la audición porque si él cree que lo ha hecho lo mejor que ha podido y no le dan el papel, se entristecerá, como ya ha ocurrido en otras ocasiones. En cambio, centrarse en cómo se ha sentido mientras hacía el trabajo le ayuda a manejar mejor la decepción.

—¡Me he divertido un montón!

—Me alegro. ¿Les has dado las gracias por dedicarte su tiempo?

—¡Sí! ¡Y ellos me han dado las gracias a mí también!

—Bien hecho. ¿Quieres ir a comer algo?

—Vale.

Gloria agarra el bolso, pero justo cuando se levanta, vibra su teléfono. Se siente incómoda de inmediato, como si le pincharan el corazón, pero no es Frankie quien llama para decirle que regrese a casa. Es Rolando, lo que permite que Gloria vuelva a respirar.

—¿Sí?

—Eh, Gloria. ¿Qué tal estás?

—Bien, estoy bien. Pazito y yo estamos a punto de salir de una audición.

—Es una estrella.

Gloria juguetea con el pelo de Pazito.

—Desde luego. ¿Tú cómo estás?

—Yo no estoy teniendo un buen día que se diga —admite Rolando. A Gloria le duele escuchar pesar en su voz—. ¿Vais

a volver Pazito y tú ahora a casa?

—En realidad vamos a ir a comer algo. Vamos a aprovechar que estamos en el centro.

—¿Te importa si me uno? Me encantaría veros —contesta Rolando, lo que hace que Gloria se detenga.

—Eres más que bienvenido. A Pazito le encantaría verte.

Rolando se queda callado un rato y Gloria se pregunta si quizás ha dicho algo que no debía. Antes de que pueda preguntarle, Rolando contesta:

—¿Sabes dónde vais a comer?

—Creo que iremos al McDonald's o al Burger King.

—¿Y si picamos algo en el Desiderata?

El restaurante donde Rolando le dijo a Gloria por primera vez que la quería, cuando todavía eran unos críos que iban al colegio. Gloria sabe que debería pensar que es inapropiado, e incluso inocente, no solo porque Rolando sabe que está casada —a fin de cuentas él fue el padrino de su boda, ya que Frankie no tiene muchos amigos—, pero también porque Rolando sabe que es una madre que nunca rompería su familia.

Ni siquiera aunque quiera seguir a su corazón a cualquier otro sitio.

Pero ¿y si lo hiciera?

¿Y si en lugar de esperar a seguir a su corazón, lo tomara y se lo llevara adonde ella quisiera ir?

—El Desiderata me parece genial —le contesta Gloria a Rolando y, antes de colgar, añade—: A mí también me encantaría verte.

ORION

11:33 HORAS

Voy a la Zona Cero.

Le mando el mensaje a Dalma, quien me llama de inmediato. No me sorprende. Siempre imaginé que mi primera visita a ese lugar sería con los Young, sobre todo con Dalma, quien también entiende el dolor de perder a un padre. Estoy seguro de que ella también lo imaginaba así.

—Ey —saludo al responder la llamada mientras le hago señas a Valentino de que voy a hablar por teléfono. No le quito la vista de encima mientras se apoya en la pared, por si surge algún problema.

—Guau —reacciona Dalma—. ¿De verdad está pasando?

—Eso creo... Estamos a una manzana de distancia. Podría darme la vuelta, pero creo que no quiero.

Se hace el silencio, aunque ambos seguimos al teléfono. Me alegra que sea una llamada y no una videollamada porque no me gustaría ver en la cara de Dalma que se siente traicionada. Ya me siento culpable, como si la estuviera engañando. Solo tengo que admitirlo.

—Ojalá estuvieras aquí. Todo está pasando muy rápido, y estoy intentando dejarme llevar, tal y como le insisto a Valentino que haga.

—No pasa nada, O-Bro. Sabes que siempre estaré dispuesta a dejarlo todo por ti, ¿verdad?

—No tengo la menor duda.

—Entonces me parece bien. Cuéntame luego por qué has cambiado de opinión.

—Incluiré cada «eh», «ehm», «ah» y el resto de mis orionadas.

Escucho una leve risa y luego un suspiro.

—¿Qué tal estáis?

Valentino está apoyado en la pared como si estuviera en la cornisa de una azotea.

—Ningún día es perfecto, pero lo estamos intentando — respondo. No necesito ahondar en las experiencias cercanas a la muerte o en la sesión de fotos cancelada. Ya tendré tiempo de contar historias cuando... cuando acabe el día—. Dalma, tiene muy buen corazón.

—Más le vale. Es tu donante.

—Tú me entiendes.

—¿Estás siendo prudente?

—Algo así. Vamos de un lado para otro, y no le dejo que se suba a barcos o mierdas similares, pero tiene que vivir su vida.

—Está bien, pero no me refería a eso. Me refería a si estás teniendo cuidado al involucrarte tanto.

—Sí, le he puesto un condón a mi corazón, no te preocupes.

—Hablo en serio, Orion.

Sigo mirando a Valentino y me muero de ganas de besarlo. Contener mis sentimientos es como ahogarse en arenas movedizas; cuanto más me hundo, más desesperado estoy por respirar.

—Yo también. Cada vez es más complicado fingir que no me gusta. Cada minuto que pasa me importa más.

—¿Crees que quizá se intensifique más al ser su Último Día?

—Sentía lo mismo antes de saber que era un Fiambre. Mi corazón sabe lo que pasa perfectamente.

—Pues entonces vuelve con él —contesta Dalma—. ¿Le dirás «hola» de mi parte?

—Sí. Te quiero, D.

—Yo también te quiero, O.

Colgamos, y me siento mejor, como si tuviera una mano menos apretándome el corazón mientras me preparo para ir a la Zona Cero. Vuelvo con Valentino.

—Saludos de parte de Dalma.

—Salúdala de mi parte la próxima vez que hables con ella. ¿Está bien?

—Sí, todo está bien. —Miro la calle y sé que cuando giremos la esquina, todo lo que he estado evitando desde hace años aparecerá ante mis ojos—. ¿Sigues queriendo hacerlo? No me enfadaría si quieres ir a cualquier otro sitio.

—Por mí, sí, ¿tú quieres hacerlo?

—Sí —digo, aunque es medio mentira y medio verdad.

Doy el primer paso, es decir, el más importante. El resto le siguen. No me giro en el último momento. Sigo avanzando en esta extrañamente tranquila ciudad fantasma. Se supone que esta es la ciudad que nunca duerme, pero es casi medio día y está a oscuras y en silencio; los rascacielos tapan la luz del sol. De inmediato pienso en escribir una historia sobre un chico que sigue el sonido de las pisadas de unos espíritus invisibles y que acaba descubriendo que son sus padres cuando les da la luz del sol, lo que les permite por fin poder despedirse. Siento un poco de envidia tonta por ese niño ficticio que consigue decir adiós.

Cuanto más me adentro en la oscuridad, más escalofriante

parece.

—Empiezo a sentir que no deberías estar aquí —musito.

—No pienso moverme —responde Valentino.

Si muere aquí, no solo no pienso volver a este lugar, sino que me iré de este infierno de ciudad.

Otro minuto pasa, empieza a parecerse menos a un cementerio, pero sigue siendo inquietante. Esta es la obra donde han estado construyendo el monumento durante los últimos años y está muy protegido. Hay barricadas de hierro, barreras de madera azules, vallas metálicas, bloques de hormigón y oficiales de policía de pie fuera de sus coches. Nadie entra. La seguridad cada vez es mayor, como si alguien pudiera volver a atacar durante la construcción del memorial; me recuerda a cuando haces castillos de arena en la playa y tienes que cavar fosos si no quieres que las olas destruyan todo lo que has construido. Ni siquiera puedo ver lo que llevan hecho hasta ahora, tendría que trepar por una de esas grúas para poder tener una vista aérea. Sin embargo, ya sé lo que hay y lo que no hay ahí. Es un agujero en el mundo donde antes se erigían las Torres Gemelas, y siento que me engulle, como un remolino.

Como familiar de los caídos, de vez en cuando me mandan actualizaciones sobre todo lo que quieren hacer para honrar la memoria de las víctimas. Habrá dos cascadas gemelas donde estaban las torres. El Árbol Superviviente que estaba en la zona y que, bueno, el nombre ya lo explica todo. Algunos monolitos de piedra adornados con hierro del Trade Center que recuperaron durante la limpieza y, por supuesto, la inscripción de los nombres de todas las personas que murieron, tanto los de los aviones, las torres y el Pentágono

como los de los servicios de emergencia y los trabajadores del equipo de rescate. Sin embargo, no voy a poder ver nada de esto hasta el próximo otoño, hasta el décimo aniversario; si es que llego vivo a esa fecha.

Le doy vueltas a la idea de preguntarle a un policía si hay algún sitio al que podamos ir para poder tener una visión de cómo está quedando, pero este barrio ya ha pasado por demasiado. Han transcurrido casi nueve años y el hecho de que siga habiendo policías por la zona es indicativo de que la ciudad se lo toma en serio. He oído historias de residentes que no han podido siquiera volver a entrar en sus edificios porque no tenían sus tarjetas de identificación actualizadas con su dirección actual. No quiero que me echen o arriesgarme a que suceda algo peor, sobre todo con un Fiambre a mi lado.

Algo no va bien.

No, algo no.

Alguien.

Ese alguien soy yo.

No estoy bien, es como si me hubieran apagado el corazón.

—Pensé que lloraría.

—¿Es porque yo estoy aquí? Puedo darte algo de privacidad.

—No, te quiero aquí.

—Vale, entonces, ¿qué pasa?

—El vacío de la Zona Cero me recuerda al funeral. —Sigo mirando el monumento escondido mientras espero sentir algo—. Ni siquiera quería organizar un funeral porque eso significaba aceptar el hecho de que mis padres estaban

muertos en lugar de aferrarme a la esperanza de que iban a rescatarlos. Ningún cuerpo, ninguna prueba. Como cuando no ves morir a un personaje en una página o en una serie y esperas que haya un giro en los acontecimientos que te haga explotar la cabeza. Pensaba algo así, como que mi madre y mi padre nunca habían ido a las torres esa mañana y que en realidad habían asumido nuevas identidades y vivían felices para siempre en otro sitio. Y, por supuesto, tenían que abandonarme para protegerme, como los típicos padres muertos que en realidad no lo están.

Valentino está intentando comprenderme.

—Pensar que tus padres te habían abandonado no te reconfortaba, ¿no?

—Que me contaran esa historia me ayudó a poder volver a dormir por las noches. —Todavía recuerdo despertarme esa mañana, tan descansado que ni siquiera me confundió el hecho de estar en la habitación de invitados de los Young. Pensé que era otra de nuestras fiestas de pijamas. Esa fue una victoria para todos en la casa, ya que me había pasado el resto de las noches gritando; la pobre Dahlia tuvo que quedarse en la casa de su abuela porque no era capaz de dormir—. Llegué al punto de dejar de contar esas historias, a pesar de que nunca encontraron sus restos.

Valentino mira hacia las obras.

—Lamento decírtelo, pero creo que tus padres murieron en las torres. Quizá sea porque no soy un narrador como tú, pero no me los imagino viviendo otra vida y sin haber venido a por ti en todo este tiempo. Te conozco desde hace tan solo doce horas, y sería incapaz de abandonarte en esta oscura y fría esquina de la ciudad que está tan protegida.

Eres demasiado especial, Orion.

Está intentando hacer que me explote el corazón.

—Solo dices eso porque no quieres que el espíritu de mis padres te persiga.

—¿Los fantasmas pueden perseguir a otros fantasmas?

Solo hace falta un segundo, solo un increíblemente largo segundo, para olvidar que se está muriendo.

—No lo sé, pero si te los encuentras, diles que les quiero.

—Cuenta con ello. Les dejaré muy claro que te has convertido en un gran hombre... que da pena en historia.

—Eso ya lo saben.

—Entonces tendré que encontrar algo más que compartir con ellos.

Vale, esa mierda es un tonto, pero sea lo que fuere lo que está tramando, no es algo de lo que quiero que hable con mi madre y con mi padre.

Saco la cámara del bolsillo de mi abrigo y le hago una foto a Valentino.

—¿A qué viene eso? —me pregunta.

—Eres el primer chico al que he traído a conocer a mis padres.

Valentino se ruboriza, esta vez seguro que no es culpa del sol.

—Con suerte no seré el último, Orion.

¿Por qué duele tanto pasar página?

No es mi novio, y no estamos enamorados.

Va a morir hoy, y yo voy a vivir.

Todo esto responde a mi pregunta.

No vamos a tener la oportunidad de ser novios que se enamoren.

Su viaje termina aquí, y yo seguiré hasta que no pueda más.

Vivir no me resulta algo tan reconfortante ahora.

Valentino me quita la cámara de las manos.

—Vamos a sacarte una foto visitando a tus padres.

No me resisto. Es un recuerdo que podré compartir con Dalma y con los Young.

Me giro hacia la obra y la miro pensando en cómo hace doce horas estaba con Valentino en Times Square contándole mi relación con el 11S y en que ahora estoy aquí por primera vez desde que mi vida cambió.

En mi cabeza, reconstruyo las torres, piso a piso, ventana a ventana, y cuando termino, veo los aviones que chocaron con los edificios pasar volando por encima, y a mis padres salir por la puerta principal junto con el resto de las personas que murieron para ir a casa.

Así es como el día tendría que haber terminado.

Por desgracia, mis recuerdos son más fuertes que mi imaginación.

Muchos no se fueron a casa.

Los aviones no permanecieron en el cielo.

Las torres se derrumbaron.

Luego mi vida se desmoronó. Noches sin dormir. Gritos. Sobresaltos con cada sonido de un timbre pensando que serían mis padres cubiertos de ceniza. Las historias que me contaba a mí mismo. Faltar a clase. Funerales sin cuerpos en los ataúdes y un panegírico que nunca di. Rabia pura. El papeleo de la custodia. Despedirme de mi casa. Empezar de nuevo en la azotea. Tristeza pura. Dar muestras de ADN para contrastarlas con los restos encontrados. Soñar con los

sitios donde a mis padres les habría gustado que se esparcieran sus cenizas. Pensar que quizá debía quedarme con las cenizas para siempre, incluso si encontraban lo más mínimo. Demasiadas condolencias al volver a clase. Culpa al reírme por primera vez. Perderme por completo y tratar de encontrarme en historias. Culpa por sentirme atraído por alguien. Arrepentimiento por no salir del armario. No ir a la Zona Cero en el primer aniversario ni en el siguiente, ni en el siguiente, ni en el siguiente, ni en el siguiente, ni en el siguiente, ni en el siguiente, ni en el siguiente.

Ahora estoy aquí, no siempre estoy bien, pero sí estoy vivo.

Me mantengo fuerte por mis padres y vivo la clase de vida que a ellos les habría gustado verme vivir.

SCARLETT PRINCE

20:59 HORAS (tiempo estándar de la montaña)

El piloto murió de un infarto y, de no haber sido por Muerte Súbita, es posible que hubiera matado al resto del avión con él. Esta es la segunda experiencia cercana a la muerte de Scarlett este verano y, aunque se siente mal por la familia del piloto, sobre todo se siente mal por ella misma. Es como si su corazón se rompiera en pedazos porque Muerte Súbita tenía razón sobre el piloto, de manera que eso significa que pueden estar en lo cierto con su hermano. No importa el resultado, tiene que llegar urgentemente adonde está Valentino. Eso es lo que les ha dicho a los investigadores y a los oficiales que han trasladado la noticia de la muerte del piloto a todos los pasajeros que, afortunadamente, le han dejado pasar delante de todo el mundo para que pudiera avanzar.

Scarlett llega al mostrador de atención al cliente sin aliento.

—Necesito un billete para el próximo avión que vaya a Nueva York. Muerte Súbita ha llamado a mi hermano.

VALENTINO

12:00 HORAS

Tu vida puede cambiar en tan solo un momento.

Puedes pasar de ser un hijo único a un hermano mellizo. Puedes empezar a correr y no parar nunca. Puedes encontrar tu pasión. Puedes casi volver a convertirte en hijo único. Puedes salir del armario. Puedes conseguir el trabajo de tus sueños. Puedes mudarte a una nueva ciudad. Puedes conocer a un chico. Puedes despedirte de tu futuro cuando Muerte Súbita llama.

Ya han pasado doce horas desde que me convertí en el primer Fiambre.

No cabe duda de que he llegado tan lejos gracias a Orion. Empezó con él salvándome la vida y ha evolucionado a él cambiando mi forma de vivirla.

—¿Qué es lo siguiente? —pregunta Orion con el bloque del monumento del World Trade Center a nuestras espaldas.

—¿Por qué no le preguntamos a Muerte Súbita?

Parecen saberlo todo. El propio Joaquín Rosa me dijo que mirara su página web para ver los eventos que organizaban hoy. Inicé sesión en muerte-subita.com, selecciono Nueva York en el desplegable de las ciudades, y me ofrecen muchas opciones para el día. Hay un parque de atracciones en Coney Island, que podría hacernos pasar mucho tiempo en el metro. Una lista de restaurantes que me encantaría visitar, pero sigo sin poder arriesgarme a que el trasplante de corazón vaya mal porque quiera una buena comida italiana.

—Hostias, ¿vamos a un espectáculo de Broadway? —me

pregunta Orion, que está leyendo por encima del hombro.

—No sé por qué, pero por alguna extraña razón no estoy interesado en volver a Times Square.

—Mmm. Sí, me pregunto si tendrá algo que ver con ese tipo que te apuntó con un arma.

—Puede que incluso más porque estaba lleno de gente.

—Tienes razón, sí. ¿Hay algo más que te llame la atención?

—La verdad es que no. —Cierro la página y justo cuando le estoy devolviendo el teléfono a Orion, empieza a sonar—. Scarlett.

—¡Responde, responde, responde!

Pongo el teléfono en mi oreja y contesto.

—Ey.

—¡Tengo un vuelo! —grita Scarlett mientras respira con dificultad, suena como cuando viene a correr conmigo y me grita que vaya más lento cada vez que me adelanto a ella.

—¿De verdad? —Mi sonrisa le dice a Orion todo lo que necesita saber—. ¿Para cuándo?

—Están a punto de embarcar... ¡Ni siquiera tengo las maletas! —Está jadeando y pidiendo a la gente disculpas cuando pasa—. Parece que... han echado a un Fambre del avión... la compañía lo ve como un riesgo...

Con suerte el Fambre no estaría intentando llegar a casa para ver a su familia. En el caso de estar solo, espero que encuentre a alguien con quien lograr que su día merezca la pena. Tal y como yo he hecho.

—Me siento fatal por ellos, pero me alegro porque voy a verte.

—Pensamos igual. Ya he llegado. Voy a embarcar. Te

quiero, Vale. Mantente a salvo para que pueda verte pronto.

—Protegeré mi vida con mi vida.

Colgamos. Estoy tan contento que empiezo a temblar. Hasta puede que llore.

—¡Viene Scarlett! —exclama Orion.

—¡Sí! Ahora está embarcando en el avión.

—Solo tenemos que proteger tu vida con tu vida —dice Orion con una sonrisita.

Cuatro horas de vuelo más otra de tráfico. Tengo que sobrevivir otras seis horas. No soy bueno en matemáticas, así que desconozco las probabilidades que tengo de ver a Scarlett a falta de menos de doce horas para que acabe mi Último Día, pero las probabilidades parecen altas. Ya no estoy cansado ni muerto de hambre, sino descansado y satisfecho. Me daría una carrera ahora mismo con los brazos levantados como si estuviera rompiendo la cinta de una maratón, pero ahora no es momento de sobreexcitar el corazón de Orion o de arriesgarme a caer en una alcantarilla.

—¿Qué deberíamos hacer? ¿Y si vamos a un sitio emblemático? ¿Al Empire State Building, por ejemplo?

Orion hace una mueca de dolor.

—No quiero ser un lastre, pero yo ya he cumplido con los edificios altos emblemáticos por hoy.

—No hay más que hablar.

—Yo encantado de acompañarte, pero te espero abajo.

Intento deducir qué repercusión tendría eso en este nuevo mundo con Muerte Súbita. Si Orion, una persona que no va a morir hoy, no sube conmigo al Empire State Building, ¿aumenta el riesgo de que suceda algo catastrófico como el

ataque al World Trade Center? O, si subiera conmigo, ¿ahuyentaría eso a la muerte? Estoy seguro de que el mundo descubrirá la respuesta algún día, pero yo moriré sin saberla. Tampoco parece una gran pérdida en el esquema general y lo mismo sucede con no visitar el Empire State Building.

—No te preocupes. Habría sido una pasada sentirme como el rey del mundo y volver a gritar al cielo, pero lo dejaré para otra vida.

Se queda callado, y me siento mal. No quiero que se machaque a sí mismo, porque no está siendo un lastre, ni mucho menos. Es quien me ha está haciendo avanzar.

—Perdona. Estaba de broma.

—¡Anda ya! —me contesta Orion con una sonrisa—. No me ofendo tan fácilmente.

Me resulta gracioso lo mucho que siento que lo conozco y lo mucho que todavía me queda por saber. La parte positiva de que Scarlett todavía no haya llegado es que voy a poder pasar más tiempo con Orion. Con suerte, podré presentarlos. No solo porque Orion será quien lleve mi corazón, sino también porque espero que cuide de Scarlett en Nueva York cuando yo ya no esté.

—Entonces, ¿en qué estás pensando?

—En las siguientes dos paradas de tu aventura de Último Día. La primera es un sitio en el que la mayoría de los neoyorquinos no ha estado y la segunda es emblemática. ¿Quieres saberlo o que te sorprenda?

Elijo que me sorprenda. Es un regalo más que bienvenido.

Donde sea que Orion me esté llevando también está en el centro y a tan solo unos minutos de distancia de la esquina

en la que Scarlett llamó para darme la mejor de las noticias. Me refiero a la mejor de las noticias dada mi situación. Acabo de caer en que incluso si contactara con mis padres ahora mismo, sería bastante imposible para ellos poder verme en persona por última vez. ¿Debería sentirme culpable? ¿Se merecen esa oportunidad? ¿Qué les debo al ser el hijo al que han criado? Entonces, antes de poder expresar cualquiera de estos sentimientos en voz alta, recuerdo el deseo que Orion me pidió anoche. Hablaré con mis padres si eso me ayuda, pero me debo más paz a mí mismo de lo que les debo nada a ellos.

Hoy estoy empezando a sentir que voy ganando años de madurez conforme pasan las horas.

—Tierra llamando a Valentino —grita Orion—. Me encanta tu pequeño momento de introspección, pero tengo que vendarte los ojos rápido.

—¿Por qué?

—Para que no puedas escapar de mis traficantes de órganos, obvio.

—Genial. Solo quería saberlo.

Orion se quita la sudadera, mi sudadera, y me la enrolla en la cabeza. Su sonrisa es lo último que veo antes de que anude las mangas alrededor de mis ojos. Tengo la sudadera pegada a la cara, y la oscuridad es más calmante de lo que me había imaginado. Un escalofrío me recorre la columna vertebral cuando Orion me agarra las manos. Esto mismo podría ser la sorpresa y me habría encantado. Empieza a guiarme hacia nuestro destino mientras yo ando de forma rara, como cuando de niño me puse los tacones de mi madre, nervioso por caerme y romperme un tobillo.

—Confía en mí —me dice Orion.

—Lo hago.

—Estamos a punto de entrar en una estación de tren, pero el nombre lo estropea todo.

—De ahí la venda.

—Debemos tener mucho cuidado al bajar las escaleras. Vamos a ir a nuestro ritmo, ¿vale?

—Vale.

En la parte superior de la escalera, Orion coloca una de mis manos en la barandilla y me da la otra. Me guía, escalón a escalón, aunque los primeros son los más estresantes. Me tiemblan los gemelos, y tardo un poco hasta que encuentro el ritmo con los pies, como si estuviéramos bailando. Toda esta experiencia se parece a una montaña rusa en la que te subes y empiezas a arrepentirte y a dudar hasta que te liberas y empiezas a disfrutar. Dejo escapar un suspiro cuando llegamos al final, pero resulta que ese no era el único tramo de escaleras. Orion no me suelta la mano mientras busca en mi bolsillo la MetroCard y me hace pasar, antes de hacer lo mismo con la suya.

—¿Me puedo quitar ya la sudadera?

—No, sigue habiendo carteles por todos lados.

Me guía en el siguiente tramo de escalera y agarro su mano, cada vez más nervioso porque todo esté yendo tan bien y porque mi deseo de que me sorprenda pueda acabar con él herido y conmigo muerto.

—¿Estamos cerca? —pregunto.

—Estamos cerca, sí —responde Orion.

Empiezan a dar un anuncio por megafonía, y Orion se acerca a mi oreja y empieza a murmurar cosas sin sentido

para evitar que escuche el mensaje. Sentir su aliento en mi cara me pone la piel de gallina.

—Lo siento. No hemos llegado tan lejos para que el operario de tren número uno lo fastidie justo al final.

—Agradezco tu entrega.

—¿Tienes un iPod? O puedo usar las canciones que tengo descargadas en mi móvil. ¿Quieres escuchar más sonidos irritantes?

—¿No podrías hablarme?

—¿Y qué te digo?

—Cuéntame un secreto.

Orion se calla, pero esta vez no puedo leer su expresión. Solo sé que no se ha ido porque sigue agarrándome la mano, aunque no nos estemos moviendo.

—¿Qué tipo de secreto? —pregunta.

—Algo personal. Algo que nunca admitirías en voz alta.

—Por desgracia, eres la persona idónea a la que contarle un secreto.

—Exacto. —Cualquier secreto muere conmigo.

—Vale, pero tendrás que esperar a que estemos subidos en el tren.

Es como si me temblara el cuerpo entero. ¿Es por el rugido que hace el tren por el túnel del metro conforme se acerca? ¿Estoy sin saberlo en las vías? ¿O son los nervios previos a escuchar lo que sea que Orion vaya a compartir conmigo y el deseo de que sea la misma respuesta que yo le daría si me hubiera preguntado?

Las puertas del tren se abren y logro escuchar «última parada» antes de que Orion empiece a balbucear fuerte en mi oreja y me guíe hacia el interior, directo a un asiento. Ya

ni siquiera me importa a dónde vamos. Quiero saber lo que me va a contar sobre él. Deja de murmurar para decirme que mantenga la cabeza agachada y la apoyo en el pecho, mareado por la oscuridad. Me caería hacia delante si no fuera porque Orion me tiene sujeto por el pecho con el brazo. Entonces, justo cuando el conductor empieza a anunciar el nombre de la próxima parada, Orion acerca los labios a mi oído.

—Tengo miedo de morir sin haberme enamorado nunca.

Hay tanto silencio que escucho cómo se cierran las puertas.

El tren se va de la estación.

Orion me quita la sudadera, y la luz me molesta en los ojos, pero no tanto como esa confesión, que es imposible que él crea que va a suceder.

—Sé que quieres decirme algo, pero no tenemos mucho tiempo.

—¿No tenemos mucho tiempo para qué?

Orion señala el resto del vagón. No hay nadie sentado en los asientos azules y naranjas ni agarrado a las barras mientras juegan con sus teléfonos. Está vacío, excepto por nosotros.

—¿Esto es raro en Nueva York?

—Para nada, pero vamos a un sitio al que no deberíamos...

Resurgen los recuerdos de la infancia pensando que iré al infierno. No me ayuda estar a solas con otro chico gay.

—¿Debería estar nervioso?

—Deberías tener cuidado y no alejarte de mí. —Orion se anuda la sudadera en la cintura y pulsa el botón de apertura de las puertas que conectan los vagones—. Estamos a punto

de pasar por una estación de tren secreta. —Sale al puente metálico y se agarra a una cuerda de goma negra con una mano. Me tiende la otra.

Hay una señal que dice PROHIBIDO VIAJAR O MOVERSE ENTRE LOS VAGONES y muestra a una silueta negra entre dos vagones de tren siendo avergonzada por hacerlo, dentro de un símbolo rojo de stop, pero debajo se lee A MENOS QUE SEA UNA EMERGENCIA, LO ORDENE LA POLICÍA O LA TRIPULACIÓN DEL TREN, así que decido que mi Último Día es una emergencia.

Agarro la mano de Orion, salgo al puente y me engancho a la cuerda tan fuerte como puedo. El chirrido de las ruedas es tres veces más fuerte aquí fuera y el viento me peina hacia atrás el pelo como si estuviera en lo alto de un edificio. Es estimulante, pero sin llegar a ser tan peligroso como tirarse en paracaídas. Esta es una primera vez, pero ninguno de nosotros somos tan tontos como para intentar documentar este momento con una foto. El hecho de que estemos haciendo esto ya es lo suficientemente tonto, pero no voy a morir aquí como en alguna de esas profecías que hice antes, cuando estaba asustado y pensaba en las distintas formas en las que podía morir.

El tren empieza a reducir levemente la velocidad mientras gira y sale del oscuro túnel. La estación secreta está iluminada por el sol que se cuela por la claraboya. Me alucina lo distinta que es esta estación en comparación con la de esta mañana. Esta se parece más a la Grand Central, esa que solo he visto en películas cuando los personajes llegan a Nueva York por primera vez y se dan la típica vuelta al grito de «¡Lo logré!». Si no tuviera tanto miedo de caerme a las vías, probablemente me daría una vuelta también. Es

mágico descubrir este rincón escondido de Nueva York, y me sorprende que no haya más gente que arriesgue su vida e infrinja la ley para estar en este cruce y ver esto en persona. La señal en la pared de ladrillos pone AYUNTAMIENTO y hay azulejos verdes y blancos por todo el techo abovedado. Los elementos que más me sorprenden son los candelabros que ahora están apagados o no funcionan, pero ¿y pensar que alguna vez iluminaron esta estación como si fuera un salón de baile? Impresionante.

Mientras volvemos a la oscuridad, Orion grita eufórico y yo lo imito. Nuestras voces resuenan por el túnel.

Me muero de ganas de seguir aquí fuera, pero, sabiamente, él me empuja de nuevo al interior del vagón.

—¿Y bien? —pregunta Orion subiendo y bajando los pulgares.

Ni siquiera sé qué decir. Esta es una de esas cosas con las que solo das si te no te bajas del tren en la parada que debías, y yo he podido vivir algo que la mayoría de los neoyorquinos no vivirán nunca.

Respondo a la pregunta de Orion con un abrazo.

—Gracias por ser la persona más considerada del mundo.

Orion se encoge de hombros antes de responderme.

—¿Estás de coña? Esa mención te la ganaste tú cuando me ofreciste tu corazón.

El tren entra en la estación y no quiero irme. No me importa si cientos de personas suben al vagón. Eso solo nos acercará más. Quiero aferrarme a Orion porque tiene la estúpida impresión de que nadie lo va a amar en la que espero que sea una larga, larga vida tras el trasplante, pero tengo que dejarlo marchar porque Orion anuncia que es

nuestra parada. Salimos y lo sigo por las escaleras hasta el exterior de la estación, y ya tengo una nueva misión que cumplir antes de morir:

Asegurarme de que Orion sepa que se merece el mundo entero.

GLORIA DARIO

12:15 HORAS

Gloria intenta respirar.

Inhala, exhala. Inhala, exhala.

¿Por qué siente que está a una respiración de sufrir un ataque de asma?

El restaurante está un poco lleno. Se quita la chaqueta fina y la coloca en la esquina del reservado donde está sentada con Pazito enfrente. Su hijo le está contando todo sobre uno de los libros que le han mandado leer este verano, pero a Gloria le cuesta concentrarse, ya que no deja de mirar hacia la puerta por la que Rolando tiene que entrar en cualquier momento. Se pregunta si le llevará un ramo de girasoles como hizo la primera, y última, vez que estuvieron en el Desiderata, el día en que Rolando le dijo que estaba completamente enamorado de ella.

El día que Gloria se arrepiente de no haberle correspondido.

Lo cierto es que Gloria sabía que quería a Rolando, pero no estaba tan segura de estar enamorada de él. Esas líneas son fáciles de confundir cuando eres joven y todavía no has conocido el amor, o no has conocido lo que es estar en una relación en la que las cosas no son como deberían.

Un matrimonio, incluso.

Los primeros días con Frankie fueron apasionados, como si flotaran por encima de los demás en su propia órbita hasta el punto de que cuando Gloria volvía a la Tierra, lo echaba de menos, tanto que pasaba por alto todas las señales de peligro.

¿Quién podría imaginar que enamorarse pudiera hacerte volar?

Sin embargo, la gente no tiene alas y solo al avanzar en la vida es como lo logran.

Es algo íntimo, es personal, es real.

Gloria se arrepiente de no haber seguido con los pies en el suelo, sobre todo después de la frecuencia con la que el hombre que una vez la hacía volar tan alto ahora la tira al suelo.

Y aquí está ahora, sentada en el restaurante que lleva el nombre de su poema preferido, escrito por Max Ehrmann como si hubiera estado mirando en el alma de ella mientras lo escribía en el papel. Desiderata habla sobre lo que necesitas en la vida, lo que deseas, y cuando la puerta se abre y entra Rolando, Gloria respira como si él fuera el oxígeno que tanto necesitaba.

Ni siquiera importa que no haya traído girasoles.

—¡Tío Rolando! —grita Pazito, que sale del reservado para correr hacia él y casi choca con un camarero.

—¡Hola, Pazman! —Rolando abraza a Pazito con un amor y una ternura con la que Frankie no lo hace.

Gloria piensa, no, ella cree con toda su alma que algún día Rolando será un gran padre. La apena mucho no haberse dado cuenta de eso hace veinte años cuando él le confesó su amor, pero no pasa nada. La mayor creación de Gloria es Pazito y no cambiaría ni un solo pelo de la cabeza o hueso del cuerpo de su hijo, lo que implica aceptar que algunos de esos pelos y huesos también vienen de Frankie.

Sale del reservado con una sonrisa y lo abraza.

—Me alegro de verte —dice Rolando como si hubieran

pasado años desde el cuatro de julio; la última vez que se vieron fue en la barbacoa del parque Althea, el mismo día que solicitó el trabajo en Muerte Súbita.

—Yo también —responde Gloria. A pesar de que quiere agarrarse a Rolando de por vida, lo suelta y se sienta enfrente de él y de Pazito—. Conque... ¿un día duro?

Los marrones ojos cansados de Rolando parecen confirmarlo.

—Tendría que haber sabido en lo que me estaba metiendo al aceptar ese trabajo.

—¿Has llorado mucho? —pregunta Pazito—. Yo creo que lloraría mucho.

—Eso es porque tienes un gran corazón —le responde Rolando—. Voy a ser sincero, no he llorado.

—Entonces tú no tienes un gran corazón —contesta Pazito y Rolando se ríe.

—Me gusta creer que sí lo tengo, Pazman.

Gloria está a punto de decir que está de acuerdo justo antes de que su hijo lance su siguiente pregunta.

—¿Ya has descubierto cómo saben tus jefes quién va a morir?

—No, y tampoco lo haré...

—Yo creo que todo el mundo tiene una profecía —le interrumpe Pazito— y que Muerte Súbita, de algún modo, sabe cuál es el destino de todo el mundo. Las profecías son un elemento importante de los libros de Scorpius Hawthorne.

—Puede que tengas razón, pero ya no podré descubrir el gran secreto. Esta mañana he dimitido.

Gloria se inclina hacia delante.

—¿Qué? ¿Por qué?

Antes de que pueda responder, el camarero se acerca y les pregunta si saben lo que quieren tomar. Gloria todavía se acuerda de lo mucho que les costó a Rolando y a ella decidirse para pedir la última vez y que le prometían a la camarera que le echarían un vistazo a la carta en un momento, pero seguían bromeando y riendo tanto que les costaba respirar. Ahora añora una vida llena de amor, risas y luz mientras pide un té caliente y unos gofres con sirope de arce.

—Para mí solo un café —pide Rolando.

—¿No quieres nada de comer? —Se adelanta Gloria al camarero.

—Vengo de una... una reunión, por así decirlo. He comido algo allí.

¿Una reunión? No suele dar tan poco detalle.

Gloria quiere preguntarle con quién, pero por primera vez en mucho tiempo le da miedo la respuesta.

¿Y si Rolando había quedado para desayunar? ¿Quién será la afortunada? ¿Será Gloria lo suficientemente fuerte como para ir a la boda? ¿Podrá contener las lágrimas cuando conozca a su hijo?

Sí, lo hará.

Gloria es una organizadora, y ella planea alegrarse por su mejor amigo.

—¿Has dejado el trabajo? —le pregunta Gloria a Rolando cuando el camarero se va.

—No era para mí. Quizá sea algo demasiado pesado como para hablarlo ahora —contesta Rolando mirando a Pazito—. ¿Vais a volver directos a casa cuando acabemos de comer?

Podríamos ir al parque y hablarlo allí.

—¡El parque! —grita Pazito, que asusta a los clientes del reservado de detrás.

—Parece que vamos a ir al parque —dice Gloria.

No podrá pasar toda su vida con Rolando, pero sí el día de hoy.

ORION

12:38 HORAS

—Próxima parada: el puente de Brooklyn —anuncio con mi mejor voz de conductor de tren.

El puente está a un par de minutos de distancia de la estación, el remate perfecto para la ruta de Valentino. Aunque no parece estar muy ilusionado, por no decir que no está ni un poco ilusionado. El puente de Brooklyn es un sitio emblemático de Nueva York desde donde se puede ver la ciudad; yo incluso puedo señalar el sitio donde antes estaban las Torres Gemelas, pero Valentino parece... ¿incómodo?

—¿Estás bien? —le pregunto—. Te prometo que el puente no va a derrumbarse a nuestros pies.

—No me preocupa el puente. Eso suena genial.

—Vale, guay. Entonces, ¿qué pasa?

—Estoy pensando en tu secreto.

—¿El secreto que se queda en la estación secreta?

—Se sobreentiende que me lo llevo a la tumba, pero nunca he dicho que no hablaríamos del tema.

Empezamos a cruzar el puente, el primer minuto de lo que podría ser una hora de trayecto mientras andamos hacia Brooklyn con el río East a nuestros pies. Eso es mucho tiempo para ahondar en este sentimiento tan profundo de sentir el amor como algo inalcanzable, como si estuviera enterrado en el centro de la Tierra y yo no tuviera una pala. Sin embargo, si Valentino quiere escarbar el suelo conmigo, no puedo criticarlo.

—¿Qué quieres saber? —le pregunto mientras me suelto la

sudadera de la cintura y me la vuelvo a poner, tan a gusto como cuando estaba aferrado al brazo de Valentino en el tren.

—¿Por qué crees que nadie te va a amar antes de que te mueras? ¿Es porque esperas morir joven?

—Es una locura, pero podría vivir cien años y seguiría pensando que no he conocido el amor. Quiero decir, el amor de verdad. El mundo no está hecho para chicos como nosotros, ¿sabes?

—Eso no significa que no haya nadie para ti por ahí.

Tengo ganas de gritar que creo que él es la N inicial de ese Nadie.

—Salí del armario el mes pasado, y tampoco es que haya un montón de chicos haciendo cola fuera de mi casa.

—Probablemente eso sea una buena señal.

—Me gustaban un montón de chicos en el colegio, y nunca llegué a asegurarme, pero me daba la impresión de que un par de ellos tampoco habían salido del armario. Juraría que yo también les gustaba, pero ninguno llegó a confesármelo una vez que salí.

—Estoy seguro de que también le gustabas a alguno, Orion. Es posible que no estuvieran listos o que siguieran tratando de averiguar quiénes eran.

Existen millones de motivos por los que una persona no sale del armario. Puede que haya personas a quienes no les parezca para tanto, pero para otras es todo un mundo.

—Cierto. También hay padres de mierda —digo, pensando en los de Valentino.

—Puede que los hubieran echado de casa. Yo tuve suerte.

Que tus padres no te echen de casa por ser gay no

debería ser cuestión de suerte. Debe entrar en tus cálculos cuando traes a un niño al mundo. Si no eres capaz de asumirlo, entonces que te jodan, que te jodan, que te jodan. Estoy harto de lidiar con esta mierda en la que tenemos que ser agradables con gente que nos odia simplemente por nuestra forma de amar. Ellos son los motivos por los que nos resulta tan difícil, por lo que encerramos nuestros sentimientos aunque eso signifique que moriremos sin conocer la felicidad que tan fácil llega a otros.

—¿Alguna vez has tenido novio? —pregunto muerto de envidia.

—No, pero tuve un flechazo bastante gordo en marzo.

—¿Cómo era él?

Aunque sospecho que conozco la respuesta: musculado, hermoso y con una sonrisa tan blanca como una perla.

—Es otro modelo. —No me jodas—. Nos conocimos en una sesión de fotos hace un par de años. Yo hacía de un alumno de autoescuela que no sabía conducir y George posaba como mi instructor, a pesar de que no sabe conducir. A la gente de *casting* no le importó. George hizo muy bien el papel de instructor agradable.

—¿Era muy estúpido?

Es tonto e inmaduro por mi parte tratar de ser tan competitivo con alguien de su pasado, alguien que no está compartiendo el Último Día de Valentino con él. Sin embargo, soy tonto e inmaduro en todo lo que está relacionado con estas cosas, así que déjame en paz.

—George era buena gente. Nos encontramos en unas audiciones y pasamos ese día juntos. Luego la cosa se puso seria y antes de que me fuera a casa se acercó para darme

un beso. —Ahora mismo quiero tirarme por el puente, me comen los celos—. Y me aparté —concluye Valentino.

Vale, da igual, puede que solo vaya a mirar las vistas.

—¿Por qué te apartaste?

Valentino me mira un momento antes de responder.

—Quería que mi primer beso fuera algo memorable.

—Eso me gusta mucho —contesto. Merece la pena esperar para algunas cosas—. ¿Crees en las almas gemelas?

Sus ojos azules miran el río, luego la silueta de la ciudad.

—Creo que sí. Creo que hay gente a la que estás destinado a conocer, pero depende de ti hacerlo y siempre resulta muy intimidante e incluso imposible.

—Te entiendo. Me encanta ser gay, pero, joder, es muy duro a veces.

—Además de verdad. Ni siquiera es legal que nos casemos.

Se me para el corazón (no en serio, pero en serio, ya sabes) y vuelve a empezar a latir cuando me doy cuenta de que habla de *nosotros* en general y no de *nosotros* Orion y Valentino.

—¿Te has planteado casarte? —le pregunto.

—Por supuesto. Esperaba encontrar a mi chico, pedirle la mano, planear la boda y estresarme con los votos. Obviamente, Scarlett habría sido mi dama de honor. Al principio imaginaba que mis padres también estarían allí, pero cuando me di cuenta de que eso no iba a pasar pensé en invitar a muchísimos amigos que llenaran el recinto para ni siquiera notar su ausencia. Esta es probablemente una de las cosas que más me entristecen de morir hoy: nunca sabré si eso cambiará.

—Ojalá pudiera saber si tus padres hubieran cambiado de idea, es...

Me toca el hombro.

—Siento interrumpir, pero no me refería a que mis padres cambiaran de idea, sino a que el gobierno, la iglesia y la sociedad aceptaran el matrimonio homosexual. Habría estado bien saber si hubiera tenido la posibilidad de vivirlo.

Si Valentino hubiera estado enamorado y hubiera querido consolidarlo casándose con su pareja antes de morir y separarse hoy, no habría podido.

Esto no es un problema para la mayoría de las parejas, mis padres incluidos. Mi madre y mi padre lo organizaron por todo lo alto como buenos puertorriqueños, pero nadie les impidió hacerlo oficial, nadie estaba molesto por su amor, nadie quería romper su sueño de formar una familia. Debíamos de haber compartido décadas y décadas y décadas, pero quién sabe cómo habrían sido. Podrían haber pasado toda la vida viéndome luchar una guerra a la que ellos no tuvieron que enfrentarse, viéndome no tener aquello que ellos sí. Durante todos los años que he imaginado cómo fueron los últimos y horripilantes momentos de mis padres, siempre he pensado que estaban juntos: que mi padre no había salido de la reunión para una de sus frecuentes visitas al baño y que mi madre no había salido a buscar un té caliente, sino que estaban tan cerca que pudieron escuchar cada *te quiero* que gritaba el otro por encima de las explosiones.

Estaban juntos, tal y como el mundo siempre les había permitido estarlo.

—¿Y tú? —me pregunta Valentino.

—¿Y yo qué?

—¿Te has planteado casarte?

—Sinceramente, no. Nunca me lo he planteado. He estado muy ocupado asustándome por tratar de sobrevivir cada día como para plantearme el futuro. Es decir, no sé cómo será el viejo Orion ni me imagino a ningún mini Orion correteando.

—Los niños se te darían de escándalo. Eres superconsiderado.

—¿Quieres...? —me interrumpo y odio que Valentino vaya a morir antes de conseguir esto—. ¿Querías tener hijos?

Valentino asiente y me responde:

—Tenía elegidos hasta los nombres.

—Por favor, dime que no ibas a mantener la temática del Día de San Valentín.

—¡Por supuesto que sí! Me gustaban Rosa para una chica y Cupido para un chico.

—Se la estarías jugando a tu hijo. ¿Qué te parece, ehm, el nombre de Cupido en la mitología griega? ¡Eros!

—Sé que estamos bromeando, pero no me disgustan los nombres Rosa y Eros.

—A mí tampoco. ¿Cuáles habías elegido de verdad? Más vale que sean mejores ahora.

—Eso, sin presión —Valentino parece estar nervioso de compartirlos—. Me gusta mucho Vale, porque es bastante parecido a mi nombre. Parecido, pero no idéntico, porque se pronuncian diferente. Además es unisex, cosa que me encanta.

La verdad es que a mí también me encanta ese nombre, pero estoy bastante sorprendido como para decir nada. Es

cierto que es algo en lo que ha pensado mucho y que nunca pasará. Hay algunas cosas de la lista de deseos que puedes tachar en tu Último Día, pero otras son imposibles, como que Valentino se case con el amor de su vida y tengan un hijo que se llame Vale.

—Odio que te hayan robado la oportunidad de vivir todos esos momentos.

—¿Qué momentos?

—Todo lo que quieres: enamorarte, caminar hacia el altar en tu boda, sostener en brazos por primera vez a tu bebé, todo eso.

—Yo también lo odio. Me gusta saber que no morirá conmigo. Eres la primera persona a la que le he hablado de Vale.

—¿Ni siquiera lo has hablado con Scarlett?

—No. Al igual que tú, no estoy seguro de cuán realista era todo eso. De verdad creía que tendría más tiempo para lograr esos sueños, pero seguiría habiendo demasiadas barreras. No quería que Scarlett se ilusionara demasiado solo para no poder ver todo eso. Sobre todo porque ella quiere tener una gran familia; quiere tener trillizos. Se habría ofrecido a llamar Vale a uno de ellos por mí, pero eso habría sido renunciar a mi Vale. Puede que tenga que comentárselo ahora.

Una idea para una historia: un cementerio de sueños muertos, con lápidas que identifiquen a cada uno.

Espero poder encontrar un final feliz para esa historia.

—Si me pasa algo, ¿se lo contarás a Scarlett por mí? —me pregunta Valentino.

—Pues claro. Este mundo necesita un Vale Prince, aunque

yo tenga que llamar a mi hijo así. —Valentino tose al escucharme.

—No lo dices en serio.

Me paro y le sujeto por la muñeca.

—Que no, lo digo en serio. Nunca te mentiría. De primer nombre Vale. De segundo nombre Prince. De apellido Pagan.

—Vale Prince Pagan —dice Valentino para probarlo en voz alta. Mira la silueta de Nueva York como si se estuviera imaginando a este niño creciendo en la ciudad en la que él no ha podido—. Tendría tus rizos y una sonora risa.

—Es una pena que no vaya a tener tus ojos azules.

—El castaño también es un color bonito —dice Valentino.

Se gira para mirarme con su intensa mirada.

Presiono mi mano en su pecho y le paso los dedos por la clavícula.

—Me alegro de que el niño vaya a tener tu corazón.

—Técnicamente serás tú quien tenga mi corazón.

Noto crecer un fuego en mi interior, pero esta vez no es un infarto.

Es la vida resurgiendo en mí.

—Tú has tenido mi corazón desde el principio, Valentino.

Estoy ardiendo, ardiendo, ardiendo.

—Y tú me has dado el mejor Último Día.

—No ha terminado. Todavía te quedan muchas primeras veces que vivir.

—Hay una a la que le tengo muchas más ganas que a las demás.

—Pues *carpe puto diem...*

Los labios con forma de corazón de Valentino me hacen callar.

VALENTINO

13:01 HORAS

Solo ha pasado un segundo de mi primer beso y ya espero que no sea mi último.

Es un beso dulce, aunque llevo años (y los mejores momentos de mi Último Día) muriéndome de ganas de vivir algo así. Es como si Orion y yo nos estuviéramos saboreando, hasta que empezamos a besarnos con más intensidad. El beso pasa de lento a rápido, de tranquilo a fuerte, como mis latidos. Es tan apasionado que mi cabeza hace que se le caiga la gorra. Casi pienso en dejarla en el suelo, pero es de su padre y merece más respeto. Consigo romper el beso y me agacho a por la gorra. Cuando me levanto, agarro a Orion por los muslos, y él enrolla las piernas alrededor de mi cintura. Siempre he querido llevar a un chico así.

Orion me besa desde arriba y yo veo las estrellas.

Añado este beso a la lista de cosas que no quiero que terminen. Sin embargo, tanto si es una carrera mañanera como el beso perfecto, todas las cosas buenas deben acabar cuando necesitas respirar.

Orion suelta las piernas y se desliza por mi cuerpo hasta que estamos cara a cara. Le vuelvo a poner la gorra sobre los rizos, y se la ajusta como a él le gusta; la próxima vez se la pondré bien.

—Hola —dice.

—Hola. Eso ha sido memorable.

—Ey, puede que contar la historia se me dé mal, pero no hacerla.

El puente de Brooklyn ofrece muchas vistas. En lo más alto, hay una bandera estadounidense que ondea al viento. Están los coches que pasan debajo de nosotros y el río que fluye más abajo. Los edificios que no tendré tiempo de visitar, pero que puedo apreciar desde aquí, y el cielo gris por encima de todo. Todo es precioso, pero nada comparable con el chico que me ha traído. Suspiro profundamente.

—Has hecho que mi Último Día fuera muy difícil, Orion.

Al principio, vislumbro algo de flirteo en su mirada y luego preocupación cuando ve que no estoy sonriendo.

—Mierda. Lo siento si...

Deslizo las manos hasta las suyas y las uno por las palmas.

—Gracias por haberme permitido experimentar un poco de la vida por la que me mudé. No va a ser una vida muy larga, pero estoy pudiendo vivirla gracias a ti.

—Yo tampoco sé cuánto tiempo tengo, pero si eres mi primero y último, podría...

—No digas que morirías feliz.

—Pues moriría... de manera miserable...

—Eso tampoco es algo bueno.

—Entonces, ¿cómo saldría ganando?

—Negándote a aceptar la derrota. Me honra haber sido tu primero, pero no quiero ser el último.

—No es que las cosas suelen irme bien. Eres el único chico que me ha gustado en mi vida y...

Metó su mano en el interior de mi camisa y mi corazón late contra su palma.

—Después de la operación, tendrás más tiempo. Por favor,

úsalo de forma sabia de manera que no tengas que juntarlo todo en un día. Escribe la novela más larga del mundo. Busca el amor. Forma tu familia.

—¿Por qué me estás dando un discurso de despedida ahora mismo? —me pregunta Orion, que está llorando.

—Porque no puedo contener nada más. —Vuelvo a besarlo —. Sobre todo no tras mi primera vez contigo.

—Todavía hay tiempo para mejorarlo.

—¿Cómo?

—Voy a llevarte a tu primera cita, Valentino.

JOAQUÍN ROSA

13:11 HORAS

Joaquín ha vuelto a las oficinas de Muerte Súbita y mira el *call center* vacío. Los heraldos ya se han ido a casa, pero ¿seguirán teniendo trabajo cuando vuelvan esta noche?

Va directo al despacho de la empresa, donde espera hallar a su familia alrededor de la mesa o viendo la televisión, pero no hay nadie allí. Puede oír la televisión en el dormitorio, así que llama con cuidado a la puerta antes de entrar y se encuentra con Nora y Alano durmiendo en el colchón de matrimonio, un lujo en el que Joaquín invirtió sabiendo que su familia podría pasar alguna noche allí. El cachorro se baja de la cama y corre hacia él. Joaquín levanta a Bucky y lo acaricia, y siente de inmediato cómo su presión arterial disminuye. Lo necesitaba de verdad.

Todo lo que ha pasado desde que se fue ha sido difícil, frustrante, decepcionante y doloroso.

Joaquín apaga la tele, que está reproduciendo la película de Scorpius Hawthorne, y va al baño para lavarse la cara y beber agua directamente del grifo. El tiempo que pasa en el sótano siempre hace que acabe desconectando de sí mismo, pero ahora mismo se siente... bueno, como Joaquín.

—Hola —le dice Naya, que está detrás con ojos cansados—. ¿Ha habido suerte?

Nunca hablan sobre lo que hay en el sótano ni acerca de lo que sucede en él. Fuera de allí, todo el tiempo, Joaquín y Naya, y puede que Alano algún día, deben vivir como si hubiera pequeñas cámaras donde quiera que van, colocadas por alguien que quiere descubrir el secreto de

Muerte Súbita.

—Un poco, pero no la suficiente. ¿Hemos recibido más informes? —Naya asiente.

—Hemos recibido once informes de muerte. Todas han sido registradas. Ninguna notificada.

Joaquín vuelve a sentirse inseguro.

—Tengo que emitir un comunicado.

—¿Esto es el fin?

Joaquín detecta un poco de esperanza en su voz, por un sueño que él nunca podrá realizar.

—No, pero si he entendido el problema correctamente, este problema técnico no ha acabado.

—¿A qué te refieres? —pregunta Naya. Levanta la mano, ya que entiende que él no puede darle todos los detalles.

Joaquín comparte lo que puede.

—Tengo la sensación de que este problema involucra a doce personas.

Eso significa que todavía queda un Fiambre con vida que no sabe que es su Último Día.

ORION

13:24 HORAS

Valentino y yo vamos de la mano como una pareja mientras seguimos avanzando por el puente.

Vamos dando distintas ideas para nuestra primera cita, tratando de encontrar algo que no ponga en peligro la operación de más tarde, algo que Valentino está más determinado que nunca a proteger. Sentarnos en un buen restaurante es todo un clásico, pero oler la comida caliente que no podemos comer sería una tortura, y por mucho que me encantaría ver cómo Valentino le pide su primera bebida alcohólica a un camarero antes de morir, es probable que no debamos beber antes de la operación. Por suerte, hay opciones que son más seguras, como dar un paseo por Central Park y montar en el tiovivo, puede que incluso juntos en el mismo caballo o unicornio, si queremos hacer que sea todavía más gay. También está el parque Bryant, donde tienen lugar algunas pasarelas de la semana de la moda de Nueva York, pero hoy no hay nada que Valentino pueda ver allí.

—Son muchas opciones —digo.

—Ya lo decidiremos —responde Valentino.

El puente está más lleno a este lado. Yo presto más atención a todo por si alguno de los que están aquí pudiera ser una amenaza para Valentino, mientras que él está tan relajado que le pide a un extraño que nos saque una foto. Siento que todo el mundo me mira y soy consciente de que soy incapaz de imaginarme estando tan cómodo abrazado a otro chico tan cerca del Bronx. Dejo de darle importancia a

lo que piense la gente cuando Valentino me acerca para besarme, igual que he visto hacer a tantos chicos y chicas en el pasado. Me encanta que haber documentado con la cámara este momento sea tanto un cliché como una callada de boca para todo aquel que no quiere ver a dos chicos besándose. Aún no hemos revisado ninguna de las fotos que hemos hecho hoy y yo estoy que me muero de ganas de revivir este momento cuando lo hagamos.

Andamos más despacio cuando pasamos por una valla que tiene enganchados un montón de candados de colores.

—Esos son muchos candados.

—En serio, es necesario crear una expresión para referirse a todos ellos. —Lo medito durante un segundo—. Un enlace de candados.

—Esa es buena. ¿Puedo preguntar qué son, mi predilecto historiador?

—No tiene mucha historia, creo que empezó el año pasado. Son candados de amor. Todo el mundo presume de sus lazos indestructibles y bla, bla, bla.

—Eres todo un fan, ¿eh?

—Supongo que sigo estando un poco resentido con el amor.

La mayoría de los candados tienen nombres escritos como, por ejemplo: LOUIS&JORDIN; HOWIE + LENA; NICKY Y DAVE; y CARLOS AMA A PERSIDA. Otros tienen fechas de aniversarios que nunca viviré.

No hay candados con nombres de dos chicos.

Ojalá hubiera uno, y que tuviera los colores del arcoíris.

—Molan mucho —dice Valentino mientras pasa los dedos por la valla antes de seguir andando por el puente y de tirar

de mí como una corriente.

—Tendría que haberte traído un candado. ¿Por qué cojones no hay nadie vendiéndolos aquí? Podrían ganar un dineral.

—Siempre puedes volver y dejar uno en mi honor —dice Valentino entre risas.

—No, quiero crear momentos mientras te tenga conmigo.

No es el fin del mundo, ya que Valentino y yo tenemos las fotos, pero quiero conmemorar el viaje que hemos hecho desde que estamos en este puente. Desde nuestro inicio, las paradas que hemos hecho por nuestros nuevos comienzos hasta la aceptación de nuestro fin. Si tuviera un rotulador, podría escribir nuestros nombres en el metal. Luego, veo uno de los bancos de madera que hay para que los turistas descansen. Saco mis llaves, me arrodillo y empiezo a tallar V-A-L-E-N-T-I-N-O mientras él me saca una foto dañando las instalaciones de la ciudad. Cuando termino con su nombre, él saca las llaves de la casa de Scarlett y empieza a tallar el mío en el banco. No le lleva mucho acabarlo. Se lee como una sola palabra:

ValentinORION

Me gusta cómo la O de su nombre se transforma en la inicial del mío, como si me la estuviera cediendo junto con su corazón. Aceptaré cada letra, cada beso y cada aliento que me dé antes de que me toque vivir sin él.

—Ya sé a dónde quiero ir en nuestra primera cita —dice Valentino.

—¿A dónde?

—A Times Square.

—Pero allí fue donde...

—Donde descubrí que iba a morir.

—Y donde casi lo haces.

—También es donde nos conocimos. Me gustaría volver.

—¿Estás seguro de que es por nosotros y no porque quieres encontrar tu móvil?

—¿Ves? Qué bien me conoces.

Suspiro. No puedo negarle un deseo a un chico moribundo.

—Volvamos adonde todo empezó.

JOAQUÍN ROSA

14:00 HORAS

Joaquín se coloca delante de la cámara, tiene un micrófono enganchado al cuello.

Está sentado en una de las cabinas privadas de Muerte Súbita, que están pensadas para aquellos heraldos que necesitan tomarse un momento de descanso cuando el peso del trabajo empieza a calar en ellos. El propio Joaquín está tentado de ponerse a gritar ahora, tras haber leído muchas de las cosas feas que se dicen en internet sobre él y su empresa. No, no han tenido un lanzamiento brillante, pero han acertado con todas sus predicciones. Por desgracia, algunos se les escaparon debido a los fallos técnicos producidos por... no puede decirlo. Debe tranquilizarse, ya que su transmisión en la web de Muerte Súbita es en directo.

—Hola. Soy Joaquín Rosa y os hablo desde las oficinas de Muerte Súbita para contaros algunas noticias. Hemos detectado que ha habido un fallo en el sistema y, aunque no puedo revelar la causa de este fallo, debo reconocer que ha pasado y que, en consecuencia, no solo hemos traicionado todas las promesas que hemos hecho a nuestros usuarios, sino que también hemos fallado en nuestra misión de empezar esta nueva era de dejar de preocuparse por las muertes inesperadas. Esas pérdidas me perseguirán hasta el día de mi muerte. Traslado mi más sincero pésame y muy pronto me pondré en contacto personalmente con las familias de los afectados. Si me aceptan la llamada, claro.

Hay quien podría decir que Joaquín no debería disculparse

por algo que no es su culpa. Él de verdad cree que no es responsable de todos los trabajadores de su empresa, ya que tampoco es que se pase el día controlando y supervisando su trabajo. No obstante, como no puede revelar los detalles de lo que ha sucedido, al igual que es él quien habla sobre los éxitos de Muerte Súbita, también tiene que ser él quien dé la cara para hablar de sus fallos.

—Sin embargo, Muerte Súbita no morirá hoy. Aunque hemos fallado al llamar a algunos Fiambres para avisarlos de que era su Último Día, hemos registrado un ciento por ciento de tasa de acierto con el resto de las predicciones que hemos hecho. Por desgracia, aquellos a los que hemos llamado han muerto o creemos que van a morir de aquí al final del día. Podemos esperar equivocarnos en esto también, pero os pedimos que sigáis actuando como si estuviéramos en lo cierto. —Joaquín respira hondo y les da a los espectadores la oportunidad de asimilarlo—. En cuanto al error de hoy, creo que para mañana el problema ya se habrá solucionado para todos los usuarios. Durante las próximas diez horas, os pido que mantengáis la calma. Vivid al máximo, pero no como si fuerais invencibles.

VALENTINO

14:02 HORAS

La vida avanza rápido cuando dejas de pararte a esperar que suceda algo que quieres. Cuando vas a por ello.

Pensar que Orion y yo empezamos nuestro paseo por el puente de Brooklyn hablando sobre por qué el amor es complicado para chicos como nosotros y que estamos llegando al otro extremo de la mano es tan increíble como nuestro primer beso.

Ahora todo el tiempo que puedo pasar en Brooklyn antes de morir es el que tarde en llegar a la estación de la calle Court para que Orion y yo podamos volver a Manhattan para tener nuestra primera cita en Times Square, donde nos conocimos.

¿Me preocupa que esté destinado a morir en Times Square? Puede que un poco, pero no quiero seguir dándole poder a cosas que no dependen de mí. Esta es una elección que estoy haciendo yo. No parte del plan de un ser superior.

Voy a volver a Times Square, donde mi vida debería haber terminado, y voy a disfrutar de mi primera cita con el chico que me salvó la vida.

Puede que luego podamos regresar a mi casa para pasar algo de tiempo a solas y esperar de forma segura a que Scarlett llegue mientras las manillas del reloj siguen avanzando.

Nos subimos al tren de la línea R y el vagón va lleno. Estoy presionado contra la puerta, tengo la espalda de Orion apoyada en mí y las manos alrededor de su cintura. Él descansa la cabeza en mi hombro. Me alegra que tenga los

ojos cerrados porque así no puede ver las miradas que los pasajeros nos lanzan, como si estuviéramos haciendo algo mal. Esta ciudad puede ser espeluznante, pero no voy a mostrarles miedo. No voy a tener una larga vida repleta de momentos como este con Orion y quiero disfrutar de sentir el cuerpo de alguien contra el mío mientras pueda.

—¿Crees que por fin podré ver uno de esos espectáculos de baile? —le pregunto.

Orion mira el mapa de las líneas del metro.

—Más vale que alguien baile antes de que lleguemos a tu casa.

—Pero ¿no hay demasiada gente?

—Eso es lo que tú te crees. La gente se retira muy rápido cuando empiezan a escuchar la música.

El trayecto es bastante agradable, aunque resulta más que obvio que me ilusiono cada vez que las puertas que conectan los vagones se abren al pensar que los bailarines están a punto de hacer su entrada. Hasta ahora solo han entrado otros pasajeros que se han movido hacia otra parte del tren y un niño que vendía caramelos en una caja de zapatos para pagarse la sudadera de su equipo de baloncesto y al que le di todo el efectivo que me quedaba.

Tras unas cuantas paradas, ya ha salido suficiente gente como para que Orion y yo podamos sentarnos en una esquina. Me pasa el brazo por los hombros y pone una pierna sobre las mías. Le beso cuando me sonrío y pienso en que todo está empezando para nosotros, tal y como pasaría con dos personas que se han conocido hace menos de veinticuatro horas. Creo que las cosas no habrían pasado tan rápido si tuviera todo el tiempo del mundo, pero eso no

significa que no hubiera disfrutado igual de la estación secreta y de los largos paseos por el puente. Simplemente habría querido más, igual que ahora.

—Creo que voy a tener que hacer el ridículo por ti— dice Orion en la siguiente parada.

—¿Qué quieres decir?

—Un segundo, estoy esperando una señal —dice Orion mientras me aprieta el muslo.

Miro a mi alrededor intentando ver a qué le está prestando atención. Luego, salimos del túnel, llegamos a la siguiente estación y veo el cartel que pone: CALLE PRINCE. Jadeo de la sorpresa y rápidamente le saco una foto. Quiero que Scarlett venga a verlo. Sigo sin entender cómo va a hacer el ridículo Orion. Se levanta, y yo hago lo mismo, ya que creo que vamos a bajarnos antes, pero Orion me empuja con cuidado de vuelta al asiento. Se quita la sudadera y me la deja en el regazo.

—Más te vale apreciar esto —me dice.

—¿Apreciar el qué?

Las puertas del tren se cierran. Orion respira profundo y grita las palabras mágicas:

—¡Hora del espectáculo!

Abro la boca mientras el resto de la gente levanta la mirada, parecen estar más molestos que emocionados. La curiosidad de la mayoría hace que sigan mirando a Orion. Yo estoy sorprendido de que esté dispuesto a hacerlo. Ha debido de hacer de tripas corazón; no hablo del órgano en sí, sino del coraje.

—¡Es la hora del espectáculo en la línea R! ¡Este espectáculo tan especial está dedicado a nuestro nuevo

neoyorquino! —Orion me señala, y yo me sonrojo. Está dando palmas, haciendo todo lo posible por arrancar un aplauso de los demás pasajeros—. ¡Gracias, gracias!

Orion saca el teléfono y empieza a reproducir una canción tecno. Esto me hace pensar que no sé el tipo de música que le gusta, que detalles como este son los que demuestran que seguimos siendo desconocidos y que, aun así, ahí está, a punto de hacer este gran gesto por mí. Coloca el teléfono en el suelo mientras empieza a moverse lentamente alrededor de la barra del centro del vagón; detecto que no es un talento oculto que haya estado reservando para revelar en el momento perfecto sino que va a ser todo un desastre y voy a disfrutar de cada segundo. Orion se desliza hacia abajo y camina como un cangrejo hacia la puerta, luego rueda torpemente hacia delante. Me río a más no poder de lo increíblemente estúpida que parece la situación mientras que otros pasajeros miran a Orion como si estuviera borracho. Desconozco cómo es el Orion borracho, pero no puede ser muy distinto a esto. Empiezo a sacar fotos mientras Orion salta y se balancea por las barras que hay para las personas más altas en la parte de arriba del vagón. Todo el mundo sigue sin parecer impresionado, y a mí me sorprende y alivia que nadie le esté abucheando.

—¡Ahora la parte importante! —exclama Orion. Se quita la gorra de béisbol, la lanza hacia arriba e intenta engancharla con el pie. Falla la primera, la segunda, la tercera, la cuarta y, aunque está a punto de conseguirlo, la quinta vez también falla.

—¡Tú puedes! —grito y empiezo a aplaudir lento. Para mi sorpresa, otros pasajeros se unen—. ¡Vamos, Orion!

Lo siguiente no es perfecto, aunque Orion tiene a extraños animándole, pero me dedica una sonrisa. Luego se concentra al tirar de nuevo la gorra, consigue meter el pie y se agarra a la barra antes de caerse.

Me duelen las manos de lo fuerte que estoy aplaudiendo.

Orion recoge el teléfono del suelo y se pasea de un lado al otro del tren pidiendo dinero con la gorra. Vuelve a mí con un billete de un dólar, algo de calderilla y un beso.

—¿Te avergüenzas ya de conocerme? —me pregunta Orion.

—Para nada. Ha sido el mejor espectáculo de mi vida.

—Vaya, pues qué deprimente —bromea. Al menos creo que lo dice de broma.

—Muchas gracias, Orion. Ha sido todo lo que necesitaba.

—Creo que no va a ser nada comparado con lo que viene a continuación.

—¿Qué es?

—Que montes un espectáculo.

—Creo que sería demasiado peligroso que me estuviera balanceando de un lado al otro del tren.

—No, no te estoy pidiendo que hagas eso. Quiero que hagas tu primer pase como modelo.

La sonrisa de Orion es muy pícara. Es el rey de crear momentos memorables.

Me giro al pasillo que está vacío y me imagino fácilmente que es un escenario. En lugar de sillas, hay asientos de tren con gente que me va a ver. Ni loco pienso dejar pasar una oportunidad tan increíble como esta.

—Hagámoslo —respondo.

Orion me sacude los hombros de la emoción.

—¡Esto va a ser épico! Vale, son un público difícil, pero puedo darle emoción al decir que se trata de un espectáculo único. ¿Te animas a que te presente como un Fiambre, quizá como el primero de todos? Quiero que recibas todo el amor que mereces.

Incluso si nadie más presta atención, creo que sería igual de feliz si Orion me viera desfilar por el tren.

—Como tú pienses que sea mejor —le contesto, y me da el teléfono.

—Elige tu canción.

Quería saber qué música le gusta a Orion y ahora voy a poder descubrirlo. Hay mucha variedad, desde Linkin Park, Alicia Keys, Evanescence, Death Cab for Cutie, Carlos Santana, Celine Dion, Eve, hasta las Pussycat Dolls. Hay muchas canciones de mujeres, lo que me hace pensar en mi propia lista de reproducción, esa que escuchaba siempre que tenía la casa para mí solo. Nunca me sentía del todo cómodo escuchando canciones pop delante de mis padres, sobre todo si la artista era una mujer. Eso era así tanto antes como después de haber salido del armario. Si ellos estaban en casa y yo quería escuchar mis canciones preferidas, que desaprobaban, tenía que escucharlas de forma discreta en mi iPod; parecía que les estuviera volviendo a ocultar mis hábitos porno. Sin embargo, ahora mis padres no están aquí, y yo no estoy encerrado en mi cuarto. Soy libre de escuchar lo que quiera, de quien quiera y cuando quiera.

Hay una canción de la lista de Orion que también estaba en la mía: *Release me* de Agnes. Me parece que es la apropiada.

—¡Atención, atención! —exclama Orion. Se sube a uno de los asientos del tren con el brazo estirado como si estuviera navegando en la cubierta de un barco, de mi barco. Ha sido un cocapitán excepcional, tal y como yo pensaba que lo sería—. No se preocupen, no voy a volver a bailar —dice después de que un par de pasajeros gruñeran como si otra interrupción fuera a arruinarles la tarde—, pero tenemos un espectáculo especial para ustedes. Este es Valentino Prince y no solo es un Fiambre, sino que es el primer Fiambre de todos, ¡le llamó el mismísimo Joaquín Rosa!

Por primera vez, todo el mundo está prestando atención.

Nadie está mirando el móvil ni leyendo un libro ni hablando sobre ellos mismos.

La muerte hace que la gente preste ese tipo de atención.

Todo el mundo me mira. Orion también.

—Valentino se mudó a Nueva York para ser modelo, pero, ya que hoy es su Último Día, me encantaría que lo animáramos mientras convierte este vagón en su primera y última pasarela. ¿Podemos hacerlo por él?

Hay un momento de aplausos, como si fuera un famoso al que todo el mundo estuviera esperando ver.

Orion le da *play* a la canción.

Todos los nervios se esfuman en cuanto doy el primer paso y camino por mi pasarela imaginaria, pongo una pierna delante de la otra como un acróbata en una cuerda floja; un paso en falso y puedes morir. Balanceo los brazos y muevo las caderas de forma natural mientras me echo hacia atrás, saco el pecho y mantengo la cabeza erguida. Miro al frente mientras la música me sigue gracias a Orion. Los pasajeros me animan y me sacan fotos con los móviles, puede que

hasta estén grabando. No puedo dejar que eso me desconcentre. Todos los modelos deben tener un objetivo, algo que vender a quienes están mirando. En mi caso es hacer todo lo posible por que sus sueños se hagan realidad. Al final del vagón, abro la camisa, me meto una mano en el bolsillo y vuelvo por el pasillo. Me paro para pasar la mano por la misma barra en la que Orion bailó. Él silba, y otros se unen a él. Esto es algo que solo me había imaginado, y vivirlo es un sueño hecho realidad.

No importa que no esté andando por una de las grandes pasarelas de la semana de la moda de Nueva York, Londres, Tokio, París o Milán. Me está viendo gente de verdad, gente que me habrá visto contonearme de una forma en la que no podía en mi propia casa.

Mientras doy otra vuelta por el tren, me doy cuenta de que estamos a una parada de distancia de Times Square. Algunos pasajeros me dan el pésame antes de salir mientras otros entran.

—¡Esta es su última parada para ver al gran y único Valentino Prince! —grita Orion mientras saca fotos.

Para mi última actuación, me deshago de todo.

Empiezo a quitarme la ropa como si fuera una vieja vida de la que hay que desprenderse.

Primero, me coloco la camisa sobre el hombro hasta que paso por al lado de Orion y se la doy.

Luego, presumo del ¡QUE TENGAS UN BUEN ÚLTIMO DÍA! de la camiseta antes de quitármela.

Finalmente, me quedo en vaqueros y botas.

Todo el mundo me anima, y Orion está recogiendo dinero con su gorra mientras la canción termina y llegamos a

Times Square. La mayoría de los pasajeros se levanta para ovacionarme, y yo le lanzo un beso a todo el mundo antes de recoger mi camiseta y darle la mano a Orion para salir del tren hacia el andén. Dejo la ropa en el suelo y vuelvo a elevar a Orion de la misma forma en que lo hice en el puente. Él clava las uñas en mi espalda sudorosa.

Ambos nos reímos de lo graciosa que ha sido la experiencia y luego les ofrecemos a los neoyorquinos un tercer espectáculo: un beso tan pasional que demuestra que Orion y yo no somos extraños.

Ninguno de ellos sabe que casi muero en Times Square ni lo maravilloso que es estar aquí de nuevo.

—Has estado fantástico —me felicita Orion—. Deberías, no sé, ser modelo.

—Estoy buscando a un nuevo agente, pero debo preguntar: ¿crees en Muerte Súbita?

—Por supuesto que no.

—Genial. El trabajo es tuyo —Me seco el sudor del pecho con la camisa antes de vestirme—. Has hecho mi sueño realidad, Orion. Muchas gracias por todo.

—Siento que hayas tenido que ver un espectáculo de baile tan lamentable.

—Ha sido el plato fuerte.

—Entonces tienes mal gusto. Sigo sin creerme que haya hecho eso.

—Ha sido muy adorable, pero no te preocupes, que si te ha dado tanta vergüenza, muere conmigo.

—¡Y vive con el resto de los neoyorquinos que lo ha visto!

—Bueno, la próxima vez piénsatelo dos veces antes de hacerlo. Mejor incluso, no lo pienses dos veces. ¿No es más

liberador dejarse llevar?

Orion no se piensa dos veces darme un beso.

—¿Así?

—Justamente.

Le doy la mano mientras subimos por las escaleras, y salimos a Times Square como si fuera mi primera vez. Es distinto a anoche. El sol está alto y las pantallas gigantes están mostrando los anuncios de siempre en lugar del reloj de arena de Muerte Súbita. Los turistas entran y salen de las tiendas. Una multitud rodea a dos bailarines de *break dance*, que parecen bailarinas mientras giran encima de cajas aplastadas y visten camisetas y pantalones de chándal blancos. Los coches avanzan por Times Square tan lento que parece como si estuvieran conduciendo sobre arena. Un vendedor de perritos calientes está regateando con alguien, y estoy seguro de que podría hacer que comprara uno por cincuenta dólares, así de hambriento estoy. Música española resuena en un altavoz que hay detrás de mí.

Times Square está repleta de vida.

Aunque anoche un hombre fuera asesinado aquí.

Aunque me dijeran que voy a morir.

No obstante, lo que Muerte Súbita quería de verdad era que viviera, y hasta ahora no he parado.

Con suerte, todavía me quedan más cosas por hacer.

SCARLETT PRINCE

11:15 HORAS (tiempo estándar de la montaña)

Scarlett necesita que este avión despegue.

Ya es suficientemente malo que esté reviviendo el trauma del primer vuelo, pero puede dejarlo atrás siempre que esté en movimiento, siempre que avance. Su tiempo con Valentino ya es muy limitado y no quiere ni hablar de que se ha consumido la mitad del tiempo de su Último Día. Se suponía que Scarlett y Valentino se verían el uno al otro durante sus largas y completas vidas, pero se lo han arrebatado. Scarlett ni siquiera sabe lo que hará con Valentino cuando llegue, ni siquiera sabe lo que tiene que hacer además de pasar tiempo con él, pero ella solo quiere llegar a Nueva York y decidirlo cuando ya estén juntos.

Scarlett no puede creerse este día.

¿Por qué el avión sigue sin despegar?

¿Qué pasa ahora?

¿No han comprobado a los pilotos? ¿O es que no están registrados en Muerte Súbita?

Está a punto de unirse al grupo de los pasajeros que están molestando a las azafatas en busca de respuestas cuando uno de los pilotos se dirige a todo el mundo.

—Atención, pasajeros. Tengo algunas noticias que dar.

En lo más profundo del alma, como si Muerte Súbita estuviera llamando, Scarlett lo sabe, simplemente lo sabe.

ORION

14:37 HORAS

Valentino y yo nos estamos volviendo inseparables, como si fuéramos la versión en carne y hueso de nuestros nombres tallados en el puente de Brooklyn, ValentinOrion, todo junto, con la O en mayúscula porque nos pertenece a ambos. Si no le estoy dando la mano porque está sacando fotos de Times Square, le pongo la mano en el hombro o engancho un dedo en una de las presillas de su cinturón. Es como si yo fuera a salir volando si perdemos el contacto. Bueno, más bien, él.

Vamos de la mano mientras paseamos por Times Square, en dirección a la zona en la que la gente estaba contando sus historias originales sobre Muerte Súbita. Donde conocí a Valentino. El escenario en el que nunca llegué a subirme ya no está, pero los bancos de cristal rojos permanecen como un nuevo elemento fijo, hay mucha gente sentada ahí.

—Bien, yo estaba bastante desanimado por no haber podido contar mi historia, pero entonces pasaste por delante de mí, y me... y me gustaste desde el principio.

—¿Así de rápido? —me pregunta Valentino.

—Así de rápido. ¿Pensaste que era un friqui total por saludarte?

—No, también pensé que eras mono y, de hecho, yo te vi primero.

—Espera, ¿qué?

—Estaba paseando por Square...

—¡Nadie la llama así!

—Bueno, pues empieza esa moda en mi honor.

—Lo odiaré, pero vale. Sigue. Cuéntame cómo pensaste lo

increíblemente mono que era mientras paseabas por Square.

—Estaba paseando por Square cuando esa presentación de Muerte Súbita me llamó la atención y...

—¡Y yo también!

—¿Quieres contar tú la historia de cómo pensé que eras mono o quieres que la cuente yo?

—¿En serio le estás preguntando a un escritor si quiere contar...?

—El caso es que te vi...

—¡Pero no me saludaste!

—¡Seguramente porque sabía que no podría hablar!

Finjo cerrar la boca con un candado y le doy la llave imaginaria a Valentino. Él la sujeta en su puño.

—Con mi suerte, es probable que la pierda, igual que el móvil. —Valentino mira por encima del hombro por si tuviera la suerte de encontrar su iPhone en el suelo, esperándolo—. No te saludé porque no sabía si era algo que la gente hacía de verdad, pero estoy muy contento de que tú hicieras lo que yo no tuve el corazón de hacer.

Quiero quitarle la llave de la mano para poder abrir la boca y preguntarle si el juego de palabras era intencionado o para tomarle el pelo sobre lo mucho que no quiere mi corazón roto, pero Valentino me la abre con un beso.

—Para que lo sepas, nunca le he entrado a un chico guapo. Solo intentaba disfrutar de la vida.

—Gracias a Dios que... Te estoy realmente agradecido porque hayas dado el primer paso, Orion.

—Gracias por no haberme rechazado con alguna respuesta ridiculizante, Valentino.

No me quita ojo, como si yo fuera la parte más interesante de la ciudad.

Saco la cámara del bolsillo de la sudadera y enfoco a la esquina de abajo del banco antes de decir:

—Ve a sentarte. Quiero sacarte una foto en el sitio donde nos conocimos.

—No me la voy a sacar solo. En esta salimos los dos.

Valentino y yo nos sentamos en el banco, extendiendo el brazo y espero que salga bien. Estoy a punto de pulsar el botón para sacarla sin importar lo mal que salga cuando alguien me toca el hombro. Es un señor mayor latino que está sentado al lado de un niño con el pelo rizado y gafas; no sé si son padre e hijo, pero familia seguro.

—¿Os la hago? —se ofrece.

—Ah, sí. ¿No le importa?

—Claro que no.

Nos apartamos para que el hombre y el niño puedan bajar con facilidad.

El niño parece estar un poco asustado, como si estuviera a punto de esconderse detrás del hombre. Supongo que tiene nueve o diez años.

—No pasa nada, Mateo —le dice el hombre.

Le doy la cámara, aunque me siento un poco mal por haber asustado a Mateo, que sigue mirando a todos lados. Me inunda la terrible sensación de que quizás sea el Último Día de Mateo y de que está aterrado de morir, pero que de verdad quería observar a la gente en Times Square antes de hacerlo. Valentino me saca de mis cavilaciones cuando gira mi cara hacia él y nuestras miradas se encuentran. El hombre cuenta hasta tres y en lugar de sonreír en dirección

a la cámara, Valentino se inclina y me besa. Para mí significa un mundo poder tener este momento inmortalizado y, cuando nos separamos, Valentino sonrío con los ojos cerrados, como si estuviera grabando este recuerdo en su memoria, como si no fuera a poder revisar las fotos conmigo.

—Precioso —dice el hombre cuando me entrega la cámara—. Será una gran postal que mandar a vuestras familias.

—No, a mi familia, no —responde Valentino con tristeza.

—Lamento escuchar eso —contesta el señor—. Me alegro de que estés viviendo tu vida como debes.

—Muchas gracias, señor —agradece Valentino, que le da la mano. Yo se la estrecho después y me giro hacia Mateo.

—Perdona si te hemos asustado antes. ¿Amigos?

Le ofrezco el puño para que choque, pero Mateo prefiere un apretón de manos, así que cuando abro el puño él me ofrece el suyo. Se sonroja y parece estar triste, no enfadado como Rufus, el niño de la tienda de empeños, sino decepcionado consigo mismo por ser incapaz de hacer nada bien. Todos esos sentimientos también son válidos, sin duda yo pasé por un montón de enfados y vergüenza cuando intentaba vivir sin mis padres. Nunca existieron unas palabras mágicas que hicieran que me sintiera mejor cuando estaba tan hundido y no conozco tanto a este niño como para intentar algo con él. Así que opto por ser natural.

—Ey, no pasa nada —le digo a Mateo, que no parece crearme.

—Venga, hijo. Vamos al parque —le propone el hombre, que es probable que se haya dado cuenta de que lo mejor para Mateo es sacarlo de esta situación—. Disfrutad del

resto del día.

—Ese es el objetivo —responde Valentino con una sonrisa que solo yo comprendo. Vemos cómo se van hacia el parque, el hombre mantiene cerca a Mateo—. Es bonito ver a un padre que se preocupa por su hijo de esa manera.

—Me recuerda a mi padre —confieso. Estoy tan acostumbrado a hablar sobre mis padres con tanto cariño que se me olvida no hacerlo delante de Valentino, que no tuvo tanta suerte—. Perdón.

—No te disculpes por haber tenido una infancia llena de amor. Sé que es complicado, pero yo diría que también la tuve. Soy capaz de recordar lo que era sentirse querido por mis padres. Los miles de regalos debajo del árbol de Navidad, las grandes fiestas de cumpleaños, los cuidados cuando enfermaba. Teníamos noches de películas en las que Scarlett y yo elegíamos qué ver. Si Scarlett y yo no nos poníamos de acuerdo con la película, nuestro padre se quedaba despierto para ver ambas. —Mira alrededor de Times Square—. Creo que si hubiera crecido en Nueva York, mis padres nos habrían llevado a todas partes: a visitar la Estatua de la Libertad, a ver el árbol de Navidad del Rockefeller Center, el teatro Radio City, el Empire State Building. Aquí, por supuesto.

Muchas de las cosas que ha dicho Valentino me entristecen, incluso me molestan. Un padre no debería quererte solo en tu infancia, pero me alegro de que su vida no haya sido un auténtico infierno. Podría haber sido mucho mejor si tuviera padres o tutores como los míos. Puede que si hubiera crecido en Nueva York nos habríamos conocido antes. Me duele pensar lo fácil y lo duro que habría sido su

Último Día si lo conociera desde hace años.

No puedo empezar a desmoronarme ahora, tengo que ser fuerte.

—¿Qué más quieres hacer mientras estamos aquí? ¿Quieres encontrar a un artista que nos haga una caricatura? No, eso es una pérdida de tiempo.

—Sentarme a tu lado no es una pérdida de tiempo —me dice.

—Si tú lo dices... —Saco el suelto que recaudé durante su pasarela en el metro y lo cuento—. Sesenta pavos.

—¿Tan poco? Pensaba que había hecho un trabajo mejor.

—Te estás quedando conmigo, ¿verdad? Sesenta pavos es una pasada. No me sorprende, mírate.

—¿Deberíamos comprobar cómo me veo una vez que el artista termine conmigo?

—Desde luego.

Lo beso y nos quedamos en nuestro sitio un poco más.

Entonces suena mi móvil.

Me asusto durante medio segundo antes de recordar que no es el tono de llamada de Muerte Súbita, y que estamos fuera de su tiempo de llamadas.

Suelto el mayor de los suspiros, como si alguien nos estuviera interrumpiendo.

—Apuesta, ¿quién crees que es? —le pregunto mientras busco el móvil—. ¿Dalma? ¿Scarlett? ¿Un nuevo contendiente?

—Con suerte no es Scarlett —responde Valentino.

Cierto, porque ya debería estar volando.

—Es Dalma —le cuento. Respondo a la llamada—. Ey, ¿qué pasa?

—Gracias a Dios que estás bien —contesta Dalma.

Inmediatamente me acuerdo del 115 y del alivio de todo el mundo cuando descubrían que alguien estaba vivo.

—¿Por qué no iba a estarlo? ¿Qué sucede?

—O-Bro, ¿no has visto las noticias?

—No, hemos estado... —me callo y se me acelera el pulso. Valentino ve el pánico en mis ojos—. Dalma, cuéntame lo que pasa. Me estoy poniendo muy nervioso.

—Ha habido una actualización de Muerte Súbita. Algunos Fiambres se han escapado por un fallo del sistema y el problema no se corregirá hasta mañana. Creo que eso también sigue siendo un gran interrogante.

Casi se me cae el teléfono.

Estoy temblando.

Tengo los ojos llorosos.

—¿Qué sucede? —pregunta Valentino—. ¿Están todos bien?

Ese es el tema: debería tener una respuesta.

Debería saber si todos están bien porque se supone que Muerte Súbita iba a resolver esos misterios para que pudiéramos vivir nuestras vidas en paz si ninguno de nosotros iba a morir. Sin embargo, ahora vuelvo a estar donde estaba ayer y donde estaba cada puto día antes de ayer. Tener el corazón desbocado ahora mismo podría ser el inicio de un infarto que me mate.

¿Está siendo hoy también mi Último Día?

VALENTINO

14:51 HORAS

Parece que Orion hubiera visto un fantasma o, más realista aún, que lo hubiera llamado Muerte Súbita.

Supongo que en ambos casos ves vidas que están acabadas.

Aunque eso no tiene sentido. No es ningún vidente capaz de comunicarse con fantasmas, y Dalma no es un heraldo de Muerte Súbita. Tengo miedo de que haya muerto alguien a quien quiere, como la familia de Dalma, pero eso no tiene sentido porque creo recordar que todos estaban registrados en Muerte Súbita. Un heraldo les habría llamado si fuera su Último Día. ¿Guardaría relación con la doctora Emeterio? ¿Quizá le ha hecho más pruebas y resulta que Orion y yo ya no somos compatibles? ¿O que no puede conseguir que nadie autorice el trasplante con tan poco tiempo? Hay cientos de preguntas, y la única persona que puede darme una respuesta está abstraída.

—Orion...

Está inmóvil, mirando a las pantallas gigantes como si los relojes de arena hubieran vuelto a aparecer. Una lágrima recorre la cara de Orion.

—¿Y qué pasa con los Fiambres a los que ya han llamado?
—pregunta.

Tiene que ver con Muerte Súbita.

Podría ser sobre mí.

Orion empieza a sollozar. ¿Es bueno? ¿Es de alivio?
¿Vamos a tener más tiempo?

¿Voy a vivir?

—Luego te llamo... No lo sé, Dalma, deja que te llame luego...

Orion cuelga el teléfono. Puedo ver en sus ojos que no está a punto de dar una noticia que vaya a cambiarme la muerte.

—¿Qué sucede?

—Muerte Súbita la ha cagado —responde Orion temblando—. Hay Fiambres que han muerto hoy sin saber que era su Último Día y... existe la posibilidad de que... sigue existiendo la posibilidad de que mueran más antes de medianoche. Joaquín Rosa está intentando arreglar lo que sea que haya fallado, pero no puede prometer nada, ¡a pesar de que ese era el puto trabajo de su empresa!

Esto significa que Orion podría morir hoy.

Y Scarlett también. Sobrevivió a su propio encontronazo con la muerte cuando el piloto recibió su llamada de Último Día antes de que despegaran. ¿Y si todos los de ese avión están destinados a morir hoy también?

Si Muerte Súbita ha cometido errores hoy, ¿cómo repercute eso en mí?

Orion parece haberme leído la mente, ya que responde:

—Lo siento —se disculpa como si supiera que está acabando con mis esperanzas.

—No lo sientas. —He pasado gran parte de hoy aceptando cómo terminará el día. Sin embargo, Orion ha estado confiando en la precisión del programa y ahora ha vuelto a la incertidumbre de lo desconocido—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—No lo sé, yo... estoy muy cansado.

—¿Quieres que volvamos a casa para descansar?

—No es ese tipo de cansancio. Es decir, ese también, pero estoy... estoy cansado de vivir así. Pensaba que todo sería distinto y no hago más que recibir malas noticias. Por ejemplo, ¿cómo puede Muerte Súbita estar segura de que vas a morir cuando ni siquiera saben si yo voy a vivir? ¿No podrían darnos algo de esperanza?

—No sabemos lo que está pasando en esas oficinas. Pueden no estar seguros, pero no quieren provocar más histeria.

—¡Si el programa está roto, deberían decirlo y dejarse de tonterías! —grita Orion asustando a la gente que está cerca—. ¡No quiero condenarte a la muerte si se supone que no tienes que morir!

—Vamos a hablar de esto en otro sitio.

—¡No! ¡Es nuestra primera cita, y necesitamos vivirla mientras podamos!

Me levanto y lo alejo. No rechista, cosa que me molesta. Que Orion pierda esa fuerza significa que se le está quebrando el ánimo en un día en el que ha estado averiguando quién puede ser en una vida en la que no tiene miedo a morir. Estoy frustrado y decepcionado con el hecho de que Muerte Súbita haya arruinado esa confianza. No podré ver cómo se hunde la empresa, pero se lo merecerían.

El teléfono vuelve a sonar.

—Le he dicho que la llamaría luego... —protesta Orion mientras busca de nuevo el teléfono—. Es Scarlett.

—¿Te importa que responda?

Orion niega con la cabeza. Supuse que no le importaría, pero no quería darle la espalda.

—Hola, Scar —digo al responder a la llamada.

Scarlett está llorando incluso más que Orion.

—La aerolínea ha cancelado los vuelos. —Ella continúa explicándome todo lo que yo ya sé sobre las actualizaciones de Muerte Súbita, no hay novedades—. No pueden arriesgarse, sobre todo después de lo que ha pasado con el otro vuelo. He intentado explicarles mi situación, pero nadie puede hacer nada.

Así es como acaba esto.

Voy a morir sin ver a mi hermana una última vez.

—¡No sé qué hacer, Val!

—Respira, ¿vale?

—Voy a intentarlo con otra aerolínea o a ver si puedo usar nuestro dinero del alquiler y los ahorros para alquilar un avión privado. Los aviones privados sí que pueden volar, ¿verdad?

No sé cómo funciona el tráfico aéreo, pero sí sé que tengo que cuidar de mi hermana cuando hiperventila como ahora.

—Scar, necesito que respires.

Intenta respirar hondo, pero se pone muy nerviosa.

—Puede que ni siquiera vayas a morir, ya que Muerte Súbita ha demostrado que no saben lo que sucede.

Está claro que Muerte Súbita no tiene el control sobre los Últimos Días que a todos nos gustaría. No obstante, hoy hemos visto que muchas de sus predicciones se han cumplido. No puedo esperar a ser la excepción.

Puedo fingirlo por mi hermana, aunque sea un poco.

—Puede que sobreviva.

—Y te veré mañana cuando sea seguro volar.

—Y te llevaré a la estación de metro secreta.

—¿Hay una estación de metro secreta?

—Orion me la ha enseñado hoy. Es impresionante.

—¿Qué más se puede ver?

—El puente de Brooklyn tiene unas vistas impresionantes y unos candados de amor.

—¿Candados de amor?

—Están chulísimos. Te lo explicaré cuando te vea.

—Me muero de ganas. ¿Qué más?

—Tienes que ver Times Square. Es aquí donde pasa todo. Una llamada telefónica que me cambió la vida. Otra que está cambiando la de Orion.

—Por supuesto que iremos a Times Square.

—Orion puede aconsejarnos qué visitar en el resto de la ciudad.

—Estoy deseando conocerlo.

—Te va a encantar. Es el mejor. —Abrazo a Orion. Ya sabía que iba a poder ayudarle a vivir una vez que me muriera, pero ahora que no está tan seguro como pensábamos estoy decidido a protegerlo. Eso empieza con nosotros saliendo de aquí, donde no estoy preparado para salvarlo en caso de que sufra un infarto—. Scar, voy a volver a nuestro apartamento. Te llamo cuando llegue.

A Scarlett se le rompe la voz al contestarme.

—P-Por favor, llámame en cuanto llegues.

—Sí, te quiero.

—Te quiero igual.

Cuelgo y guardo el teléfono en el bolsillo.

—No viene, ¿verdad? —me pregunta Orion.

—No. —Duele admitirlo en voz alta—. Sí que parece como si fuéramos los reyes del mundo, ¿verdad?

Orion asiente. Parece que se ha quedado tan en blanco que es incapaz de protestar y maldecir sobre lo injusto que es todo esto.

—Creo que deberíamos irnos. ¿Quieres volver a mi apartamento? —Sé que estaremos seguros en mi pequeño estudio.

—No me odies, pero ¿podemos ir a mi casa? Es que... si pasa algo, quiero saber que pude despedirme de Dalma y de su familia... Si no quieres ir, lo entiendo, pero me encantaría que vinieras. Tampoco tenemos que quedarnos mucho rato, podemos...

Le doy un beso rápido para que pare y respire.

—Ahora mismo me encantaría estar rodeado de familia. Sobre todo ahora que no puedo estar con Scarlett.

—¿Estás seguro? No quiero echar sal en la herida ni nada por el estilo.

—Llévame a casa, Orion.

GLORIA DARIO

14:54 HORAS

Gloria está en el parque Althea con su familia.

No, está en el parque Althea con su hijo y su mejor amigo.

Ese es un matiz importante.

No importa lo mucho que Rolando quiera a Pazito, no es su padre.

Y no importa lo mucho que Rolando quiso a Gloria en su momento, no es su marido, aunque ella desearía haberse casado con él. Sin embargo, tiene que vivir con la elección que hizo hace veinte años, cuando le rompió el corazón.

—Ve a jugar —le indica Gloria a su hijo.

Pazito corre hacia la jaula para trepar del parque como si todos los niños que hay jugando y colgando de ella fueran sus amigos y no completos desconocidos. No le tiene miedo a nada, algo que a Gloria siempre le ha gustado de él y que reconoce que es una cualidad que le ha ayudado bastante con las audiciones. Pazito nunca se queda quieto; siempre se mueve. Bueno, eso no es del todo cierto. El miedo inmoviliza a Pazito cuando Frankie le levanta la voz y la mano a Gloria, pero ella no quiere pensar en eso ahora mismo. Está teniendo un día muy bueno.

Gloria se sienta en el banco azul, que no está muy alejado de donde hicieron la barbacoa el cuatro de julio. Mira los tramos de césped como si se estuviera reproduciendo el recuerdo delante de ella, como si fueran fantasmas anclados al pasado: las dos hermanas de Gloria relajándose y bebiendo sangría en hamacas; Pazito jugando al pilla-pilla con sus primos mayores; Frankie haciendo la barbacoa, pero

solo porque quien se iba a ocupar de la barbacoa era Rolando y Frankie tenía que enseñarle cómo usarla; y Gloria sentada en la manta de pícnic abrazándose las rodillas y soñando con lo liberador que sería todo eso si no hubiera ido una persona.

Vuelve al presente, a la realidad en la que Frankie no está en el parque.

Donde Gloria está a solas con Rolando.

—Siento mucho lo de Muerte Súbita —dice Gloria.

—No lo sientas. Estoy orgulloso de mí por haberlo dejado.

—¿Por qué?

—Porque ya he comprendido lo importante que es vivir mientras pueda en lugar de esperar a hacerlo el día en que un teleoperador me llame para informarme que voy a morir.

A Gloria le gusta esa reflexión.

Nadie debería empezar a vivir justo cuando su vida está a punto de terminar.

—Eso es verdaderamente admirable —dice mientras ve al intrépido de su hijo escalar la jaula, mientras ve a su hijo vivir como si fuera a hacerlo para siempre.

—¿No crees que tú deberías hacer lo mismo? —le pregunta Rolando.

—¿El qué?

—Vivir mientras puedas.

—Ya lo hago —responde Gloria.

—Sin ánimo de ofenderte, Glo: no creo que estés viviendo. No había usado ese mote en años, y a Gloria le da un vuelco el corazón.

—¿A qué te refieres con que no estoy viviendo?

—Cuéntame cómo es tu vida y no lo que haces por Pazito.

Todo lo que se le ocurre a Gloria que no esté relacionado con su hijo es mínimo, incluso aunque le cause alegría. Cosas como cocinar la receta de su madre de plátanos fritos con ajo, ver series de drama jurídico y meterse en la bañera con tan solo una vela alumbrando la oscuridad del baño.

—Criar a un niño debería contar —responde Gloria—. Eso me hace feliz.

—Sí, pero... —Rolando une la rodilla con la suya—. Pero ¿qué vas a hacer cuando Paz haya crecido? ¿Cómo vas a pasar el resto de tus días?

Por desgracia, Gloria no ha planeado una vida sin su hijo. No dice nada porque no tiene nada que decir y no quiere mentir. Ya ha mentido demasiado a lo largo de su vida al fingir siempre que todo va sobre ruedas.

—Tu hijo es importante —le dice Rolando antes de añadir con cariño—: Pero tú también lo eres.

Esta no es la primera vez que Rolando le pide a Gloria que piense en ella, pero sí es la primera vez que lo hace con lágrimas en los ojos. Es como si supiera algo que ella no, como si Muerte Súbita le hubiera dicho a Rolando que Gloria pronto morirá y le hubiera dado la oportunidad de darle la noticia personalmente en lugar de a través de la llamada de un extraño. No está segura, pero lo que Gloria sabe es que Frankie nunca le ha dicho que ella es importante. De nuevo, no puede estar segura, pero Gloria apostaría cualquier cosa a que a su marido nunca ha valorado su vida más que para mantener la casa limpia y para hacerse cargo de la crianza de su hijo.

Gloria es importante.

Gloria importa.

Gloria se merece una vida mejor.

Al sentir todo eso en el corazón, Gloria respira hondo, como tras un día largo en el que no ha podido sentarse y se va directa a la cama, a pesar de que no quiere despertarse para volver a vivir lo mismo.

—Ya es demasiado tarde para cambiar —dice.

—Claro que no, Glo. —Rolando mueve la mano en el banco, pero sus dedos no logran encontrar los de ella—. Piensa en la cantidad de vidas que han cambiado hoy gracias a Muerte Súbita. Solo será demasiado tarde si esperas hasta el último minuto para empezar de cero.

Esas palabras deberían servirle de aviso, pero Gloria las ve como algo bueno.

—¿Estás empezando de cero al dejar el trabajo? —le pregunta Gloria.

—Es más que eso. Estoy dejando una vida que no me hace feliz —dice Rolando mirándola a los ojos.

Gloria desearía poder hacer lo mismo.

—¿Qué es lo que no te hace feliz?

—Tú —confiesa Rolando.

Es como si le hubieran sacado el corazón con una sola palabra.

El propósito de toda esta tarde ha sido alejarla. Y está tan frustrado con Gloria que no soporta ver que siga con su vida como hasta ahora.

Antes de que Gloria pueda disculparse por haber manejado su propio barco como le ha parecido, Rolando se disculpa.

—Perdona, tú no eres el motivo de mi infelicidad, al menos no de la manera en la que debes estar pensando —dice

Rolando, nervioso—. He pasado la mañana con un Fiambre, el anciano que ha sido mi primera llamada de la noche.

Los pedazos del corazón de Gloria empiezan a encajar de nuevo.

Así que Rolando no había ido a desayunar con una cita. Había estado con un hombre que va a morir hoy, o que puede que ya haya muerto.

—¿Por qué quedaste con él?

Rolando le cuenta a Gloria la larga llamada telefónica con Clint y cómo acabó desayunando con él en su Último Día.

—No quiero que sigas esperando tu vida, Gloria, y lo que es más importante, no quiero que sigas esperando tu muerte. Puede que no sea de mi incumbencia, pero no quiero arrepentirme de no haber dicho nada si... si Frankie pierde el control. —Gloria se estremece, como si las peores partes de su vida pasaran ante sus ojos—. Siento sacar el tema —se disculpa Rolando—, pero no tanto como lo sentiría si te perdiera.

—Agradezco la preocupación, pero es más complicado de lo que crees.

—Creo que es todo lo contrario. Es más simple de lo que tú crees. No deberías estar con alguien que puede ser la causa de tu muerte. No cuando tienes tanto por lo que vivir.

Gloria se gira hacia Pazito, pero entiende que, en realidad, debería sacar un espejo.

Se recuerda que es importante, que importa, que se merece una vida mejor.

—Tengo miedo —admite, al fin, Gloria.

—Lo entiendo. Frankie da mucho miedo.

—No, va más allá... Tengo miedo de empezar de cero.

Gloria mira el parque y ve a su hijo deslizarse por un tobogán. Es uno de los muchos niños que crecerá y esperará que la vida sea una travesía tranquila, pero la de Gloria ha sido dura y está segura de que la paz en el horizonte llegará en el momento en que tire a su marido por la borda. Sin embargo, no es tan sencillo. Frankie la arrastrará como un yunque y no la dejará alcanzar la paz.

—Empezar de cero da miedo —la consuela Rolando—, pero es el único modo que hay para salir adelante.

—Es el único modo que hay para salir adelante —repite Gloria con lágrimas en los ojos.

—Para mí, empezar de cero significa no esperar a que llegue mi Último Día para admitir que sigo enamorado de ti, Gloria. Siempre lo he estado y siempre lo estaré.

A Gloria se le corta la respiración, como si le hubieran dado el mejor beso de toda su vida, a pesar de que Rolando no la ha tocado. Al menos no físicamente. Siguen sentados separados y mirándose; el sonido de los niños de fondo y el de sus propios latidos resuenan en el oído de Gloria. Rolando la quiere, siempre lo ha hecho y siempre lo hará. Gloria cree en esas palabras con una intensidad que nunca sintió por los votos matrimoniales de Frankie. El hombre con quien debía haberse casado era el que estaba detrás de su marido en la boda.

—No espero que te divorcies de tu marido por mí —dice Rolando—, pero espero que te divorcies de él por ti.

Antes de que Gloria pueda decidir si quiere empezar de cero su vida con Rolando, debe elegir terminar la que tiene con Frankie.

Cambiar lo antiguo por lo nuevo.

Gloria debe divorciarse de Frankie por ella y por su hijo, que siempre es el motivo principal de todas las decisiones que toma, sin importar la opinión de los demás. Sin embargo, al contrario que antes, ahora está pensando en cómo quiere que sea su vida una vez que Pazito haya crecido y se vaya a vivir la suya. No quiere compartir un sofá, una cama o incluso un radio de unos treinta metros con el hombre con el que nunca debió casarse.

El hombre al que Gloria hace mucho que tendría que haber dejado.

Hace mucho, cuando la aterrorizó por primera vez.

Cuando le puso la mano encima por primera vez.

Y después de cada una de las otras veces.

Gloria no puede deshacer el pasado, pero puede forjar un nuevo futuro.

Y bien está lo que bien acaba.

RUFUS EMETERIO

15:00 HORAS

Muerte Súbita no ha llamado a Rufus Emeterio porque no morirá hoy.

De hecho, Rufus está viviendo el mejor momento de su vida, dando vueltas por el parque Althea subido a su nueva bicicleta gris metalizada. Aprendió a montar en bici hace un par de años, antes que su hermana mayor, Olivia, que no está interesada en aprender, lo que a Rufus le parece bien porque ya tiene él suficiente interés, como mínimo, por los dos. Durante el breve periodo de tiempo que duró el día en que empezó a montar con ruedines, su padre le pidió que se tomara las cosas con calma, pero Rufus aprendió todo rápido y estaba listo para seguir rodando. Adquirió velocidad en el aparcamiento de la farmacia y casi acaba con la bici en una calle llena de coches que podrían haberlo matado fácilmente si no hubiera frenado a tiempo. Esa fue la primera vez que su padre le echó una gran bronca y, por supuesto, no fue la última, pero mira hasta qué punto les han llevado esas charlas y regañinas: Rufus está montando en una bici que cree que está destinada a vivir con él muchas aventuras, y su padre está confiando en que tenga cuidado mientras la monta.

Lo cierto es que Rufus ni siquiera está enfadado por cómo su padre le ha regañado. (¡Y mucho menos cuando le sorprendió con la bici de sus sueños al terminar!). La cosa es que Rufus quiere a su padre, pero últimamente se enfrentan cara a cara en lugar de abrir sus corazones. Su padre le ha contado cosas de su pasado y, aunque Rufus no

estaba de humor para atender a una clase de historia, sobre todo estando de vacaciones, reconoce que no estuvo nada mal. Rufus ha aprendido que no pasa nada por sentir sus emociones, incluso el enfado, al igual que a su padre le sucedía con sus padres cuando estaba creciendo, pero no puede dejar que el enfado sea la única emoción que siente.

Rufus ha pensado mucho en eso cuando iba en el tren de camino al parque Althea con su padre y su hermana.

Hace tiempo, Rufus y Olivia se inventaron un juego llamado Viajero, en el que contaban historias sobre la gente que veían a su alrededor, aunque normalmente juegan en el transporte público. Hoy en el tren un anciano metió un montón de dinero en la bolsa de un bailarín de salsa, y Rufus se imaginó que se trataba de un Fambre que quería asegurarse de que su dinero acabara en buenas manos antes de morir, mientras que Olivia centró su atención en una mujer que pensaba que era una espía de Muerte Súbita con el objetivo de asegurarse de que la gente muera tal y como ellos han predicho para proteger así su reputación.

Pero si alguien más estuviera jugando a Viajero y viera a Rufus, ¿qué vería? Seguramente a un chico que siempre responde y que siempre busca la manera de ganar una discusión. Incluso contra aquellos que no quieren discutir con él. En realidad, Rufus es un niño bueno que quiere a su familia, y a él le gustaría mostrar al mundo esa parte de sí mismo.

No lo era al inicio del día, pero ahora mismo Rufus es feliz.

Las cosas están arregladas con su padre.

Su hermana también sale con ellos.

Y su madre acaba de llegar deseosa de ver a todos antes

de volver a irse a trabajar.

Rufus está tentado de hacer un caballito, aunque nunca se le ha dado bien hacerlos, pero no quiere estresar a su madre con algún hueso roto cuando su trabajo en el hospital está relacionado con arreglar corazones literalmente rotos.

—Bonitas ruedas —le dice su madre mientras le choca la mano—. ¿Qué has hecho para ganártelas? —le pregunta, aunque mira más al padre en busca de la respuesta.

—Le contestó —responde Olivia.

—Técnicamente tiene razón —interviene su padre—, pero Rufus contestó con respeto, y yo hice lo mismo.

—Me alegra escuchar eso —dice su madre.

A Rufus le gusta que ella esté orgullosa de él y ahora va a intentarlo más que nunca.

—También ayudé en la tienda.

—¿Cómo va eso? —le pregunta su madre.

—Está mejor —responde su padre al mismo tiempo que Rufus responde—: Mal.

Durante un momento, Rufus se prepara para defenderse, como si le fueran a regañar por decir la verdad cuando lo que ha dicho es nada más y nada menos que la pura verdad. La tienda de empeños no está en buen estado. Sí, han recogido todos los cristales del suelo y han atrancado la puerta de entrada, pero cuando se fueron aquello seguía estando patas arriba, y su padre parece acordarse de eso, ya que asiente con una pequeña sonrisa antes de darle la razón.

—Está bastante mal.

Rufus respira aliviado porque no va a tener que discutir.

—Seguro que pronto estará mejor —le anima su madre,

que se sienta en el banco del parque.

Rufus no sabe por lo que ha pasado su madre en el hospital, solo que ha llegado a casa cansada y queriendo ayudar en la tienda, y que todos le han dicho que se quedara a descansar.

—¿Estás bien, mamá? —le pregunta Rufus.

—Ha sido un día largo. —Ella mira alrededor del parque, donde hay otros niños jugando y riendo, y parece ser justo lo que necesita—. Tengo una operación esta noche. Es de un Fiambre que quiere donar su corazón a otro chico al que acaba de conocer. Los dos son tan jóvenes y...

Su padre se queda un momento pensando hasta que interviene:

—Espera. ¿Uno de ellos tenía una gorra de los Yankees?

—Yo no vi ninguna gorra.

—¿Valentino? —dice papá tras chasquear los dedos.

La espalda de mi madre se tensa y responde:

—¿Cómo sabes eso?

—Conocimos a un Fiambre esta mañana en la tienda. Nos compraron una cámara.

—¿Era un Fiambre? —pregunta Rufus. No puede creer que haya conocido a un Fiambre de verdad y que acabe de enterarse. Su madre suspira.

—Aunque las noticias dicen ahora que Muerte Súbita ha cometido algunos errores hoy. Solo porque hayan acertado algunas predicciones no significa que no puedan estar equivocados. Esto podría complicar las cosas a la hora de hacer la operación, pero el tiempo dirá. Solo espero que los chicos estén disfrutando al máximo.

Rufus se muere de ganas de volver a montar en la bici

porque toda esta conversación sobre la muerte hace que se sienta incómodo, pero ve que su padre ha entrado en una especie de trance.

—¿Qué sucede, papá?

—Las cosas no iban, no van, bien entre Valentino y sus padres. Me pregunto qué le estará diciendo su corazón que haga. —Observa a su familia con una mirada seria y llorosa—. Ninguno de nosotros es perfecto, pero no dejemos que nuestra relación empeore hasta llegar al punto de saber que vamos a morir y seguir sin querer saber nada de los otros. Las despedidas son los posibles más imposibles, porque nunca quieres decirlas, pero serías idiota si decidieras no hacerlo cuando te dan la oportunidad.

Rufus deja que las palabras de su padre calen en él.

Nunca querría pelearse tanto con su familia como para no querer verlos por última vez antes de morir. Sabe que llegará el día en que será un hombre maduro, y sus padres tan viejos que tendrá que despedirse de ellos y que seguramente parecerá imposible, pero el padre de Rufus tiene razón, también será posible. Solo que será muy complicado, pero ese es un problema para dentro de mucho, mucho, mucho tiempo.

Hasta entonces, Rufus va a ser un niño.

Va a divertirse con su bici.

Va a ser un buen hijo, hermano y amigo.

Va a vivir.

MATEO TORREZ JR.

15:14 HORAS

Muerte Súbita no ha llamado a Mateo Torrez Jr. porque no morirá hoy.

Eso no significa que no siga viviendo con miedo.

Desde la medianoche, cuando empezaron las llamadas de Muerte Súbita, Mateo ha estado asustado y cerca de su padre. Anoche Mateo hasta durmió en la cama de su padre, en el lado izquierdo que una vez perteneció a su madre, quien murió mientras daba a luz. Puede que sea culpa de los libros de fantasía que ha leído mientras crecía (especialmente la saga de Scorpius Hawthorne, que está repleta de profecías), pero Mateo siempre ha pensado que le espera una muerte prematura debido a la vida que acabó cuando él nació. Estaba segurísimo de que Muerte Súbita iba a llamar a su padre anoche y a compartir con él la trágica noticia de que Mateo moriría, pero el teléfono no sonó.

Entonces, ¿por qué Mateo es incapaz de respirar?

Ha llegado al parque Althea con su padre. Hay mucho aire fresco, pero él sigue sintiendo que la muerte se esconde tras cada esquina. Como si una manada de perros pudiera saltar sobre Mateo, lo que para algunos sería toda una diversión, pero él les tiene tanta alergia que podría acabar con urticaria y con los pulmones tan cerrados por un choque anafiláctico que podría morir.

Odiaría dejar a su padre solo, sobre todo después de haber matado a la mujer que más quería en el mundo.

La primera vez que su padre, Mateo sénior, conocido por

sus amigos como Teo, sentó a Mateo para hablarle de Muerte Súbita, todo en lo que Mateo podía pensar era en lo distinto que habría sido el día de su nacimiento si su padre hubiera podido prepararse para la muerte de su esposa. Tal y como Mateo lo entiende, nadie esperaba que su madre muriera durante el parto y su muerte tomó por sorpresa a su padre, que no pudo despedirse de la mujer con la que imaginaba que pasaría el resto de su vida mientras sostenía por primera vez a su único hijo en común.

Mira ahora a Mateo.

Tiene el regalo de la vida, pero está demasiado asustado como para abrirlo.

Mateo está intentando ser valiente, pero es mucho más difícil de lo que la gente piensa. No está de acuerdo con aquellos que creen que el miedo es una opción. Ha habido muchas veces en las que le habría gustado luchar contra los entresijos del miedo, en las que habría elegido vivir, pero también sentía que el miedo tenía ese agarre imposible de romper sobre él, como si tuviera tentáculos enrollados por el cuello, las muñecas y los tobillos que le retenían. Uno de los muchos motivos por los que admira a su mejor amiga, Lidia, es porque ella vive como si estuviera hecha para este mundo. Se defiende cada vez que la gente la incomoda y, aunque puede ser quisquillosa, puede hacerse amiga de cualquiera.

A veces Mateo se plantea por qué alguien querría ser su amigo.

Por qué alguien lo elegiría a él.

Está pensando en eso mismo ahora mientras mira al resto de los niños del parque. La mayoría están corriendo

alrededor de la jaula como si no existiera el riesgo de caerse y hacerse daño. Hay un niño montado en una bici que parece demasiado grande para él, pero puede que crezca lo suficiente para que le valga. Cuando el chico pasa por el lado de Mateo, él da un paso hacia atrás porque Mateo sabe de primera mano que no es invencible.

—¿No quieres jugar? —le pregunta Teo.

Mateo quiere, pero no sabe cómo.

Y sabe cómo, pero no quiere.

De hecho, quiere y sabe cómo, pero no sabe salir de sus pensamientos para hacer nada. Acaba bloqueándose.

Para tratarse de alguien al que siempre han elogiado por su amabilidad y generosidad, Mateo puede llegar a ser su peor enemigo.

—Estoy bien, papá —miente Mateo.

No le gusta hacer que la gente se sienta mal, sobre todo su padre, que trabaja tan duro para darle una buena vida, pero hoy ha sido complicado. Hasta donde él entiende, Muerte Súbita quiere ayudar a la gente a vivir de verdad, pero Mateo sigue sin poder evitar sentirse confundido por la cantidad de vida que pertenece a la voluntad propia de cada individuo y cuánta al destino. ¿Morirá la gente si Muerte Súbita no le llama? ¿Está la gente ahora viviendo de manera desenfrenada porque le han dicho que sigue teniendo un mañana? ¿O están las muertes prescritas en piedra? Las preguntas le dañan el cerebro, y no poder obtener respuestas le encoge el corazón.

Aunque su padre le ha dado una buena vida, Mateo debe aprender a vivir por sí mismo. Nadie sabe la cantidad de tiempo que les queda; puede que Mateo tenga razón sobre

su maldición de morir joven, o bien su padre morirá antes que él, tal y como debería ser. Nunca olvidará la primera vez que le contó a Teo lo de la maldición y lo mucho que entristeció a su padre la idea de tener que enterrarlo.

¿Por qué la gente no puede vivir para siempre?

—Cuéntame —le dice Teo con amabilidad, como si le estuviera invitando a hacerlo y no fuera a enfadarse si él decidiera no hacerlo, pero quiere que su hijo sepa que él está aquí y que le gustaría tener su compañía.

Mateo mira a todo el mundo en el parque con asombro. Todos están siendo ellos mismos, y sigue siendo la cosa más maravillosa del mundo. ¿Por qué Mateo no puede conjurar los mismos hechizos?

—Estoy mirando a los demás y no sé cómo ser como ellos.

—A mí me gusta que tú seas tú —le dice su padre—. Eres un niño especial, Mateo.

—Tú tienes que decirlo. Eres mi padre.

—Créeme que no es tanto lo que digo sino lo que siento. Desde el día en que naciste, sentí un amor poderoso y un instinto de protección hacia ti. Espero protegerte ahora al prometerte que no existe nadie como tú. Tengo suerte no solo de conocerte, sino de poder llamarte «hijo». No tienes que ser nadie más que Mateo Torrez Jr.

Mateo mira el cielo y recuerda todas las veces que su padre lo ha traído a este parque y le ha enseñado cosas sobre las nubes mientras estaban en los columpios; le apetece hacer eso ahora, pero una pregunta se abre paso por su garganta y consigue salir de su boca:

—¿Debería ser yo mismo incluso si no le gusto a nadie? —
Y antes de que Teo pueda responder con una obviedad,

añade—: Por favor, no digas que a ti te gusto. Eso ya lo sé.

—Mientras lo tengas claro —responde Teo—. ¿Qué pasa con Lidia?

—No le gustaré para siempre. Piensa que soy molesto.

—¿Cuándo ha dicho eso?

—Bueno, nunca dijo que fuera molesto, pero dijo que pienso mucho. Como que me paso.

—Eres muy reflexivo, Mateo. A veces puedes ser demasiado cuidadoso, pero eso no es nada nuevo.

A lo largo de los años, siempre que Mateo se ha hecho daño, ha hecho todo lo humanamente posible para asegurarse de que no se repitiera. Una vez estaba corriendo en un recreo, se tropezó, se arañó la rodilla y se negó a jugar durante el resto del curso. Incluso cuando consiguió reunir el coraje para volver a correr y divertirse, nadie quería elegirlo porque no pensaban que se le dieran bien los deportes. Se le dan bien. ¿Por qué es algo malo no querer hacerse daño?

—Es como si... —Mateo mira el suelo sin querer ver a los otros niños jugando juntos—. Es como si por querer mantenerme a salvo, nadie quisiera estar en mi vida. Yo no intento apartar a la gente, papá.

—Sé que no lo haces, colega. Puede que tengas que intentar algo distinto, acercar a la gente.

—¿Cómo lo hago?

—Ve a hablar con alguien. Lo más importante es que seas tú mismo mientras lo haces.

Mateo no está seguro, pero otra vez, ¿cuán peligrosos pueden ser los otros niños? No es como cuando se asustó de los dos chicos mayores en Times Square. Mateo pensó al

principio que no tramaban nada bueno, como una broma o algo peor, pero resultó que sí que tramaban algo bueno. Solo querían sacarse una foto juntos, y cuando Mateo los vio besarse, sintió que algo se desbloqueaba en su interior. Le recordó a la conversación que había tenido con su padre el mes pasado.

«¿Cómo encuentras el amor, papá? —le había preguntado Mateo—. ¿Dónde está?».

«El amor es un superpoder —le había dicho su padre—. Es uno que todos tenemos, pero no es un superpoder que siempre puedas controlar. Se vuelve más complicado conforme creces. No te asustes si descubres que quieres a alguien a quien no esperas querer. Si es el indicado, lo es».

Mateo se pregunta si aquellos dos chicos estaban asustados de quererse el uno al otro.

No lo parecía.

Mateo se levanta listo para cumplir el reto. Entonces regresa el miedo y trata de volver a sentarlo en el banco, pero se mantiene firme sobre sus pies.

—Voy a intentarlo, papá, pero si no hago un amigo, ¿podemos volver a casa?

—Por supuesto. Te haré una taza de té y veremos una peli. A Mateo le encantaría eso.

Pero primero lo primero.

Mateo camina hacia el parque y va a los columpios. Cuanto más se acerca, más le suena uno de los niños. Tiene el pelo negro y peinado hacia delante, pero si Mateo se lo imagina peinado hacia arriba, le recuerda a alguien. Entonces recuerda el rayo azul brillante de sus libros preferidos. No sabe el nombre del chico, pero es el actor

que hizo de Larkin Cano en una escena retrospectiva de la última película de la adaptación. Era un papel pequeño, pero Mateo piensa que mola. Este chico consiguió explorar el castillo mágico y conocer a la gente que hacía de sus personajes preferidos. Esto es fácil, muy fácil, Mateo puede preguntarle por cosas de Scorpius Hawthorne y hacer un amigo. Se queda de pie, como si estuviera esperando su turno para el columpio y abre la boca...

—¡Pazito! —lo llama una mujer desde un banco no muy alejado de Teo—. ¡Vamos a por un helado!

El chico, Pazito, salta del columpio y sale corriendo antes de que Mateo pueda presentarse.

Un mal momento.

Mateo está a punto de darse por vencido cuando decide concederse una última oportunidad. Hay chicas en la jaula para trepar y jugando a la comba. Un chico baja por el tobogán de espaldas y se ríe cuando choca con el suelo. Algunos adolescentes están jugando al balonmano y parece bastante intenso.

Entonces Mateo ve de nuevo al niño de la bici. Está revisando la cadena, puede que se preocupe por la seguridad, como él. Mateo se dirige hacia él justo cuando el chico vuelve a subirse en la bici y se aleja pedaleando.

—¡Papá, mira! —grita el chico mientras se inclina sobre el manillar y pasa por debajo de las ramas bajas de un árbol.

—¡Bien hecho, Rufus! —responde su padre.

Rufus... a Mateo le gusta ese nombre. No es uno que suela escucharse, pero es bonito.

Sin creer en el dicho de que a la tercera va la vencida, Mateo se gira y vuelve con su padre.

—Lo he intentado.

—Eso es todo lo que puedo pedirte —contesta Teo—.
¿Volvemos a casa?

—Volvemos a casa —confirma Mateo.

La casa es el sitio en el que Mateo puede ser él mismo,
donde puede vivir, vivir y vivir.

ORION

15:17 HORAS

El viaje tiene un comienzo difícil.

Primero, Valentino y yo discutimos sobre cuál es la forma más segura de volver a casa. Yo creo que ir en taxi puede hacer que lleguemos antes, pero a él le pone nervioso estar en un coche después del accidente de Scarlett, sobre todo en su Último Día. No puedo convencerle. El caso es... que este también podría ser mi Último Día, pero lo dejo pasar porque la seguridad de su destino echa por tierra mi posibilidad. No es que a mí me ponga menos nervioso el hecho de subirme a un tren, ahora que vuelvo a sentir que la maldita parca me acecha de nuevo. En parte tengo la culpa, supongo, ya que le he enseñado a Valentino lo bonitos que pueden ser los viajes en metro al correr de vagón en vagón como si fuera una carrera o al viajar a estaciones de metro secretas o al empezar un espectáculo y conseguir que se levanten a ovacionarnos.

Sin embargo, cuando lanzas esa moneda al aire, la cosa se pone seria.

Cuando el tren sale de Manhattan y entra en el Bronx, me aseguro de que haya espacio entre nosotros en nuestro asiento de la esquina. No demasiado como para que piensen que no vamos juntos, pero sí el justo como para no llamar la atención por ir juntos. Odio hablar mal de mi barrio, porque me encanta el Bronx, pero no puedo hacer como si pudiéramos ser nosotros mismos, como si ser gay fuera a contentar a todo el mundo. En Manhattan es mucho menos arriesgado que ponga mi pierna encima del regazo

de Valentino y que descansa la cabeza sobre su hombro y le bese. Aquí, tengo que guardármelo todo. Nuestras vidas pueden depender de ello.

Las últimas paradas son las más intensas, como si fueran las últimas horas de un Último Día. Cuánto más te acercas a tu destino final, más alerta tienes que estar, ya que no quieres que todo salga mal cuando todavía tienes tiempo para que salga bien.

Siento la tensión en el pecho, como si se me estuviera ahogando el corazón. Estoy demasiado asustado como para respirar porque podría respirar de una forma demasiado gay. Sé que hay a quienes les puede parecer una exageración, pero a menos que hayan vivido durante años en el Bronx, no me interesa lo que tengan que decir. El lenguaje corporal lo es todo cuando intentas sobrevivir. Piensa en todos los animales salvajes que te engañan y te hacen pensar que son los más duros y fuertes cuando es posible que nunca hayan tenido que luchar por sobrevivir. Valentino tiene músculos, pero ¿sabe pelear? Yo sé pelear, pero no tengo los músculos para ganar, así que trato de pasar inadvertido y de camuflarme como un conejo blanco en la nieve. Esto implica no llamar la atención al darle la mano al chico que me gusta. Hasta pensar esto es triste, pero es lo que hay.

Llegamos hasta la última parada en Mott Haven sin que ningún predador arremeta contra nosotros. Nunca me hago el chulo por mi barrio, porque siempre hay gente pasando que no conoces y que no te conocen, y todos se miden entre sí hasta que la persona equivocada se mueve primero para tener ventaja en la pelea. Pasamos al lado de un chico

que está pendiente de sus cosas, concentrado en su empanada de carne. Luego, otro nos pregunta la hora y yo me pongo nervioso porque a veces alguien lo único que intenta es conseguir que saques el teléfono para poder robártelo. Valentino mira el reloj y le dice al chico que son las cuatro menos veinte.

Sé que mi barrio no es nada del otro mundo, pero me encanta. En las ventanas hay banderas de Jamaica, de la República Dominicana y de Puerto Rico que cumplen una doble función: la de mostrar el orgullo de pertenecer a esos países y la de servir de cortinas. Hay una señal de ¡¡¡No APARCAR!!! pintada con grafiti en una valla de madera y siempre hay coches en ese mismo camino de entrada; esa falta de respeto ya se ha convertido en una broma recurrente con los Young. Nunca he entrado en la iglesia congregacional que hay justo al lado del parque, pero me gusta porque se parece a un castillo.

Después está nuestra casa, alineada con otras; todas resultan similares por los ladrillos y su estilo arquitectónico, pero se pueden diferenciar por el mantenimiento, las decoraciones y los colores de las puertas. Esta casa ha pertenecido a la familia de Dalma durante generaciones y, aunque al exterior le vendría bien un poco de cuidado, el interior está repleto de amor. Siento mucho alivio cuando Valentino y yo subimos los escalones y llegamos a la puerta de la entrada, que es tan roja como los bancos de cristal de Times Square. Saco la llave que utilicé para tallar el nombre de Valentino en el banco del puente de Brooklyn y abro la puerta.

Lo hemos conseguido.

Estamos a salvo.

Y he traído un chico a casa por primera vez.

—Ya he llegado —grito a las escaleras.

La casa tiene tres plantas. Dalma y yo tenemos los dormitorios en la planta de abajo desde donde también podemos acceder al pequeño patio trasero, además de tener nuestra propia entrada, aunque no solamos usarla porque ese pasillo es prácticamente un almacén lleno de papeleras, cajas y muebles que Dalma planea restaurar para su habitación, pero con los que todavía no se ha puesto. No son más que un peligro de incendio, sinceramente, y algo que deberíamos solucionar tan pronto como podamos. Dayana, Floyd y Dahlia tienen sus dormitorios en la planta de arriba y también hay una escalera que lleva hacia la azotea, donde suelo tomar el sol y quemarme.

Guío a Valentino por la planta de en medio hacia el salón.

—Qué sitio más bonito —dice Valentino.

Se queda en la pared que tiene colgadas todas nuestras fotos familiares. Me encantan todas las que son improvisadas, pero no me suelo esforzar con las sesiones de fotos profesionales en el JCPenney porque siempre siento que sobro. Es como si tuvieran que invitarme para que no me sintiera como un intruso, a pesar de que no hay nada que indique que piensen de esa manera, no recibo más que amor de mis tutores legales. Lo que pasa es que sé que si no viviera aquí, no me invitarían a esas sesiones de fotos, así que ¿por qué debo ir solo porque les haya tocado hacerse cargo de mí? Esto es algo en lo que tengo que trabajar durante los próximos años, si es que me quedan

años para poder trabajar en algo.

—¿Tuviste un mal día? —me pregunta Valentino mientras señala la foto de la orla de quinto año en la que salgo serio.

—Fue la primera foto de orla tras la muerte de mis padres —respondo.

—Entonces no me extraña.

Me perdí la foto de la orla de cuarto porque estaba de luto. A mi madre le encantaba vestirme esos días. Planchaba mis camisas y me hacía parecer mayor al ponerme corbata y rociarme los rizos con un remedio casero para darles más brillo. Cuando llegaron las muestras de las fotos de quinto, me senté con Dayana y dejé que eligiera su preferida de entre todas las poses: con los puños debajo de la barbilla, con los brazos cruzados, con una sonrisa forzada o con cara de póquer.

—Esta es la más realista —dijo Dayana al elegir la foto que ahora está en la pared.

Me gustó que no nos anduviéramos con sandeces, sobre todo porque ese día de la foto coincidió con la semana de después del aniversario de la muerte de mis padres.

Escucho pisadas que vienen desde el piso de arriba e inmediatamente sé que es Floyd, que camina por la casa como si tuviera ladrillos en lugar de pies. Floyd lleva un polo y unos vaqueros que están abrochados con el mismo cinturón negro que utiliza con todos los pantalones anchos. Tiene el pelo castaño peinado con gomina, como siempre, incluso aunque Dalma los haya despertado a todos en mitad de la noche para hacer que volvieran antes de mi operación.

—Ey, garrochón —me saluda Floyd al darme la mano. Tiene ese viejo estilo puertorriqueño en el que los hombres

no se abrazan. Mi padre era un poco igual—. Me alegro de que hayas vuelto de una pieza.

—Yo también. Floyd, te presento a Valentino.

Floyd mira a Valentino de forma algo escéptica. Podría resultar algo homófobo, no voy a mentir, pero sé que probablemente sea más una cuestión de precaución al tener en casa a un Fambre vivito y coleando. Lo soluciona con un apretón de manos.

—Encantado de conocerte, Valentino. Lamento mucho lo de... ya sabes.

—Gracias, señor.

—Llámame Floyd, por favor. Baja con nosotros.

Antes de que pueda preguntar por qué están todos abajo, Valentino se gira y me pregunta:

—¿Qué es un garrochón?

—No es más que una persona alta y larguirucha.

—Lo llamo así desde que era un niño —dice Floyd mientras baja las escaleras—. Por aquel entonces tenía doce años y ya era más alto que yo.

—Tampoco mucho más —respondo.

Floyd se ríe y está a punto de levantar la mano como si fuera a pegarme de broma, pero hemos estado trabajando esa costumbre con él. Sí, culpa mía, he elegido mal las palabras. Corrección: hemos hecho que dejase de hacerlo porque Dayana es muy sensible a la violencia doméstica, ya que fue testigo de cómo su padre maltrataba a su madre. No quiere que las chicas crezcan en una casa donde eso sea una broma o que yo haga lo mismo cuando sea un adulto.

Llegamos a la planta de abajo y le digo a Valentino que obvие los muebles, las cajas y las papeleras. Toda esa

mierda hace que parezcamos desordenados, así que lo guío rápidamente hasta la zona común, donde Dalma y yo tenemos una manta arcoíris con marcas de pisadas por todas partes. Esperaba encontrar a la familia sentada en el sofá viendo una película o algo así porque no se me ocurre ningún otro motivo por el que estarían aquí abajo, pero no veo nada más que sábanas y almohadas.

—¡Sorpresa!

Me tenso, y vemos a las mujeres de los Young fuera, en el pequeño patio trasero con una alegre manta puesta encima de la mesa plegable. Dalma sujeta un ramo de rosas y Dahlia sostiene un cartel que pone ¡BIENVENIDO VALENTINO! con la mayoría de las letras cubiertas con purpurina como si se hubiera quedado sin tiempo o sin purpurina, puede que sin ambos. Dayana es la primera en acercarse a Valentino y lo abraza como una madre.

—Es un todo placer conocerte —le dice Dayana, que le sujeta la cara con las manos.

—A usted también, señora Dayana —responde Valentino. Me sorprende que haya conseguido decir bien su nombre a pesar de todas las D que hay aquí—. Es la viva imagen de todas las cosas maravillosas que Orion ha dicho sobre usted.

Dayana me pellizca la mejilla, algo que no había hecho en un minuto.

—¿Sabías algo de esto? —me pregunta Valentino.

—Por supuesto que no —respondo, pasmado y sorprendido—. ¿Podríamos relajarnos con las sorpresas cuando esto involucra a un tipo con problemas cardíacos?

—Te he mandado un mensaje —interviene Dalma.

Compruebo el teléfono y veo que sí que me avisó mientras veníamos, pero no he sacado el móvil del bolsillo ni cuando estábamos en el metro ni cuando veníamos de camino para que no me lo robaran.

—Mea culpa.

—Lamento haber sido tan insensible anoche —le dice Dalma a Valentino mientras le entrega las rosas.

—Hacías lo correcto —le responde Valentino.

—Pero no de la forma apropiada. Espero que me perdones.

Valentino abraza a Dalma, y yo solo quiero tirarme en el sofá y llorar.

La pequeña Dahlia, a ver, tiene trece años, pero siempre va a ser la pequeña Dahlia para mí, aunque esté a punto de convertirse en la gran Dahlia si la comparamos en altura con su padre, me da un abrazo y le presento a Valentino.

—Siento que... que vayas a... ya sabes... —Dahlia sacude la cabeza y dice—: Gracias por ayudar a Orion.

—Es él quien me ha estado ayudando —le contesta Valentino.

—Más le vale, ¡le vas a dar un corazón! —responde Dahlia con tono de obviedad. Se vuelve a sus padres y les pregunta —: ¿Podemos darle los regalos?

—¿Regalos? —repite Valentino mientras sigue a Dahlia hasta la mesa. Dalma me para.

—Oye, espero que te parezca bien. Pensamos que estaría bien agradecerle por todo y darle un poco de cariño familiar.

—Es perfecto —respondo—, o tan perfecto como puede ser pasar un Último Día rodeado de desconocidos.

—Parece que tú eres algo más que un desconocido.

(Des)Afortunadamente lo somos.

Aunque este Último Día está destinado a terminar, me va a doler mucho más de lo que puedo imaginar.

VALENTINO

15:58 HORAS

Los Young me están tratando como si fuera de la familia.

Estoy sentado presidiendo la mesa con las rosas en el regazo. No existe un mundo en el que mis padres me hubieran regalado flores, ni siquiera en el Día de San Valentín. No puedo evitar sentir que esta sí que es mi última cena sin comida ni traición. En su lugar, Dalma viene de la cocina con una bolsa de regalo. Dice que no es para tanto, pero yo ya me siento afortunado. Le tiro el papel de regalo a Orion y saco una bola de nieve de la ciudad de Nueva York, un imán con la forma de un taxi, un llavero de pizza y una pequeña bolsa marrón con *linguini* crudos.

—Te los prepararé yo misma si te los quieres comer —me dice Dalma. Siento que esta es la ofrenda de paz definitiva.

—Es tentador, pero voy a pasar.

Atisbo un alivio triste en los ojos de Dalma.

—Si cambias de idea...

—Serás la primera en enterarte. —Sacudo la bola de nieve, y el polvo blanco se posa sobre la Estatua de la Libertad y los edificios plateados—. Muchas gracias a todos. Ha sido todo un detalle.

—Queríamos darte la bienvenida a la ciudad —me dice Dalma.

Orion está sentado en silencio. Sé lo mucho que esto significa para él, pero también parece que le esté entristeciendo mucho.

—¿Desde dónde te mudaste? —me pregunta Dahlia.

—Desde Phoenix, en Arizona —respondo.

—¿Por qué te mudaste?

—Porque la ciudad dejó de estar hecha para mí. Como cuando creces y ya no te queda bien una chaqueta.

—¿Crees que no te estarías muriendo si te hubieras quedado allí?

—¡Dahlia! —gritan todos.

Dahlia se encoge de hombros de manera exagerada.

—¿Solo le estoy preguntando?

Quiero relajar un poco la tensión del ambiente, así que respondo:

—Es una pregunta muy buena. Yo también me he preguntado si Muerte Súbita me habría llamado si nunca me hubiera ido de casa, pero he decidido creer que quedarme en Arizona me habría roto el alma en mil pedazos y que este único día que he pasado en la ciudad es el mejor que he tenido en mucho tiempo. —Le cuento a la familia cómo he pasado mi Último Día. Cómo el hecho de que me rechazaran en la agencia de modelos nos llevó a comprar una cámara en una tienda de empeños y a embarcarnos en un viaje de primeras veces. Todas las fotos que nos hemos sacado para que mi hermana y Orion me recuerden: paseando por el High Line, visitando el monumento al World Trade Center, con los ojos vendados y visitando la estación de metro secreta, atravesando el puente de Brooklyn, actuando en el tren, volviendo a Times Square para tener una primera cita que nos interrumpieron—. No recuerdo la última vez que hice tantas cosas en un solo día. —Acaricio con los dedos los de Orion y los uno, ya que sé que la familia que hay sentada a la mesa solo nos van a mirar con orgullo, sin prejuicios—. Si me hubiera quedado en Arizona no habría conocido a mi

primer novio.

Los ojos de Orion se abren y sonrío.

—¿Novio?

—Solo si estás de acuerdo.

—Por supuesto que sí, novio.

Nos besamos, y escucho que Dahlia susurra:

—¡Pero si se acaban de conocer!

—¡Cállate! —le susurra Dalma, y Orion y yo dejamos de besarnos para reírnos con el resto.

Juntos, Orion y yo compartimos más momentos íntimos acerca de mi Último Día y sobre cómo hemos decidido lo que era seguro hacer y por lo que merecía la pena arriesgarse. Dahlia quiere saber cuán mal bailó Orion en el tren; dejamos que las propinas de cada una de nuestras actuaciones hablasen por nosotros. Dalma me agradece que acompañara a Orion al World Trade Center. Orion intenta hablar del tema, pero no es capaz de decir mucho, así que Dalma sale en su ayuda y cuenta historias sobre cómo fue crecer con Magdalena, mientras que Floyd habla sobre las épicas fiestas que Ernesto organizaba siempre que los Yankees jugaban el campeonato de béisbol.

—Siento mucho lo de Scarlett —dice Dalma—. ¿Hay alguna posibilidad de que pueda llegar a tiempo?

—No cuento con ello —me duele admitirlo. El día de hoy va sobre aceptación. Orion me ha animado a controlar aquello que puedo y a aceptar lo que no—. Estoy pasándolo realmente bien con vosotros, pero ¿os importaría que llamara a Scarlett? La bienvenida a vuestra familia me ha inspirado a querer aclarar algunas cosas con la mía.

—¿Te refieres a...? —me pregunta Orion.

—Sí.

Voy a llamar a mis padres para decirles que es mi Último Día.

16:36 HORAS

Decirles que soy gay era una cosa, pero decirles que soy un Fiambre es otra.

A Scarlett le dije que era gay en cuanto me quedé a solas con ella mientras se recuperaba en el hospital.

«Te quiero, Val», fue todo lo que Scarlett dijo en voz alta, el resto me lo dijo con la mirada. Quería decírselo a mis padres esa misma tarde, pero pasaron tanto tiempo rezando al lado de la cama de mi hermana que entendí que debía esperar. Un par de días después de que Scarlett volviera a casa, supe que era el momento de hacerlo para que todos se adaptaran a la nueva normalidad en lugar de volver a la antigua normalidad en la que yo tenía que seguir ocultando mi orientación sexual. Senté a mis padres en el salón y se lo dije aparentando tener una confianza que no tenía. Iba a ser complicado decírselo si ya lo sabían. Pensé en todas las veces que mi padre había dicho «Este es gay» a modo de insulto o cómo mi madre sospechaba que cualquier hombre mayor y soltero era gay si no estaba casado y con hijos. No hubo ninguna mirada que expresara que ya lo sabían, como sí que la hubo con mi hermana, pero sí charlas, muchas, pero que muchas charlas con el titular de que estoy condenado al averno si elijo pecar antes que a Cristo.

¿Seguirán diciéndome mis padres que iré al infierno cuando sepan que es mi Último Día?

Pronto obtendré la respuesta.

Llamé a Scarlett hace un par de minutos, y me apoyó en la elección de informar a nuestros padres. No sé cómo habría resuelto ella este tema si yo no hubiera tomado esta decisión. Por lo que a mí respecta, ella es su preferida, pero ¿le habrían guardado rencor si ella no les hubiera dicho que era mi Último Día? Supongo que nunca lo sabremos.

Estoy en el salón de la planta de arriba, al lado del módem de internet para poder tener una señal mejor para la videollamada por Skype con Scarlett y nuestros padres. Orion deja su portátil encima de la esquina del escritorio con el cable enchufado, ya que si no está cargando, se apaga. El fondo de pantalla del escritorio está plagado con documentos de Word con nombres como *Mírame mirarte*, *Corazón dorado*, *Rehén de la vida* y *Nunca derecha, siempre izquierda*.

—Has escrito muchas historias —le digo.

—Son solo borradores —responde Orion abriendo las cortinas para que entre algo de luz.

—Siguen siendo muchas.

—Me limito a entrar para escribir y me salgo. Ni siquiera corrijo las faltas de ortografía.

—Solo tus ojos las han visto. ¿Crees...? ¿Sigues queriendo que nadie más vea tus historias? No pasa nada si lo sigues pensando.

—Me encantaría que fueras mi primer lector —dice Orion con una sonrisa.

Le aprieto la mano antes de volver a mirar el portátil.

—Gracias. Va a ser una gran recompensa por tener que pasar por esta llamada.

—¿Estás seguro de que no necesitas nada más? Me puedo

quedar si quieres, no tengo que salir en la imagen, ni nada. Puedo quedarme cerca si me quieres cerca.

Me levanto y lo atraigo para darle un abrazo; me gusta haber perdido la cuenta de las veces que nos hemos abrazado. Significa que estamos compensando el tiempo perdido y que no vamos a tener.

—Has estado a cada paso del camino todo el día, pero necesito dar este paso solo.

—Tú puedes, Valentino —me anima después de besarme.

Vuelve a la planta de abajo, mientras yo me siento en el escritorio e inicio sesión en Skype. Siempre tarda mucho en conectar, pero la llamada con Scarlett consigue realizarse.

Scarlett está en su cuarto utilizando el portátil Dell de nuestra madre que tiene la cámara borrosa, ya que sus cosas siguen en el primer avión. Tiene las mejillas manchadas de rímel, pero ahora mismo no está llorando.

—Hola, Val.

—Hola, Scar.

No decimos nada durante un rato. Estamos demasiado perdidos en lo increíble que resulta todo esto.

Miro sus cicatrices, agradeciendo que esté viva, y espero que siga así.

—¿Sabes por qué estás en casa? —le pregunto.

—Solo que no pude conseguir un vuelo por culpa de Muerte Súbita.

—Seguro que les ha encantado.

—Dijeron que el infarto del piloto no fue más que una coincidencia. En el fondo, espero que tengan razón.

Resulta bastante revelador que podría morirme delante de esta webcam y mis padres seguirían sin creer que Muerte

Súbita predijo mi destino del mismo modo que Scarlett terminaría por aceptarlo. Por suerte, no estoy tratando de convencer a nadie de que voy a morir hoy. Solo necesito sacarme esto de encima. También está ese tema morboso sobre cómo van a sacarme algo del pecho.

—Scar, hay algo más que tienes que saber.

Enseguida se asusta como si por fin me hubieran diagnosticado una enfermedad que fuera a provocarme la muerte.

—¿El qué?

—Es algo bueno. Si muero, le donaré el corazón a Orion.

Scarlett tiene la más triste de las sonrisas dibujada en la cara.

—Eso es muy bonito.

—Con algo de suerte, Muerte Súbita se equivoca, y puedo presentaros en persona. Solo quiero que sepas que siempre he pensado en donarle el corazón, incluso cuando no era más que un amable desconocido, y ahora más que nunca estoy orgulloso de poder jugar un papel tan importante en ayudar a que mi increíble novio pueda seguir viviendo.

Scarlett tiene las manos presionadas contra su propio corazón.

—Me muero de ganas de pasar tiempo contigo y con tu novio.

—Me encantaría.

No creo que Scarlett y yo vayamos a tener la típica despedida. No cuando ella sigue aferrada a la esperanza de que va a verme mañana.

Tendré que encontrar otro modo de decirle todo lo que tengo que decirle a mi persona favorita.

—Estoy listo —le digo.

Scarlett lleva el portátil hasta el salón, donde mamá y papá están en el sofá viendo otra vez *Qué bello es vivir* con los ventiladores encendidos. Scarlett agarra el mando y apaga la tele.

—¿Qué haces? —le pregunta papá.

—Vuelve a poner la película —le ordena mi madre.

Scarlett pone el ordenador en la otomana de mi padre.

—Valentino necesita hablar con vosotros.

Mis padres me miran. Mamá tiene puesta la bata azul y tiene su agenda en el regazo. Es la única persona que conozco capaz de completarlas hasta el final. Papá lleva puesta una camiseta blanca remetida en unos pantalones cortos grises mientras come galletas de mantequillas de la marca Royal Dansk Danish directamente de la lata azul. Ambos están callados, a pesar de todo lo que podrían decirme. Podrían preguntarme por el vuelo, por cómo me estoy adaptando o incluso agradecerme que me hubiera ido de casa. Sin embargo, miran hacia otro lado como si su película siguiera reproduciéndose. No tengo la necesidad de verlos más tarde si todo lo que van a hacer es repetir el mismo comportamiento que hizo que me sintiera incómodo en la misma casa donde crecí.

Estoy a punto de decirle a Scarlett que vuelva a su habitación con el portátil para que podamos pasar este valioso tiempo hablando, pero no voy a dejar que vuelvan a alejarme.

Voy a vivir una primera vez: la primera vez que voy a hablar de forma abierta sobre mi vida.

—Nueva York ha sido todo un cúmulo de sensaciones,

gracias por preguntar. ¿Habéis visto las últimas noticias de Muerte Súbita? ¿Escuchasteis lo del tiroteo que hubo en Times Square? Yo fui una de las personas a las que dispararon, lo que fue especialmente aterrador, ya que pasó justo después de que Muerte Súbita me llamara para decirme que me voy a morir. —Ambos miran a la pantalla como si no pudieran controlarse, como si fueran imanes—. Seguramente os estéis preguntando por qué os cuento esto ahora si lo sé desde medianoche. Estaba dispuesto a morirme sin decíroslo porque no creo que os importe mi vida. Soy vuestro único hijo. Vuestro primogénito. El motivo por el que os convertisteis en padres, y nunca habéis intentado siquiera quererme después de que os dijera que soy gay. —Ambos hacen una mueca, como si hubiera dicho una palabrota. Como si fuera malo—. Llegará el día en el que tengáis que enfrentaros a cuán mal hicisteis que me sintiera como para que decidiera mudarme. Sin embargo, quiero daros las gracias por haber sido tan poco cariñosos conmigo porque fue lo que me empujó a irme de casa y hacia los brazos del chico con el corazón más grande del mundo. Él se ha asegurado de que mi último día en este planeta esté repleto del amor y la ternura que merezco, y voy a pasar lo que me queda de vida con él, incluso si eso significa que tenga que ir al infierno cuando muera.

ORION

17:05 HORAS

Mi novio (sí, novio, ¡ah!) está en mi casa.

Sigo alucinando con esto.

Nunca habría apostado a conocer a alguien que pasara de «amigo» a «novio» en menos de un día. Debería apostar más a menudo por mí. Anoche juraba que Valentino estaba fuera de mi alcance, y no le estoy bajando de nivel ahora que no lo está. Simplemente me estoy dando un poco de amor, porque ayudé a un desconocido que lo necesitaba sin esperar nada a cambio; ni siquiera lo hice por el corazón. Pertenece a la misma liga, excepto en la de los espectáculos del metro, eso está claro, y soy tan genial y guay como él, y habríamos sido incluso más geniales y guais juntos, pero el sol se está poniendo y eso significa que ya mismo va a anochecer.

Me estoy estresando, siento que debería hacer que la casa fuera a prueba de Fiambres para Valentino y los demás: retirar los cables del suelo, puede que incluso desenchufar todo lo que sea innecesario; comprobar cuatro veces que los detectores de humo tengan pilas que funcionen; despejar el pasillo para las salidas de emergencia; poner cojines al final de cada escalera por si alguien se cae y tapiar las ventanas para protegernos de intrusos. Todo lo que estaría haciendo sería retrasar lo inevitable en lugar de disfrutar de Valentino mientras puedo. Termino de ordenar el cuarto y de prepararlo para algo genial, algo que creo que puede ser lo que necesita para relajarse después de lo que ha tenido que ser una dura conversación con su familia.

He agradecido mil veces a los míos que hayan apoyado a Valentino de esa forma y que le hayan dado el amor que sus propios padres no le habrían dado.

—Vale, todo listo —concluyo y reúno a todos en la mesa.

—Le va a encantar —dice Dalma.

—Eso espero. —Golpeo la mesa con los nudillos—. En serio, gracias por todo.

Ya van mil y una veces.

—Estamos encantados —responde Dayana, que mira el reloj—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—No lo sé. No voy a obligarle a salir.

—Por supuesto que no —dice Floyd al sentarse—. Nadie te está pidiendo que acompañes a Valentino a su muerte.

—Por favor, no empieces. Ni siquiera tenemos noticias de la doctora Emeterio...

—Orion, escúchanos —me interrumpe Dayana—. Te queremos y queremos lo mejor para ti.

—Entonces no intentes que acorte este Último Día.

—Queremos aumentar todos tus días, garrochón —me explica Floyd—. Muerte Súbita nos está dando una oportunidad única para conseguirte el remedio que necesitas, pero son muchas las cosas que hay que preparar.

—Esa mierda también puede fallar —contesto.

—Esa boca —me riñe Dayana, y mira a Dahlia como si ella no maldijera a sus espaldas.

—Mirad, puede que no sea un Fianbre oficial, pero yo también podría morir esta noche. ¿Vais a sentir os bien por haber acelerado la muerte de Valentino si yo también muero?

Todo el mundo está en silencio, y Dalma está conteniendo

las palabras, pero, al igual que anoche en el hospital, pierde la batalla contra sí misma.

—Esto no tiene que ver con nosotros, Orion. Valentino y tú habéis forjado esta relación tan bonita y es muy triste que no tengáis más tiempo juntos, pero ¿cómo vas a sentirte si Valentino muere en vano y luego tú también mueres?

Estoy muy cerca de ser un capullo y decirle que no sentiría nada porque estaría muerto, pero decido callarme porque todos tienen la mejor de las intenciones y solo están intentando que mire por Valentino. No entienden lo duro que va a ser vivir gracias a él, pero sin él. Cómo cada latido va a ser él susurrando durante el resto de mi vida. Lo único que no quiero es escuchar cómo me dice desde la tumba que le empujé a morir para poder vivir yo.

Valentino está bajando las escaleras, y me acerco a recibirlo en la puerta. Lleva mi ordenador en las manos y cuanto más se acerca más fuerte es su llanto. Abro los brazos para darle un abrazo en lugar de apretar los puños como en realidad quiero hacer, porque estoy muy enfadado de que incluso con la muerte llamando a su puerta sus padres no hayan sido capaces de solucionar las cosas. Valentino rechaza el abrazo, tira el portátil en el sofá, me sostiene la cara y me besa. No es apasionado como el primero en el puente de Brooklyn, lo que es genial porque no me importa que mi familia nos vea, pero tampoco estoy listo como para que me vean interactuar de esa manera tan intensa.

Valentino me besa como si le hubiera dado un regalo.

—¿Estás bien? —le pregunto al respirar—. ¿Cómo ha ido?

—No han dicho nada, pero yo sí. Todo lo que necesitaba.

—Me alegro por ti. Tus padres pueden picar piedra y...

—No les deseo ningún mal, Orion. Decirles que estoy dispuesto a ir al infierno por vivir mi vida era todo lo que necesitaba para ganar.

—¿Les has dicho que irías al infierno? Eso es impresionante.

Valentino se seca las lágrimas.

—Seguramente me arrepienta si el infierno existe.

—Sí, puede volverse en tu contra. El infierno parece algo caluroso.

—No puede ser peor que una ola de calor en Arizona.

—Ahora en serio. ¿Cómo ha terminado la cosa? ¿De verdad no te han dicho nada?

—Ni una palabra, Orion. Sinceramente, pensaba que se disculparían o que me dirían que me quieren o que incluso harían algún comentario arrogante sobre cómo esto es lo que me merezco por darle la espalda a Dios. Sin embargo, el silencio empezó a doler cada vez más, así que colgué. Pensaba que sería mejor llorar en privado.

Desearía haber estado arriba con Valentino en el preciso instante en que esa primera lágrima cayó. Odio la idea de que haya llorado a solas, pero no me necesita para todo. Valentino es un superviviente que necesitaba algo de ayuda en su Último Día, pero que siempre ha tenido esa resiliencia en el corazón y en los huesos.

Le doy la mano y lo llevo fuera, donde hay una familia cariñosa que lo está esperando. No les da más detalles de los que me ha dado a mí, pero ellos también están dispuestos a salir en su defensa.

Dayana parece asqueada por el relato.

—Amo a Dios, pero Dios nunca se interpondría entre mis hijos y yo. Si tus padres tuvieran una relación más sana con Dios, no habría pasado.

—Significa mucho oír eso —le agradece Valentino.

—Siento que no lo hayas oído en boca de tu propia madre o de tu propio padre —responde Dayana.

—¿Sabes algo de... de mí? —le pregunto antes de darme cuenta de cómo ha sonado—. No de mí como persona, como tu amigo, como tu novio, sino como persona a la que vas a donarle el corazón.

—No saben eso —responde Valentino—, pero sí saben de ti.

—¿Seguro que te quedaste el tiempo suficiente conectado como para asegurarte de que no les diera un infarto?

—Qué macabro —interviene Dalma.

—Yo puedo hacer esas bromas, los infartados pertenecen a mi grupo.

—Venga, todos de pie y fuera —dice Dayana mientras hace lo propio—. Démosles a los chicos algo de privacidad.

Dayana manda a Dalma, Floyd y Dahlia arriba, pero Dalma vuelve:

—O-Bro...

Eso es todo lo que dice antes de dejarnos a solas abajo y cerrar la puerta detrás de ella, pero sé lo que me está diciendo que haga.

Bueno, lo que no.

No dejar que Valentino muera en vano.

Pero primero lo primero: un par más de primeras veces.

VALENTINO

17:23 HORAS

—Bienvenido a la Zona O —dice Orion mientras abre la puerta de su dormitorio.

—Gran nombre —le felicito. Mi corazón se acelera cuando entro en este dormitorio tan acogedor en el que corre algo de aire gracias al ventilador. Las paredes están pintadas de gris claro, casi blanco. Hay fotos de Orion con sus padres clavadas con chinchetas encima del escritorio. La única ventana que hay tiene vistas al patio en el que está la mesa vacía, ya que todos están arriba. Detrás de mí está la cama doble de Orion cubierta con un edredón blanco, igual que el mío de Arizona, con la diferencia de que encima de la cama también hay una sábana de cuadros negros y grises con su teléfono, mi cámara, dos copas de champán y una vela blanca descansando sobre una bandeja.

—¿Qué es todo esto?

—Nunca llegamos a tener una primera cita en condiciones —responde Orion mientras me da la mano y me lleva hasta la cama—. Pensé que podíamos tenerla aquí.

—Así que eres de los que se meten en la cama en la primera cita. —Orion se ríe ante mi comentario y responde:

—Solo si el chico me gusta.

—Bien por ti.

—Bien por nosotros.

Finge que enciende una cerilla y que enciende la vela.

—Espero que la vela no se caiga e incendie la cama —digo.

—Eso espero, sería una mierda.

Nos sentamos contra la pared, nos damos las manos y sostenemos las copas vacías de champán.

—Supongo que no vamos a beber nada —comento.

—¿Quién ha dicho eso? —Orion sorbe nada y suspira como si hubiera bebido agua por primera vez en años—. Vaya, lo necesitaba de verdad.

Bebo aire de mi copa y respondo:

—Estaba muy bueno.

—No, no, no, no, no, no. Has fingido que estabas bebiendo.

—¿Qué debería haber hecho?

—Vivir lo que estás bebiendo.

Este es mi Último Día, y todo lo que he bebido hoy es un té negro debido a la probable operación, pero mientras llevo la copa a mis labios otra vez, pienso en todas las cosas que querría beber por última vez si pudiera: té helado con mucho limón; una zarzaparrilla en un restaurante; los batidos verdes y los batidos de proteína de vainilla que me encantaba hacerme por las mañanas; el zumo de manzana que me recuerda a cuando de niños compartía biberón con Scarlett, y litros y litros de agua. Sigo estando bastante deshidratado cuando termino este ejercicio, pero lleno de recuerdos de todas esas cosas que no valoraba. Suelto un profundo suspiro que satisface a Orion.

—Esto es un gran comienzo para nuestra primera cita —digo.

—Mejora. Espero.

—Si estás pensando en lo mismo que yo...

—Ah, estoy pensando en lo mismo que tú, pero también estoy pensando en lo nervioso que estoy de leerte una de

mis historias.

—Yo estaba pensando en la historia. ¿En qué otra cosa estabas pensando?

Orion me mira a los ojos antes de darse cuenta de que le estoy tomando el pelo.

—Te odio.

—No es cierto.

—No, no lo es.

Hay un momento de tensión entre nosotros antes de que Orion tome el teléfono.

—Escribí esta antes de conocerte, pero es sobre un trasplante de corazón.

Orion empieza a leerme su relato *Corazón dorado*, el mismo que vi en el escritorio de su portátil. No es una comedia, pero no puedo evitar reírme cuando Orion dice que el protagonista se llama Orionis, pero se vuelve cada vez más oscuro cuando la Muerte empieza a envejecer el corazón de Orionis, y este solo puede latir si Orionis baila con ella. Su vida se convierte en ese baile interminable con la Muerte, una a la que estaba a punto de ponerle fin porque vivir de ese modo no era vida. Luego se cruza con un anciano que tiene un corazón dorado que estaba viviendo despreocupado y haciendo todo lo que Orionis no podía hacer. Sin embargo, le rompía el corazón ver a Orionis tan triste, tanto como a mí la situación de Orion. El anciano le da a Orionis su corazón tal y como yo voy a hacer con Orion.

—Fin —concluye Orion mientras apaga el móvil.

—Es duro y alegre.

—Sí. No pensé que pudiera ser más triste excepto por el

hecho de que tú no vas a poder vivir tanto como el anciano.

—Eso es triste, pero no es la parte más triste. El anciano ni siquiera conoció a Orionis. Yo he podido pasar el día con la persona que tendrá mi corazón.

—Esa es una gran verdad. Me gusta saber que no me van a implantar el corazón de un imbécil.

Orion trata de esconderse tras el humor. Creo que hemos llegado a ese punto. El punto en que sabemos que vamos a tener que despedirnos. Le doy la mano.

—¿Crees que escribirás sobre mí?

—No habría palabras suficientes, pero me estás dando la oportunidad para tratar de encontrarlas.

Tiro de Orion hacia mi regazo y nos miramos.

—Gracias por invitarme a la Zona O.

—Gracias por haber entrado en mi vida.

—Gracias por haber salvado la mía.

—Gracias por haber salvado la mía —repite Orion.

Nos besamos como si fuera un reto para ver cuánto podemos hacerlo antes de que la muerte nos separe.

Luego la temperatura sube y nos dejamos llevar hacia una primera vez muy especial para ambos.

Dejo a Orion sobre la cama y él finge preocuparse por la vela apagada, pero se queda sin habla cuando me quito la camiseta. Me recorre el torso con los dedos, empieza por la clavícula, pasa por los pectorales y me dibuja las abdominales antes de desabrocharme los pantalones. Es mucho más cuidadoso que yo cuando me peleo con sus pantalones pitillos que se le pegan a las piernas como si su vida dependiera de ellos, pero una vez que ambos estamos completamente desnudos, nos miramos sonriendo de oreja

a oreja.

—El mejor día de mi vida —afirmo.

—El mejor puto día de mi vida —reafirma Orion.

Luego nos movemos como si el mundo fuera a acabarse en el siguiente minuto.

Me da un condón, me lo pongo y me muevo lentamente dentro de él, se siente tan bien que no puedo creerme que solo vaya a vivir esto una vez.

Lo único que puedo hacer no es distinto a lo que he hecho durante todo el día: vivir el momento.

Tenemos las manos presionadas contra el corazón del otro mientras Orion y yo continuamos viviendo esta increíble primera vez juntos.



CUARTA PARTE
EL FINAL

*En nombre de todos los que formamos parte de
Muerte Súbita, lamentamos perderte.*

—Joaquín Rosa, creador de Muerte Súbita.

ORION

18:06 HORAS

Esa primera vez ha sido mejor de lo que me podría haber imaginado, y eso que ¡soy un puto escritor!

En serio, me sorprende haber sobrevivido. No estoy diciendo que el sexo fuera salvaje o nada por el estilo, solo que ha sido complicado lidiar con todas las hormonas mientras mi corazón empeoraba. Estaba empezando a pensar que el sexo iba a ser demasiado arriesgado, como saltar en paracaídas o hacer alpinismo. No me interesa saltar de aviones ni escalar montañas, pero el sexo siempre ha estado bastante alto en mi lista de cosas pendientes y Valentino ha sido la primera pareja perfecta. Fue lento, como siempre pensé que sería, y comprobaba que estuviera bien en todo momento, sin intentar acelerar a pesar de que el reloj cada vez está más cerca de marcar el final de su Último Día. Él llevaba queriendo vivir esa primera vez tanto tiempo como yo y es como si hubiéramos convertido los minutos en horas.

Ahora en serio, hablamos de minutos.

Algunos de mis minutos preferidos.

Ahora me estoy duchando en el baño que hay en el pasillo de mi habitación, impaciente por volver con Valentino. Todo el tiempo que paso enjuagándome el pelo y el cuerpo tengo sentimientos encontrados entre lo bien que lo he pasado y lo mal que lo voy a pasar cuando él no esté.

Algo que acaba de empezar va a terminar tan rápido como comenzó.

Su muerte puede ocurrir en cualquier momento.

Podría estar pasando ahora mismo.

Ya podría haber pasado.

El pensamiento de que Valentino esté muerto en mi cuarto me asusta.

Salgo de la ducha casi sin secarme, aunque me acuerdo de cómo se cayó Valentino de culo esta mañana en su apartamento precisamente porque estaba goteando después de ducharse, y recuerdo que yo tampoco estoy todavía fuera de peligro, que hoy también podría ser mi Último Día, pero no puedo contener las ganas de verlo vivo, vivo, vivo, vivo. Abro la puerta de mi cuarto y veo a Valentino sentado en mi escritorio hablándole a la cámara.

O estaba hablándole a la cámara, hasta que entré como si la casa estuviera en llamas.

—¿Qué pasa? —pregunta Valentino y veo el miedo en sus ojos azules.

—Nada, nada —casi dejo caer la toalla que tengo envuelta en la cintura, lo que no habría sido tan bochornoso ahora que hemos visto cada centímetro de piel del otro—. Quería asegurarme de que estuvieras bien. He tenido un mal presentimiento, me he puesto nervioso.

Valentino suelta una profunda respiración y se sienta.

—Estoy bien. Solo estoy grabando un mensaje para Scarlett. Algo que pueda tener cuando... —asiente con conocimiento—. ¿Te importa que lo acabe? Solo va a ser un minuto.

—Tómate tu tiempo —respondo y añado—: Y no te mueras. —Luego agrego—: ¡Ya sabes a lo que me refiero!

Salgo de mi cuarto tentado de pegarme en la boca para evitar decir alguna estupidez más. En vez de eso, vuelvo al

baño, donde me seco los rizos con la toalla porque hacerlo con el secador me resulta bastante arriesgado ahora que mi propio destino vuelve a estar en entredicho; no quiero electrocutarme. Me pongo unos vaqueros nuevos, algo más anchos que los últimos para así no tener que pelearme con ellos para salir, y encima de la camiseta interior, me pongo la camisa de botones gris que Valentino ha estado llevando; huelo el cuello y huele a cítricos, algo parecido a como huele su sudadera. Si Valentino tiene algún problema con que la use, entonces tendrá que quitármela y entonces es posible que él muera o que muramos los dos a causa de una pelea por una camisa que quiero guardar como si se tratara de un cinturón de campeón, como un trofeo que me recordará para siempre las victorias de este Último Día.

Piso una toalla y la arrastro desde el cuarto de baño hasta mi cuarto mientras seco los charcos.

Luego llamo a la puerta de mi cuarto, lo que se me hace raro, y pregunto:

—¿Estás bien?

Cada milisegundo que no contesta me pone nervioso.

—Entra —responde después de un segundo, sano y salvo. Abro la puerta, y él sonrío cuando ve que llevo puesta su camisa—. Te queda bien.

—Tú la llevas mejor, pero me la quiero quedar, y deberías saber que estoy dispuesto a luchar contigo hasta la muerte.

Valentino se levanta del escritorio y tira de mí para besarme.

—Es toda tuya —dice cuando termina.

Parece feliz con su camiseta de ¡QUE TENGAS UN BUEN ÚLTIMO DÍA!, aunque, ahora que le he robado la camisa, le invito a

saquear mi armario. Mira mis sudaderas mientras yo limpio un poco: tiro el condón y el envoltorio a mi pequeña papelería, y los calcetines, la ropa interior y los vaqueros pitillo en el cesto de la ropa sucia.

—¿Te ha ido bien grabando el mensaje? —le pregunto a Valentino.

—Eso creo —responde Valentino mientras se pone una sudadera gris lisa—. Tampoco es que tenga mucho tiempo para mejorarlo.

—Seguro que a Scarlett le encantaría incluso si estuvieras sentado en silencio.

—Es probable que tengas razón.

Empiezo a hacer la cama. De algún modo me va a resultar que está muy vacía sin Valentino, aunque solo la haya compartido con él una vez. El dolor es un astuto hijo de puta que está intentando acabar conmigo incluso antes de que Valentino haya desaparecido. No estoy consiguiendo remeter las sábanas debajo del colchón, siempre lo hago mal. Entonces, Valentino viene al rescate y es el millonésimo recordatorio de que ya no volverá a estar para ayudarme a hacer la cama, para abrazarme, para preguntarme cómo estoy.

—Deberíamos irnos, Orion. —Intento hablar, pero no puedo. No estoy preparado para que esto acabe—. He pensado que podríamos compartir una última primera vez —dice Valentino.

—No digas nuestra primera y última despedida o algo por el estilo.

Valentino sostiene la cámara.

—¿El primer paseo por el bulevar de los recuerdos?

—Me encantaría —respiro.

—He pensado que podríamos hacerlo en mi apartamento, así puedo dejarle la cámara a Scarlett y luego podemos ir directos al hospital. Con suerte, a la doctora Emeterio se le habrá ocurrido algo...

Ese algo parece una forma tranquila de morir frente a lo que sea que le espere.

Sin embargo, no voy a darle vida a esas pesadillas. Voy a vivir el sueño.

—Llévame a casa, Valentino.

FRANKIE DARIO

18:24 HORAS

El día no puede ir peor.

Primero, ese Fiambre inquilino suyo se fue y murió, matando así los sueños de Frankie.

Luego, el mejor amigo de su mujer deja el trabajo en Muerte Súbita, dejando así de serle útil a Frankie en un futuro.

Y luego, Joaquín Rosa hizo un directo y admitió que su empresa no es el regalo del cielo que decía que es, arruinando las oportunidades que Frankie tenía de capturar la sorpresa de un Fiambre al sobrevivir.

Frankie siente que está atascado, como si no pudiera desalojarse a sí mismo de esta vida de la misma forma en la que él lo hace con los inquilinos del edificio. Desearía poder deshacerse de todos. Así podría esconderse de Gloria en el piso de abajo cuando ella le pusiera de los nervios; aunque en ese caso, si lo piensa, viviría sobre todo abajo. Este edificio... ¿por qué no pudo su padre haberle dejado una herencia mejor, como una empresa de la lista Fortune 500? En vez de eso, Frankie tiene que ocuparse de cañerías atascadas, quemarse con los radiadores y hacer de chico malo porque la gente no puede pagar las facturas a tiempo. ¿Acaso es culpa de él? Paga o vete. Esto no es un albergue.

Frankie está viendo las noticias de la noche en el salón, que están hablando de Muerte Súbita. Menuda sorpresa. La puerta de su apartamento lleva abierta desde esta mañana, incluso cuando por la tarde la inquilina de abajo decidió escuchar bachata a todo volumen; estaba preparado para

poner una notificación de desalojo en su puerta solo porque sí. Sin embargo, Frankie ha estado esperando que quizá Valentino Prince haya conseguido sobrevivir de alguna forma hasta ahora en su último día, aunque parece poco probable teniendo en cuenta cómo los presentadores hablan del éxito de las predicciones de Muerte Súbita entre aquellos usuarios registrados a los que sí llamaron. Aun así, mantiene la puerta abierta, ya que sabe que quedan menos de seis horas antes de la medianoche.

Pueden pasar muchas cosas en ese tiempo.

La puerta de la entrada se cierra de un portazo, algo de lo que suelen quejarse los inquilinos de la primera planta y que Frankie sigue diciendo que arreglará, pero que no lo hace y espera no tener que hacerlo nunca. ¿Será Valentino? Luego reconoce las rápidas pisadas que suben corriendo las escaleras, y suspira.

—¡Papá! ¡Papá! ¡Papá! —Entra corriendo Paz.

—¿Sí? —responde Frankie.

—¡He conseguido un anuncio! ¡Lo grabo la semana que viene!

Frankie se gira hacia su hijo sin prestarle toda su atención, pero sí la suficiente. ¿Cómo es posible, cómo es justo, que un niño esté cada vez más cerca de alcanzar su sueño que su propio padre? Primero fue un pequeño papel en una película, ahora un anuncio y lo próximo será un papel protagonista en alguna serie de televisión. ¿Por qué el mundo está preparado para darle más amor a este niño que a un hombre que ha cumplido con su deber, que ha trabajado duro y que se ha esforzado?

—Bien hecho —se limita a decir Frankie.

—Ha sido muy divertido —dice Paz, que se tira a su lado en el sofá—. Luego fuimos todos a comer helado, y a mí se me congelaron las ideas.

¿Todos?

Frankie escucha el tintineo de las llaves de Gloria mientras sube despacio las escaleras, como si estuviera ascendiendo una montaña escarpada. Le pegará un puñetazo a la pared como vuelva a quejarse de que el ascensor no funciona. También le pegará a la pared, puede que incluso a Gloria, si no le da una respuesta satisfactoria sobre con quién ha pasado la tarde su hijo hoy.

Luego escucha la voz de un hombre. Es Rolando.

¿Por qué están juntos?

Como estén teniendo una aventura, que Dios los asista.

Demonios, Frankie ha engañado a Gloria varias veces con la mujer del tercero, pero eso era distinto. Gloria no tiene ni idea, y Frankie nunca se lo ha restregado por la cara, pero ¿traer a Rolando a su casa? ¿Como si Frankie no le hubiera explicado mil veces a Gloria que no se termina de fiar de que Rolando solo quiera una amistad con ella?

Por primera vez desde esta mañana, Frankie está tentado de cerrar la puerta, justo en la cara de Rolando.

VALENTINO

18:27 HORAS

¿Por qué ir andando hacia tu muerte cuando puedes ir en coche?

Floyd nos está llevando por la autovía FDR, es un trayecto de diez minutos desde su casa a mi edificio, pero hay un atasco: estoy sentado solo en el asiento trasero de la furgoneta, mientras que Orion está sentado delante. Es una decisión que hemos tomado por seguridad y una que decidí respetar cuando me metí en el coche y acepté la generosa oferta.

El transporte es algo bastante complicado en un Último Día.

Orion y yo intentamos irnos en metro, pero su familia no nos lo permitió. Corríamos demasiados riesgos desde su casa a la estación, además de que el propio trayecto en tren tenía también sus peligros asociados. Pensé que podríamos ir en taxi, pero sus tutores legales no se fiaban de ningún conductor, sobre todo desde que la semana pasada Floyd tuviera que atender a un taxista que había provocado un accidente. ¿Y si el destino era tan cruel como para volver a poner a ese hombre detrás del volante del coche en el que nos subiéramos? Floyd se ofreció a llevarnos, pero se negó a dejar que Dayana, Dalma y Dahlia se subieran con nosotros en el coche. Intentó sugerir que no había espacio suficiente para todos, pero estamos hablando de una furgoneta. Entrábamos todos. Yo sabía que lo que no quería era poner en riesgo sus vidas. Estoy seguro de que desearía que Orion fuera en el coche de Dayana con las chicas, pero lo mejor

que pudo sugerir fue que Orion se sentara delante con él para que le ayudara a guiarse por una autovía que, hasta ahora, ha sido bastante recta.

No estoy enfadado. Quiero a Orion cerca de los airbags. La mejor protección que yo tengo conmigo son los edredones, las sábanas y las almohadas que Dayana me ha dado para que se las dejase a Scarlett. Ahora Scarlett no tendrá que dormir debajo de mi ropa, como hicimos Orion y yo.

Me encanta ese recuerdo. La primera vez que compartí una cama con un chico.

Me inclino tanto como me permite el cinturón de seguridad y me agarro al hombro de Orion como si fuera el borde de un acantilado. Gira la cabeza y me besa los nudillos antes de poner la mano encima de la mía.

Hemos ido en silencio todo el camino. Conducir sin tener a un Fiambre confirmado en la parte trasera del coche ya implica tener cierto nivel de cuidado. Estoy seguro de que Floyd está nervioso porque este acto de bondad que me está mostrando termine con todos muertos. Orion está mirando por el espejo retrovisor de su lado que ningún coche pierda el control.

Más allá de lo que pase, no puedo evitar sentir que estoy en un coche fúnebre en dirección a mi funeral, a pesar de que mi corazón sigue latiendo.

ORION

18:30 HORAS

Me suena el teléfono y por un segundo siento que no puedo contestar a la llamada, como si yo fuera el que está conduciendo y no quien va sentado en el asiento del acompañante. Afortunadamente Floyd tiene nervios de acero. Compruebo el teléfono y veo que no son Dalma ni Scarlett. Es un número desconocido.

—¿Dígame?

—Hola, llamo para hablar con Orion Pagan. Soy la doctora Emeterio del hospital Lenox Hill.

—¡Ay, mi madre! Hola, soy yo.

—¿Cómo estás?

—Bien, muy bien, en realidad.

—¿Eso significa que Valentino sigue vivo?

—Sí, ahora mismo estamos juntos. —Miro por encima del hombro y le digo a Valentino que estoy hablando con la doctora Emeterio—. ¿Qué quería?

—¿Podría hablar con Valentino?

—Por supuesto. —Le paso el teléfono.

Intento averiguar si la doctora Emeterio está llamando para dar buenas o malas noticias. Observo a Valentino a través del espejo retrovisor, buscando algún tipo de pista. Se limita a decir «sí», «no» y «ajá» hasta que por fin dice «Gracias, doctora. Nos vemos pronto», lo que no me aporta nada, ya que teníamos previsto volver al hospital.

Valentino busca mi mirada en el espejo retrovisor.

Sonríe.

Asiente.

Los ojos se le llenan de lágrimas.

—La junta ha dado el visto bueno a la operación —confiesa Valentino.

Sería una mala idea que mi corazón explotara ahora mismo, pero rebose felicidad.

No podemos salvarle la vida, pero podemos asegurarnos de que muera de una forma más suave.

Punto para Muerte Súbita.

GLORIA DARIO

18:34 HORAS

Gloria ha vivido gran parte de su vida con miedo.

Desde la primera vez que Frankie le puso la mano encima, enfadado por haber perdido dinero en la liga fantástica de fútbol, como si Gloria hubiera elegido a los jugadores de su equipo. Otra vez, Frankie le pegó tanto a Gloria cuando estaba embarazada que acabó sangrando y pensando que el niño había muerto a manos de su padre. También está aquella vez en la que el temperamento de Frankie se desató por algo que Gloria ha olvidado, pero de la que solo recuerda salir corriendo del baño con nada más que una toalla, agarrar a Pazito, que por aquel entonces tenía tres años, y esconderse en un apartamento vecino mientras Frankie intentaba encontrarla, formar un charco alrededor de sus pies desnudos y taponarle la boca a Pazito con la mano para que no respondiera a las llamadas de su padre. La peor partida al escondite de su vida. Obviamente, Gloria tampoco puede olvidarse de la vez en que salió hasta tarde por el cumpleaños de Rolando y de cómo Frankie quería que volviera a casa y fue a buscarla cuando vio que no le respondía a las llamadas. Pensaba que estaba en la cama con Rolando, algo que ha querido hacer muchas veces, pero que nunca ha hecho porque quería ser mejor que Frankie, que no tenía problemas en engañarla, como si ella no supiera lo de la vecina de abajo. Cuando Frankie le pidió que se subiera en el taxi, Gloria se negó y vio lo enfadado que estaba. Pero Frankie se bajó del taxi hecho un animal y se abalanzó sobre ella: la atacó en público, delante de Pazito,

que lloraba en el asiento trasero. Mientras estaba hospitalizada y Frankie pasaba una única noche en prisión, Gloria tenía miedo de morir.

Y ahora, Gloria tiene que hacer lo que más miedo le da.
Irse.

Es la única vía de escape.

Como decía Robert Frost, «el mejor camino para salir es siempre a través».

Gloria entra en el apartamento en la que podría ser la última vez. La puerta sigue abierta de par en par, y Pazito está sentado con Frankie, quien no hace ni caso de Rolando cuando entra con Gloria.

—Hola —saluda Gloria. Un marido más astuto ya sabría que algo está pasando. Gloria y Frankie nunca se saludan. Coloca el bolso en la mesa pequeña de la cocina, lista para quitarse los zapatos, cuando recuerda que no va a quedarse mucho tiempo. Puede dejar las huellas que quiera en el apartamento. Por una vez, será Frankie quien se encargue de limpiarlas—. ¿Qué tal el día?

Frankie refunfuña antes de contestar.

—Te dije que Muerte Súbita no era el futuro —le dice a Rolando sin mirarlo—. ¿Seguro que no te han despedido?

—Lo he dejado yo —responde Rolando.

Gloria nota que Rolando quiere decir algo más, para retar a Frankie, pero todo lo que hará es agriar su ánimo aún más. Asiente a Rolando, que entiende el mensaje y va al cuarto de Pazito.

—Vamos, enséñame tu nuevo tren —le pide Rolando a Pazito.

Pazito salta del sofá con la mayor de las sonrisas y corre a

su cuarto. Rolando intercambia una mirada de *Si me necesitas aquí me tienes* con Gloria antes de cerrar la puerta detrás de él.

El miedo sigue aumentando en el interior de Gloria, igual que el aire caliente en el edificio, pero muy pronto ella volverá a estar fuera y será capaz de respirar como una mujer libre. No se sienta, aunque tenga los pies cansados. Quiere aparentar ser alta, aunque no lo sea, y fuerte como siempre ha sido.

—Frankie, tenemos que hablar.

—¿De qué?

—No soy feliz. Tú tampoco.

Frankie no parece estar infeliz. Tiene esa furia en los ojos que Gloria ha visto innumerables veces. Se encoge ante esa mirada porque recuerda lo rápido que puede pasar de estar tranquilo a estar encima de ella.

—No hables por mí —contesta Frankie.

—Tú no hablas por ti —responde Gloria—, y yo tampoco hablo nunca por mí.

—Pues ve al grano. ¿Qué estás diciendo?

—Quiero el divorcio.

Son las palabras que se ha imaginado diciendo durante tanto tiempo, que Gloria no se puede creer que acaben de salir de su boca. Casi desearía poder tragárselas de nuevo, pero las palabras han salido, y también debe hacerlo ella para ser libre.

Frankie parece un asesino antes de girarse hacia la puerta del dormitorio, tras la que se encuentran las partes más grandes del corazón de Gloria.

—¿Es por él?

—Es por mí.

La silla sale disparada de debajo de los pies de Frankie, dando vueltas hasta donde está la televisión.

Gloria desearía que Muerte Súbita funcionara tal y como prometieron porque así sabría quién conseguirá salir del apartamento con vida.

VALENTINO

18:37 HORAS

Todo va según lo previsto.

Llegamos a mi edificio a salvo, aparcamos fuera con el coche de Dayana detrás. Todo el mundo sale a la acera y soltamos un suspiro de alivio colectivo. Floyd observa tanto la manzana como a la gente que está festejando en el bar de la acera de enfrente, como si alguien pudiera llegar borracho hasta aquí e iniciar una pelea. Dahlia se acerca a la pizzería e inhala el olor y le pide a Dayana que le compre una porción con pepperoni. Dalma parece estar nerviosa, y me siento tentado de invitarla dentro para que vea que todo va a ir bien, pero realmente quiero pasar algo de tiempo a solas con Orion.

—Qué ruidoso —comenta Dalma.

—Me encanta —le digo.

Orion tiene las almohadas debajo de los brazos y yo cargo la ropa de cama.

—¿Subimos?

Dayana comprueba la hora en su teléfono.

—Bajad a las siete, ¿vale?

—¿Eso cuánto tiempo es? —pregunta Orion.

—Veintiún minutos.

—No es tiempo suficiente.

Dayana vuelve a mirar el teléfono.

—Ya solo quedan veinte. El tiempo corre, así que más vale que os deis prisa.

Saco las llaves, que ahora llevan el llavero de la pizza que la familia de Orion me ha regalado.

—Deberíamos llamar al timbre de Frankie solo por molestar —bromea Orion.

—Puede que cuando salgamos.

Abro la puerta de entrada, que se cierra de un portazo cuando entramos. Empezamos a subir los escalones.

—Lo siento si el viaje se ha hecho raro —se disculpa Orion detrás de mí.

—Para nada. Floyd solo intentaba mantenerte con vida.

—Mantenerte a ti también con vida.

—Lamento poner la vida de todos en riesgo solo por existir.

—Cállate, no me siento así. Es solo que me habría gustado ir sentado detrás contigo. Sentía que nos estaban separando por demostrar afecto en público o algo parecido.

Me paro en el primer rellano.

—¿Algo así?

Lo beso, feliz por haber juntado, como nosotros lo estamos, nuestros labios de nuevo.

—Algo así —responde Orion—. ¿Puedes premiarme con un beso cada vez que subamos un piso?

—Qué buena iniciativa para mantenernos con vida.

Seguimos subiendo las escaleras.

—Te eché de menos mientras iba en el asiento del copiloto, que lo sepas —dice Orion.

—Yo también. Agarrarte el hombro me tranquilizó un poco.

—Menuda coincidencia, yo también me tranquilicé cuando me estabas agarrando.

Segunda planta, segundo beso.

El olor de la cocina de alguien de esta planta hace que me rujan las tripas y eso que ni siquiera sé lo que es.

—Eso huele de escándalo —digo.

—Ni que lo digas.

—¿Qué es lo primero que vas a comer después de la operación? —le pregunto.

—¿No te tortura un poco hablar de esto?

—De todas formas acabará pronto —digo con un tono de voz suave.

—Elige por mí —me responde Orion.

Es difícil decidirse porque a estas alturas me comería tanto esta sucia barandilla como un pie humano.

—Obviamente, tienes que comer *linguini*.

—Sin duda alguna.

—Puré de patatas bañado con jugo de carne. Zanahorias asadas. Espinacas al vapor. Macarrones con queso cocinados hasta que estén quemados.

—Tendré que repartir todo eso en un par de comidas.

Tercera planta, tercer beso.

Alguien está discutiendo arriba de las escaleras. Ese problema de ruido no será mi problema durante mucho más tiempo. Me alegro de haber grabado todo lo que quería en la casa de Orion para que esos gritos no se escuchasen de fondo, hasta los vecinos ruidosos son una de las cosas básicas de Nueva York.

—Me muero de ganas de ver las fotos —le digo.

—¿Cuáles tienes más ganas de ver? —me pregunta Orion.

Un recuerdo distinto se me viene a la mente a cada escalón que subo.

En el exterior de la tienda de empeños.

Mi primera vez comprando un ejemplar de *The New York Times* antes de descubrir mi conexión con la foto de la

portada que mostraba a Joaquín Rosa al teléfono.

Arriba del parque High Line con Orion.

El lugar del monumento al Word Trade Center.

El puente de Brooklyn.

Todo lo del tren en el que montamos un espectáculo que quedará para el recuerdo.

El beso con Orion en Times Square.

Todas están al mismo nivel.

—La del parque High Line —me decido al final de las escaleras justo cuando escucho un estrépito que viene de arriba, cuyo origen no puedo descifrar y del que no me quiero preocupar porque estoy feliz de recordar este momento—. Es nuestra primera foto juntos. Quiero ver cómo salió.

—Seguro que tú sales genial y que yo parezco un gremlin.

Cuarta planta, cuarto beso.

—Estoy seguro de que también vas a salir guapo.

—¡Yo he dicho «genial»! De nuevo, cuando intentas decirme un piropo, vas y me degradas.

Me río ante su reacción.

—¡Lo siento, mi genial novio! ¡Eres genial y seguro que sales genial y que yo no soy lo suficientemente genial para ti! ¿Volvemos a ser geniales?

—Sí, claro, claro, volvemos a ser geniales, mi guapo novio.

—Podría tirarte por estas escaleras —bromeo a medio camino de la quinta planta.

—Caería sobre mi almohada, pero en serio, el descanso estaría bien. No elegiste muy bien eso de mudarte a un sexto piso sin ascensor.

—Me dijeron que había ascensor.

—Si me hubieras conocido antes podría haber venido a comprobarlo por ti.

—Añade eso a la lista de cosas por las que desearía poder viajar en el tiempo.

Quinta planta, quinto beso.

—Este momento no está tan mal —dice Orion.

Este no.

FRANKIE DARIO

18:40 HORAS

Frankie va a matar a Rolando.

Piensa en buscar la pistola que tiene en el armario, pero una bala sería demasiado piadosa. Quiere ser él quien mate a Rolando de una paliza. Hay numerosas formas de hacerlo: con la pata de la silla que se ha salido al chocar con el mueble de la televisión, con la propia televisión, con las botas que están al lado de la puerta, el jamón descongelado que se supone que Gloria iba a preparar para cenar, un cuchillo de la cocina, algunos buenos golpes con el manojito de llaves. Hasta sus puños le valen.

—¡Rolando, ven aquí!

—¿Qué haces? —le pregunta Gloria.

Frankie señala con el dedo a su esposa, la mujer que ya no quiere ser su esposa.

—Tú has traído a este hombre a mi casa, así que veamos lo hombre que es. —La puerta se abre, y Rolando sale. Paz intenta seguirlo, pero Rolando vuelve a meterlo en el cuarto. Rolando se gira hacia Gloria—. ¡No mires a mi mujer!

—Tienes que tranquilizarte —dice Rolando.

—¡Tú no pones las reglas en mi casa!

—Estaremos encantados de irnos de tu casa.

Frankie empieza a reducir el espacio que lo separa de Rolando.

—Puedes irte de mi casa, ¡pero no vas a irte con mi familia!

—Yo no soy de tu propiedad —interviene Gloria, que se coloca entre los dos hombres.

Frankie empuja a Gloria a los brazos de Rolando.

—¡Pues iros los dos de aquí, pero Paz no se va a ninguna parte!

No tiene interés alguno en ser padre soltero, pero estaría condenado si otro hombre criara a su hijo.

—¡Pazito se viene conmigo adonde yo vaya! —grita Gloria mientras se aparta el pelo de la cara.

—¡Por encima de mi cadáver! —replica Frankie.

Él da el primer golpe.

VALENTINO

18:41 HORAS

Orion se toca el pecho y respira profundamente.

—¿Qué tal va tu corazón?, porque el mío...

Los gritos son cada vez más fuertes en la sexta planta. Es Frankie.

— Puedes irte de mi casa, ¡pero no vas a irte con mi familia!

Una mujer dice algo, ¿puede que sobre la propiedad?

—¡Pues iros los dos de aquí, pero Paz no se va a ninguna parte!

—¡Pazito se viene conmigo adonde yo vaya!

—¡Por encima de mi cadáver!

Luego se escucha un golpe, como de piel con piel, y un ruido sordo.

La mujer grita «¡AYUDA!» antes de llorar de dolor.

Suelto la ropa de cama mientras tiemblo de miedo.

Todo mi corazón me dice que este es el momento que he estado temiendo, pero nada me impide acelerar los pasos.

—¡Valentino, no!

—¡Quédate ahí, Orion!

Llego a la sexta planta sin el sexto beso.

La puerta del apartamento de Frankie está abierta. Él está encima de un hombre, golpeándolo con los puños, y una mujer, que deduzco que es su esposa, está en el suelo con la palma de la mano contra su cara destrozada. Luego se abre una puerta y ese niño, Paz, mira con espanto cómo su padre le pega a alguien ensangrentado. ¿Es ese hombre un Fiambre? Lo irreal de la situación me tiene paralizado.

—¡Por favor, ayuda! —me grita Paz cuando me ve.

No pierdo ni un minuto más. Entro corriendo en el apartamento, rodeo a Frankie con los brazos y forcejeo con él para apartarlo del hombre. Frankie me golpea con los codos en el estómago, tan fuerte que noto el sabor del ácido gástrico en la garganta, y me empuja contra la pared.

Así es como voy a morir... contra un hombre que está luchando por su vida.

Me mira como si fuera un fantasma cuando le golpeo en la cara.

No voy a morir sin luchar.

Frankie se está masajeando la barbilla cuando veo que Paz ha desaparecido de la puerta. Espero que se esté escondiendo en algún sitio. Lo mismo puedo sacar a Paz de aquí y bajarlo por las escaleras para que esté seguro con los tutores de Orion, que me han mantenido con vida tanto como han podido. Entonces, Frankie se apresura a recoger una pata de silla rota y la golpea contra mi cabeza una y otra vez.

Estoy mareado, trastabillando hacia atrás, asustado, llorando, rompiéndome en pedazos...

Me da una patada en todo el estómago y me echa del apartamento...

Caigo escaleras abajo, busco la barandilla y...

No llego, pero consigo agarrarme a Orion...

Qué hace en estas escaleras, le dije que se quedara donde estaba...

Voy a morir agarrándole o...

El recuerdo de nuestro primer abrazo, antes de que Muerte Súbita llamara...

Me golpeo la cabeza con un escalón, estoy sangrando...

El recuerdo de nosotros corriendo antes de que me cayera sobre la acera...

Agarro fuerte a Orion para absorber yo el golpe...

El recuerdo de su mano a la altura de mi corazón y la mía a la altura del suyo...

Creo que estamos a punto de caer al suelo de golpe...

Los recuerdos son rápidos y aleatorios...

Me agarro a Orion...

A esto se refieren cuando dicen que nuestra vida pasa por delante de nuestros ojos antes de...

PAZ DARIO

18:44 HORAS

Muerte súbita no llamó a Paz Dario porque no se supone que tenga que morir hoy, y él está muy confundido porque se supone que su madre tampoco debería morir hoy, pero su padre le está dando una paliza.

Tampoco es la primera vez que pasa, pero esta es la más aterradora.

Normalmente, Paz no ve nada de esto. Su madre siempre le dice que se quede en su cuarto y que coloque la silla contra la puerta, igual que ella hacía cuando él tenía miedo de los monstruos de su armario. La silla es tan pequeña que podría romperse si alguien se sentara en ella. La han pintado para que pareciera un dálmata feliz al que le sobresale la lengua por el respaldo, pero Paz sabe que la silla no sirve para evitar que alguien entre, porque su madre siempre acaba entrando en su dormitorio sin que él la haya movido. Siempre está llorando y lo abraza hasta que ambos se duermen juntos en su cama. Otras veces es su padre quien entra en la habitación, le pregunta si está bien, Paz le dice que sí y luego le pregunta por su madre, su padre le responde que su madre también está bien y vuelve a cerrar la puerta.

Paz ha perdido la cuenta de las veces que esto ha pasado.

Sin embargo, sí que sabe que es la primera vez que su madre grita pidiendo ayuda.

Así que Paz ha salido de su habitación con la intención de ayudar a su madre mientras su padre le hacía tanto daño a Rolando que a este le sangraba la nariz, pero no sabía qué

hacer hasta que vio al nuevo vecino, Valentino, y le pidió ayuda. Luego, Paz ha corrido hasta el armario, no para esconderse, sino porque se le ha ocurrido cómo ayudar.

La gente cree que Paz es un chico malo porque hizo ese papel en una película, pero es un héroe.

Es un héroe que va a salvarle la vida a su madre.

Paz vuelve corriendo al salón, que ya no parece una habitación en la que hacer vida en común, luego apunta con la pistola a su padre y aprieta el gatillo.

FRANKIE DARIO

18:45 HORAS

Frankie está a punto de darle otro golpe a Gloria cuando le alcanza un disparo salido de la nada.

Cae de lado.

Paz se coloca encima de él, está sosteniendo una pistola y vuelve a disparar.

Ni siquiera Muerte Súbita podría haberle preparado para morir de ese modo.

DALMA YOUNG

18:49 HORAS

Disparos.

Dalma teme estar sufriendo un infarto.

Es igual que anoche en Times Square.

¿Alguien ha disparado a Valentino? ¿A Orion? ¿A ambos?

¿Se supone que tenía que terminar con disparos?

¿Si hubieran matado a Valentino anoche, se habría terminado todo esto? Es posible, pero eso también significa que no podría haber vivido antes. Algo que Orion se ha asegurado que hiciera.

¿A qué precio?

Su familia está aterrorizada. Su madre y Dahlia salen corriendo de la pizzería con las manos vacías y van directas al coche mientras le gritan a Dalma que suba también. Floyd está golpeando la puerta de entrada y llamando a todos los botones del portero automático para que alguien le deje entrar. Algunos inquilinos de la planta baja salen corriendo de sus apartamentos, temiendo por sus vidas, tal y como deberían hacer, tal y como Dalma debería temer por la suya, pero en cuanto la puerta se abre, empuja a todo el mundo, incluso a Floyd, y sube corriendo las escaleras.

Dalma se siente como si perteneciera a los servicios de emergencias, está dispuesta a salvarle la vida a Orion, ya que sabe en lo más profundo de su corazón que él también correría hacia el peligro para salvar la de ella.

ORION

18:47 HORAS

Todo es muy confuso.

Estoy viendo las estrellas, pero no estoy en el espacio.

Tengo la cabeza sobre una almohada, pero no estoy en la cama.

Tengo el brazo de Valentino encima del pecho, pero no me está abrazando contra él.

Ha habido disparos, pero no estoy muerto.

Lucho por abrir los ojos y me arrepiento de inmediato cuando veo la sangre que mancha toda la cara de mi hermoso novio, como si hubiera salido de una película de miedo. Quiero volver a la oscuridad donde puedo imaginar, no, recordar, que estoy en la cama con Valentino mientras me abraza en una habitación en la que solo se escuchan nuestras respiraciones.

Intento moverlo para despertarlo, pero sigue intentando dormirse; no pasa nada, lo entiendo, no hemos descansado mucho en su Último Día, pero no nos queda mucho tiempo y todavía tenemos que recorrer juntos el bulevar de los recuerdos. Valentino quería, quiere, ver cómo salió nuestra primera foto juntos, ese puto selfi, una palabra que ambos odiamos y que no debería sobrevivirle.

Puede que pueda despertarlo con un beso al estilo Bella Durmiente porque esto no puede terminar así.

Presiono los labios contra los de Valentino, pero no se despierta de repente y me devuelve el beso.

Su pecho se levanta lentamente.

Hay esperanza, hay esperanza, hay esperanza, esperanza,

esperanza.

Solo que hay algo que no entiendo.

¿Si el corazón le sigue latiendo, por qué no parece que esté vivo?

DALMA YOUNG

18:47 HORAS

El corazón de Dalma va a mil por horas, está asustada de encontrarse con el asesino o de ver el cadáver de su mejor amigo.

Uno parece ser peor que otro.

Logra llegar a la quinta planta, Floyd va justo detrás de ella, y al fondo del siguiente tramo de escaleras están Orion y Valentino, rodeados por todas las almohadas y la ropa de cama que les habían dado, como si hubieran decidido acampar y descansar en el rellano de la escalera. Está aliviada de ver que Orion está llorando, porque el llanto significa que está vivo, pero se le rompe el corazón al entender lo que eso significa para Valentino.

—Orion...

Ni siquiera parece darse cuenta de su presencia. Solo le ruega a Valentino que se despierte.

Si Dalma muriera, así es como se imagina la reacción de Orion, y eso que ellos se conocen de toda la vida, pero su mejor amigo está llorando con esa intensidad por un novio al que ha conocido en un día (¡menos incluso!) y sabe que este dolor es tan real como el que sentiría si la perdiera a ella.

Esta muerte permanecerá con Orion el resto de su vida.

Que espera sea larga.

—Sigue vivo —dice Floyd mientras examina a Valentino.

—¿No le han disparado? —pregunta Dalma.

—No, no, no, a él lo han tirado escaleras abajo —nos informa Orion.

Dalma mira hacia la sexta planta y ve que hay una puerta que está abierta y de la que procede un llanto.

¿Estará el asesino arriba? ¿Hay otro sitio por el que podrían escapar, como la escalera de su casa que da a la azotea? ¿O bajarán corriendo en cualquier momento? Si no tienen puesta una máscara con calaveras como en Times Square, ¿se llevarán a Dalma y al resto de la gente para no dejar testigos?

Quiere sacar a Orion y a Floyd de aquí, pero como Valentino sigue respirando, Dalma sabe que Orion no va a moverse de su lado.

—Necesito un poco de espacio —pide Floyd mientras abre los párpados de Valentino.

Orion se niega a soltar a su novio.

—Está intentando salvarle la vida —le dice Dalma.

Lo cierto es que Dalma está mintiendo.

No puede hablar por Floyd, pero sus ojos, cerebro y corazón están procesando lo que está pasando en realidad. No se puede salvar a Valentino. Va a morir, como Muerte Súbita predijo, en cualquier momento, pero podría no ser demasiado tarde para Orion. No tiene por qué ser también su Último Día.

Todo ha ido construyendo este momento, esta convergencia de vidas.

—Tenemos que trasladaros a ambos al hospital —dice Floyd mientras levanta a Valentino en brazos, unos brazos sorprendentemente fuertes para pertenecer a alguien que está en el extremo más corto de la vida.

Dalma engancha su brazo con el de Orion, que no quita su llorosa vista de Valentino, ni siquiera mientras bajan los

cinco pisos de escaleras. Dalma se sorprende de que hayan llegado abajo de una pieza y siente alivio cuando logran salir del edificio con vida.

Han escapado del asesino, y si todo va bien a partir de ahora, vivirán para ver otro día.

Al menos, la mayoría de ellos.

GLORIA DARIO

18:48 HORAS

El hijo de Gloria ha matado a su padre para protegerla.

Las lágrimas recorren las dulces y jóvenes mejillas de Pazito.

El sudor reluce por la magullada y apaleada cara de Rolando.

La sangre se acumula alrededor de Frankie como si un cubo de pintura roja se hubiera caído.

—No te muevas, Pazito —ordena Gloria mientras mira el arma que su hijo sigue sosteniendo entre las manos.

Pazito está temblando.

Un movimiento en falso y Gloria podría caer muerta al lado de su marido. Ella sabe que Pazito no le haría daño, al menos no de manera intencionada, pero los accidentes ocurren todo el tiempo siempre que alguien tiene un arma en la mano, sobre todo si ese alguien es un niño. Para empezar, esta pistola no debería haber entrado en su casa, pero no pudo convencer a Frankie de que se deshiciera de ella, y resulta difícil discutir con el propietario de un arma que tiene un genio de mil demonios. Gloria siente que le ha fallado a Pazito al no pelear más, al no intentar irse antes, al ponerlo en la posición de que tuviera que protegerla cuando debía haber sido al contrario. Ahora, Pazito estará marcado por el resto de su vida, le perseguirá el fantasma de su padre al que asesinó, y no existen palabras para expresar lo mucho que esto le rompe el corazón a Gloria.

Por ahora, con cariño, le quita el arma de las manos a su hijo.

La deja en el suelo, lo levanta en brazos y se lo lleva al dormitorio.

Le tapa los ojos como si no fuera capaz de ver a su padre muerto en la oscuridad.

Juntos, lloran en la cama. Su última lucha ya ha sido librada.

ORION

18:56 HORAS

Anoche mi vida cambió.

Anoche mi vida casi termina también.

Me dio un infarto en Times Square y estaba en el asiento trasero de un coche, apretado entre Dalma y Valentino mientras me llevaban deprisa al hospital. Ahora vamos de camino a ese mismo hospital, solo que esta vez es Valentino a quien tratamos de mantener erguido, a quien intentamos salvar. Tiene una oportunidad, sé que la tiene, sobre todo porque el trayecto hasta el Lenox Hill es corto, aunque estos tres minutos estén siendo los tres minutos más largos de la historia de los tres minutos. No perdemos tiempo al meter a Valentino dentro, abandonamos el coche, del que Dayana puede encargarse cuando aparque el suyo con Dahlia. Estoy demasiado atontado como para ayudar a cargar a Valentino, pero Floyd lo tiene todo bajo control mientras Dalma corre delante de nosotros para avisar de nuestra llegada a la doctora Emeterio.

La doctora Emeterio aparece con un equipo, sorprendida de ver a Valentino en este estado cuando todos esperábamos algo más pacífico. Se dirige a las enfermeras para que salgan corriendo con Valentino. Van a intentar salvarle la vida, como dijo que harían, pero si no pueden, más me vale prepararme para la operación. He tenido todo el día para prepararme para esto, pero ahora que todo está yendo más y más deprisa, no estoy preparado. Se supone que Muerte Súbita iba a eliminar estos miedos, pero la han cagado, y ahora no tengo ni idea de si al final ambos

estamos destinados a morir. Me llevan a la sala de urgencias. Floyd se pone a mandar a mis enfermeras para que se aseguren de que no tenga ninguna hemorragia; sé que me está preparando de forma no oficial para la operación que llevamos años esperando.

Me dicen que el corazón está bien a pesar de que yo me sienta muerto por dentro.

Las personas aseguran que van a vivir la vida perfecta cuando consiguen decir todo lo que necesitan decir, pero la verdad es que la muerte es más rápida.

Hasta cuando te avisan.

Hay cosas que nunca podré decirle a Valentino, cosas que él nunca podrá decirme.

Unas vidas plenas de historias que nunca podremos compartir con el otro.

Unas vidas plenas que no vamos a poder disfrutar juntos.

Susurro el nombre de su hermana, la persona que pudo pasar su vida con Valentino, pero que no estará aquí para verlo morir.

—Tengo que llamar a Scarlett —digo.

Saco el móvil del bolsillo, tiene la pantalla hecha añicos.

Sé el motivo.

El final empezó cuando ese hijo de la gran puta empujó a Valentino escaleras abajo. No sé lo que pasó con esas balas, pero no pienso llorar si ese hijo de puta está muerto. Que se vaya a la puta mierda, me da lo mismo. No importa lo mucho que llegue a vivir por culpa del crimen de ese cabrón, nunca le agradeceré cómo ha tratado a Valentino.

Llamo a Scarlett.

—Por fin, Val —dice con todo el alivio y la confianza del

mundo en que quien está al otro lado de la llamada es su hermano.

—Soy Orion —digo con voz débil.

—Ah.

Mi silencio habla por mí. Scarlett respira.

—¿Puedo hablar con mi hermano?

—Ahora mismo le están atendiendo los médicos. Está vivo, pero... no pinta bien, Scarlett.

No hay silencio en ese extremo de la llamada, solo un llanto angustioso.

—¿Qué ha pasado?

No pude ver todo, pero le cuento todo lo que sé. Dalma se queda cerca mientras me rompo al narrarle la historia. Dayana y Dahlia nos encuentran, y Floyd las abraza fuerte.

—Valentino estaba siendo un héroe —le digo. Me paro antes de decir que ha muerto como uno.

Me mantengo en la llamada y lloramos juntos.

Cuando la puerta se abre, espero un milagro, pero Valentino no entra como si su cuerpo hubiera reabsorbido toda la sangre o como si sus cortes y hematomas hubieran desaparecido porque estaban puestos con Photoshop. Es la doctora Emeterio que habla con Floyd y con Dayana mientras me mira. Voy a buscar la mano de Dalma cuando me doy cuenta de que ella ya me la ha dado. La aprieto tan fuerte que podría pulverizar tanto sus huesos como mi móvil.

—¿Está bien Valentino? —pregunto.

Scarlett contiene las lágrimas para escuchar la respuesta. La cara de la doctora Emeterio ya lo dice todo.

—Valentino presenta signos de muerte cerebral.

Es como si volviera a estar cayendo por las escaleras, me quedo sin aire, todo duele tanto que estoy listo para desmayarme. Está hablando sobre sus niveles de oxígeno, sobre conectarlo a un ventilador, sobre unos trabajos de preparación adicionales y sobre un montón de cosas más que no soy capaz de procesar porque el cerebro de Valentino ha dejado de funcionar, es decir, él está prácticamente muerto.

—¿Estás listo para recibir el corazón de Valentino, Orion?
—me pregunta la doctora Emeterio.

Estoy demasiado alterado, siento que no me lo merezco, como si yo fuera culpable de que las estrellas siempre se hayan alineado de forma que él muriera para que yo pudiera vivir.

—¿Orion? —me llama Scarlett a través del teléfono—. No vas a dejar que el corazón de mi hermano se desperdicie, ¿verdad?

Siento que su pregunta tiene doble sentido: no debería rechazar el trasplante, y debería darle un buen uso cuando esté dentro de mí.

No lo haré, y sí que lo haré.

Esto es lo que Valentino quería y esto es lo que yo también quiero.

—Voy a vivir —prometo, aunque exista la posibilidad de que Muerte Súbita se equivocara conmigo.

Entonces el final empieza muy rápido.

Me llevan a otra habitación, y mientras me preparan para la operación, pienso en que es hora de despedirme de mi corazón, de ese que mis padres me dieron. Se supone que siempre iba a estar ahí, pero ahora es como si alguien me

dijera que mi sombra va a dejar de perseguirme. Mi vida está a punto de tomar una nueva forma debido a una muerte repentina, y a que he asumido que yo no voy a morir también.

Me dan un momento con los Young antes de que la doctora Emeterio me sede, y no hay tiempo suficiente para decirle a cada uno todo lo que podría decirles y todo lo que les deseo, así que me limito a decir:

—Gracias por hacerme sentir uno de los vuestros. —Podría vivir con ellos eternamente, pero no puedo.

Me queda una última parada antes de empezar.

—Necesito ver a Valentino antes.

Nadie discute conmigo. Me llevan al quirófano donde está Valentino, tumbado en una cama y con la cara destrozada.

Me inclino y le susurro las palabras que debería haberle dicho cuando sabía que podía escucharme y luego lo beso por última vez.

Después voy a la mesa de operaciones.

Si todo va bien, Valentino vivirá en mí el resto de mi vida.

Sin embargo, no sé cómo terminará esto.



QUINTA PARTE

EL COMIENZO

Siempre me ha gustado la expresión Fuera lo viejo y adentro lo nuevo. Significa algo diferente para cada persona. Puede ser cualquier cosa. Un amante, un órgano. Hasta un modo de vida, un modo de morir.

¿Qué significa para ti?

—Joaquín Rosa, creador de Muerte Súbita.

1 de agosto de 2010

ORION

01:19 HORAS

Es probable que Muerte Súbita ya no esté activa ni funcionando, pero si lo está, es probable que me llame en cualquier momento, porque tengo un agujero en el pecho.

Un agujero metafórico, pero duele igual.

Tampoco puedo responder a ninguna llamada, porque tengo un tubo en la garganta.

Estoy muy atontado, drogado a causa de la operación, pero la anestesia solo funciona con el dolor físico. No hacen nada con un corazón roto.

Ni siquiera cuando han puesto el corazón de tu novio dentro de ti.

DALMA YOUNG

01:23 HORAS

Muerte Súbita podría llamar a Dalma Young para decirle que morirá hoy, y ella solo espera poder vivir un día tan mágico como el que Orion ha compartido con Valentino.

La doctora Emeterio le dice a la familia que la operación de Orion ha sido todo un éxito, pero la celebración es controlada. Es una victoria que viene de una pérdida horrible.

Dalma abraza fuerte a su madre, llora al pensar en la cantidad de años que le quedan por compartir con Orion. Ya puede pensar en ellos con seguridad bebiendo chupitos juntos cuando cumplan veintiún años, tal y como sus madres hicieron, en que estará animándola el día de su graduación junto al resto de la familia, en los discursos que darán en la boda del otro y en todo lo demás que precede a estos momentos y que los sigue. Por supuesto, la vida nunca está garantizada, no importa lo sano que estés. Esa lección la aprendieron con los padres de Orion y ahora con Valentino, e incluso con un nuevo corazón, Orion no cuenta con las mismas oportunidades que aquellos que no han sido trasplantados, pero Dalma puede tener esperanzas y sueños, y lo que es más importante, puede asegurarse de que valoren cada momento.

—¿Podemos ver a O-Bro, quiero decir a Orion? —pregunta Dalma mientras se seca las lágrimas.

—Pronto —le responde la doctora Emeterio.

—Muchas gracias por todo, doctora —dice Dayana—. No tiene ni idea de lo mucho...

—Desearía haber podido salvar a los dos.

Hasta ahora, la muerte de Valentino no había sido confirmada en voz alta.

—Rezaremos por su alma y por su familia —comenta Dayana.

—Solo por la hermana —matiza Dalma.

Los padres de Valentino pueden pedir por ellos mismos.

Juntos, Dayana inicia una oración con la que le desea paz al alma de Valentino y fuerza a Scarlett, además de amor y luz a ambos.

Cuando terminan, Dalma encuentra el número de Scarlett en su teléfono, lo tenía guardado de anoche, cuando Valentino la llamó por primera vez.

No puede evitar sentirse como una empleada de Muerte Súbita al hacer esta llamada.

SCARLETT PRINCE

22:26 HORAS (tiempo estándar de la montaña)

El teléfono de Scarlett suena, y sabe que no es su hermano. Siempre está abierta a que suceda un milagro, pero no lo espera. Seguramente sea la aerolínea llamando por su equipaje como si a ella le importara el paradero de su ropa y de su equipo de fotografía tras haber perdido a su otra mitad, pero no lo es. Al principio, no reconoce el nombre de Dalma, pero luego recuerda rápidamente que es la mejor amiga de Orion y una de las últimas personas que ha visto a su hermano con vida.

No se molesta en tranquilizarse antes de responder.

—Hola.

—Hola, Scarlett. Soy Dalma Young, soy amiga de Orion.

—Lo sé. —Scarlett casi pregunta qué ha pasado, como si no estuviera claro.

—Vale. Creo que la doctora estará a punto de llamarte, pero...

—Mi hermano está muerto —la corta Scarlett. Recibiría encantada la noticia de que Valentino está en un coma intenso, siempre y cuando eso significara que sigue con vida, pero no espera recibirla.

—Lo siento mucho, Scarlett.

Odia las ganas que siente de salir corriendo de su habitación para ir a llorar en los brazos de sus padres. Si no pudieron tratar correctamente a Valentino cuando vivía, no deberían poder llorarlo o consolarla, pero Scarlett no puede negar que las ganas están ahí porque así es lo sola que se siente en estos momentos. Valentino no está cerca, no está

vivo, para abrazarla.

La soledad de haberse convertido en hija única ha empezado.

Scarlett se siente hueca... ¿Puede alguien sentirse hueco?

Quiere llamar a la puerta de Valentino y preguntarle su opinión.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti? —le pregunta Dalma.

Scarlett se había olvidado de que estaba en el teléfono.

—Dime que todo lo demás ha salido bien.

—Así es —responde Dalma con un atisbo de culpa en la voz.

Lo que salió mal para el hermano de Scarlett, salió bien para el amigo de Dalma.

—Bien —reacciona Scarlett. Eso es lo que Valentino quería—. ¿Tienes su cámara?

—Sí. ¿Vas a venir a Nueva York? Si no, puedo mandártela por correo junto con el resto de las cosas que hay en el apartamento.

Scarlett es incapaz de estar en Nueva York sin Valentino.

—Sería demasiado solitario.

—No, claro que no —contesta Dalma—. No nos conocemos, pero Orion y Valentino me han demostrado que eso no importa. Si vienes, nunca estarás sola. Mi familia es tu familia.

Parecen palabras bonitas, algo que dirías para consolar a alguien que ha perdido a la persona más cercana a ella, pero Scarlett elige confiar en esta desconocida. Valentino hizo lo mismo y funcionó en todas las formas que importan. Además, tampoco es que se vea viviendo en esta maldita casa con sus padres, quienes alejaron a Valentino.

Una llama parpadea en el hueco de su pecho, como la esperanza que se calienta en su interior, como el fuego de un fénix que renace.

Su vida está cambiando, ha cambiado, y va a necesitar empezar de cero para superar el dolor, para volver a imaginar por completo un futuro sin su hermano mellizo.

Sin embargo, nunca lo olvidará.

Scarlett no necesita llevar el corazón de su hermano para que viva en ella para siempre.

GLORIA DARIO

03:04 HORAS

Muerte Súbita no llamó a Gloria Dario porque no morirá hoy, pero sí que se siente muerta por dentro.

Ni en un millón de años, Gloria hubiera predicho que el primer Último Día terminaría con la muerte de su marido, con la muerte de su marido a manos de su hijo. Lo curioso es que Muerte Súbita nunca llamara a Frankie. Sí, Gloria registró a Frankie en el servicio a sus espaldas, pero puso el número de teléfono de él en el formulario. ¿Por qué Muerte Súbita no llamó? ¿Corregirán estos errores en el futuro? No obstante, puede que si Muerte Súbita hubiera llamado, Frankie también habría matado a Gloria en un ataque de ira. Casi lo hace anoche. El único motivo por el que sigue con vida es su hijo, pero al coste de su propia vida, de su futuro.

En la comisaría, Gloria no se separa de Pazito.

Aunque fue en defensa propia, Gloria está a punto de entender que no será tan simple. Habrá una investigación e interrogatorios y la idea de que alguien vea a su maravilloso hijo de otro modo le rompe el alma. ¿Y si intentan separarla de Pazito? ¿Y todo porque quiso salvarle la vida? Rolando le ha asegurado que eso no va a pasar debido al historial de agresiones documentadas de Frankie, y Gloria quiere creerle a toda costa, pero ¿el sistema judicial cuándo ha sido justo? Incluso aunque Pazito no cumpla tiempo en la cárcel, ¿qué consecuencias tendrá esto sobre su alma?

—¿Señora Dario?

Gloria mira al policía antes de contestar.

—Es señora Medina.

Jura y perjura que no volverá a estar con otro hombre, ni siquiera con el que quiere con todo su corazón. Gloria debe aprender a ser ella misma primero y solo ella puede definir lo que eso significa.

—Señora Medina, ¿sería posible hablar con Pazito a solas? Apreciaríamos que cooperara, pero entenderíamos que quisiera esperar a un abogado.

Gloria sabe que no tiene sentido discutir, y que tampoco tienen nada que esconder. Levanta la barbilla de Pazito con un dedo. Él la mira con miedo en los ojos.

—Me van a encerrar —dice Pazito.

—Solo quieren hablar —lo tranquiliza Gloria. Como madre, su trabajo es proteger a su hijo. Eso siempre ha significado protegerlo de sus miedos, ya fueran los monstruos de debajo de la cama o la realidad sacada de la pesadilla que está viviendo en estos momentos—. Sé sincero, Pazito. No mientas.

—Sí, mamá.

En lugar de debatirse algo más sobre las cosas que Gloria cree que podría haber hecho para evitar estar aquí esta noche, le da un abrazo breve pero fuerte a su hijo. Solo pueden seguir hacia adelante, y si todo va bien, podrán salir de esta juntos, y si Gloria encuentra el espacio en su cabeza y en su corazón, podrá invitar a Rolando. Esa no es una decisión que haya que tomar a la ligera, sobre todo dado que su última gran e impulsiva decisión acabó con la muerte de su marido, un marido cuya muerte no espera llorar nunca, pero quién sabe. El dolor es extraño y puede hacer que echés de menos a alguien que nunca fue bueno para ti.

Pazito arrastra los pies hasta llegar al policía y mira por encima del hombro todo el rato.

Gloria mantiene la compostura hasta que su hijo desaparece dentro de una sala de interrogatorios y, en cuanto la puerta se cierra, solloza.

—No le va a pasar nada —la consuela Rolando.

En lugar de culparlo por animarla a seguir a su corazón, le cree.

Le esperan momentos difíciles, pero elige centrarse en el horizonte, en cuando el sol salga e ilumine cada rincón que necesita sanar y Gloria Medina siga creciendo, creciendo y creciendo.

3 de agosto de 2010

ORION

14:04 HORAS

Muerte Súbita no llamó anoche o la noche anterior.

Empiezo a creer que la operación salió bien.

Que voy a vivir.

Por fin me han sacado el tubo de la garganta, y soy capaz de respirar por mí mismo. Las vías intravenosas me las quitarán más tarde. Estas máquinas que me monitorizan ayudarán a alguien más. Creo que esta noche es la noche en la que estaré lo suficientemente bien como para que me pasen de cuidados intensivos a otra ala especializada en cuidados cardiovasculares. Si allí va todo bien, pronto volveré a casa. Es complicado hacer un recuento en mi cabeza de cuánto tiempo de mi vida he pasado ingresado en hospitales y que, cuando salga, esta vez podría ser la última en un tiempo. Seguramente no para siempre, pero mis probabilidades son mejores que nunca.

Me he pasado los últimos tres días entrando y saliendo del hospital, pero ahora estoy despierto y me estoy poniendo al día con la familia mientras intento comer algo. Después de la primera noche, Dayana y Floyd han estado haciendo turnos para ver quién vuelve con Dahlia una vez que terminan las horas de visitas para descansar un poco, pero Dalma se ha negado a irse del hospital por si me despertaba y la necesitaba. Cosa que hago, pero a menos que se haya especializado en necromancia, no hay nada que pueda hacer.

Me están poniendo al día con todo lo que me he perdido.

Primero, a Frankie lo mató su hijo. El niño que le dio la bienvenida al edificio a Valentino. Cómo consiguió un arma escapa a mi comprensión, pero apretó el gatillo dos veces para evitar que su padre matara a su madre. Ahora es una gran noticia y están investigándolo. El niño, Paz, le dijo a la policía que parecía que su madre estaba a punto de morir, a pesar de que Muerte Súbita no la hubiera llamado, así que él quería salvarle la vida. Es un poco complicado creer que eso iba a protegerlo, sobre todo cuando Muerte Súbita la cagó a base de bien.

Esa es la otra gran noticia.

Joaquín Rosa dio una rueda de prensa en la que compartió los números iniciales de Muerte Súbita. Acertaron de lleno con las muertes que predijeron, pero fallaron en avisar a doce Fiambres, Frankie incluido. Dijo que esas pérdidas le perseguirían el resto de su vida y que había hecho todo lo que estaba en su mano para asegurarse de que nunca volviera a ocurrir. Parece que la gente le cree, sobre todo ya que no han vuelto a equivocarse en todo el tiempo que llevo recuperándome de la operación. El programa de Muerte Súbita sigue creciendo y creciendo, puede que incluso se haga mundial. Este servicio parece seguir asustando a alguna gente, pero estoy seguro de que yo podría cambiar la opinión de cualquiera sobre las posibilidades que te ofrece saber lo que te espera al compartir la historia de Valentino.

Los Últimos Días tienen algunas partes terribles, pero si te comprometes a vivir, también pueden ser preciosos.

DALMA YOUNG

16:44 HORAS

Muerte Súbita no ha llamado a Dalma Young porque no morirá hoy, pero su idea revolucionaria por fin ha nacido.

—Por fin sé qué aplicación quiero crear —dice Dalma, que está a solas con Orion en la habitación del hospital.

—¿Ah, sí? —pregunta Orion silenciosamente.

No parece estar interesado, pero Dalma sabe que lo único que pasa es que mentalmente está en otra parte. Este dolor es distinto al de un niño que ha perdido a sus padres. Por aquel entonces, Orion gritaba todo el tiempo y estaba confundido cada vez que se despertaba. Dalma podía entenderlo, pero ella no sabe lo que es perder a un amigo. O a un amante. Sin embargo, ahora ve el poder de encontrar a la gente antes de que sea demasiado tarde.

—Valentino y tú os cambiasteis el uno al otro, aunque solo pasarais un día juntos. Le diste paz antes de su muerte, y él estará contigo el resto de tu vida —dice Dalma, que se refiere más a la huella que ha dejado Valentino en el alma de Orion, que al nuevo corazón que tiene él en su pecho, aunque a eso también—. Creo que puedo crear una aplicación que se asegure de que nadie muera solo.

—¿Cómo funcionaría?

—Todo el mundo puede crearse un perfil en la aplicación para encontrar a la persona con la que mejor encaja, pero no creo que deba ser una selección aleatoria. Esto es personal, y el Fambre debería elegir a quién invita a su vida, sobre todo con un tiempo tan limitado. Puedo incluso crear la opción para que los Fambres se emparejen. Así,

quienquiera que tenga el honor de ser seleccionado para acompañar al Fambre, le ayudará como pueda. Podría ser una mera compañía mientras el Fambre pone sus asuntos en orden. Hasta podría animar a los Fambres a vivir una aventura en su Último Día.

Una llama de vida aparece en los ojos de Orion, casi como si se le estuviera reproduciendo en la cabeza la película de todo el tiempo que compartió con Valentino.

—Eso va a cambiar la vida de mucha gente, Dalma.

—Eso espero.

Dalma no está segura de si Orion llegará a usar la aplicación alguna vez. Ahora mismo es difícil de imaginar. Es fuerte, pero ¿puede su corazón soportar que lo vuelvan a romper?

El tiempo le dará la respuesta a esa pregunta cuando llegue el momento.

—¿Sabes cómo vas a llamarla? —pregunta Orion.

El nombre le llega a Dalma como un rayo.

—La aplicación Último Amigo.

ORION

04:54 HORAS

Yo fui el Último Amigo de Valentino.

La aplicación de Dalma va a crear conexiones increíbles, pero es una espada de doble filo que no puede empuñar un cobarde. El Último Amigo debe comprender que el Fambre no solo morirá, sino que él también deberá ser testigo de su muerte. Eso deja marca, pero no todas las cicatrices son malas. Miro la que tengo en el pecho.

La cicatriz que confirma que yo fui más que el Último Amigo de Valentino.

17:17 HORAS

—¿Cuándo murió? ¿A qué hora?

Igual que quiero saber todo sobre la vida de Valentino, también quiero saber todo sobre su muerte.

La doctora Emeterio deja de mirar mi historial médico y saca su portapapeles.

—Valentino murió a las nueve y once de la noche.

Once.

Nueve.

Justo cuando pensaba que esa combinación de números no podría evocar nada más.

18:17 HORAS

—Tienes una visita —me informa Dalma desde la puerta de mi nueva habitación.

Supongo que la visita no pertenece a la familia.

—¿Quién es?

—Scarlett.

Mi corazón, el corazón de Valentino, late a toda velocidad.

—¿Estás de ánimo para tener compañía? —me pregunta Dalma.

No, pero no pienso decir que no.

No a la melliza del chico que me ha dado su corazón.

Menos mal que no me ha sorprendido la llegada de Scarlett porque me recuerda más a Valentino de lo que esperaba. Su energía es igual a la de Valentino cuando estuvimos por primera vez en el hospital anoche, quiero decir, la otra noche; el tiempo es raro. Valentino estaba intentando aceptar su destino, y ahora Scarlett está haciendo lo mismo. Eso va a llevar un rato.

Tiene el pelo recogido en una coleta y la cara sin maquillar, es más pálida de piel de lo que parecía en las videollamadas.

—Voy a daros un poco de privacidad —dice Dalma y cierra la puerta al salir.

Intento incorporarme, pero todavía no tengo la fuerza necesaria.

—Hola, ¿cuándo has llegado?

Pasa un rato antes de que Scarlett diga nada. Entonces, cuando habla, ni siquiera responde a la pregunta.

—Gracias —se limita a decir.

—Ah, no me agradezcas nada. Tu hermano es el héroe aquí.

No me corrijo al hablar de Valentino en presente.

—Estuviste con Valentino cuando yo no pude —dice Scarlett mientras acerca una silla a la cama y se sienta. Saca la cámara de Valentino del bolso—. Valentino dijo que

lo de la cámara fue idea tuya.

—Merecía ser visto. Siento que no pudieras estar allí para capturar tu misma los recuerdos.

—Me habría encantado. Siento que me lo han robado.

—Te lo han robado.

Él era el modelo y ella, la fotógrafa, dos caras de la misma moneda que hacían que el otro quedara genial.

—Gracias por haber documentado su último día. —Scarlett enciende la cámara y, por un segundo, temo que no funcione, como si se hubiera dañado igual que mi teléfono. Se desplaza hasta el inicio de la galería—. ¿Puedes guiarme por el bulevar de los recuerdos?

No había tenido el valor (sí, sí, sí, sí, sí, lo sé, tengo que permitirme vivir mi vida) de ver las fotos yo solo. Esta iba a ser una de las cosas que viviría con Valentino y, en su lugar, pasearé por el bulevar con su hermana, con todo lujo de detalles.

Esta será la primera de las muchas veces que honraré a Valentino.

6 de agosto de 2010

JOAQUÍN ROSA

02:07 HORAS

Muerte Súbita no ha llamado a Joaquín Rosa porque no morirá hoy. Tampoco su empresa.

Lo que algunos pensaban que sería un experimento destinado al fracaso desde sus inicios ha sido reconocido como un programa de éxito.

Solo en la última semana se han producido cambios: las aerolíneas nacionales han coordinado todos los vuelos para que no salieran hasta comprobar que los pilotos no estuvieran en peligro, con la esperanza de extender la aplicación de esta medida a los pasajeros también; los agentes de policía y los detectives quieren trabajar mano a mano con Muerte Súbita en sus investigaciones, como las de los casos de desapariciones, para preservar los recursos si no se puede rescatar al desaparecido; los científicos están preparando ensayos clínicos para probar en los Fiambres y el pago va directamente a la familia del fallecido o a una organización benéfica previamente elegida por el muerto; el ejército sigue presionando para que Muerte Súbita no traspase la frontera estadounidense, pero Joaquín acabará expandiendo el programa al resto de los países interesados porque no quiere que Muerte Súbita sea utilizado como un arma, quiere que sea un salvador para todo el mundo; y lo que es más conmovedor, los médicos están pidiendo que se actualicen los métodos sobre cómo tratar a los pacientes, sobre todo después de que un Fiambre que murió el primer día de Muerte Súbita le salvara la vida a otra persona al

donarle el corazón.

Ese no fue un Fiambre cualquiera.

Fue Valentino Prince, el primer Fiambre al que Joaquín llamó cuando lanzaron Muerte Súbita.

No todo va tan bien como puede ir, por supuesto. Aunque se alcanzó un récord de nuevos suscriptores tras la primera noche, las estadísticas siguen mostrando que hay millones que no están conformes. Algunos incluso creen que Muerte Súbita contrató personalmente al asesino de la máscara de calavera para que coordinara un ataque en Times Square, como si el programa necesitara que cundiera el pánico para que su servicio triunfara. Joaquín no tiene ningún tipo de relación con el asesino, ni con ninguno de los otros agresores con máscaras de calavera que esa noche causaron el caos, y a pesar de que el asesino fue el responsable de la primera muerte registrada esa noche, Joaquín teme que no será la última vez que ataquen a modo de protesta. Por desgracia, Joaquín todavía no tiene una bola mágica de cristal para adivinar ese tipo de cosas, así que el misterio continúa.

Igual que Muerte Súbita.

Existe cierta trágica ironía en cómo todo el trabajo que ha hecho Joaquín ha servido para que otra gente viviera sus vidas, pero ha impedido que Joaquín disfrutase de la suya. Solo puede ver a su mujer y a su hijo en la cena, lo que termina siendo su desayuno, ya que pasa la mayor parte del día durmiendo la mona en el turno de noche u ocupado con numerosas llamadas. Lo que pasa es que Joaquín no puede permitirse no estar en las oficinas centrales después del fiasco de la primera noche en la que doce Fiambres

registrados murieron sin recibir aviso alguno. Afligido, Joaquín deja de lado la montaña de papeleo y sale de su despacho. Necesita ver que, aunque él no puede ir adonde quiere, las puertas se abren para otros.

Joaquín se queda de pie en el *call center*, donde sus heraldos están cumpliendo con la misión de su vida.

Ha habido muchos corazones rotos y pérdidas por todo el mundo, y en el propio mundo de Joaquín, para llegar hasta este punto. Para alcanzar estas alturas con una vista que nadie en su sano juicio habría imaginado que podría convertirse en realidad.

Aunque Muerte Súbita solo puede decirle a alguien cuándo va a morir, no puede predecir cómo cambiará la vida de una persona en su Último Día. El Fambre debe hacer esos descubrimientos por sí mismo al vivir al máximo, hasta el último latido.

7 de agosto de 2010

ORION

11:17 HORAS

Muerte Súbita no ha llamado porque Valentino Prince me salvó la vida.

Por fin estoy en casa, preparándome para pasar la primera noche en mi cama desde que la compartí con él. Es una de esas primeras veces que vale como última, y me encanta y lo odio a partes iguales. Por suerte, no estaré solo. Dalma y Scarlett van a hacerme compañía en sacos de dormir.

Una nueva familia no es todo lo que Valentino dejó atrás.

En cuanto llegamos a casa, Scarlett me sorprendió con un álbum de fotos que tenía todas nuestras fotos del bulevar de los recuerdos. Ya las había visto al mirarlas juntos en el hospital y al contarle a Scarlett todas las historias del Último Día de Valentino, pero ahora tengo mi propia colección a la que abrazarme, ya que Scarlett se ha quedado con la cámara de su hermano. Me encantan todas nuestras fotos juntos, sobre todo la del High Line y la de Times Square, nuestra primera y nuestra última.

Mucha vida pasó entre medias.

Estoy viendo las fotos de Valentino modelando en la pasarela del metro. Estoy tentado de mandárselas a su agente para que sepa lo que el mundo se ha perdido por no haber creído en Muerte Súbita, pero no se merece verlo en su momento de gloria.

Incluso aunque esté muerto, sigo siendo protector con Valentino.

Escucho que llaman a mi puerta por milésima vez en la

hora que llevo en casa.

—¿Sí?

—Soy yo —dice Dalma desde el otro lado de la puerta.

—Y yo —añade Scarlett.

No me apetece tener compañía en estos momentos, porque no. Me advirtieron que los cambios de humor y la depresión son efectos secundarios de las operaciones cardiovasculares, como si fuera lo que me tiene de bajón, bajón, bajón, bajón, bajón, bajón, bajón, bajón, bajón. Casi que quiero estar a solas hasta esta noche, simplemente descansando mientras veo programas malos en la televisión y el álbum de fotos. Más tarde, cuando no pueda dormir, es cuando voy a necesitar más compañía.

—¿Qué pasa?

—Tengo algo para ti —dice Scarlett.

—¿Otra cosa?

Puede que sea más ropa de Valentino que pueda olisquear, o la colonia que usaba.

—¿Podemos entrar? —pregunta Dalma—. Seremos rápidas.

—Vale —accedo.

Dalma y Scarlett entran en mi habitación. La mano de Scarlett está cerrada en forma de puño, pero me apuesto lo que sea a que lo que tiene para mí no es un puñetazo en la cara. No sé lo que es, puede que sea algo de Valentino de lo que quiere desprenderse y que cree que a mí me gustaría conservar. Puede que sea una fotocopia de su certificado de defunción, lo que me parecería algo macabro, pero lo guardaría como un tesoro junto a los artículos de las noticias sobre todo lo que ocurrió en su edificio y todos los

documentos del 11S que he coleccionado con los años.

—Bueno, ¿qué es? —pregunto.

No intento ser borde, pero me duele y sigo sintiéndome bastante roto a pesar de que el corazón de Valentino me mantenga unido.

—Había algo más en la cámara —me dice Scarlett.

—El vídeo que grabó para ti —respondo, y Scarlett asiente.

—Solo dura cuatro minutos y treinta y dos segundos, pero tardé un par de días en reunir la fuerza necesaria para terminar de verlo. Dolía demasiado. Nunca he conocido la vida sin él y... Valentino puede que fuera el primero en llegar y en irse, pero sus últimas palabras fueron preciosas. Eso ayuda. —No sé lo que Valentino le dijo a Scarlett. No es asunto mío y nunca lo será a menos que ella quiera hablar sobre eso en lugar de guardárselo para sí—. Sin embargo, había otro vídeo al final —dice Scarlett—. Al principio pensé que era para mí, pero entonces Valentino dijo tu nombre.

Mi antiguo corazón se hubiera parado de inmediato.

Mi nuevo corazón, en cambio, está volviendo a la vida.

Quizá demasiado rápido, pero me mantengo fuerte.

—¿Grabó un vídeo para mí? —pregunto, y Scarlett asiente.

—No lo he visto. Por supuesto. Lo descubrí anoche, pero quería esperar a que estuvieras instalado en casa antes de compartirlo contigo.

—Pero ¿y si hubiera muerto antes de...?

La mirada de desconcierto de Dalma me hace callar.

Si hubiera existido la posibilidad de que hubiera muerto antes de ver el vídeo de Valentino, Muerte Súbita nos habría advertido.

—Fallo mío.

—Es un mundo nuevo —dice Dalma.

—Va a llevar un tiempo acostumbrarse —comenta Scarlett.

En más de un sentido.

Scarlett abre el puño y me enseña un USB. Ya tengo el mío propio que he utilizado para algunas entregas de deberes en el pasado y para hacer una copia de seguridad de mis relatos por si mi portátil muere definitivamente, pero dentro de este pequeño dispositivo de memoria hay un vídeo de Valentino diciendo mi nombre. Puede que más, y si no, eso ya sería suficiente.

—Gracias —le digo. Scarlett sonrío.

—Lo mismo digo.

Casi le pregunto por qué, pero está claro lo que me está agradeciendo.

Todo.

—¿Quieres verlo ahora? —me pregunta Dalma.

—Pues claro.

No he pasado toda la vida con Valentino, ni siquiera un día completo. Necesito más ahora.

Dalma deja mi portátil encima de la cama y lo enchufa para mantenerlo encendido.

—Te quiero, O-Bro.

—Yo a ti también, hermanita.

Es la primera vez que me refiero a ella como mi hermana, y no como con la intención de decir «es como si fuera mi hermana».

Dalma me aprieta la mano antes de salir de la habitación con Scarlett.

Conecto el USB al portátil que usaré para escribir historias

sobre Valentino.

Para inmortalizarlo.

Por ahora, clico en el archivo titulado *De Valentino para Orion*.

Ahí está, congelado, en mi habitación, en mi escritorio, como si estuviera a menos de un metro de distancia de mí y no fuera de mi alcance en todos los sentidos.

Le doy *play* al vídeo, y Valentino vuelve a la vida.

—Hola, Orion.

Sus ojos azules, mi nombre saliendo de sus labios con forma de corazón, sus pelos de después de habernos acostado...

Si no existiera Muerte Súbita, apostararía que este vídeo me mataría, pero saber que sobreviviré me da fuerza para verlo ahora, quiero verlo en bucle para siempre.

No me matará, pero podría curarme.

—No tengo mucho tiempo —dice, dijo, Valentino—. No solo porque es mi Último Día. Eso es obvio, sino porque te estás duchando después de nuestra increíble primera vez juntos, y estoy nervioso de que vayas a aparecer en cualquier momento. Acabo de terminar de grabar mi vídeo para Scarlett y todo es tan incierto que quería desahogarme en caso de que mi muerte me sorprendiese de improviso.

Menos mal que fue previsor, pero no quiero pensar en el Valentino golpeado y con la cara ensangrentada tras la mortal caída escaleras abajo; solo quiero recordarlo como pasó su Último Día: sonriendo, guapo, vivo.

—No me imagino lo que habría hecho sin ti —dijo Valentino—. Puede parecer extraño, ya que he vivido toda una vida antes de conocerte, pero aunque no te conociera,

sé que eras el tipo de persona que esperaba encontrar. Es fácil decir que el momento no ha sido el indicado, pero podría haber sido peor, ¿verdad? Podría no haberte conocido nunca, Orion.

Los ojos de Valentino se llenaron de lágrimas, como si ese pensamiento fuera demasiado duro.

Lo entiendo al mil millones por ciento.

—Una de las desventajas de vivir, Orion, es que vas a tener el reto de vivir sin mí —dijo Valentino, antes que le diera un escalofrío—. Perdón. Eso ha sonado más egocéntrico de lo que pensaba. Me has contado cómo el dolor te afecta, y no juego en la misma liga que tus padres, pero sé que tampoco era alguien que no te importara. No quiero que te hundas en un agujero negro, o que pienses que debes hacerlo. Quiero que encuentres la luz aunque los días parezcan oscuros y...

Entonces la puerta se abre porque yo, el Orion del pasado, interrumpí a Valentino. La cámara sigue enfocándolo a él, casi no puedo ver al Orion del pasado, que sé que estaba de pie en la puerta con nada más que una toalla encima porque así era yo, y me duele volver a ver ese miedo en los ojos de Valentino, como si algo malo estuviera a punto de suceder.

—¿Qué pasa? —preguntó Valentino mientras se levantaba de la silla.

—Nada, nada —dijo Orion del pasado—. Quería asegurarme de que estuvieras bien. He tenido un mal presentimiento, me he puesto nervioso.

Entonces el alivio invadió a Valentino, que volvió a sentarse y a respirar.

—Estoy bien. Solo estoy grabando un mensaje para Scarlett. Algo que pueda tener cuando... ¿Te importa que lo acabe? Solo va a ser un minuto.

—Tómate tu tiempo... Y no te mueras... ¡Ya sabes a lo que me refiero!

Orion del pasado se fue, y Valentino le sonrió a la cámara.

—Lo siento por mentirte —dijo con una sonrisilla—. Espero que lo entiendas...

Si alguna vez tuviera que mentir a alguien, espero que sea de una forma tan encantadora como esta.

—¿Qué estaba diciendo? —Valentino miró hacia arriba, como si tuviera las palabras escritas en el techo, un discurso preparado—. Por favor, no te pierdas en el dolor. No esperes a tu Último Día para vivir como hemos hecho juntos. Si estás teniendo un mal día, quizá puedas hacerme un favor y salir a correr un rato. Es lo que yo haría. Es lo que hice mucho, la verdad. —Se calló, como si estuviera perdido en sus pensamientos. Sin embargo, se encontró de nuevo y sonrió—. Quiero que descubras más cosas en tu ciudad, y quiero que seas lo suficientemente valiente como para volver a dar el primer paso la próxima vez que alguien te llame la atención. Y alguien te llamará la atención de nuevo, Orion. Por favor, no te niegues a ti mismo eso por miedo a volver a perder a alguien, o por culpa porque tú estés viviendo y yo no puedo.

Valentino se acerca más a la cámara, tan cerca que es como si estuviera a una respiración de distancia.

—Antes de que Muerte Súbita llamara, me contaste la verdad sobre el dolor. Cómo mientras sigas existiendo y respirando llegará el día en que empezarás a vivir de nuevo.

Tienes que vivir, Orion. —Valentino se golpeó el pecho—. Este corazón no es mi corazón o tu corazón. Es nuestro corazón. Te quiero, Orion. Vive lo suficiente por los dos.

El vídeo se detiene ahí, pero mis lágrimas no han hecho más que empezar.

Valentino Prince me quería y he podido escuchar cómo lo decía. He podido escuchar cómo lo decía para el resto de mi vida, aunque sea la única vez que resuene para siempre.

Ya no soy un relato. Ahora soy una novela.

Mejor todavía, soy un borrador en proceso.

Tengo todas esas páginas en blanco, y voy a vivir una vida sobre la que merezca la pena escribir.

Valentino me nombró cocapitán de su Último Día, y yo a él voy a tratarlo como a mi coescritor durante lo que dure mi vida.

Descubriré más primeras veces y nunca me frenaré al crear esos momentos.

Iré a correr por la ciudad como si siguiera siendo su guía turístico personal.

Escribiré una historia épica sobre un personaje inmortal llamado Valentino.

Puede que incluso vuelva a enamorarme, y me aseguraré de decirlo antes de que sea demasiado tarde.

Este es el comienzo, con muchas más primeras veces que llevar a cabo.

Sujeto mis fotos preferidas de ValentinOrion contra mi corazón.

Su corazón.

Nuestro corazón.

AGRADECIMIENTOS

Este libro ha intentado matarme, pero aquí sigo, ¡hurra!

En primer lugar, ¡un gigantesco gracias a mi editora, Alexandra Cooper! Escribir una precuela para mi universo ficticio preferido ha sido realmente complicado y Alex ha sido muy paciente, comprensiva y de mucha ayuda, hasta cuando la llamaba y le decía cosas como: «Hola, ¡tengo que reescribir por completo a uno de los narradores!» o «¿Adivina qué libro que está ambientado en invierno al final va a tener que suceder en verano?» o «¿Me das una semana más para que termine de hacer estos cambios?», a pesar de que necesitaba más de una semana. Este libro no podría ser lo que es ahora sin la confianza de Alex en mi caótico proceso y sin todas sus directrices para ayudarme a llegar al corazón de esta historia, en todas las versiones que imaginé.

A mi extraordinaria agente y compañera de noches en vela, Jodi Reamer, por animarme y leerse este libro a pesar de que *Al final mueren los dos* le marcó hasta el punto de que le diera miedo encender las luces de su casa. En serio, muchísimas gracias a Jodi por escucharme siempre. Quien me conoce, sabe que hablo mucho y que se me ocurren un millón de ideas en cualquier momento.

La ayuda de Kaitlin López fue de lo más útil. Kaitlin es quien se dio cuenta de que esta precuela no podía estar ambientada en Nochevieja, debido a dos pequeños detalles de *Al final mueren los dos* que casi nadie habría notado, y por mucho que yo quería no hacerle caso a esa continuidad,

porque el cambio de estación (sobre todo de periodo vacacional) no iba a ser una tarea sencilla, me habría reconcomido no haber hecho bien el trabajo. Gracias a ese ojo avizor editorial de Kaitlin por hacer que esta novela tenga sentido. (Mejor no hablamos del tema de las zonas horarias).

A mi editorial, también conocida como HarperCollins. Un especial reconocimiento a la labor de Rosemary Brosnan, Suzanne Murphy, Michael D'Angelo (sobre todo por el magnífico título que mejoró el transcurso de esta historia), Audrey Diestelkamp, Cindy Hamilton, Jennifer Corcoran, Allison Weintraub, Laura Harshberger, Mark Rifkin, Josh Weiss, Allison Brown, Caitlin Garing, Andrea Pappenheimer y el departamento de ventas, y a Patty Rosati y a su equipo, por ser los mejores. Al diseñador de la portada, Eron Fitzsimmons, y al artista, Simon Prades, por unirse de nuevo para crear la romántica e impactante portada de mis sueños.

A mi agencia, también conocida como Writers House, en especial a Cecilia de la Campa, Alessandra Birch y Rey Lalaoui, por todo lo que hacen para conseguir que mis libros se vendan por todo el mundo. Me alucina el alcance que tienen.

¡A mis amigos! Luis y Jordi Rivera han hecho que siguiera cuerdo, Luis me ha dejado destriparle la historia una y otra vez, y me ha aportado grandes ideas como la de la estación de metro secreta. Elliot Knight fue la primera persona en escucharme leer algo del libro, lo que fue bastante significativo para nosotros y que no tengo que expresar en esta página. Becky Albertally me ha acompañado mientras

me decidía entre los distintos narradores potenciales para la historia. A David Arnold por seguir siendo mi bro/falso marido y a Jasmine Warga por ser la única persona con la que comería chuches (veganos) en una bañera. A Arvin Ahmadi por mejorar mi escritura en tercera persona como el mejor, lo que significa mucho, ya que Arvin es el mejor, así que hay muchas mejoras por aquí. A Sabaa Tahir por decirme siempre cuándo lo hago bien y ayudarme a darme cuenta de cuándo lo hago mal. A Robbie Couch por todos los dulces que traía a casa cuando venía a cuidarme (y otras cosas dulces también, pero sobre todo los aperitivos veganos). Victoria Aveyard, quien empiezo a sospechar que no vive en Los Ángeles porque nunca nos hemos visto, pero me encanta que no dejemos de mandarnos mensajes. Alex Aster, una nueva amiga que se ha convertido en una gran amiga tan rápido como tarda en grabar un TikTok, es decir, superrápido. A Angie Thomas por escribir una precuela antes que yo, de manera que pudiera molestarla para ver qué meter en ella. Marie Lu, Tahereh Mafi y Ransom Riggs, siempre he admirado a estos increíbles seres humanos y he tenido la suerte de acercarme a ellos durante mi estancia en Los Ángeles. Rebecca Serle, estoy muy orgulloso de nuestras trayectorias, tanto personales como profesionales. Y Nicola y David Yoon, me encantan sus grandes corazones, sobre todo porque significa que no dejarán de ser mis amigos aunque yo no pare de decir palabrotas.

Este libro no podría haberse completado sin mi grupo de chat, que se ha trasladado a una sala de Zoom para que todos pudiéramos llegar a tiempo a nuestras fechas de entrega. Dhonielle Clayton, nuestra administradora de Zoom

que me mandaba a echarme una siesta cada vez que bostezaba demasiado, y Mark Oshiro, nuestro encargado de apuntar el tiempo que tardábamos y que terminaba las llamadas con la voz de un masajista divino. (No como aquella vez que volví a llamar a todo el mundo mientras reproducía un audio con gruñidos aterradores y demoníacos que encontré en YouTube). A Patrice Caldwell por no salirse del chat en el que estábamos volviéndonos locos con nuestras fechas de entrega. (Un especial reconocimiento a Ashley Woodfolk y a Zoraida Cordova por sus apariciones especiales).

A mi madre, Persi Rosa, que siempre mereció algo más que como la traté mientras crecía; aunque se arrepiente de muchas cosas, sigue siendo capaz de ser cortés incluso con aquellos que no se lo merecen. Estoy en deuda por su extraordinaria fuerza y su gigantesco corazón y me complace informar que a pesar de las muchas referencias a su persona que hay en la Gloria de esta novela, mi madre ha encontrado un amor que es tanto sano como real.

Como siempre un enorme gracias a los libreros, bibliotecarios y educadores. Ahora más que nunca se aprecia vuestra determinación por mantener libros como el mío al alcance de clientes y estudiantes como los vuestros. Gracias por pelear esa lucha.

Un novedoso agradecimiento a todos los que en BookTok/TikTok han ayudado a que *Al final mueren los dos* tuviera una segunda e increíble vida. Un reconocimiento especial para Selene de @_moongirlreads que fue la primera en hacer que el libro se hiciera viral y que me volvió a abrir las puertas para volver a escribir sobre este universo

de Muerte Súbita. Te estaré siempre agradecido.

A mis lectores, por hacer que siga siendo creativo.

A mi psicólogo, por hacer que siga estando cuerdo.

A mi perro, Tazzito, por hacer que siga estando en forma.

A base de paseos. Muchos paseos.

Y, por último, pero no menos importante, a Andrew Eliopulus, que fue la primera persona en amar este universo de Muerte Súbita, aunque haya pasado a mejor vida... ¡profesionalmente! ¡No en lo relativo a la muerte! ¡Sigue vivo! Su genialidad vivirá para siempre en todas las cosas de Muerte Súbita y más allá.

¿TE GUSTÓ ESTE LIBRO?

Escribenos a

puck@edicionesurano.com

y cuéntanos tu opinión.

ESPAÑA



/MundoPuck



/Puck_Ed



/Puck.Ed

LATINOAMÉRICA



/PuckLatam



/PuckEditorial

¡Gracias por vivir otra
#EXPERIENCIAPUCK!

» PUCK «

